
La leyenda de
Cisnes y Rosas
L. GREEN

La leyenda de cisnes y rosas.

© L. Green, 2024

© Jorge Blasco, por la portada.

© Vivian González, por el prólogo.

© Mayssun Halah, por la ilustración del prólogo.

© L. Green, por la maquetación.

© L. Green, por la corrección.

1ª Edición. diciembre de 2024. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

La publicación de esta obra ha sido realizada mediante Amazon Kindle Direct Publishing

Para mi madre por ser la más brillante de mis estrellas y para Vivi porque su obsesión por esta historia solo compite con la mía.

La leyenda de cisnes y rosas

L. Green

PRÓLOGO



El amor, en su esencia más pura, es un acto de valentía. Es entender que a veces los sacrificios son la única moneda para comprar la felicidad verdadera, aunque el costo parezca insoportable. ¿Qué sucede cuando el amor y el poder se enfrentan en una partida donde cada movimiento pone en riesgo no solo a los jugadores, sino también a quienes los rodean?

En Toletum, no se necesitó de un Estado para ser una Nación. Toletum fue más que un lugar: se convirtió en un refugio, una jaula dorada y un campo de batalla. El Gobernador, creador de esta pantomima que pretendía ser su obra maestra, no anticipó el alcance de su error. En su tablero de ajedrez, donde las piezas obedecían sin cuestionar, la Reina Blanca se levantó en silencio, con movimientos apenas perceptibles pero devastadores. Su Jaque fue tan sutil, tan preciso, que pasó desapercibido hasta que ya era demasiado tarde.

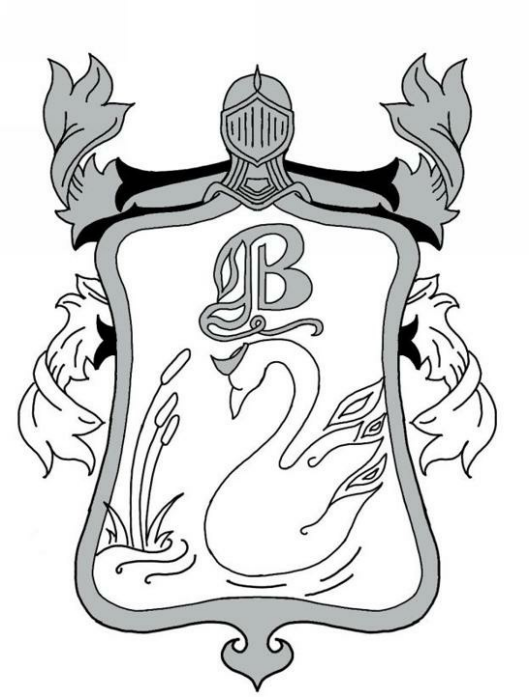
Ella, la hija de las estrellas, cargaba sobre sus hombros un destino que no había elegido, pero que enfrentaba con la fuerza que solo el amor puede inspirar. A su lado, el escudo contra todos sus miedos, aquel que en medio de la tormenta se convirtió en su refugio. Juntas, no solo sobrevivieron, sino que transformaron la lealtad en Toletum, moldeándola a su favor y quebrantando el yugo que las oprimía.

El destino, como un poeta implacable, trazó líneas de justicia que nadie más pudo haber imaginado. Lo que comenzó con un baile, con miradas que susurraban secretos y promesas, debía terminar de la misma forma. Porque un baile, en su quietud y movimiento, encierra la dualidad de todo lo que somos: caos y armonía, control y rendición.

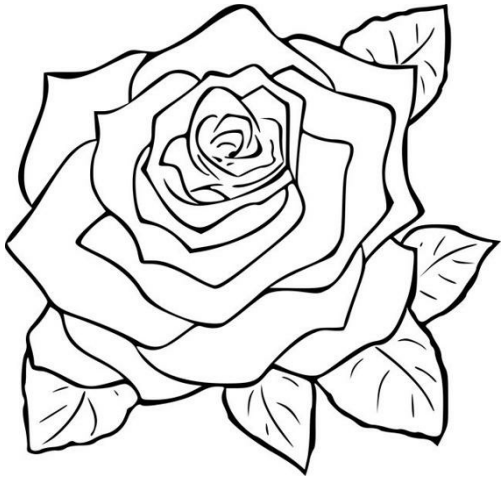
Aunque su fortaleza no era inherente, era alimentada por la presencia constante de quien, como un escudo, absorbía los golpes que amenazaban con quebrarla. Juntas eran invencibles. El

amor que no flaquea, que no cede ante el miedo ni la adversidad, se alzó como un faro en medio de la tempestad. Y cuando las piezas del tablero finalmente cayeron, quedó claro que la victoria nunca perteneció al Gobernador. Era de ellas. Siempre lo fue. Pero, ¿qué sabemos realmente de esas historias que yacen detrás de los grandes sacrificios?

Vivian González



REBECA
CANTAR PRIMERO: LA MUERTE DE LA LIBERTAD
I



A sus escasos diez años de edad, Rebeca no recordaba un solo día de su vida en el que no hubiese pasado miedo.

Había nacido en medio del caos y la muerte, en esa guerra tan cruenta que pasaría a los libros de historia como la más dura y mortífera de todas. Creció, siempre asustada por el sonido de las bombas, los gritos y con la eterna compañía del olor a azufre que se había adueñado del mundo.

Por tanto, si rebuscaba en su memoria, los recuerdos la conducían sin que pudiese evitarlo a la mañana de la liberación. El primer amanecer de ese mundo nuevo, donde ya no resonaba el eco de las explosiones, llenó las calles del antiguo Madrid con las comitivas de aquellos héroes a los que salieron a saludar con júbilo y alegría.

Los carros blindados marchaban por una ciudad en ruinas. De los balcones caían pétalos de flores, lanzadas por los ciudadanos en señal de gratitud. La guerra había llegado a su fin gracias a la osadía y el valor de aquel que se hacía llamar Gobernador.

La primera vez que Rebeca le vio, pensó que no era más que un niño, por lo que debía ser el más valiente del mundo y su mente infantil se vio inundada por la emoción. Sentada a hombros de su padre, contemplaba embelesada como los soldados desfilaban tras su salvador y, desde su posición, no fue capaz de ver la mirada endurecida de su progenitor ni el rostro serio de

su madre.

Estaba viviendo el momento más importante de su corta vida, sin comprender las auténticas implicaciones que este traería en el futuro. El Gobernador dio un emotivo discurso del que ella no pudo comprender una sola palabra, solo aplaudió y río a la vez que el resto de ciudadanos también lo vitoreaban.

No se percató de como su padre se tensaba o su madre sujetaba con fuerza la mano de su esposo. Ambos se miraron en silencio con la tristeza más absoluta pintada en sus ojos. Quizás el precio que traía la paz no era tan perfecto como parecían pensar todos los asistentes a esa ceremonia. El joven Gobernador tomó posesión de su cargo y les robó su bien más preciado: la libertad.

Esa misma noche, cuando la pequeña Rebeca ya dormía, la tensión y el miedo crecían en medio de su familia. Sus padres no deseaban involucrarla en la preocupación que les consumía, por lo que discutían en voz muy baja para no despertarla.

—Debemos irnos de aquí antes de que sea tarde —dijo él entre susurros—. Hacemos las maletas y nos marchamos, sin mirar atrás.

—¿Y a dónde pretendes ir, Sandro? —respondió ella asustada—. No queda nada. El mundo entero ha sido arrasado, no podemos marcharnos de Madrid, aquí estaremos seguros.

—¿Madrid? —contestó airado—. Ya lo has escuchado, Isa, no existe Madrid, ni España, ni cualquier país anterior al conflicto. Ahora solo existe New World y está gobernado por un crío con aires de grandeza.

—Por eso mismo no debemos dejar nuestro hogar —replicó ella con miedo en la voz—. Más allá es terreno desconocido, no sobreviviremos si nos marchamos.

—Pero seremos libres, Isa —dijo él de forma firme—. No entiendo como nadie se ha sublevado. Le han dejado matar nuestra libertad a golpe de discurso y encima le han aplaudido.

—Lo sé, Sandro, estaba ahí —respondió despacio—. Llevamos demasiado tiempo con la amenaza constante de desaparecer bajo los escombros, el pueblo está cansado y él ha ganado la guerra. No van a contradecir sus palabras.

—No soporto la idea de un mundo en el que Beca no sea libre —dijo él al final y se dejó caer de forma pesada sobre una silla—. Vamos a quedarnos en este New World de momento, pero no pienso callarme, Isa. Alguien tiene que hacerles ver a esos borregos a qué están renunciando sin pestañear.

☆☆☆

Los días pasaron, uno tras otro con una calma mortífera. Sandro salía de casa todas las mañanas con panfletos incendiarios en los que pedía explicaciones al supuesto gobierno. Más de una vez

volvía a su hogar con evidentes signos de haber sido apaleado, pero no cesaba en su empeño.

Rebeca le suplicaba cada día que la llevara consigo y él, con la mirada más dulce que podía regalarle, le aseguraba que no necesitaba la ayuda de su pequeña guerrera, no de momento.

La ciudad ruinosa que lo recibía en su cruzada, cada vez le parecía más oscura. Las banderas con el símbolo del gobernador ondeaban por doquier mientras este saqueba bibliotecas y museos, destruyendo todo aquello que consideraba indigno de su nuevo mundo y había sobrevivido a la guerra. Quería acabar con la cultura, con la historia… con todo lo que les había constituido como pueblo antes del conflicto.

Cuando el Gobernador, con la excusa de reconstruir la civilización, prohibió cualquier tipo de movimiento, reunión o congregación ajena a las gubernamentales, la vida empezó a complicarse para Sandro. Su sustento antes de la guerra había sido la música y esta también había recibido el duro golpe de la censura, por lo que acceder a un puesto de trabajo se volvió su prioridad.

Este le resultaba esquivo debido a su clara postura en contra del Gobernador. Nadie quería a un charlatán como él bajo su responsabilidad, pero no desfallecía. Tenía que subsistir por su familia.

Sandro no era consciente de que su pequeño acto de rebeldía lo iba a pagar a un precio demasiado alto hasta que fue muy tarde.

☆☆☆

Su padre aún no había encontrado empleo, por lo que su madre, Isabel, racionaba de forma bastante escueta los alimentos que conseguían, tal y como hacían durante la guerra. Rebeca no solía quejarse por ello, ya que estaba acostumbrada a acostarse con el estómago rugiente, pero ese hecho siempre le provocó un sueño ligero.

Por eso mismo, despertó de forma abrupta al escuchar como una decena de pasos llegaban hasta su casa y no pudo evitar asustarse. De un salto, salió de la cama y corrió a la habitación contigua para escurrirse bajo las sábanas en brazos de Sandro.

Este no pudo terminar de comprender que su hija buscaba su protección, pues a los pocos segundos el estruendo de la puerta al abrirse por la fuerza provocó que tanto él como Isabel despertasen de forma brusca.

Justo después, una decena de soldados armados entraron sin dejar de gritar. Rebeca se aferró aterrada a la cintura de su padre mientras este la rodeaba con los brazos para protegerla y su madre temblaba. Ambos habían dejado con prisa la cama y no tardaron en sentir la luz cegadora de las linternas a la par que los cañones apuntando en su dirección.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sandro con miedo—. Es de madrugada y nosotros somos una

familia humilde, no tenemos nada.

—Simple protocolo —respondió uno de los soldados—. Nos consta que no ha sido reasignado a ningún puesto de trabajo. Usted y su familia vendrán con nosotros de inmediato, tienen diez minutos para recoger sus pertenencias.

Al sentir como su pequeña hija tiritaba la miró a los ojos. En estos pudo leer el miedo que la consumía, por lo que obvió la presencia de esos hombres armados y se agachó para ponerse a su altura.

—Ya has escuchado a estos señores, Beca —susurró con una suave caricia en su mejilla—. Ve a tu habitación y coge todo lo que quieras llevar contigo. Mamá y yo haremos lo mismo.

—¿A dónde vamos? —preguntó esta con un hilo de voz.

—Seguramente nos lleven a alguno de los campos de refugiados —respondió sonriente—. Solo hasta que consiga un trabajo, ellos me ayudarán a buscarlo. Todo saldrá bien.

Rebeca asintió despacio justo antes de desaparecer de la estancia con cortos pasos. En cuanto su hija no estuvo presente, Sandro se posicionó frente a su mujer en un ademán protector. Esta tardó muy poco en sujetarse a su mano.

—¿A dónde nos van a llevar que no puede esperar a mañana? —preguntó él con la ceja alzada—. Han asustado muchísimo a mi hija.

—Le quedan solo cinco minutos —respondió de forma dura—. Yo me daría prisa o nos marcharemos con lo puesto.

Con los labios muy apretados debido a la furia que sentía, Sandro miró a Isabel para hacerle un gesto. Esta asintió y empezó a recoger todo cuanto pensaba que les sería de utilidad. Rebeca no tardó mucho en aparecer, con una mochila pequeña y un libro acunado en los brazos.

—Estamos listos —dijo Sandro al verificar que su familia ya estaba preparada—. Podemos irnos.

Sin miramiento alguno, esos soldados empujaron a su padre a la par que sintió como la sujetaban por el brazo mientras su madre parecía recibir un trato igual por parte de otro soldado. La arrastraron hasta la calle y quedaron frente a un camión oscuro con las puertas traseras abiertas.

Rebeca miró ese vehículo unos instantes, su madre tardó solo un segundo en abrazarla desde atrás para pegarla lo máximo posible a ella misma, como si de ese modo pudiese proteger a su niña de todos los males del mundo. Los soldados indicaron que debían entrar ambas con una señal del fusil, por lo que Isabel la condujo despacio hacia el camión.

Una vez en el interior, ambas miraron a su padre que seguía en pie en la carretera. Con un golpe sordo en la parte de atrás de las piernas, un soldado le obligó a caer de rodillas. Este tardó menos de un segundo en colocar el cañón de una pistola en su cabeza, por lo que Isabel gritó y Rebeca dibujó un gesto de horror en sus rasgos. Su madre la aferró de inmediato para esconderle

el rostro contra su pecho.

—Esta es la ley de nuestro Gobernador —dijo el soldado al cargar el arma—. No hay piedad para la traición.

El disparo resonó en la noche y provocó que sus latidos se detuvieran unos instantes. Pudo escuchar el chillido de dolor de su madre junto al portazo del camión al cerrarse. Completamente congelada sin la capacidad de mover un solo músculo, Rebeca comprendió que acababan de arrebatarle a su padre sin motivo alguno. Sus ojos se oscurecieron, se poblaron de lágrimas y los restos que aún quedaban en ella de infancia le fueron arrancados sin miramientos en una sola noche.

El sonido del arma retumbaba en sus oídos y poblaría sus pesadillas el resto de sus días.

☆☆☆

Ya amanecía cuando ese camión se detuvo, pero ni Isabel ni Rebeca habían podido pegar ojo en todo el trayecto. Su madre había llorado hasta terminar las lágrimas sin proferir sonido alguno y no fue capaz de aflojar su abrazo en ningún momento.

Todo el miedo que la pequeña pudo sentir, quedó eclipsado por la ira y el dolor. Estos crecían dentro de ella sin que pudiese frenar su torbellino. Ya no importaba a dónde se dirigían, lo único que poblaba sus pensamientos era que su padre no volvería.

Al bajar del vehículo, los soldados les ladraron con bastante ímpetu que debían colocarse en una de las filas. Fue entonces cuando descubrieron un gran campo vallado y la multitud que formaba hileras para pasar frente a unas mesas donde parecían estar tomando nota de quienes eran antes de internarlos.

Su madre obedeció como una autómata sin soltarla, por lo que ambas terminaron en una de las líneas donde esperaron horas a que llegase su turno. Una vez frente a la mesa, la mujer que se sentaba al otro lado las miró y le regaló a la pequeña Rebeca una sonrisa que pretendía tranquilizar su ánimo sin conseguirlo.

—¿Nombres? —preguntó a los pocos segundos para realizar su trabajo.

—Isabel Molina —respondió su madre en un susurro. La mujer buscó a conciencia en las listas hasta encontrarla y marcarla.

—¿La niña? —preguntó de nuevo, esta vez con un poco más de ternura en la voz.

—Rebeca Larra —dijo su madre—. Es mi hija.

La mujer volvió la vista a los papeles. No tardó mucho en marcar con su bolígrafo el nombre buscado justo antes de regalarles una nueva mirada.

—Serán Isabel y Rebeca Montés a partir de ahora —indicó tras darles unas tarjetas que parecían identificarlas—. Han tenido suerte, el Gobernador en persona las ha elegido como

primordiales.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Rebeca de forma autoritaria sin que Isabel tuviese tiempo de frenarla.

—Es un nuevo comienzo, Rebeca —respondió aquella mujer con suavidad—. Nuestro Gobernador quiere premiar la fidelidad de New World con un espectáculo increíble y vosotras seréis protagonistas del mismo.

Antes de que su hija metiese la pata con algún comentario mordaz, Isabel la empujó fuera de la fila. Ambas fueron escoltadas al interior del campo y ahí se dirigieron a la sección que había marcada en sus tarjetas. Sin saber cómo proceder, se sentaron en un rincón a observar el río de personas que llegaban. Nadie parecía entender qué estaban haciendo en ese lugar e inspeccionaban las identificaciones en busca de respuestas.

Rebeca leyó la suya con el ceño fruncido. En ella aparecía el nombre que le había proporcionado la mujer de la entrada junto a una inscripción que no terminaba de comprender: heredera de la casa Montés.

—¿Qué van a hacer con nosotras, mamá? —preguntó al final angustiada.

—No lo sé, mi amor —susurró algo sobrepasada—. Creo que es un programa de televisión, nos han asignado personajes. Yo soy la señora Montés.

—Yo no quiero ser ningún personaje de ningún estúpido programa —increpó la pequeña —. Quiero volver a casa.

Isabel no le respondió, no sabía cómo aliviar la angustia que las consumía a las dos desde la madrugada. Pasó el brazo por sus hombros para atraerla hacia sí y ambas guardaron silencio hasta que este se vio quebrado por la voz de una mujer que se había acercado despacio hasta ellas.

—¿Puedo sentarme? —preguntó en un susurro.

Isabel asintió y ella se dejó caer con gracia a su lado bajo la atenta mirada de Rebeca.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —preguntó con su mirada clavada en su rostro y una leve sonrisa.

—Rebeca La… Montés —respondió de forma torpe.

—Yo soy Eva Blanchard —se presentó y le tendió la mano que esta estrechó despacio—. ¿Me puedes hacer un favor muy grande?

Rebeca asintió curiosa, Eva ensanchó la sonrisa que se cargó de ternura justo antes de dejar un toque cariñoso en la punta de su nariz.

—¿Puedes cuidar un rato de mi hijo James? —pidió y la mirada de Rebeca se llenó de ilusión al sentir que no era la única niña del lugar—. Está por ahí haciendo el bobo con su amigo Arthur. Los dos tienen más o menos tu edad, podéis jugar juntos un rato.

La pequeña Beca miró en el acto en la dirección en la que Eva le señaló y no tardó en

vislumbrar a dos niños, uno rubio y el otro con el pelo tan negro como la noche. Justo después clavó una mirada ansiosa en su madre para pedirle sin palabras su permiso para reunirse con ellos. Esta asintió de forma suave y no pudo evitar reír bajito al ver como su hija salía disparada igual que un cohete, por si acaso se lo pensaba mejor y no la dejaba marcharse.

Una vez solas, ambas mujeres clavaron la mirada en los niños que habían recibido a Rebeca con efusividad.

—Siento haberte separado así de ella, pero quería hablar contigo —susurró esa mujer y captó su atención—. Creo que tu eres Isabel Montés, ¿verdad?

—Sí —respondió con el ceño medio fruncido—. Por lo que parece soy alguien importante para esta pantomima.

—¿No te han informado qué es lo que van a hacer con nosotros? —preguntó una vez más con asombro—. ¿Te han traído aquí sin más?

—Sin más no —dijo con un hilo de voz—. Han asesinado a mi esposo. Rebeca estaba ahí, si no llego a cubrirle el rostro lo habría visto…

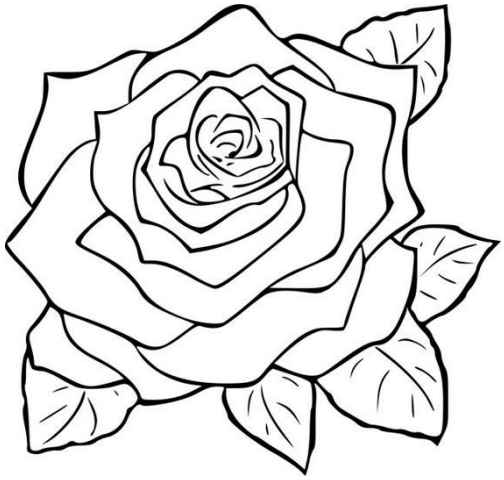
Al escucharla, Eva guardó silencio y permitió que Isabel derramase algunas lágrimas sin perturbarla en su dolor. Cuando la notó un poco más tranquila, colocó la mano sobre su hombro para apretarlo.

—El Gobernador ha ideado un programa de televisión donde van a vernos vivir nuestras vidas en un reino ficticio que ha creado para nosotros. Lo ha llamado Toletum porque aquí es donde estamos, en la antigua ciudad de Toledo —dijo al final para sacarla de sus incógnitas—. De momento debemos permanecer en este campo, tardaremos unos meses en entrar a los estudios y estos serán nuestro nuevo hogar. Una vez ahí me tocará interpretar el papel de la reina de Toletum mientras que tú serás mi mayor rival, la señora Montés.

—Pero eso es una locura —respondió alarmada—. ¿Cómo demonios puede pensar que va a funcionar? ¿Va a encerrar a toda esta gente en un estudio de televisión?

—Cuando considere que estamos listos —dijo con un encogimiento de hombros—. Santiago tiene los ojos sobre tu hija, debes saberlo. No os ha elegido al azar para que seáis la familia más influyente de su programa. Debes prepararla bien porque si desafía al Gobernador se meterá en problemas muy serios.

REBECA
CANTAR SEGUNDO: BIENVENIDOS AL MEDIEVO
II



Rebeca mentiría si dijese que no sintió alivio y emoción al comprobar que en ese campo donde la habían encerrado había más niños. Algo nerviosa, rogaba internamente que ese tal James junto a su amigo Arthur no la dejaran de lado, pues una parte de ella necesitaba con urgencia volver a ser una niña.

Cuando los alcanzó, estos parecían discutir sobre cuál de los dos sería mejor arquero. Su conversación le pareció estúpida, pero ambos la frenaron al verla y le regalaron una sonrisa muy emocionada. Al parecer también habían sentido gran ilusión al comprobar que había más niños en el lugar, aunque fuese solo ella de momento.

—Hola, yo soy James Blanchard —dijo el rubio muy rápido—. Este de aquí es Arthur, mi amigo. ¿Quién eres tú?

—Rebeca —respondió sonriente—. Tu madre me ha dicho que venga a estar con vosotros.

—Pues dile a este zoquete que cuando nos enseñen a tirar con arco yo seré mejor que él —intervino Arthur con una leve risa—. A lo mejor a ti, que pareces mucho más lista, sí te cree.

—¿Por qué nos van a enseñar a tirar con arco? —preguntó curiosa.

—A ti no sé si te van a enseñar —respondió James algo serio—. A mí sí porque voy a ser el príncipe y Arthur creo que va a ser un noble, por eso le van a enseñar también.

—Entonces yo también quiero aprender —dijo Rebeca con los brazos cruzados—. Soy la heredera de la casa Montés.

Antes de que ninguno de sus nuevos amigos pudiese responder, la misma mujer que las había recibido en la entrada al campo, apareció ante ellos y colocó una mano sobre el hombro de Rebeca, hecho que consiguió sobresaltarla.

—¡Qué bien que estéis los tres juntos! —dijo sonriente—. Os estaba buscando. Tenéis que venir conmigo.

—¿A dónde? —preguntó la pequeña taciturna—. Yo no voy si mi madre no me da permiso.

La mujer iba a responder cuando, tanto Isabel como Eva y un matrimonio que se identificó como los padres de Arthur se personaron en el lugar preocupados.

—¿Ocurre algo con los niños? —preguntó Eva con diplomacia—. Si han hecho cualquier cosa indebida hablaremos con ellos.

—No ocurre nada, tranquilidad —pidió aquella mujer con las manos hacia arriba en son de paz—. Solo he venido a buscarlos para que empiecen sus lecciones. El Gobernador desea que los tres sean adiestrados en equitación, modales palaciegos y todo cuanto puedan necesitar para realizar su papel en el programa.

Isabel apretó los labios con fuerza ante sus palabras, pero el apretón que Eva dejó en su brazo le recordó en silencio la situación que estaban viviendo. Sabía que cualquier acto de insubordinación podía terminar de forma fatal tanto para ella como para Rebeca, por lo que miró a su hija y asintió.

Cuando aquella mujer se llevó a sus hijos, los vieron trotar alegres a su lado pues la idea de montar a caballo les había parecido fascinante. Todos los adultos tenían la mirada clavada en sus pequeños con un nudo de angustia en la boca del estómago, pues la incertidumbre de lo que se avecinaba pesaba en ellos como una losa.

Al anochecer, los soldados invadieron el lugar y no tardaron en preparar catres para que todos los presentes pudiesen dormir algunas horas. Tanto Isabel como Eva habían recibido unos dosiers bastante extensos sobre la que sería su nueva vida y se habían dedicado a memorizarlos mientras esperaban la vuelta de sus hijos. En esa tarea se encontraban cuando escucharon el río de risas acercarse y el peso de sus hombros se aflojó un poco.

Rebeca no tardó en aparecer a su lado como un pequeño torbellino. A su madre no le pasó desapercibida la chispa de dolor alojada en sus ojos castaños, a pesar de la sonrisa orgullosa que portaba cuando explicó con todo lujo de detalles como sus amigos, James y Arthur, eran unos peleles que no dejaban de caerse del caballo y que ella les había dado una paliza en el tiro con arco.

Isabel solo pudo regalarle sonrisas tiernas, mientras sentía que se resquebrajaba entera por dentro. Su Rebeca crecería en un mundo donde todo New World seguiría cada uno de sus pasos en esa prisión al aire libre donde pensaban encerrarlos hasta el fin de sus días.

☆☆☆

Las semanas fueron pasando como si nada deseara darles una tregua en medio del infierno en el que estaban sumidos.

Los adultos pronto empezaron a recibir la misma instrucción que los pequeños, ya que su nueva vida requería que contasen con habilidades arcaicas, como encender fuego sin ayuda de mecheros o la famosa equitación al ser el caballo el medio de transporte que utilizarían en todo momento.

Isabel solo podía pensar que el Gobernador era un demente pues solo a la mente de un loco se le ocurriría semejante castigo para los disidentes a su mandato.

Rebeca parecía haber generado un vínculo muy estrecho con sus nuevos amigos. Allá donde estuviesen James y Arthur estaba su pequeña, los tres se habían vuelto inseparables y ese hecho le daba un soplo de aire fresco en medio de sus tormentas. Su hija, a pesar de las circunstancias, seguía aferrada a esa pizca de infancia que la presencia de sus amigos despertaba.

No sabía cómo explicarle que, una vez se encendiesen las cámaras, sería muy complicado que se encontrase con James otra vez, ya que pasarían a ser eternos rivales según el guion establecido.

Cuando hacía solo un mes que vivían en ese campo internados, recibieron el aviso que esperaban y provocó un murmullo de miedo en todos los presentes. Los constructores habían finalizado las obras de Toletum, por lo que su mundo ficticio ya podía ser habitado.

Esa misma noche, los soldados se personaron en el lugar y les obligaron a formar filas una vez más. Todos sin excepción recibieron un doloroso pinchazo en el antebrazo, ya que por órdenes del Gobernador todo habitante de Toletum debía llevar un chip localizador para evitar posibles fugas.

Con los preparativos ya listos, el ejército tomó posiciones con los fusiles en alto. Nadie osó decir una sola palabra o contrariar la orden de empezar a caminar. Isabel tomó la mano de su hija, la apretó para darse valor y juntas siguieron a la multitud hacia las puertas del que sería su nuevo hogar: un viaje en el tiempo hasta el mismísimo medievo.

Nada podían llevar encima, a parte de los ropajes que les habían puesto. Los operarios informaron de ese hecho y aseguraron que todo cuanto necesitaban lo encontrarían una vez instalados. Esa noticia heló la sangre de Rebeca a la par que estrechaba bajo su brazo el libro que se había llevado de su hogar la noche del traslado. Era un regalo de su padre. No se lo podían quitar.

En las puertas, uno de los soldados las detuvo con el arma en alto. Su mirada cargada de indiferencia ante la injusticia que estaban cometiendo provocó que Isabel apretara con más fuerza la mano de su hija, mientras esta lagrimeaba al sentir como arrancaba su libro con

brusquedad.

—Nada de objetos personales —dijo carente de emoción alguna—. Vuelve a la fila.

Ella no respondió, su madre le suplicó que mantuviese el silencio con un gesto y obedeció a pesar de que sentía que el corazón se le estrechaba un poquito por dentro.

Una vez dentro del reino de Toletum, guardaron el aliento, pues este era impresionante. Podían ver a lo lejos como se alzaba majestuoso un palacio blanco mientras que, en la dirección contraria, el palacete que pertenecería a los Montés también aparecería ante sus ojos, mucho más lejano y, aún así, imponente.

—Se os dará aviso cuando las cámaras se enciendan —informó uno de los operarios tras marcar algunas cosas en su cuaderno—. Aún tenéis varias semanas de intimidad para acostumbraros al mundo que debéis habitar. Lo más importante para que funcione el formato es la naturalidad. Vuestra vida ahora es esta, olvidad que sois personajes y sobrevivid.

Tras esas últimas palabras, los soldados separaron a todos los presos según sus tarjetas y los dividieron en dos grandes grupos: los Blanchard y los Montés.

La comitiva perteneciente a la ficticia familia real así como los nobles afines a esa casa fueron escoltados hasta el palacio, mientras Rebeca miraba muy seria a James, ya subido en el carromato y agitaba su mano como despedida.

Arthur, a su lado, también se despedía de su querido amigo, ya que la casa noble a la que le habían asignado era fiel a los Montés. Estos últimos también fueron escoltados a la zona que les pertenecía, más allá de una frontera invisible que les había transformado en rivales.

—Volveremos a verle pronto, Arthur —aseguró la pequeña convencida—. Por mucho que esos papeles estúpidos pongan que es nuestro enemigo, sabemos que no es verdad.

—De momento vamos a instalarnos, Beca —respondió Isabel al escucharla—. Después veremos cómo podemos ponernos en contacto con Eva y trataremos de vernos. Aún no están encendidas las cámaras, tenemos algo de tiempo para encontrar la manera de que podáis reuniros con James, aún cuando haya empezado esta farsa y debamos fingir que es nuestro mayor rival.

Las palabras de su madre consiguieron aliviar un poco la angustia que tanto ella como Arthur sentían desde el momento en el que habían visto como su amigo se marchaba en la dirección contraria.

Ambos pequeños pasaron el resto del trayecto enfrascados en su propio mundo hasta que llegaron a su destino y los ojos de Rebeca se desorbitaron al ver ante ella el palacete. Este era majestuoso e inmenso. Los muros tenían un tono negruzco y los techos plateados seguramente brillarían con fuerza bajo la luz del sol.

La mayoría de los presos que acompañaba su comitiva, fueron alojados en los poblados cercanos mientras ellas, al igual que Arthur, sus padres y algunas personas más, se acercaron a esa inmensa edificación que sería su nuevo hogar.

Rebeca no fue capaz de separarse de Isabel en ningún momento. Se sentía pequeña y sobrecogida con todo cuanto la rodeaba, al igual que el miedo atenazaba su vientre y echaba muchísimo de menos la cálida voz de su padre otorgándoles fuerza.

Su madre al parecer ya había decidido adoptar el papel de la señora Montés, ya que no tardó en dar órdenes y organizar en un tiempo ínfimo toda la situación. Asignó estancias a los fieles que vivirían bajo su techo y tareas a realizar para que el lugar fuese habitable lo antes posible.

Cuando se dio por satisfecha, acompañó a su hija por los pasillos en busca de la que sería su alcoba. Tanto ella como Rebeca eran las únicas que tenían una asignada al ser las legítimas dueñas del palacete.

Al encontrarla, cruzaron juntas las puertas. Una vez más, Beca se quedó sin aliento puesto que era la habitación más grande que había visto en su vida, mucho más que su casa anterior entera. Isabel acarició sus cabellos con ternura y la atrajo para dejar un beso en su frente.

—Pronto empezará —susurró sin apartarse un ápice—. Debes ser valiente, mi amor. Sigue tu papel, acata tus órdenes y tendremos una buena vida aquí, no nos faltará de nada.

—Eso no es verdad, mamá —respondió cohibida—. Quizás tengamos unas habitaciones gigantes y un castillo para nosotras, pero no somos libres.

—Es cierto, no seremos libres nunca más —dijo antes de enredarla en un abrazo—. Pero estamos juntas y estamos vivas. Sigamos vivas mañana, mi amor.

Rebeca la miró unos instantes y, despacio, asintió. Isabel volvió a besar sus cabellos justo antes de alejarse hacia la puerta. No tardó en dejarla sola dentro de sus aposentos para que se familiarizase con ellos.

La pequeña deambuló por la estancia que olía a flores frescas. Su curiosidad pudo más que el miedo o el enfado, por lo que investigó hasta el último rincón y terminó sentada sobre la cama. Esta era comodísima y le provocó un suspiro. Lentamente, reptó por el colchón hasta colocar la cabeza en la almohada. Cuando se acomodó, frunció el ceño al notar algo duro bajo ese almohadón. No tardó en levantarse otra vez y buscar qué clase de objeto había ahí escondido. Al descubrirlo, sus ojos se empañaron en lágrimas, pues no era otro que su libro, el mismo que le había quitado ese guardia en la puerta.

Con prisa lo tomó en sus manos y pasó la yema de sus dedos por el título del mismo, como si necesitara verificar que no era una quimera y realmente se lo habían devuelto. «*Rimas y Leyendas. Gustavo Adolfo Bécquer*».

Cuando fue a dejarlo otra vez en su escondite, un pequeño papel se escapó de entre las páginas y lo leyó con cuidado. Media sonrisa adornó su rostro, sus ojos se cubrieron de lágrimas y suspiró.

«¿Qué mal puede hacer un libro a una niña tan especial como tú? Custódialo bien, pequeña Beca, pues me ha costado un alto precio conseguirlo para ti. Quizás algún día sea tu leyenda la que poble mil libros y tus rimas las que deleiten cualquier corazón pesado. A pesar de esta línea invisible que nos han impuesto, siempre estaré a tu lado.

Eva Blanchard »

Rebeca abrazó esa nota con un río de lágrimas en las mejillas. Su nuevo mundo conseguía angustiarla, sorprenderla, asustarla y, aún así, debía aferrarse a todo lo bueno que ese infierno le había dado. James, Arthur y Eva Blanchard eran un regalo que pensaba atesorar en ese ficticio medievo que, desde ese momento y hasta su último día se había convertido en su hogar.

MARGARET

CANTAR PRIMERO: POR UNAS MONEDAS

III



Entre los escombros de la ciudad en ruinas, una niña corría sin descanso tan rápido como se lo permitían sus magullados pies. Tras ella podía escuchar los gritos de aquellos que la perseguían. La llamaban ladrona, por unas simples monedas y un mendrugo de pan.

La pequeña no vestía más que harapos y carecía de zapatos. Estaba tan delgada que parecía capaz de salir volando con un ligero soplo de viento. Sus ojos castaños mostraban el dolor que siempre la había acompañado junto al pánico que sentía, pues si conseguían atraparla daría con sus huesos en un calabozo y no estaba segura de sobrevivir.

Jadeante debido al esfuerzo de su carrera, apretaba contra su pecho la mercancía conseguida mientras fijaba la mirada en su única esperanza: un hueco entre dos edificios por donde podía colarse y esconderse para escapar de sus perseguidores.

Al llegar a su destino, miró muy rápido hacia atrás para verificar que no podían verla justo antes de reptar como una culebra hasta quedar encajada entre ambos edificios. Aguantó el aliento y esperó paciente. Poco después esos hombres llegaron hasta su posición y pudo escucharles maldecirla, ya que se había esfumado como si se la hubiese tragado la tierra.

Los minutos pasaron como si fuesen horas mientras la buscaban por todos los alrededores sin llegar a pensar que estaba a solo unos metros de distancia, agazapada en un lugar claustrofóbico, pero seguro para ella.

Cuando por fin se marcharon y el silencio inundó el lugar, la niña suspiró despacio con media sonrisa en el rostro ante una más de sus pequeñas victorias. Con cuidado, sacó el mendrugo de pan que había robado y comió despacio para aliviar el rugido de su estómago. Una vez saciada el hambre voraz que la asolaba, volvió a reptar hasta la calle que se mostraba apenas

iluminada.

Nada más respirar aire fresco fuera de su escondite, miró hacia el cielo donde las estrellas brillaban a millones de kilómetros de distancia. Estaba segura de que sus padres la miraban desde uno de esos puntos brillantes que solían alumbrar su cabeza cuando se agazapaba entre las ruinas. Hablaba con ellos hasta conciliar el sueño, de esa manera se sentía un poco menos sola.

—Solo he cogido lo que necesitaba, lo prometo —susurró como si de verdad la escucharan —. No soy una ladrona.

Una vez satisfecha con sus palabras de disculpa, observó de forma prudente todo su alrededor por si aún la estuviesen buscando y, al comprobar que el camino era seguro, empezó a andar sin rumbo fijo con la noche como única compañía. Sentía las monedas que había conseguido entre la mano y ese hecho le otorgó esperanza. Al día siguiente podría acercarse al mercado y quizás podría comprar algo de leche o pan recién hecho en lugar de mendrugos.

En cuanto giró una de las esquinas para dirigirse a alguno de sus escondites seguros, se sobresaltó al ver como una mujer le silbaba. Ella estaba apoyada contra un muro semiderruido, tenía los brazos cruzados y la mirada de un zorro astuto en sus rasgos.

—¿Dónde te has escondido, florecilla? —preguntó de forma suave—. He visto como te perseguían y se han marchado cabizbajos.

—Son unos egoístas —respondió sin delatar el secreto de sus escondrijos—. Solo cogí pan, lo iban a tirar de todos modos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó aquella desconocida—. Sé que no solo les cogiste pan, también te hiciste con algunas monedas y, por lo que he visto hoy, se te da bien esto del hurto sin que te atrapen.

—No tengo nombre —respondió cohibida ante ella, ya que había abandonado su apoyo y se estaba acercando—. ¿Me vas a delatar?

—No, florecilla, no te voy a delatar —dijo al alcanzarla. Le regaló una sonrisa dulce y atrapó su mentón entre los dedos para elevarle el rostro y así poder mirarla a los ojos—. Dime cómo es que no tienes nombre, todos tenemos uno. Es quizás lo único que es nuestro por derecho.

—Yo no tengo, nunca me lo pusieron —respondió con la mirada cristalina—. Mis padres murieron en la guerra y nadie me quiso lo suficiente como para ponerme un nombre. Solo fui un número en el orfanato y luego me escapé de ese sitio horrible. Sobrevivo mejor sola.

—Yo soy Cora —dijo de forma dulce—. Si quieres puedes venir conmigo, te enseñaré un oficio en el que no debas huir despavorida y a mi lado no volverás a pasar hambre, te lo prometo.

La pequeña observó el rostro de aquella mujer algunos minutos con el ceño fruncido. Cora dejó una pequeña caricia en su mejilla blanquecina.

—¿Por qué no me acompañas esta noche y lo piensas? —ofreció de forma suave—. Al

menos tendrás un lecho donde dormir.

Tras meditar unos instantes, finalmente asintió pues la idea de pasar una noche calentita en una cama de verdad y no en el duro suelo de las ruinas a la intemperie le resultó bastante atrayente. Cora ensanchó su sonrisa y no tardó en tomarla de la mano. Justo después ambas empezaron a caminar despacio en dirección a las afueras de la ciudad.

—¿Qué te parece si te buscamos un nombre? —preguntó de pronto Cora con ternura en la voz—. Uno que te guste y encaje contigo.

—Yo no sé mucho de eso —respondió cohibida—. ¿Tú sí sabes de poner nombres?

—Yo te veo como una florecilla pálida, aunque fuerte —dijo y ensanchó la sonrisa—. Igual que una margarita, esas flores pueblan todos los campos y nada las detiene, siguen creciendo año tras año. Ni siquiera la guerra ha podido evitar que nuestros campos estén cubiertos con el color blanco de esas florecillas.

—¿Crees que ese puede ser mi nombre? —preguntó una vez más con emoción.

—Creo que es perfecto para ti —contestó sin titubear—. Ahora ya no eres una florecilla sin nombre, te llamas Margaret.

☆☆☆

El camino hacia el hogar de Cora no era largo, pero se le hizo eterno debido a sus pies magullados. Cuando aquella mujer comprendió que Margaret intentaba esconder la cojera, la subió sobre sus hombros sin dejar de sonreirle ni un solo instante.

La pequeña llegó a pensar que encontrarse con ella había sido un regalo de sus queridas estrellas. Se aferró con cuidado a su cuello y ambas hicieron el resto del camino en silencio.

La casa donde su inesperado ángel de la guarda vivía era enorme, a pesar de estar ubicada en una de las zonas marginales de la ciudad. Estaba bastante destartalada, puesto que parecía que para construirla habían unido bloques y madera sin mucho sentido con el único objetivo de agrandarla.

En cuanto entraron, varias miradas curiosas se posaron sobre ellas, por lo que Margaret descubrió que Cora no vivía sola y eso explicaría el motivo de tan desastrosa arquitectura. Varias mujeres de diversas edades estaban presentes en lo que parecía un salón principal, lleno de sillones y con varias mesas desperdigadas, todas ocupadas. Algunos hombres salían de diversas habitaciones contiguas a dicho salón y se marchaban algo enrojecidos tras despedirse de Cora. Al parecer ella era la persona al mando de ese sitio.

—Que no te engañen las apariencias, Margaret —susurró Cora al bajarla al suelo—. Este es un buen hogar, ya lo verás.

—¿Qué sitio es este? —preguntó con un hilo de voz.

—Uno de los pocos que la guardia gubernamental pasa por alto —respondió con una leve risa—. Aquí ofrecemos compañía a aquellos que se sienten solos a cambio de unas monedas. Pero ese no va a ser tu cometido, tengo otros planes para ti, mi florecilla.

Antes de que pudiese responder, una de esas mujeres se acercó como un torbellino a ellas. También llevaba una sonrisa dulce en los labios y su mirada era una mezcla de ternura y picardía muy curiosa.

—¿Y este angelito de dónde ha salido, *mon amour*? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Estaba rondando por la ciudad —respondió con una mano sobre el hombro de Margaret —. Esta noche será nuestra invitada, quiero que le prepares un baño calentito, algo de ropa y quizás una sopa para cenar.

—Ven conmigo —susurró con la mano tendida en su dirección—. Voy a cuidar un poquito de ti mientras Cora cierra el negocio.

Margaret no respondió. Miró curiosa el rostro de aquella mujer justo antes de sentir que no era una amenaza y tomar su mano. Esta la llevó a una de las salas contiguas y la ayudó a deshacerse de los harapos para meterla en una bañera. El agua caliente le provocó un gesto de asombro que incitó en su acompañante una nueva risa justo antes de empezar a enjabonarla con tanto cariño y ternura que la pequeña sintió ganas de llorar.

Una vez limpia, la ayudó a vestirse. Cepilló sus cabellos hasta dejarlos brillantes sin un ápice de mugre y polvo.

—Pareces otra sin porquería encima, angelito —susurró mientras la sentaba en un sillón—. ¿Qué te parece si miramos esos pies y curamos las heridas que te has hecho corriendo entre los escombros?

—Cora me ha puesto nombre —dijo ella emocionada a la vez que esa mujer la sujetaba con cuidado y esparcía un ungüento en sus extremidades doloridas—. Me llamo Margaret ¿y tú?

—Yo soy Lara —respondió de forma suave—. Si Cora te ha traído es porque debes ser una niña muy especial, ella sabe ver lo mejor de cada persona.

—No soy especial —susurró apenada—. Solo una ladrona.

—Todas hemos sido ladronas en algún momento, algunas aún lo somos —contestó con una suave caricia sobre su nariz—. Eso no te hace menos especial. El mundo está loco y se olvida de que tenemos que sobrevivir, pero si te quedas aquí con nosotras cuidaremos de ti, angelito.

Antes de que pudiese responder, sus tripas rugieron como recordatorio de que su único alimento en días había sido el mendrugo sustraído esa misma noche. Sus mejillas se cubrieron de escarlata debido a la vergüenza, pero Lara no pareció sorprendida.

—Hora de cenar, pequeñita —susurró de forma amable—. Tenemos una sopa riquísima que te va a sentar muy bien.

Los ojos de Margaret brillaron de forma intensa ante sus palabras. Ella no tardó en

marcharse apresurada y volvió a los pocos minutos con un tazón humeante en las manos. En cuanto se lo entregó, la pequeña no pudo evitar exclamar alegre al ver pedazos de carne y patata en el líquido. Por más que no intentó no consiguió comer despacio, más bien devoró el contenido de ese tazón con pánico a que se lo arrebataran de las manos antes de acabarlo.

Una vez vacío, Lara lo tomó con cuidado para desaparecer con él en dirección a la cocina. Cuando volvió donde estaba su pequeña invitada, la encontró tumbada en el sillón profundamente dormida. Despacio para no despertarla, colocó una manta sobre su cuerpecillo y apartó un mechón de su cabello chocolate para mirar unos instantes más su rostro blanquecino. Dibujó una sonrisa triste en los labios mientras escuchaba como la puerta se abría y no necesitó levantarse para saber que Cora había llegado a la habitación.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja justo al llegar a su lado.

—Ha caído rendida, *mon amour* —respondió y se apartó para que Cora pudiese verla—. Pobrecilla, estaba tan sucia, hambrienta y con los pies destrozados. ¿Qué quieres hacer con ella? Porque es muy joven para el negocio.

—Solo quería sacarla de la calle —dijo mientras pasaba el brazo por la cintura de la joven a su lado—. Ya se me ocurrirá algo, podemos tenerla de recadera o de ojos y oídos por la ciudad, es una culebrilla que puede sernos de mucha utilidad.

—O sea que has decidido adoptar a una chiquilla sin consultarme —respondió Lara con un intento de reproche en el que no pudo ocultar la risa—. Creo que deberías hablar este tipo de asuntos conmigo, *mon amour*, que por algo soy tu mujer.

—Si te has enamorado de ella nada más verla, mi amor —contestó y se unió a su risa—. La verdad es que no pensé demasiado cuando decidí traerla, pero qué vida le esperaba a ella sola en las calles. Aquí al menos puede tener un hogar.

—Has hecho bien en traerla —susurró mientras se acomodaba en su abrazo—. Cuidaremos de ella, juntas.

Cora no respondió. Besó la frente de su mujer con ternura, pues sabía que Lara tenía un corazón demasiado grande como para negarse a acoger a la pequeña. Ambas la miraron dormir en silencio algunos minutos hasta que Cora soltó su abrazo y se dirigió al sillón para tomarla en sus brazos.

—Vamos a buscarle una habitación —susurró para no despertarla—. Esta florecilla no tenía ni nombre cuando la encontré, creo que jamás ha tenido nada que poder llamar suyo. Démosle un lugar donde crecer, aunque sea lo único que podemos ofrecerle

MARGARET
CANTAR SEGUNDO: UN LUGAR AL QUE LLAMAR HOGAR.
IV



A la mañana siguiente, Margaret despertó despacio con una sensación extraña en todo el cuerpo. Parecía dormir sobre una nube y no había restos de cansancio en sus miembros, ni dolor anclado en su espalda.

Cuando escuchó como se abría la puerta, se enderezó casi de un salto para ver como Lara entraba en la habitación. Esta parecía dispuesta a no hacer ruido, pero al verla ya despierta le regaló una enorme sonrisa mientras se acercaba hasta tomar asiento en el colchón justo a su lado.

—Buenos días, angelito —saludó con un cariñoso gesto—. ¿Has dormido bien?

—No recuerdo cuándo me dormí o cómo llegué aquí —susurró avergonzada—. ¿He sido maleducada?

—Solo estabas muy cansada —respondió mientras hacía un aspaviento con la mano para restarle importancia—. Caíste en el sillón así que Cora te trajo aquí. ¿Te gusta tu nueva habitación?

—¿Es para mí? —preguntó asombrada—. ¿Para mí solita?

—Claro que es para ti —dijo alegre—. Te lo dije anoche, vamos a cuidarte. Cora y yo no dejaremos que te falte nada.

—¿A cambio de qué? —preguntó una vez más desconfiada—. Nadie es tan bueno. No sin motivo alguno.

—Bueno —respondió de forma suave—. Si te quedas con nosotras tendrás que ayudarnos, aquí todas colaboramos de un modo u otro. Cora encontrará una labor que puedas realizar.

Margaret asintió despacio justo antes de que Lara removiera sus cabellos, hecho que le provocó una risa suave a la par que sentía una nueva emoción desconocida. Quizás eso era lo que otros llamaban hogar y ella jamás había tenido.

Dejó la cama cuando ella la apremió a acompañarla, pues debía desayunar. La mención de comida hizo rugir su estómago, por lo que la siguió sin chistar por todo el lugar hasta terminar en

una cocina. Ahí Lara le pidió que se sentara mientras servía un vaso de leche fresca y cortaba unas rebanadas de una hogaza.

Margaret disfrutó del sabor dulzón del lácteo a la par que devoraba el pan. En ello estaba cuando llegó Cora y no tardó apenas unos segundos en acariciar sus cabellos para saludarla.

—Tengo mucho trabajo atrasado, florecilla —susurró al tomar asiento frente a ella—. ¿Te gustaría ayudarme con los libros de cuentas?

—¿Son libros de los que se leen? —preguntó con el rostro completamente sonrojado—. Porque yo sé contar monedas y sé cuantas necesito para comprar en el mercado, pero leer no sé.

Al escucharla, tanto Cora como su mujer alzaron las cejas de forma casi imperceptible. Lara empezó a reír de forma suave, como si sus palabras hubiesen sido las más graciosas mientras llamaba la atención de la otra mujer con unos toques en el hombro.

—Yo me encargo de las cuentas, *mon amour* —dijo entre risas—. Tú tienes un trabajo añadido ahora que has decidido adoptar a este angelito. Te toca empezar a educarla y enseñarle todo cuanto necesita para salir al mundo.

—Ya escuchaste, florecilla —respondió directamente hacia Margaret—. Termina el desayuno porque voy a enseñarte no solo a contar calderilla.

La pequeña dibujó una mueca en los labios coronados por el tono blancuzco de la leche, justo después terminó de engullir su último trozo de pan y se levantó casi de un salto. Sentía que tenía la energía de parar un tren. Cora tomó su mano, Margaret le sonrió abiertamente y ambas se marcharon de la cocina, no sin antes despedirse de Lara. La pequeña con un gesto de la mano y Cora con un suave beso lanzado al aire.

Los días fueron pasando a una velocidad vertiginosa. Cada mañana sin excepción Lara aparecía en su habitación y solía despertarla con cosquillas, por lo que empezaba la jornada entre risas. Desayunaba en compañía de esa mujer a la que empezaba a adorar con todo su pequeño ser y siempre esperaba impaciente a que Cora llegase a buscarla.

Cuando se encerraba con ella en el pequeño despacho que solía habitar, nunca sabía qué nuevos conocimientos iba a regalarse y ese hecho la estimulaba a la par que emocionaba. Con paciencia infinita le enseñó a leer, a escribir, a contar grandes cantidades con operaciones matemáticas y siempre alababa cada uno de sus pequeños progresos de forma tan alegre que hinchaba de orgullo su pecho al sentir que servía para mucho más que para robar a pobres incautos por las callejuelas.

Disfrutaba de la compañía de ambas, sobre todo cuando llegaba la noche y las dos juntas se sentaban a su lado para escuchar como leía en voz alta, cada vez con más acierto. Le encantaba observarlas y descubrir los gestos de ternura y amor profundo que se profesaban, eran las personas más fascinantes con las que se había topado en toda su vida. Por fin había encontrado un lugar al que llamar hogar.

Las semanas se volvieron meses y Margaret ya no imaginaba su vida lejos de ahí. No podía concebir sus días sin amanecer con Lara a su lado o sin sentir la presencia de Cora como una constante.

Pronto, las chicas que trabajaban en el lugar empezaron a llamarla con cariño «la pequeña florecilla de la madame» y no era extraño verla corretear por el salón entre risas, pues no era hasta que se dormía que abrían el negocio.

Cuando la creyó lista, Cora empezó a darle recados junto a pequeños trabajos, como apuntar en los libros cuánto dinero había gastado en víveres y cuánto habían ingresado para llevar la contabilidad. Ella solía obedecer a todos los mandatos con la inmensa alegría de sentir que estaba siendo útil para Lara y para ella, después de todo el cariño y la paciencia que le habían regalado las dos.

Con el tiempo, la palabra madre le salió de forma natural al dirigirse a Cora. La primera vez que se escapó de sus labios, ambas se habían quedado muy quietas, la pequeña con pánico y la mayor con asombro a la par que el corazón desbocado. Por primera vez desde que las estrellas decidieron enviarla a su vida para rescatarla en aquella callejuela, Margaret vio como los ojos de la mujer se cubrían de lágrimas. Por un instante se sintió terriblemente culpable por el daño que le había causado. Solo unos segundos, pues Cora la encerró en un fuerte abrazo mientras dejaba un beso en sus cabellos.

—Mi florecilla —susurró con la voz temblorosa—. No sabes cuánto te quiero.

☆☆☆

Pasaban los años mientras Margaret crecía en el seno de una familia que la amaba. Ella se convirtió en una joven muy inteligente a la par que bella. Sus ojos castaños brillaban alegres y ya no era ese saco de huesos hambriento que Cora rescató. Sus cabellos chocolate caían como una cascada de rizos por su espalda y enmarcaban un rostro siempre sonrosado que tenía una sonrisa dulce pintada en los labios.

Cuando cumplió los dieciséis, el mundo en el que vivían se abrió ante ella con un poco más de entendimiento, pero jamás osó juzgar la labor que sus madres hacían en el burdel. New World podía llegar a ser un lugar muy hostil mientras ellas ofrecían un sitio seguro a muchas chicas que no tenían dónde ir.

Su labor en el negocio seguía siendo llevar los libros de cuentas, por lo que no tardó en comprender que, a pesar de que no les faltaba clientela, el hecho de que Cora se encargase personalmente de abastecer de todo lo necesario para vivir holgadamente a cada chica junto a sus familias provocaba que los números descendiesen de forma drástica.

No sabía cómo se las arreglaba su madre para subsistir y el aguijón envenenado de una

idea se alojó en su mente hasta volverse una obsesión: necesitaba aportar con algo más que pequeños recados.

Por mucho que Cora y Lara intentaban apartarla de sus conversaciones, más de una vez las descubrió hablando entre susurros, preocupadas por el futuro, por su gente y cómo sobrevivirían si no conseguían saldar las deudas que asolaban cada vez con más fuerza. Los impuestos gubernamentales en su tipo de labor se elevaban con el paso de los meses y apenas tenían para saldarlos.

Cada vez que intentaba hablar de ello con Cora, esta cerraba la puerta de esa conversación de forma hermética, pues su intención era seguir protegiendo a su pequeña florecilla a capa y espada de todos los males del mundo. Ni a Lara ni a ella les había pasado desapercibido cómo solían mirar a Margaret los clientes y ante esos ojos hambrientos las invadía una sensación de angustia difícil de aplacar. Su pequeña no dejaba de ser una niña, a pesar de la indiscutible belleza de sus rasgos y ambas temían que terminase entre garras de lobos por una falsa esperanza de ayudarlas.

Con un nuevo libro de cuentas frente a sus ojos, suspiró hastiada justo antes de cerrarlo para guardarlo. Su madre le había enseñado que si había algo en la vida que nunca miente son los números y estos cada vez eran más alarmantes. O encontraban una solución o no sabía cómo salvarían el burdel, ni los puestos de trabajo de todas las mujeres que dependían del mismo si no querían acabar en un campo de refugiados del gobierno, donde encerraban a los ciudadanos que no aportaban a la sociedad.

Con la mirada cargada de decisión, Margaret dejó su mesa y recorrió con paso seguro el camino que la separaba del despacho de Cora. Debía escucharla. No quedaba más opción.

Llamó a la puerta con tres golpes suaves, esperó a que esta le diese su permiso para entrar y, al recibirlo, cruzó el umbral para enfrentarse a los ojos cansados de aquella mujer que se había vuelto su mundo entero en pocos años.

—Madre, debemos hablar —dijo sin rodeos mientras tomaba asiento frente a ella, tal y como le había solicitado con un gesto—. Necesitamos ingresos o no permanecerá abierto el local el mes que viene, ya casi no nos queda para pagar la renta.

—Siempre encontramos una solución a tiempo, Marga —respondió esta sin apartar su mirada de ella—. De peores situaciones hemos salido mamá y yo, no debes preocuparte.

—No es una preocupación vana, madre —susurró dispuesta a no dar su brazo a torcer—. Tú me lo enseñaste, los números son reales y estos dicen que no subsistimos si no conseguimos nuevos ingresos.

—Ese no es tu problema, florecilla —dijo con la mirada endurecida—. Y si vas a insinuar lo que creo, mi respuesta es un no rotundo. Eres menor y jamás te pondré en esa situación.

—Soy menor, pero a la vez mayor para entender cómo funciona nuestro mundo —increpó decidida—. Mi trabajo traería beneficios, de momento no soy más que una boca que alimentar y no estoy aportando nada. Si cierran este sitio decenas de familias se van a quedar sin sustento.

—Te he dicho que no, Margaret —dijo con la voz elevada como claro signo de enfado—. Encontraré una solución que no suponga permitir que mi hija de dieciséis años se convierta en prostituta.

—Tú eres prostituta, mamá lo es y a mí no me avergüenza ese hecho —respondió sin cesar en su empeño—. No comprendo por qué piensas que es un error que yo lo sea también.

—Porque nosotras no tuvimos más opción, ninguna de las mujeres bajo mi protección la tuvo —dijo al final con un suspiro cargado de miseria—. Tú, sin embargo, sí tienes opciones. Mereces una vida mucho mejor que esta y no seré yo quien te la niegue. Cuando te convertí en mi hija te prometí que siempre cuidaría de ti y es exactamente lo que estoy haciendo.

—Dices que quieres una vida mejor para mí —contestó entre susurros—. Pero cómo vamos a tener una vida mejor si nos arrebatan el único hogar que he conocido. Necesito ayudarte, madre.

—Quizás exista una forma —meditó Cora con la mirada perdida en un punto inexacto—. Solo debes jurarme que será bajo mis condiciones y que no te las saltarás en ningún momento.

—Dime que tengo que hacer y lo haré —respondió esperanzada—. Lo que sea necesario, madre. Quiero ayudarte a salvar nuestro hogar, es lo que más quiero en este mundo.

Tras perderse en sus pensamientos más de la cuenta y provocar que Margaret perdiese un poco la paciencia, Cora finalmente suspiró antes de mirarla a los ojos.

—Puedo ofrecerte como dama de compañía, sin cruzar ninguna línea más allá de pasar tiempo junto a los clientes que yo elija para ti —dijo al final sin mucho convencimiento—. Hay hombres o mujeres que solo buscan a alguien con quien hablar, se sienten solos. Esa será tu labor. Escuchar y acompañar, pero absolutamente nada más.

—Está bien, madre —aceptó sonriente—. Será como me pidas.

—Si alguien se extralimita —susurró de pronto con la voz afilada—. Sal corriendo y vuelve a casa, ya me encargaré yo de aleccionar a quien ose cruzar las líneas marcadas y te ponga en una situación comprometida.

—A veces creo que olvidas cómo me encontraste —respondió divertida y ambas se echaron a reír de forma nerviosa sin poder evitarlo—. Sé cuidarme, madre. No temas por mí, ayudaré a nuestra familia como mamá y tú me ayudasteis años atrás.

—Nunca podría olvidar cómo te encontré, florecilla —dijo de forma más tierna—. El impulso de llevarte conmigo fue el mejor regalo que me dio la vida junto a haber conocido a Lara. Es mi mayor certeza.

☆☆☆

Cora sabía de antemano que su mujer no iba a tomarse nada bien su decisión de ceder, en parte, a los deseos de Margaret. Lara la observaba desde el colchón con la mirada endurecida y un rictus en los labios que denotaban su enfado, por lo que suspiro antes de acercarse a ella y sentarse a su lado.

—No me parece nada bien esta idea tuya, Cora —susurró mortífera. Estaba realmente enfadada, pues la había llamado por su nombre y eran contadas las ocasiones en las que lo hacía —. ¿En qué pensabas? Tiene dieciséis, es nuestra niña, cómo has podido.

—Parece mentira que no conozcas a nuestra hija, mi amor —respondió tras suspirar—. Nada la habría detenido. Si no llego a ceder se habría metido ella sola en la boca del lobo. De esta manera al menos tenemos el control.

—¿El control de qué? —dijo quebrada—. La has visto, es un maldito caramelo que vas a lanzar en boca de hambrientos. ¿Quién te dice que no van a destruirla?

—No lo voy a permitir bajo ninguna circunstancia —aseguró convencida—. Además, la alternativa es mucho más aterradora, mi amor. O pagamos las deudas o la guardia nos desalojará y entonces todas las mujeres a nuestro cargo terminaran en uno de esos campos infames, nosotras detenidas y a saber qué harán con Margaret. No quiero ni pensar en ello, me entran náuseas.

A su lado, Lara sollozó de forma casi imperceptible mientras se dejaba caer sobre su hombro. Cora la atrajo en un abrazo que pretendía recomponerla. Ninguna de las dos terminaba de estar de acuerdo con el hecho de involucrar a su pequeña en ese mundo, pero no veían más opción.

—Prométeme que no le va a pasar nada a mi angelito, por favor —suplicó ahogada—. No podría soportarlo.

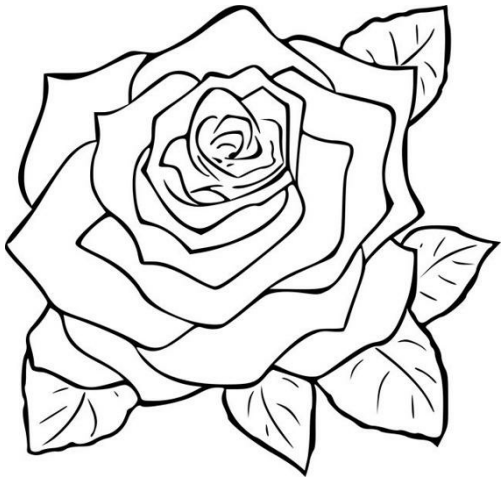
—No le ocurrirá nada, te lo aseguro —respondió con más convicción de la que sentía—. Es la mujer más tozuda, inteligente y valiente del mundo. Nos va a ayudar para que ninguna de las dos termine en la prisión estatal y no se pondrá en peligro.

Lara se mantuvo algunos segundos escondida en su cuello sin separarse de ese abrazo. Poco después pegó aún más sus cuerpos y elevó el rostro para buscar sus labios. Cora le regaló una tenue caricia antes de besarlos. Siempre habían sobrevivido contra viento y marea, esta vez no sería la excepción, no podía permitirlo.

REBECA

CANTAR TERCERO: PUNTO CIEGO

V



Isabel llevaba gobernando la familia Montés seis largos años con mano de hierro. Desde el mismo instante en el que recibieron aviso de que las cámaras se habían encendido y Toletum estaba en atena para todo New World, adoptó con maestría y aplomo su papel. Solo una idea poblaba su mente cada mañana en la que se disfrazaba de la señora Montés: Proteger a Rebeca.

Su hija tenía una facilidad inmensa para sacarla de quicio debido a su gran parecido con Sandro, ya que de él había heredado su espíritu indomable. Le había costado sudor y lágrimas apartarla de cualquier problema en el que solía meterse.

Los primeros meses de su encierro, Beca pensó que la mejor afición con la que entretenerse sería buscar una salida de Toletum.

Más de una vez terminó en el palacete magullada por cortesía de los guardias gubernamentales que, infiltrados entre los ciudadanos o la propia guardia del palacete, conseguían atraparla en una de sus inquisitivas búsquedas, del todo infructuosas.

Los únicos que parecían comprenderla y aplacaban esas ansias de meterse en problemas eran sus amigos, James y Arthur. Desde que esa pantomima había dado comienzo, Eva y ella misma habían intercambiado misivas y cogieron por costumbre verse en un claro del bosque apartado.

Blanchard había descubierto que ahí no había cámaras, por lo que cada luna nueva sin excepción procuraban juntar a los niños en el mismo. Ese pequeño acto de desobediencia les permitía hablar sobre su situación, mientras sus hijos y Arthur jugaban a trepar árboles o a construir cabañas en las copas. Eva era lo más cercano a una amiga real que Isabel tenía ahí dentro. Siempre sabía cómo proceder o qué decisiones tomar para mantener la farsa de Toletum y, por ende, sus vidas a salvo.

Rebeca solía escucharla más que a ella misma, por lo que entre las dos conseguían de algún modo aplacarla.

Con el tiempo, ambas redujeron sus conversaciones a misivas, aunque sus hijos seguían escapando al claro del bosque para pasar una noche juntos y disfrutar de esa bonita amistad que crecía cada año. Ni Eva ni la propia Isabel sintieron el valor de impedirlo, pues en cierto modo sabían que esas reuniones clandestinas eran una necesidad para los tres. Les servía para olvidar ese infierno algunas horas.

Rebeca había cumplido dieciséis y, si en su infancia fue una niña difícil, como adolescente era un auténtico terremoto implacable. Su madre temía cada vez más por ella, al ver en su mirada castaña el desafío que nada lograba apagar. Y ese no era el mayor de sus problemas.

Con los años, se había vuelto una muchacha bellísima que captaba todas las miradas en cuanto aparecía en cualquier estancia. Sus cabellos castaños siempre estaban recogidos en una trenza por lo que su rostro quedaba a la vista, fiero, levemente sonrosado y con los labios en una mueca permanente de descaro. Solía vestir de negro por entero, con una capa que ondeaba al viento y una espada en el cinto.

Ya no se entretenía en cruzadas imposibles para encontrar la salida de Toletum, puesto que había descubierto que era mucho más divertido sacar de sus casillas a toda la guardia con sus actos imprudentes, como cruzar la frontera en pleno día y batirse en duelo con caballeros afines a los Blanchard.

Por eso mismo el hecho de recibir la visita de un nuevo guardia gubernamental asignado a la familia Montés no le sorprendió en absoluto. En cierto modo lo estaba esperando, pues esa era la respuesta del Gobernador a la actitud de su hija. Había decidido ponerle un guardaespaldas y no tenía ni idea cómo se tomaría Beca el asunto, si lo encontraría una ofensa o un halago al saber que ponía nervioso a ese hombre que les había robado su vida.

Le dio audiencia de inmediato en una salita que usaba para conversaciones de carácter privado. El Gobernador había sido indulgente y en ese lugar le ofrecía un poco de intimidad, ya que era donde solían discutir fallos de guion y no podía permitir que ese tipo de asuntos se diesen ante las cámaras.

En cuanto le tuvo delante, lo primero que pensó fue en que ese pobre muchacho era un crío, no mayor que la propia Rebeca. Lo observó en silencio algunos segundos, lo suficiente como para ponerle algo nervioso ante su imponente mirada.

—Me llamo Erik Jacobs, señora —dijo al final para cortar la tensión—. Para servirla.

—Así que tú vas a ser el custodio de mi hija —respondió de forma dura—. ¿Qué edad tienes? ¿Es que acaso ya no quedan hombres para servir en el ejército? No esperaba que el Gobernador me enviara un niño.

—Tengo diecisiete, señora —contestó cohibido—. Pero he superado mi instrucción, soy perfectamente capaz de proteger a la heredera Montés.

—No dudo de tu capacidad, Jacobs —dijo sin mutar el gesto—. Dudo de que sepas dónde te estás metiendo. Esto no es New World, es Toletum y en mis tierras yo soy la ley, la máxima autoridad. ¿Entiendes eso?

—Sí, señora —respondió con prisa—. Me pongo a su disposición por entero.

—Sé que tus órdenes son vigilar e informar de todo cuanto hace o dice mi hija —susurró de forma mortífera—. No voy a interponerme, no me gustaría que perdieras la vida a tan corta edad por desobedecer al mismísimo Gobernador. Pero, si no quieres que sea yo quien pida tu cabeza, cumplirás tu cometido sin acercarte a ella un ápice y sin tocar un solo pelo de su cabecita.

—Así lo haré —contestó con la voz ligeramente temblorosa—. He jurado protegerla, no voy a ponerla en peligro.

—No es ella la que me preocupa, eres tú —dijo sin poder evitar mirarlo con compasión —. Hombres mucho más experimentados en el campo de batalla se han rendido ante mi Rebeca, es indomable. Y si no deseas que yo misma termine con tu corta vida sabrás guardar silencio e informar solo lo justo y necesario sobre sus pesquisas.

Con un ligero tembleque, ya que estaba convencido de que Isabel no estaba amenazando en vano, asintió de forma efusiva, hecho que provocó en la señora Montés una sonrisa.

—Enviaré mis informes bajo su supervisión, señora —prometió solemne—. No deseo causaros ningún mal ni a vos ni a Rebeca.

—Bien —respondió para dar por finalizada la conversación—. Cuando se digne a aparecer podrás conocerla, ese será vuestro único contacto directo tal y como me has prometido.

Tras sus palabras, se levantó de la silla donde había permanecido toda la conversación. Justo después, ambos se dirigieron a la puerta. Isabel, antes de abrirla, colocó la mano en el hombro del soldado, por lo que se miraron unos segundos a los ojos.

—Recuerda, Erik, que un Montés recompensa la lealtad —susurró despacio—. Ahora perteneces a la casa Montés y aquí es donde debe residir la tuya.

☆☆☆

Para el joven soldado, decir que Rebeca era la chica más impresionante que había visto en su vida se quedaba corto. Tras su conversación con Isabel, ambos se habían dirigido a la entrada del palacete, puesto que la señora estaba dispuesta a enviar algún emisario en busca de su escurridiza hija.

No hizo falta dicha tarea, ya que nada más atravesar el gran portón, la vieron llegar a

lomos de su corcel y Erik sintió que no podría dejar de mirarla en todo lo que le quedaba de vida.

Llevaba el cabello inusualmente libre, bailaba con el viento al compás del alegre trote de su montura y competía en dicha tarea con la capa oscura que sobrevolaba desde sus hombros. La sonrisa en su rostro estaba cargada de picardía y aceleró tanto su pulso que llegó a creer que su corazón terminaría estallando.

En cuanto llegó, aminoró el trote del caballo hasta detenerlo justo frente a ellos, sin apearse del mismo. Sus miradas se cruzaron, pudo leer en esa laguna castaña la curiosidad que le había despertado y no fue capaz de pronunciar una sola palabra.

—Veo que os dignáis a aparecer, Rebeca —dijo Isabel a su lado con el ceño fruncido—. ¿Puedo saber qué asunto os ha llevado a cabalgar tan temprano?

—Intentaba aleccionar al tabernero, madre —respondió con una leve risa—. Al parecer no entiende que la heredera Montés no acepta un no por respuesta.

—¿Habéis intentado entrar en la taberna? —preguntó entre susurros escandalizados—. Rebeca, está prohibido para vos ese lugar. Aún sois una niña.

—Pronto dejaré de serlo —dijo a la par que saltaba de su montura para tomar tierra—. Solo deseaba divertirme, madre. No he cometido delito alguno.

—No sé por qué será que no os creo en absoluto —respondió con la ceja alzada—. Decidme que no voy a recibir al tabernero pidiendo excusas por alguna de vuestras fechorías.

Rebeca empezó a reír al escucharla, la alcanzó con algunos pasos largos y, tras tomar sus hombros con las manos, besó su mejilla de forma sonora, por lo que redujo visiblemente el gesto serio de Isabel.

—Tranquilizaos, madre —susurró de forma suave—. Solo grité algún improperio cuando me cerró la puerta en la cara. No hay heridos.

Isabel giró los ojos al escucharla para terminar dibujando una sonrisa en el rostro a la par que negaba con la cabeza. Su hija jamás tendría remedio.

—Aún así, vuestras aventuras me han obligado a tomar medidas para protegeros incluso de vos misma —dijo al final y se hizo a un lado para dejar a la vista al joven soldado que seguía sumido en una muda contemplación de la muchacha—. Os presento a Erik Jacobs, él será vuestro custodio a partir de este momento.

Rebeca no tardó en clavar su mirada una vez más en el soldado. Lo inspeccionó de arriba abajo con infinita curiosidad y ensanchó la sonrisa cargada de picardía que siempre solía dibujar.

—Lo siento por vos, Erik —susurró mientras reía internamente al ver como enrojecía—. Titánica tarea os han encomendado.



Con la llegada de la luna nueva, Rebeca no tardó en prepararse para escapar del palacete. Era para ella el día más sagrado de todos, pues se reuniría con James, al que echaba terriblemente de menos, y con Arthur, a quien veía más a menudo, aunque no con la libertad que el bosque les ofrecía.

Se vistió acelerada, esperó paciente a que todos los sonidos del palacete cesaran, se escabulló como un lagarto y no tardó en llegar a las caballerizas donde Arthur ya la estaba esperando.

En completo silencio para no delatar su orquestada fuga, ambos salieron a galope por el camino que conocían de memoria mientras ella se perdía en sus pensamientos y, sin que pudiera evitarlo, estos se llenaban con un rostro cubierto de rubor que no podía sacarse de la cabeza: Erik Jacobs.

Desde que el soldado había aterrizado en la familia Montés para vigilarla, se había vuelto el motivo de todos sus desvelos. No podía dejar de apreciar su mirada verde profunda, siempre en la lejanía como una constante. De pronto, todas las rimas de su libro empezaban a cobrar sentido. No podía detener su pecho enloquecido cuando compartían miradas y él le sonreía. Era el hombre más guapo del mundo y despertaba con su presencia un cosquilleo antes desconocido para ella. Su estómago se sentía extraño, temblaba cuando por azar se acercaban más de la cuenta y podía acariciar el dorso de su mano unos segundos.

Sabía que Isabel había prohibido expresamente a Erik que rompiese las distancias con ella y la odiaba un poquito por haber tomado dicha decisión. Se moría por conocerlo a fondo, descubrir todos sus sueños y compartir los propios con él. Disfrutaba al leer los nervios en sus gestos cuando le regalaba una de sus miradas castañas, cargada de tantas palabras que se moría por decir y no podía debido a la lejanía.

Cuando llegaron al claro, James ya estaba ahí esperándolos, por lo que salieron disparados en su dirección con un río de risas alegres. Los abrazos no tardaron en darse, al igual que golpes cariñosos mientras los ojos de los tres brillaban de emoción. Una luna nueva más podían disfrutar de ser solo James, Arthur y Rebeca sin papeles que interpretar.

Ella estaba mucho más callada de lo normal. En cuanto tomaron asiento en el mismo tronco de siempre, se dedicó a lanzar guijarros para golpear los árboles mientras James y Arthur discutían cualquier asunto al que no prestó atención. Se sentía flotar en una nube en la que Erik era su único pensamiento coherente.

Solo aterrizó cuando James golpeó su hombro y le obligó a fallar su puntería perfecta, hecho que le provocó un quejido molesto antes de fulminar a su amigo con la mirada.

—¿Qué te pasa, Beca? —preguntó de forma suave—. Normalmente no hay forma humana de hacerte callar. Hoy aún no has dicho una sola palabra.

Con el rostro enrojecido al sentirse pillada, observó a sus amigos ya que estos la miraban

curiosos, al parecer muy intrigados por conocer qué locura nacía en su cabecita.

—No sé qué me pasa —respondió sincera—. O a lo mejor sí, creo… ¿cómo sabes si te has enamorado?

—Menuda pregunta más estúpida —respondió Arthur mientras ambos reían a carcajadas —. ¿Te has enamorado, Beca?

—No puedo dejar de pensar en él —confesó tras suspirar—. Es tan apuesto, con los ojos verdes más bonitos del mundo. Me mira y todo gira muy deprisa, siento como me hormiguea el estómago y la necesidad de salir corriendo hasta él.

—Pues parece que sí que te has enamorado —intervino James sonriente—. A mí me pasó lo mismo con Koldo, el mozo de cuadra. Pero no le gustaba precisamente, prefería a las mujeres.

—¿Quién es? —preguntó Arthur de forma curiosa—. ¿Le conozco?

—Es Erik —respondió con un suspiro muy largo—. Mi maldito guardaespaldas. El mismo que no se acerca a más de un metro por miedo a que mi madre le corte el cuello.

—No sabía que tenían guardaespaldas —dijo James tras una carcajada.

—Se lo ha puesto el Gobernador —susurró Arthur más serio—. Estás jodida, Beca. Te has pillado por un guardia gubernamental. Se te ha ido la cabeza por completo. Como vaya a mayores y lo descubran estarás en el peor lío de tu vida.

Ella no respondió. Se dejó caer pesadamente sobre el pecho de James para que este la abrazara desde atrás, suspiró hondo y cerró los ojos para evitar que se le escapase una lágrima nerviosa.

Al cabo de unos segundos había logrado recuperarse, por lo que volvió a su rostro la sonrisa.

—Entonces tendré que procurar que no nos pillen —susurró decidida—. Sé que él también desea estar conmigo, me basta ver cómo me mira. Encontraré la manera de acceder a mis deseos. El Gobernador ya me ha quitado mi vida y mi libertad, no puede arrebatarme también la alegría de enamorarme.

☆☆☆

Erik se sentía completamente desquiciado y el motivo de su locura tenía un nombre que no lograba sacar de su mente: Rebeca Montés.

Casi desesperado buscaba su rostro por doquier. Su agradable tortura. Ella era tan magnífica y bella que no podía dejar de mirarla con el vientre encogido a la par que un deseo, antes desconocido para él, trepaba bajo su piel, quemaba en sus entrañas.

Rebeca lo incitaba con todas sus miradas. Podía leer que la joven se sentía igual por lo que una mezcla de dolor y euforia acompañaba sus días. Luchaba en carne viva por no dejarse

arrastrar y liberar toda emoción intensa que ella le provocaba. Su lealtad hacia Isabel y hacia el Gobernador le impedían correr a sus brazos, aunque cada día le costaba más refrenarse.

Con una nueva jornada finalizada, se retiró agotado a los aposentos que usaba en el palacete donde pensaba caer rendido tras dibujar una y mil veces el rostro de Rebeca en su mente, quizás de esa manera lo acompañaría en el mundo de los sueños.

Entró al lugar decidido a acostarse de inmediato, cuando su mirada se fijó en un papel pulcramente doblado sobre la almohada.

Ese hecho despertó su curiosidad, por lo que atrapó la nota y tardó menos de un segundo en leerla.

«Reúnete conmigo en las caballerizas, la última cuadra siempre permanece vacía.»

No estaba firmada, pero creía intuir de quién se trataba la misiva ya que el lugar citado era un punto ciego dentro del palacete, un lugar oculto. Tardó algunos minutos en respirar para darse valor, sopesó todos los contras que le acarrearía cumplir semejante petición y suspiró muy despacio.

A pesar de que eran innumerables las consecuencias nefastas, necesitaba poner fin a la locura que Rebeca había desatado en su interior, por lo que abandonó la habitación y con pasos rápidos recorrió cada pasillo con una sola idea en mente: llegar a las caballerizas donde deseaba que ella lo estuviese esperando.

Cuando llegó, recibió una sensación desoladora y fría al ver el lugar vacío. Quizás había tardado demasiado, era una broma de mal gusto o una trampa de Isabel para comprobar por sí misma si cumplía su orden expresa de mantener las distancias con su hija.

Iba a marcharse completamente decepcionado, pero al girarse sus ojos verde intenso se cruzaron con la mirada chocolate de Rebeca por lo que ambos se quedaron muy quietos al comprender que eran pocos los metros que les separaban.

—Has venido —susurró ella con esa maldita sonrisa que lo enloquecía—. No estaba segura de encontrarte y me aterraba no hacerlo.

—No puedo acercarme, Rebeca —respondió también entre susurros—. Se me ha dado una orden.

—Lo sé, mi madre te lo ha prohibido —dijo ella mientras empezaba a caminar para acortar la distancia que aún los separaba—. Pero también sé que necesitas estar a mi lado tanto como yo al tuyo.

—No debo… —contestó tras un suspiro—. Necesito sacarte de mi cabeza o me vas a

volver completamente loco.

Cuando terminó de alcanzarlo, la joven Montés obvió las palabras del soldado ya que no deseaba escucharlas. Colocó despacio la mano sobre su mejilla y ambos temblaron ligeramente ante el contacto.

—Erik, por favor, mírame —suplicó en susurros.

Él no tuvo fuerzas para negarle su pequeña demanda. Sus ojos volvieron a chocar y al leer en el marrón oscuro de Rebeca sus anhelos, sintió cómo todos los muros que se empeñaba en construir para mantenerla alejada se rompían en un millón de pedazos.

—De cerca tus ojos son mucho más bonitos —dijo y terminó de robarle la poca cordura que aún guardaba.

Empujado por su deseo, tomó a la joven por la cintura y la apoyó con la espalda contra la pared de madera. Mantuvo la mirada fija en sus ojos unos segundos mientras Rebeca le acariciaba el rostro. No pudo soportar la idea de marcharse de ahí sin responder a la mayor de sus incógnitas: Cómo se sentiría si unía sus labios, aunque solo fuese una vez.

No pensó en nada más, los contras se habían resquebrajado, pues qué había de malo en enamorarse si ella era la mujer más fascinante del mundo entero.

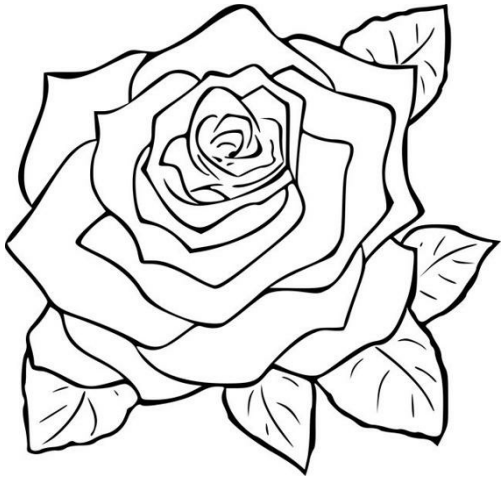
Quebró con prisa la poca distancia entre sus labios, Rebeca se aferró a sus hombros y ambos se entregaron a tan dulce colisión. La besó lento, suave, casi tanteante, pues si no era más que un sueño deseaba disfrutar cada segundo del mismo. Ella lo recibió de forma torpe, aunque decidida. Abrió los labios para regalarle cada centímetro de sí misma por lo que su pulso se disparó.

Se había enamorado como un idiota de aquella chica y, enganchado a su boca, supo que sería capaz de entregarle su vida entera sin dudar un solo instante.

REBECA

CANTAR CUARTO: CONTROL DE POBLACIÓN

VI



De todas las emociones que Rebeca había sentido a lo largo de su vida, enamorarse se había vuelto su favorita. Desde el momento en el que Erik decidió apostar por ambos y la besó en las caballerizas vivía en una nube constante de felicidad cargada de aventura y risas.

Él seguía su papel, fingía cumplir la lejanía impuesta por Isabel y le regalaba sus miradas cargadas de mensajes cifrados que solo ella comprendía. El deseo pintado en sus ojos verdes despertaba las mariposas furiosas en su estómago y adoraba sentir que podía volar sólo con tenerlo cerca, anclada a cada beso que ocultaban en las caballerizas.

Pocos meses después del primero, empezaron a citarse en lugares distintos. Ocultos entre la espesura del bosque reían sin poder detener la alegría que sentían al estar tan cerca. Rodaban sobre la fresca hierba sin romper el contacto de sus labios. Se adoraban cada segundo y retrasaban la hora de decirse adiós tanto como sus obligaciones lo permitían.

Se creían eternos, imparables e inquebrantables al estar unidos. Con el tiempo pasando irrefrenable, más se acercaban, más se querían. Ambos se juraron amarse una y mil veces bajo las estrellas e incluso Rebeca llegó a invitarle más de una vez a sus escapadas de luna nueva donde se reunía con sus amigos.

Arthur y James, siempre leales a su adorada Rebeca, guardaban con celo el secreto de ese amor que su amiga profesaba por el joven soldado, al que finalmente llegaron a tomar cariño, en gran parte al comprobar que sus sentimientos por ella eran intensos a la par que sinceros.

Tras un año desde ese primer beso con el que construyeron su burbuja perfecta donde nada malo podía pasarles, se encontraron en uno de sus rincones del bosque para sentir ese resquicio

de libertad que les otorgaba quererse.

La poca razón a la que de vez en cuando se aferraban fue eclipsada por el deseo. En sus últimos encuentros, sus besos y caricias se habían vuelto mucho más atrevidas, aunque frenaban cuando sentían que podía escaparse de control la situación.

Hasta el momento en el que no hubo fuerza capaz de detenerlos. Rebeca suplicó entre besos, Erik desató cada uno de sus deseos y, sin pensar un solo instante en las consecuencias, se entregaron bajo las estrellas.

Para la joven Montés fue el momento más especial de su corta vida. En cuanto le sintió quebrar cada barrera que aún quedaba entre ambos, tan torpe y nervioso, tan enamorado que no podía dejar de mirarla ni un solo instante. Supo que si existía la felicidad llevaba por nombre ese cosquilleo de placer que terminó explotando bajo su piel, con el nombre de Erik en sus labios.

☆☆☆

Arthur se sentía angustiado pues hacía días que Rebeca se había encerrado en su habitación con la excusa de estar indispuesta. Isabel había confirmado ese hecho, pues al parecer la joven tenía el estómago revuelto y no conseguía retener alimento en el mismo.

Al tercer día sin noticias y tras la luna nueva, donde por primera vez en siete años Rebeca no había aparecido en el claro, su preocupación creció, por lo que decidió colarse en sus aposentos para comprobar cómo se encontraba de primera mano. Quizás había discutido con Erik y por eso se mostraba tan distante.

Entró al lugar sin anunciarse por si acaso esta lo echaba con un grito. Al verla, dibujó un gesto de incógnita mientras sus nervios crecían, pues no recordaba un solo momento junto a Rebeca en la que se mostrase asustada. La joven que le devolvía la mirada estaba aterrorizada.

Con prisa cruzó toda la estancia dispuesto a calmar cualquier tormenta de su amiga. Al alcanzarla, Beca se lanzó a sus brazos temblando.

—¿Qué tienes, Rebeca? —preguntó asustado sin soltarla—. ¿Estás enferma?

—Peor que eso —respondió con tanta angustia que terminó de incendiar su preocupación —. Hace dos meses que no sangro y tengo náuseas todo el tiempo.

—Explicate, porque como sea lo que estoy pensando es muy grave, Beca — exigió acelerado.

—Lo es —dijo con un hilo de voz—. Solo lo hicimos una vez, no pudimos frenar y eso ha sido suficiente.

—Estás embarazada —afirmó entre susurros aterrados.

—No sé qué voy a hacer —dijo ella con la mirada cargada de lágrimas—. Mi madre va a matarme y si no lo hace ella quien me asesine será el Gobernador.

—Creo que tengo una idea para evitar un final tan desastroso para ti —dijo tras tomar

asiento a su lado sin soltar su abrazo—. Pero no creo que te guste ni un poquito.

—No pienso deshacerme del bebé —respondió con la voz endurecida—. Sería un suicidio sin apenas material médico. Además qué culpa tiene la criatura de que yo sea una idiota.

—Yo estaba pensando más bien en una boda —dijo él y captó su atención—. Cásate conmigo, Beca. Le diremos al mundo entero que es mío, el Gobernador jamás sabrá que te has saltado sus normas y tu madre tampoco.

—Esa es la idea más estúpida que has tenido en toda tu vida, Arthur —respondió airada—. El Gobernador no ha dado orden de que deba casarme, sería rebelarse contra él de todos modos. Y tú eres prácticamente mi hermano, es asqueroso.

—No se me ocurre nada mejor —dijo él de forma suave—. Una boda no autorizada no es lo mismo que un bebé no autorizado. Este es mucho más difícil de justificar. Si nos casamos, tu embarazo tendrá una explicación lógica y él te dejará en paz.

—No creo que Erik esté de acuerdo con tu plan —contestó tras meditar unos segundos.

—Lo estará porque entenderá que estamos haciendo lo mejor para ti —susurró al final a la par que retiraba una lágrima de su mejilla—. Hagámoslo cuanto antes, para que sea creíble que di en la diana la primera noche.

—Eres imbécil —respondió con una sonrisa nerviosa en los labios—. Ahora dime cómo se lo explicamos a mi madre.

—Cuando salgamos de la iglesia no podrá decir nada, ya estará hecho —aseguró convencido—. Cambiate, no querrás casarte en camisón. Nos vemos en media hora, más o menos, en el templo.

Tras sus palabras, Arthur se marchó con prisa a la otra punta del palacete donde estaban sus estancias. Se cambió con sus mejores galas a la mayor velocidad que le permitieron sus nervios y salió disparado para llegar puntual.

Suspiró al ver que Rebeca lo estaba esperando en las puertas de la iglesia con un sencillo vestido blanco y una corona de flores silvestres, lo único que había podido improvisar debido al poco tiempo del que disponían.

Tomó su mano y juntos entraron a la iglesia. El sacerdote junto a algunos aldeanos que estaban en el lugar los miraron con las cejas alzadas, pero ninguno osó interponerse cuando la heredera Montés anunció que su deseo era casarse con Arthur de inmediato. Todos pensaron que estaban interpretando bajo la orden del Gobernador, por lo que siguieron su juego.

Tras las palabras del clérigo que anunciaban la legitimidad de su unión, Arthur acarició sus labios en un beso casi efímero. Ambos sellaron de esa manera su farsa con el corazón acelerado mientras las campanas repicaban de forma alegre como anuncio para los habitantes de la zona Montés de que se había celebrado una ceremonia de tamaña importancia.

Al salir del templo, una lluvia de gritos alegres les recibió, puesto que el resto de los

habitantes habían acudido con prisa y también creyeron estar interpretando su papel. La guardia no tardó en presentarse con los rostros serios para custodiarlos al palacete.

En las puertas del mismo, pudo ver a Isabel con un rictus de ira en los labios. Sabía que su madre se iba a enfadar muchísimo con ella, pero había hecho lo necesario para sobrevivir.

La señora Montés, al conocer en boca de algunos de sus allegados que Rebeca había cometido la osadía de contraer matrimonio sin permiso alguno, intentó mantener la calma y preparar en tiempo récord un convite para fingir que esa pantomima estaba pactada de antemano.

Mientras todos reían, bebían a costa de la fortuna Montés y llenaban sus barrigas, Isabel atrapó a su hija por el brazo y la arrastró a su sala de reuniones realmente furiosa. Una vez fuera de ojos u oídos indeseados, la miró con tanto miedo que provocó un sentimiento de culpa intenso en el vientre de Rebeca.

—¿Qué has hecho, Beca? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿Tienes acaso una ligera idea de lo que va a acarrear un acto de insubordinación de estas características? Te has casado sin consentimiento.

—Mamá, tienes que confíar en Arthur y en mí —susurró nerviosa—. Sabemos bien lo que estamos haciendo.

—¿Qué te ha llevado a cometer una locura así? —preguntó una vez más angustiada.

—Que he sido una inconsciente y una idota, mamá —respondió con lágrimas en los ojos —. Esta boda tapará mi verdadero error y me mantendrá a salvo, te lo prometo.

—¿Qué error? —volvió a preguntar en un susurro—. Déjame ayudarte, mi amor. Confía en mí, por favor.

—Estoy en cinta —susurró con el rostro enrojecido—. La boda no es más que una treta para justificar que tendré un hijo.

Al escucharla, Isabel tardó algunos segundos en comprender que no era una burla o broma de su obstinada hija. La mirada de Rebeca estaba tan cargada de miedo que no podía estar mintiendo.

Con cuidado, la encerró en medio de sus brazos y estrechó ese gesto protector nada más notar el leve tembleque de su pequeña.

—Todo saldrá bien, mi amor —susurró con más aplomo del que realmente sentía—. Has hecho bien, actuaste antes de que fuese tarde. Esperemos que sea suficiente para el Gobernador.

☆☆☆

Explicarle a Erik por qué de la noche a la mañana se había casado con su mejor amigo fue uno de los momentos más difíciles a los que se había enfrentado.

Él la miró en silencio mientras ella temblaba cargada de dolor y sombras. Le quería tanto

que no podía imaginar que le perdía.

Tras sus explicaciones, Erik la encerró en un abrazo que consiguió recomponerla un poco por dentro. Al romper el contacto pudo ver una sonrisa en sus labios y lágrimas en sus ojos verdes.

—¿Vamos a tener un hijo, Beca? —preguntó entre susurros, como si necesitase confirmar dicha noticia.

—A ojos del mundo, Arthur será el padre, mi amor —respondió cabizbaja—. Necesito que lo entiendas. Sabes en qué tipo de mundo vivimos y el precio que pagaremos si se descubre el engaño. Te arrancarán de mi lado.

—Puede que el mundo crea que Arthur es su padre —dijo con la mano sobre su vientre donde dejó una pequeña caricia—. Pero tú y yo sabremos la verdad. Lo veré crecer y lo amaré, aunque para él solo sea un guardaespaldas.

—No te enfades conmigo por haberme casado sin decírtelo —suplicó tras un suspiro.

—Arthur hizo lo que debía —respondió sin dejar de mirarla—. Te ha protegido cuando yo no podía hacerlo, siempre le voy a estar agradecido por ello.

Rebeca no pudo evitar buscar sus labios al escucharlo, él la besó entre risas. Quizás no era la manera en la que había deseado formar su familia, pero junto a su adorada Beca todo tenía que salir bien. No concebía un futuro en el que no fuese de esa manera.

☆☆☆

Los meses pasaban y traían con ellos todos los cambios que la joven Montés esperaba casi impaciente. Durante ese tiempo se dedicó a pasear por los poblados de la mano de Arthur mientras ambos fingían con gran maestría estar profundamente enamorados. Su vientre se abultaba y pronto ya había corrido por todo Toletum la feliz noticia de que la heredera Montés iba a traer un hijo al mundo.

Su esposo seguía juntándose con James en el claro del bosque, aunque ella prefería quedarse en el palacete debido a que no deseaba cabalgar en su estado. Esas noches en las que Arthur se marchaba, Erik ocupaba su lugar en el lecho y disfrutaban de un pequeño paréntesis en la vida fingida que estaban interpretando.

La ausencia de mensajes por parte del Gobernador consiguió que, tras el sexto mes de su embarazo, tanto Isabel como ella misma se relajaran, ya que parecía que su treta con esa boda ficticia había dado el fruto deseado.

Cuando llegó el momento en el que su hijo quiso llegar al mundo, lo hizo también el miedo. Al sentir como sus ropas se encharcaban, su mirada se cubrió de ilusión y pavor por partes iguales mientras llamaba a gritos a su madre. Esta no tardó ni dos segundos en movilizar a

todo el servicio del palacete para ayudar a Rebeca en su alumbramiento. La tumbaron en el lecho, Isabel tomó su mano mientras Arthur aparecía como un torbellino y se posicionaba para regalarle fortaleza.

Cuando la joven Montés empezó a quejarse de dolor debido a las primeras contracciones, el ambiente de emoción cargada de nervios y alegría que envolvía la alcoba se vio quebrado con la irrupción de la guardia gubernamental.

Antes de que su madre o su marido pudieran intervenir, los apartaron de ella mientras la cogían en volandas y la colocaban sobre una camilla con la intención de trasladarla a otro lugar.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Isabel alarmada—. No pueden llevársela, está de parto.

—Son órdenes del Gobernador —respondió un soldado a la vez que sus compañeros emprendían el camino hacia el pasillo—. Debemos trasladarla al hospital de inmediato. No puede parir aquí, no es seguro para ella.

—Entonces yo también voy con mi hija —dijo Isabel con la voz dura—. No va a alumbrar ella sola.

—No estará sola —respondió de forma autómata—. Y solo podemos sacarla a ella. El Gobernador se ha arriesgado mucho al apagar las cámaras para que pudiéramos entrar a buscarla.

Sin poder evitarlo, Isabel vio como Rebeca, con una mueca de dolor y miedo, desaparecía. Corrió tras ella por los pasillos hasta que escuchó como cerraban la puerta de un vehículo justo antes del rugido de un motor. No consiguió alcanzarla a tiempo, pues solo logró vislumbrar una ambulancia que se alejaba del palacete llevando en su interior a su hija más allá de Toletum y, por ende, de su zona de control.

☆☆☆

La joven Montés no comprendía porqué la habían trasladado a un hospital militar, ya que el parto no fue en exceso difícil. Se había dado de forma natural y a las pocas horas acunaba con ternura a su pequeña hija entre los brazos. Había tenido una niña.

Nada más nacer había llorado de forma estridente, por lo que estaba sana y fuerte. Verla por primera vez después de tanto tiempo soñando con ella pinzó su corazón que cayó rendido ante la cara diminuta de su bebé.

No supo cuánto pasó contemplándola, simplemente cantó de forma suave para ella mientras dormía y ni se inmutó cuando se abrieron las puertas por las que entraron varios hombres con batas blancas junto al Gobernador.

Este se acercó a la cama con un gesto muy serio e hizo una señal con la mano. Fue entonces cuando Rebeca se percató de su presencia y sintió algo de miedo, pues jamás había

tenido un encuentro cara a cara con el dueño del mundo.

—¿Qué voy a hacer contigo, Rebequita? —susurró y su voz envió un escalofrío por todo su cuerpo—. ¿Sabes en qué situación me has puesto con tus estupideces?

Antes de que pudiese responder, uno de los supuestos doctores arrancó a su hija de entre sus brazos. Esta empezó a llorar, por lo que Rebeca trató de alcanzarla sin conseguirlo al verse inmovilizada por el resto de personal médico. No tardaron en colocar unas correas en sus muñecas, así como en sus tobillos, por lo que contempló aterrada como la alejaban de su pequeña.

—¿Qué van a hacer? —preguntó tan asustada que su voz sonó como un murmullo—. Por favor, diles que me la devuelvan.

—Van a arreglar tu desastre —respondió con la voz helada—. Mientras se deshacen de ese problema que has parido he dado orden de que se encarguen de que no cometas jamás el mismo error. Simple control de la población, Rebeca. No es nada personal.

La joven Montés no tuvo tiempo ni de gritar al comprender que el Gobernador había dado orden de que mataran a su pequeña hijita. Uno de esos infames doctores clavó una aguja en su brazo y tardó muy poco en sentir como sus ojos se cerraban a la oscuridad más absoluta.

Cuando despertó, no fue capaz de descubrir dónde se encontraba o cuánto tiempo había pasado en la inconsciencia. Todo su cuerpo le dolía y seguía atada a la cama.

Parpadeó varias veces adormilada hasta que descubrió que no estaba sola, pues ese monstruo al que llamaban Gobernador estaba sentado junto a ella.

Sentía la boca pastosa, no podía pronunciar palabra, por lo que la ira en sus ojos fue lo único que pudo ofrecer mientras él descubría que no estaba dormida y le regalaba una sonrisa que le provocó arcadas.

—Aún tendrás que quedarte aquí unos días, Rebequita —informó sin miramientos—. Pero te complacerá saber que la operación a la que te han sometido ha salido bien y ahora si quieres abrirte de piernas con cualquier pobre diablo de Toletum podrás hacerlo sin miedo a que te embaracen. No nos gustaría a ninguno de los dos tener que volver a pasar por esta situación otra vez. Créeme que no es plato de buen gusto terminar con la vida de un pobre angelito tan pequeño.

Al escucharlo, se removió con fuerza sin poder apenas moverse debido a los amarres. Su rostro estaba cargado de furia y sus ojos llenos de odio.

—Yo que tú no haría eso —dijo con una leve carcajada—. Puedes hacerte daño. Y por cierto, debes saber también que me he encargado de darle su merecido al traidor que te ha llevado a esta situación tan desagradable. Por si no lo sabías tengo ojos en todas partes. El pobre Jacobs solo pedía clemencia para ti. Parece que estaba realmente enamorado.

—¿Qué le has hecho? —preguntó con apenas un hilo de voz—. Él no hizo nada, Arthur era

el padre.

—No me hagas pasar por idiota, Rebeca —respondió muy serio—. Tu estupida treta de casarte no sirvió de nada. Hace tiempo que sé que andabas encamada con el soldado al que mandé a vigilarte y él ha recibido un castigo acorde a desobedecer explícitamente mis órdenes. Creo que sabes cuál es, ya que tu padre también recibió el mismo.

Sus palabras enviaron un rayo de dolor mucho más intenso que el que sentía debido a la operación que le habían practicado contra su voluntad. En solo un instante, el Gobernador le había robado todo cuanto le importaba en la vida. Había asesinado a su pequeña indefensa y al hombre que amaba por encima de todo. Sin juicio, sin razón. Únicamente porque habían intentado reescribir el guion de su mundo ficticio.

Su pecho se quebró y todos los pedacitos que se esparcieron bajo su piel se cargaron con el odio más profundo que había sentido en toda su vida.

—Espero que sepas rezar, Gobernador —susurró ella mientras sus ojos se cubrían de hielo —. Lo vas a necesitar. Reza a todos tus dioses porque tu camino no vuelva a cruzarse con el mío, porque te juro que la próxima vez que te tenga ante mí voy a matarte.

MARGARET
CANTAR TERCERO: UNA PARTIDA DE AJEDREZ
VII



El Gobernador estaba feliz tras lo que encontraba una inversión la mar de provechosa. Esa misma mañana había acompañado personalmente a Rebeca Montés hasta los estudios de Toletum y estuvo presente cuando sus hombres la lanzaron sin miramiento a las verdes praderas de su mundo de ensueño.

Sabía que había terminado de un plumazo con las ansias que tenía esa mocosa de desafiarlo, pues le había enseñado de qué era capaz y todo cuanto podía arrebatarle solo con un chasquido de los dedos.

Durante demasiado tiempo, esa niña había sido un dolor de cabeza constante, pero estaba convencido de que ya no tendría que preocuparse más por ella. Acataría sus órdenes y le sería fiel, aunque fuese por el miedo que había inculcado en su joven presa.

Cuando llegó a la ingente mansión en la que habitaba, no se dignó a saludar a los guardias que custodiaban la misma y velaban en todo momento por su seguridad. Se dirigió con pasos firmes hacia sus estancias privadas, pues se moría de ganas por encender el televisor y comprobar si Montés había llegado al palacete. Quizás si tenía suerte las cámaras enfocarían su rostro descompuesto para su propio placer.

Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que, nada más entrar al lugar, se sobresaltó ligeramente al encontrarse frente a una chiquilla a la que no pudo poner nombre de inmediato, puesto que no formaba parte de su servicio.

Ella, al verlo, se quedó tan quieta como una estatua, con los ojos y labios muy abiertos en un claro signo de sorpresa. La curiosidad del Gobernador fue en aumento, ya que esa muchacha no parecía haber entrado con ánimo delictivo, más bien todo indicaba que se había perdido por la mansión y había terminado en la estancia equivocada.

—Parece que mi día mejora por momentos —dijo él mientras dibujaba una sonrisa afilada sin apartar sus ojos de ella—. Tras una jornada fructífera vuelvo a casa donde me encuentro con un regalo para la vista como tú.

—Disculpadme, Gobernador —susurró ella de forma nerviosa—. Me equivoqué de puerta. Estaba buscando las estancias de vuestro sargento.

Sin responder de inmediato, dejó atrás la entrada con un suave portazo para darle a entender a su inesperada invitada que aún no tenía su permiso para abandonar la estancia. Durante algunos segundos se dedicó a escrutarla con la mirada, pues era realmente bella y Santiago no acostumbraba a compartir su tiempo con más personal a parte de su ejército, donde por orden gubernamental solo aceptaban a hombres.

—¿Puedo saber qué asunto desea tratar una mujer tan bonita como tú con el sargento? —preguntó de forma pícara—. No me ha informado de la visita de ningún familiar.

—Estoy segura de que el Gobernador ya sabe que su sargento no tiene familia —respondió esta con una leve risa—. Yo solo soy una simple dama de compañía, acudo cuando me llama para pasar un rato agradable y contarme historias de la guerra. Se siente un poco solo.

Con un gesto autoritario de la mano, solicitó que la muchacha tomara asiento en uno de los sillones de la salita. Esta lo pensó unos instantes, pero obedeció pues no se atrevía a contrariar un deseo del mismísimo Gobernador. Él no tardó en sentarse justo en frente sin que sus ojos azules se apartasen de la mirada castaña de esa chica.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó al final.

—Margaret, para servirle, Gobernador —respondió sonrojada.

—Margaret es un nombre muy bonito —dijo con la voz aterciopelada—. Así que eres prostituta y vienes a divertir a mis hombres sin que yo tuviese conocimiento de que estos disfrutaban de tan dulces atenciones bajo mi propio techo.

—No, Gobernador, no soy prostituta —dijo sin que el rubor abandonara sus mejillas—. Aún soy demasiado joven para ello. Solo ofrezco compañía y escucho lo que hombres y mujeres que se sienten solos deseen compartir conmigo.

—¿Qué edad tienes, Margaret? —preguntó curioso.

—Dieciséis, Gobernador —respondió en un murmullo—. Tengo edad suficiente para trabajar y ayudar a mi familia, lo que hago no es delito.

El silencio volvió a instalarse entre ambos. Santiago no tardó en sentir un cosquilleo en el estómago sin dejar de observarla. En solo unos instantes supo que quería que esa chiquilla fuese suya, por lo que debía pensar bien sus jugadas para cortejarla.

—Entonces tu labor consiste en ofrecer compañía a quien se siente solo —dijo con su sonrisa ensanchada—. ¿Puedo optar a dicha compañía? Porque yo siempre estoy solo, aunque no lo parezca.

—Ese es un asunto que no puedo aseguraros, no soy yo quien elige a mis clientes, Gobernador —respondió cohibida—. Ahora debo irme, el sargento ya ha pagado mis honorarios y está esperando.

Cuando estaba dispuesta a levantarse, el Gobernador se inclinó hacia ella y su presencia consiguió que no moviese un solo músculo, intimidada por la mirada azul que le estaba regalando.

—El sargento será recompensado por renunciar al placer de tu compañía por hoy —dijo firme y le dio a entender que no pensaba dejarla marcharse—. Además soy un hombre de honor y pagaré tu salario, pero vas a quedarte conmigo. Dudo que tus superiores objeten ante tan suculenta oferta.

Enmudecida ante sus palabras, pues estas llevaban explícita una orden, asintió. Nadie en su sano juicio contrariaba al Gobernador y Cora tendría que comprender que no le había dado más opción.

—Estupendo —susurró este al ver que su joven invitada claudicaba a su deseo—. ¿Te gusta jugar al ajedrez, Margaret?

—No he tenido el placer de jugar a dicho juego, Gobernador —respondió con una alegría diferente que ensanchó la sonrisa de Santiago. Margaret había iniciado su papel y empezaba a mostrarse encantadora ante sus ojos.

—Yo te enseño —respondió con todo su interior vibrando de emoción ante un desafío distinto a los acostumbrados—. Estoy seguro de que serás una digna contrincante.

☆☆☆

El toque de queda ya sobrepasaba al menos las dos horas y Margaret aún no había vuelto a casa. Cora caminaba de forma errática por el salón debido al miedo y los nervios que la consumían, mientras Lara permanecía sentada y apagaba la angustia con las uñas entre sus dientes.

Ninguna de las dos se atrevía a mirarse o a verbalizar el terror idéntico que sentían junto a la honda preocupación anclada en sus vientres, pues su pequeña jamás había roto las normas o se había saltado la hora de llegada a su hogar.

Cora no podía dejar de pensar en qué se había podido equivocar. La había enviado a uno de los trabajos más sencillos, pues conocía personalmente al sargento y este era un hombre de su confianza. Sabía que jamás miraría a Margaret con ojos lascivos, ya que sus inclinaciones no iban precisamente hacia las mujeres, un secreto que ella conocía y guardaba con celo a petición del mismo. Siempre había sido el más amable y caballeroso de todos, por lo que no era capaz de entender qué demonios había ocurrido para que su hija no estuviese en casa a la hora pactada.

Cuando el sonido de un motor se detuvo a escasos metros de su hogar, Cora corrió con

prisas hacia la ventana para comprobar quién se atrevería a conducir por el barrio bajo pasado el toque de queda. Reconocer uno de los vehículos gubernamentales solo aumentó su preocupación, hasta que del mismo vio apearse a su florecilla, despedirse del conductor con una sonrisa y poner rumbo a la puerta casi corriendo.

El alivio que las asaltó a las dos al escucharla entrar solo se vio eclipsado por el enfado que sentían, pues se había saltado las normas y sabía lo importantes que estas eran para la supervivencia del negocio y, por ende, de su familia.

Margaret no tardó apenas en aparecer en el salón. Su mirada estaba cargada de disculpa y llevaba entre las manos un sobre marrón abultado con el sello del Gobernador grabado.

—¿Dónde estabas? —preguntó Cora sin darle opción ni a saludar—. ¿Sabes qué hora es? Casi nos matas de la angustia a mamá y a mí.

—Lo siento, madre —respondió titubeante—. He tenido la jornada más surrealista de toda mi vida, pero traigo esto para ti.

Sin más añadido, le entregó el sobre. Cora lo abrió con el ceño fruncido y su mirada se desorbitó al ver la cantidad de dinero que llevaba su hija.

—¿Has atracado un banco o algo así? —preguntó una vez más mientras Margaret corría junto a Lara y su esposa la estrechaba en un abrazo—. El sargento ya había pagado, no entiendo de dónde ha salido esta cantidad desorbitada.

—Me lo ha dado el Gobernador —respondió sonriente y provocó que ambas se congelaran en el acto al escucharla—. Y solo por enseñarme a jugar al ajedrez. Ha sido muy generoso. Podemos cubrir todas nuestras deudas ahora.

—¿Has estado con el Gobernador, angelito? —preguntó Lara con la necesidad de haber escuchado erróneamente a su hija.

—Tampoco me ha dado opción a negarme, mamá —susurró mientras encogía los hombros —. Cualquiera le dice que no. Es el Gobernador. Además ha sido muy considerado, incluso me invitó a cenar y su chófer me trajo a casa para no tener problemas con la guardia.

—¿Cómo diablos has acabado con el Gobernador, florecilla? —preguntó Cora muy seria —. No quiero que vuelvas a acercarte a él. Es un hombre peligroso.

—En la mansión del gobierno todas las puertas son iguales, me equivoqué de camino a ver al sargento —respondió cohibida—. Y en cuanto a tu petición de no volver a verle, creo que va a ser imposible, madre. Me ha pedido que vuelva mañana y no puedo contrariarle.

—Rotundamente no —dijo ella furiosa—. Si el Gobernador quiere cualquier cosa de nosotras que venga a pedirla. Tú no volverás a verle y no está sometido a discusión.

—Lo siento, madre, no puedo obedecer —respondió Margaret estoica—. Si me niego a aceptar sus demandas se sentirá ofendido. Además ha cumplido las normas a rajatabla, no es peligroso para mí. Solo es un hombre que necesita compañía, nada más.

—Es el hombre más peligroso del mundo, Margaret —susurró Lara asustada y provocó que su hija la mirase, ya que no estaba acostumbrada a que la nombrase de esa manera—. No debes caer en sus juegos sucios, a saber qué es lo que desea realmente de ti.

—Solo quiere jugar al ajedrez y hablar, nada más —respondió con una caricia tranquilizadora sobre el rostro de la mujer—. No es peligroso, es un buen hombre. Es valiente, decidido y muy amable. Me ha regalado una velada agradable y espera verme mañana para seguir donde hoy tuvimos que dejarlo al hacerse tarde.

En cuanto terminó de hablar, Cora se giró hacia la puerta del salón con prisa y salió del mismo a grandes zancadas. Lara observó como su mujer desaparecía al igual que un huracán y suspiró justo antes de besar con ternura la frente de Margaret.

—Ve a dormir, angelito —ordenó de forma suave—. Mañana seguimos hablando de esto.

Ella asintió sonriente. En cuanto había desaparecido camino a su propia habitación, Lara dejó su asiento para seguir a Cora sin que la angustia abandonase su interior un solo instante.

Su esposa estaba en el aposento que compartían, en pie con los brazos cruzados frente al ventanal, con la mirada perdida en los escombrosos edificios que componían la parte baja de la ciudad. Movía el pie que repiqueteaba contra el suelo de forma incesante.

—¿Qué vamos a hacer ahora, mi amor? —preguntó al sentir como Lara se acercaba—. Ese hombre es un monstruo, lo sabes tan bien como yo. No lo quiero cerca de Margaret. La envié a este trabajo porque se suponía que no volvería hasta mañana y no había peligro, pero ahora se ha encaprichado de nuestra pequeña y decirle que no a sus demandas supone un acto de traición.

—No podemos negarnos, *mon amour* —susurró al abrazarla—. Solo nos queda imponer nuestras propias normas a sus visitas y al pagar por un servicio espero que se sienta en la obligación de acatarlas.

☆☆☆

Margaret no podía comprender en qué tipo de juego había caído al cruzarse de forma tan espontánea con el Gobernador. Sabía que era un líder muy estricto, pero creía comprenderlo ya que todo New World dependía de él y no dejaba de ser un muchacho a sus ojos.

Tras su primer encuentro, se fueron escalonando varios que para la joven parecían más citas románticas que uno de sus trabajos de acompañamiento. Él siempre tenía rosas de colores pálidos para regalarle y la paseaba por la zona alta de la ciudad donde la invitaba a comer o cenar en los mejores restaurantes, con la intimidad que ofrecían para el Gobernador dichos establecimientos.

No era extraño tampoco que le llegaran obsequios como collares de perlas o pendientes de un brillo singular, así como ropa o libros. Cualquier cosa que el Gobernador considerase

apropiado para ella se lo hacía llegar y solía recibir esos regalos con una sonrisa emocionada en el rostro a la par que rubor en sus mejillas.

Sus madres, siempre preocupadas por ella hasta resultar agobiante, no estaban de acuerdo con que sus visitas a Santiago fuesen tan seguidas, pero se negó a hacerles caso, pues con el paso de las semanas su interés hacia aquel hombre se estaba transformando en admiración.

Sonreía al recordar el momento en el que le pidió sonriente que lo llamase por su nombre. Se sintió la mujer más especial del mundo pues solo ella tenía derecho a tanta familiaridad con el Gobernador.

Podía escucharle durante horas, completamente embelesada, mientras le narraba sus historias de la guerra y como puso fin a una contienda de tal calibre. Trajo la paz al mundo a la corta edad de dieciocho años. Era el hombre más valiente que había conocido, el más osado y, a su forma de ver, el más apuesto ya que sus ojos azules la tenían del todo cautivada.

Los meses pasaron y sus encuentros se hicieron cada vez más extensos. Tanto que Santiago le entregó un pequeño apartamento a pocos metros de la mansión, con la excusa de que no debía saltarse el toque de queda más veces, ya que era injusto para con el resto del pueblo.

Eran demasiadas las noches en las que Margaret no volvía a casa. Cora y Lara estaban cada vez más preocupadas por su pequeña hija, a la que veían caer de forma inevitable en las garras de un monstruo. La peleas entre ellas y Marga no tardaron en aparecer, puesto que la joven era muy tozuda y empezaba a generar sentimientos a los que no sabía poner nombre hacia el Gobernador. No pensaba permitir que sus madres la apartaran de él.

No sabían cómo hacerle ver que aquel de quien se estaba enamorando era un hombre perverso que jugaba con su inocencia, pues en cuanto salía la conversación, Marga atacaba mordaz y se negaba a escucharlas.

En esas ocasiones, siempre terminaba escapando al apartamento que Santiago le había dado y cuando se encontraba con él liberaba alguna lágrima de rabia al no comprenderlas. Él solía fingir que escuchaba sus pobres tormentos de adolescente enamorada, pero en realidad ideaba sus próximas jugadas en esa partida de ajedrez con la que quería derrocar a la reina blanca para tenerla a sus pies.

Margaret no le permitía traspasar más límite que acariciar su mano o enredar sus dedos de vez en cuando, hecho que empezaba a impacientarle. Su siguiente movimiento estaba claro: tenía que romper el contrato con el que se había iniciado su relación para cambiar el sentido de la misma. Ya no quería que la joven Margaret fuese su dama de compañía sino su amante. Su objetivo era tener pleno derecho sobre ella para así saciar sus deseos.

Poco después de que la dueña de su más profunda obsesión cumpliera los diecisiete, decidió que no podía retrasar más la partida. Necesitaba ponerla en jaque y para ello sabía exactamente qué debía hacer. En cuanto convocó a la guardia para que le siguieran en su

maquiavélica jugada, una sonrisa insolente adornó sus rasgos, pues estaba dispuesto a absolutamente todo para que la joven Margaret fuese suya en cuerpo, alma y admiración.

☆☆☆

Una noche más, su florecilla había decidido no volver a casa y estaba a saber dónde con el hombre más peligroso del mundo. Cuando abrió el burdel, Cora suspiró de forma sonora y dibujó en sus rasgos la máscara de picardía y diversión que adoptaba al transformarse en la madame. La preocupación que sentía por Margaret debía quedar escondida en un rincón, pues de su actitud dependía en gran parte que los clientes quedasen satisfechos y así mantener el negocio en pie.

La jornada empezaba, por lo que recorrió el gran salón destinado a recibir a sus clientes con una cálida sonrisa de bienvenida. Lara servía licor en los vasos de aquellos que ya poblaban los sillones o mesas. Sus chicas trabajan de forma diligente, por lo que el ambiente sonaba a un batiburrillo de risas, conversaciones y vasos contra la madera.

De pronto, la puerta se abrió mientras el silencio más mortífero que había escuchado en su vida inundaba el local en el mismo instante en el que todos los presentes reconocieron al mismísimo Gobernador en ella. Con pasos decididos, entró al lugar y pocos segundos después también lo hicieron una veintena de guardias que se posicionaron en puntos estratégicos para evitar que nadie escapase sin ser visto.

Cora sintió un escalofrío de inmediato. Miró por el rabillo del ojo el rostro de Lara y pudo leer en sus gestos el miedo, al igual que en el resto de mujeres que tenía bajo su protección. Debía intervenir, por lo que dibujó su máscara y se acercó sonriente al hombre que provocaba su odio más profundo y por fin tenía ante ella.

—No esperábamos una visita de tan alto calibre, mi Gobernador —dijo tras una graciosa reverencia—. ¿Podemos ofrecerle tomar asiento mientras se decide con cual de mis encantadoras señoritas desea pasar un rato agradable?

—No he venido para ensuciarme con una de tus furcias —respondió con asco sus palabras —. He venido para hablar contigo y que zanjemos un asunto que nos interesa a los dos de una vez por todas.

Al escucharlo, Cora arrancó la careta de madame perfecta que llevaba y lo miró con las pupilas encendidas en odio. Ambos se mantuvieron en silencio unos instantes. Lara tardó muy poquito en posicionarse a su lado para otorgarle su mudo apoyo en un enfrentamiento tan desagradable, por lo que no pudo evitar buscarla y terminar ambas con las manos enredadas.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó seria—. Sé rápido, estás interrumpiendo nuestro trabajo e incomodando a los clientes.

—Seré breve —respondió sin amedrentarse—. Dame un precio, el que te dé la gana. Lo

pagaré a cambio de que me entregues a Margaret y sea libre de tu yugo.

Sus palabras provocaron tanto en Cora como en Lara un gesto de sorpresa acompañado de una sonora carcajada de la primera de ellas, ya que no podía creer que el Gobernador fuese tan idiota de ofrecerle dinero a cambio de su niña.

—Ni aunque me entregues a cambio todo el oro, la plata, piedras preciosas, monedas y billetes del mundo entero te dejaría llevarte a mi hija —respondió mordaz—. No está a la venta, nunca lo estará. Vete olvidando de ella, pues en cuanto le diga que has intentado comprarla no querrá verte más.

—Creía que eras más inteligente —dijo él con media sonrisa insolente—. Podrías haberme pedido que te hiciera rica, que perdonase tus impuestos y te ayudase a mantener este esperpento de lugar en funcionamiento, pero has decidido tomar el camino difícil.

Con un gesto de la cabeza, el Gobernador dio la orden precisa a la guardia. Estos tardaron menos de un segundo en atrapar a Cora para reducirla y aprisionar sus muñecas con esposas a su espalda. Esta se removió con fuerza hasta escuchar como Lara gritaba. Aterrada, la buscó con la mirada y pudo ver con un nudo en el estómago como recibía el mismo trato que ella misma. También estaba detenida.

—Tanto tú como tu mujercita quedáis detenidas de inmediato por secuestrar a una menor —susurró de forma mortífera—. Podría buscar por todo este lupanar, ponerlo entero patas arriba y apuesto mi gobierno a que no encontraré los papeles que certifiquen que Margaret es hija tuya. No tienes permiso para tenerla bajo tu tutela y vas a pagar caro tu intento de desafiarme.

—Eres un idiota —gritó furiosa mientras la arrastraban hacia un camión y la lanzaban en su interior al igual que a su esposa, que cayó con un pequeño quejido a su lado—. ¿Qué crees que va a pensar cuando descubra que le has robado a su familia?

—No lo sabrá —dijo con una cruel risa—. Lo único que sabrá es que la habéis abandonado, que está sola porque en verdad jamás la habéis amado. Solo quedaré yo en su mundo y entonces será mía por entero.

MARGARET
CANTAR CUARTO: LA HIJA DE LAS ESTRELLAS
VIII



Cora nunca llegó a saber cuánto tiempo la tuvieron encerrada en una estrecha celda, tan gélida y oscura que congeló su ánimo a la par que sus huesos.

Desde su prisión, podía escuchar los gritos aterrados y cargados de dolor de Lara, por lo que un millón de lágrimas se acumularon en sus ojos mientras golpeaba las paredes con tanta ira que destrozó sus nudillos. Chilló con rabia, pidió entre alaridos que la dejaran salir, que no tocasen a su esposa, pero sus ruegos caían en saco roto a medida que perdía las fuerzas. Al final, terminó de derrumbarse. Cuando el silencio invadió la prisión, se agazapó en un rincón donde estalló en llanto.

No podía dejar de pensar en su florecilla ni un solo instante. Margaret no debía creer la mentira del Gobernador, pues eso la destruiría por completo. Lloró durante horas, preguntándose angustiada qué harían con Lara y con ella, pues estaba segura de que el Gobernador pretendía que desaparecieran del mapa y ese hecho la aterraba.

Al amanecer un pequeño rayo de luz se coló por una rendija y la encontró con la mirada enrojecida, evidentes signos de fatiga y sus ojos cargados de dolor. Los guardias llegaron a buscarla, por lo que se armó de fortaleza y peleó con uñas y dientes contra ellos hasta acabar reducida y encadenada. Estos no tardaron en arrastrarla de nuevo hasta un vehículo, esta vez solo a ella, por lo que se preguntó asustada dónde estaba Lara, qué habían hecho con su esposa.

El furgón tardó algunas horas en detenerse y se preparó para su posible ejecución, convencida de que ese era su destino. Por tanto, al bajar del vehículo y comprobar que se encontraba en los estudios de Toletum le temblaron las piernas de forma violenta mientras volvía a gritar histérica que la soltasen. Por nada del mundo quería entrar ahí, sería una condena demasiado amarga el seguir viva y saber que no volvería a abrazar a su florecilla o a su esposa.

Los guardias la condujeron entre golpes hasta el interior del edificio. Una vez ahí, la

obligaron a cambiarse por ropajes del medievo, inyectaron un chip de rastreo en su brazo y la empujaron sin miramiento alguno por los pasillos en los que no dejó de gritar improperios o insultos. Estaba dispuesta a pelear hasta el último segundo.

Cuando llegaron a la última estancia, sus ojos se cubrieron de odio al reconocer la figura del Gobernador ante ella con unos papeles en las manos, al parecer enfrascado en la lectura de los mismos.

—Nada más entrar a Toletum te dirigirás al palacete Montés —ordenó sin alzar la vista, como si arrebatarle toda su vida de esa manera no fuese más que simple rutina—. Te pondrás a disposición de Isabel y la ayudarás a cuidar a su hija. Rebeca lleva un año entero sin salir del lecho y su estado tiene preocupada a la audiencia. He decidido enviarte a ti, ya que te gusta tanto cuidar a hijas ajenas eres perfecta para el puesto.

—¿Dónde está Lara, maldito bastardo? —preguntó con rabia—. ¿Ni siquiera me vas a dejar despedirme de mi mujer antes de obligarnos a vivir el resto de nuestra vida separadas por tu prepotencia de mierda?

—Tu mujercita ha sido de armas tomar —respondió tras alzar la mirada para regalarle una sonrisa que consiguió helar la sangre en sus venas—. Peleona hasta el final, sin duda te quería muchísimo pues no dejaba de gritar tu nombre.

—¿Dónde está? —preguntó de nuevo mientras le temblaba ligeramente la voz—. ¿Qué le has hecho?

—La he traído para que puedas despedirte —dijo con burla y le provocó pavor al escucharlo.

Antes de que pudiese añadir una sola palabra a la conversación, los guardias la empujaron a una salita contigua donde su mundo entero se desmoronó en solo unos segundos. Lara yacía sobre una mesa con los ojos fijos en su dirección. Apagados y fríos. Corrió hacia ella sin pensar en nada más que alcanzarla, pudo sentir la gelidez de su piel bajo los dedos junto a la ausencia de pulso para confirmar que se la habían arrebatado para siempre.

Con infinito cuidado, cerró sus ojos para que pudiese descansar justo antes de derrumbarse entre gritos y lágrimas, tan quebrada que le costaba respirar. No tenía fuerza para pelear, por lo que los soldados la arrancaron de Lara para llevársela al que sería su nuevo hogar. Sus ojos encharcados no se apartaron del rostro de su esposa hasta que ya no pudo verla más. Dolía tantísimo que ni siquiera el odio eclipsaba ese sentimiento tan desolador que se había alojado en su vientre al saber que Lara no iba a volver, que la habían asesinado.

En el mismo instante en el que las puertas de los estudios se cerraron tras ella, los verdes prados de Toletum la recibieron como un preludio de la desolación que arrastraba. Sus piernas cobraron vida propia y empezó a correr, cada vez más rápido y sin un rumbo fijo. Sus gritos de dolor y rabia inundaron la tranquilidad de los parajes. No se detuvo ni ante la falta de aliento o el

dolor agudo en su costado, hasta que un tropiezo le provocó caer y salir rodando por los hierbajos y entre los árboles.

Desde el suelo, el inmenso cielo azul apareció ante su mirada quebrada, justo antes de estallar en llanto hasta vaciar cada resquicio de dolor anclado en su alma.

De pronto, en medio de sus miserias, una sombra se cirnió sobre ella. Tardó muy poco en descubrir la mirada azulada de un muchacho, de gesto amable y cabellos rubios. Vestía los colores blanco y dorado con el cisne coronado en su capa, por lo que intuyó que se había equivocado de camino y había terminado donde los Blanchard.

—Por el emblema de espadas cruzadas que portáis, mi señora —dijo él a la par que la ayudaba a levantarse—. Estáis lejos de casa.

Ella no respondió, él observó con entendimiento sus mejillas ennegrecidas y apretó con cuidado su hombro, como si quisiera regalarle fortaleza.

—Os acompañaré a la frontera —dijo de forma suave—. Cuando lleguéis al palacete Montés decidle a su señora que el príncipe James os ha custodiado tras haberos perdido. No rompamos la tregua que ha traído paz a nuestras familias, solo por un pequeño error en el que cruzasteis la línea sin daros cuenta de que abandonabais la zona de Montés.

☆☆☆

El sol al colarse insolente más allá de las persianas acarició su rostro hasta llevarsela del mundo de los sueños. Margaret abrió los ojos despacio y bostezó mientras se alzaba para sentarse en el colchón. Tardó una milésima de segundo en reconocer el apartamento que Santiago le había regalado, por lo que suspiró despacio junto antes de levantarse con una sonrisa.

Ya no era extraño para ella amanecer en ese lugar, pues el Gobernador solía estirar sus encuentros hasta altas horas de la madrugada, como si el mero hecho de decirle adiós fuese la peor de las torturas. Se sonrojó sin poder evitarlo al pensar en Santiago y cuánto le gustaba que acaparase sus horas, puesto que eso significaba que no solo ella se sentía irremediablemente atraída por él, debía ser recíproco o no se explicaría que buscara su cercanía con tanta insistencia, casi desespero.

Desayunó despacio, ya que siempre que lo hacía en el apartamento solía disfrutar en exceso al contar con leche fresca, chocolate y fruta que Santiago conseguía para ella. Mientras daba cuenta de dichos alimentos, acarició las letras de una nota que él le había dejado donde le deseaba un bonito despertar y rogaba que volviese al apartamento poco antes del atardecer.

Al parecer, su adorado Santiago pensaba tomarse la tarde entera libre para gozar de su compañía y eso le provocó una sonrisa cargada de ilusión.

Una vez saciado su apetito, se adecentó y abandonó el apartamento, pues debía dirigirse a

su casa, ya que no podía estar dos días seguidos con la misma ropa y todo indicaba que Santiago volvería a alargar su velada.

Durante el camino no pudo evitar suspirar, pues en cierta manera echaba de menos pasar tiempo con sus madres, aunque ese sentimiento se rompía en el mismo instante en el que intentaban increparle por sus decisiones. Ya no se sentía una niña, tenía diecisiete y la capacidad de elegir con quien compartir sus días. Ellas tendrían que terminar cediendo en algún momento, sobre todo en el hecho de dejar de tratarla como a esa pequeña indefensa que habían sacado de la calle, pues ya no era la misma.

Perdida en sus propios recuerdos, llegó a la zona baja de la ciudad donde los familiares escombros y edificios ruinosos la recibieron como indicativo de que llegaba a su hogar. Sonriente y decidida caminó hasta el burdel, entró al mismo y volvió a suspirar para darse valor. Seguramente le esperaba una regañina.

En cuanto se personó en el salón donde esperaba encontrar a su madre, sus ojos se posaron de forma inquisitiva sobre una de las mujeres que trabajaban para Cora, ella no debía estar fuera de sus dependencias, no tan temprano.

—Buenos días, Kira —saludó de forma educada—. ¿Y mi madre? ¿Ha salido?

—Debes irte, Margaret —respondió esta muy fría—. Este lugar ya no es tu casa, ahora es la mía y no te quiero merodeando por aquí.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó incrédula y se enfrentó a ella con la mirada—. No me gustan este tipo de bromas, Kira. Ayer cuando me marché, el burdel pertenecía a mi madre y no a ti ¿dónde está?

—Se ha marchado, ambas lo han hecho —respondió de forma mecánica—. Anoche me cedió las escrituras, me dijo que no iban a volver. Van a empezar lejos de aquí.

—Eso no es cierto —respondió enfadada—. Jamás se irían sin mí o sin decirme dónde puedo encontrarlas. Son mi familia.

—Despierta de una vez, Margaret —dijo esta tras resoplar—. Cora y Lara son proxenetas, buscan chicas sin recursos para venderlas. Te estaban criando para convertirte en una bonita puta, pero te has escapado de sus manos al encontrar el afecto de un hombre como el Gobernador. No te han dicho dónde se han ido porque no les interesa que las sigas, tú ya no eres valiosa para ellas.

En cuanto Kira dejó de hablar, Margaret sintió como su pecho se estrujaba con fuerza. Ni siquiera se quedó en el salón pues corrió a la habitación que compartían sus madres para encontrarla completamente vacía, como si estas hubiesen salido con mucha prisa.

Sus ojos se cubrieron de lágrimas, su aliento se congeló y empezó a temblar hasta sentir una mano sobre su hombro.

—Recoge tus cosas, Marga —susurró Kira con algo de compasión en la mirada—. Este

ya no es tu sitio, vuelve con el Gobernador. Él cuidará mucho mejor de ti que una panda de prostitutas que no tenemos dónde caernos muertas.

Ella no respondió. Con pasos cortos se marchó del que había sido su hogar sin detenerse a recoger nada, pues los recuerdos y el dolor que sentía le impidieron mirar atrás.

Cora y Lara habían sido para ella un regalo de sus padres, siempre lo había pensado. Pero la cruda realidad caía sobre ella como una losa: nunca dejó de ser la hija de las estrellas.

Sin apenas fijarse en sus pasos, estos la llevaron de vuelta al único sitio donde se sentía segura. El apartamento de Santiago aún olía a flores frescas y nada más entrar al mismo se quebró. Se derrumbó sobre el sillón donde empezó a llorar en silencio. Estaba sola en el mundo otra vez y no tenía nada a lo que aferrarse, no tenía un hogar.

Ni siquiera se movió o se inmutó cuando escuchó la puerta abrirse y el Gobernador entró al apartamento. Él se quedó quieto al reconocerla, ella alzó la mirada más triste del mundo para cruzarla con sus ojos azules.

Con grandes zancadas y un gesto preocupado, cruzó la estancia hasta llegar a su altura y le regaló la protección de su firme abrazo.

—Marga, ¿qué ha ocurrido? —susurró con tiento—. Dime quién te ha hecho daño porque va a pagar cara su osadía.

—Se han marchado, Santiago —respondió entre sollozos—. Me han dejado sola en el mundo, nunca les he importado. Nunca les ha importado nada más que ellas mismas, me han abandonado y también a las chicas del burdel.

Agazapada contra su pecho, no pudo ver su mirada encendida por la victoria. Había conseguido quebrar por completo a Margaret y ahora solo necesitaba reconstruirla a su antojo para que obecediese fiel a sus deseos.

—No estás sola en el mundo, me tienes a mí —susurró y elevó su mentón para que le mirase—. Yo nunca voy a abandonarte, Marga.

—¿Y las chicas? —preguntó entre sollozos—. ¿Qué va a pasar con ellas? Si el burdel cierra irán a los campos.

—¿Es importante para ti que ese sitio siga abierto? —respondió con una nueva pregunta —. Porque si tú me lo pides me encargaré personalmente de que siga funcionando, que nada les falte a esas chicas. Pídelo y lo haré posible, Marga.

—Por favor —suplicó entre sus brazos—. Es el único hogar que he conocido, aunque estuviera sustentado en una mentira.

—Yo lo mantendré abierto por ti —respondió mientras pasaba el dedo por su mejilla encharcada en lágrimas—. A cambio solo voy a pedirte una cosa, Margaret.

Ella abandonó sus brazos para mirarlo fijamente, él acarició su mejilla antes de unir sus frentes, hecho que cortó el aliento de la joven de forma brusca debido a la cercanía impuesta.

—Ámame —susurró y aceleró su pulso por completo—. Sé solo mía y de nadie más. Si lo haces te regalaré el mundo.

La mirada castaña de la joven brilló ante sus palabras, pues para ella eran la confirmación que necesitaba de que no estaba demente. Santiago también la quería y no solo ella se derretía ante su presencia.

Con cuidado dejó la mano en la mejilla de ese hombre que estaba recomponiendo su vida quebrada, lo miró con la adoración que sentía pintada en sus ojos y rompió toda norma que había impuesto a sus encuentros, pues estas carecían de sentido al venir de Cora, la mujer que había jugado con ella hasta romperla.

Algo torpe, pero decidida, unió sus labios para decirle sin palabras que esa era su promesa. Amarle le parecía el precio más bajo de todos, pues lo hacía en silencio desde hacía demasiado tiempo.

☆☆☆

Tras haber perdido todo cuanto le importaba en la vida, Margaret ni siquiera fue consciente de que aún perdería mucho más. En cuanto entregó su vida al Gobernador, convencida de que su amor era correspondido, este tomó de ella cuanto quiso sin freno ni reparo.

Esa misma noche la convirtió en su amante, arrancó su inocencia entre las sábanas donde ella sintió que le estaba haciendo el mayor de los regalos. Se entregó aterrada y decidida, pues ser su mujer en todos los sentidos se había vuelto uno de sus más íntimos deseos y ya no tenía sentido ocultarlo.

Sintió como quebraba todos los límites sin dejar de mirarla con esos ojos azules que se llevaban su cordura. Su piel ardía bajo el contacto de cada caricia mientras él la invadía, embestía y arrancaba sus gemidos, al principio pequeñas quejas de dolor que derivaron en suaves gritos cargados de deseo y ganas. En el mismo instante en que terminó, pudo notar como todo su ser temblaba y supo que viviría esperando ansiosa cada momento en el que Santiago la necesitase de esa manera entre las sábanas.

Era tan feliz que, por un breve espacio de tiempo, pensó que convertir a Santiago en el centro de todo su universo había sido la mejor decisión que pudo tomar.

Los días pasaban y no eran escasas las noches en las que su adorado Gobernador solicitaba su presencia. La mayor parte de las veces, la visitaba en el apartamento donde ella le esperaba ansiosa por sentirlo, otras pedía que fuese trasladada a la mansión gubernamental, aunque ese hecho solía implicar registrar su visita y, por algún motivo que no comprendía, a Santiago no le gustaba que quedaran pruebas de que metía a la joven Margaret en su cama.

Cuando preguntaba por ello de forma distraída, él siempre respondía que tenía infinidad de

enemigos y estos disfrutarían mucho si llegaba a ellos la información de que el Gobernador la amaba. Podían usarla para destruirle.

Sus explicaciones siempre traían luz a sus dudas y las espantaban. Confiaba en él de forma ciega, lo veneraba y admiraba. Lo amaba y sentía que si él se lo pedía era capaz de cualquier cosa.

Fantaseaba muy a menudo con que llegara el día en el que decidiera convertirla en su esposa. Solía imaginar una gran boda, con ella vestida de blanco y un ramo de rosas color pastel que siempre le regalaba. Era la mujer más afortunada del mundo entero, pues el Gobernador la había elegido para que fuese suya.

Pasaban los meses a su lado cargados de felicidad para ella, por lo que cuando empezó a sentirse más cansada de lo normal y con náuseas todas las mañanas no pudo evitar preocuparse. Ella no solía ponerse enferma, tenía una salud de hierro, por lo que no entendía el origen de tan inesperado malestar.

Tras varios días en los que se sentía atropellada por una apisonadora, decidió compartir con Santiago su miedo. Este le restó importancia, pero aún así llamó a su médico personal para aliviar a Margaret.

El doctor hizo muchas pruebas que ella no entendió, extrajo sangre y le hizo preguntas de carácter bastante personal que respondió muy avergonzada. Los resultados de ese pequeño examen lo cambiaron todo de forma irremediable.

En el mismo instante en el que el médico anunció ante ella y Santiago que su malestar no era más que un embarazo, su rostro se cubrió con tanta alegría que ni se inmuto de cómo el Gobernador endurecía sus facciones y se tensaba a su lado.

Iba a tener un hijo y ese hecho terminaría siendo en algún momento su ruina. No podía permitir que dicha información saliera de su círculo cercano y, mucho menos, que llegase a manos de los pocos disidentes a su mandato.

Tenía que conseguir que Margaret se deshiciese del bebé o debería hacerlo él y eso suponía hacer desaparecer también a su joven amante.

Casi desquiciado, con el agua al cuello y el pensamiento recurrente de coger a esa pobre chiquilla para pegarle un tiro como si de esa manera acabara con todos sus problemas, la solución se presentó ante sus ojos de la manera más inesperada una mañana en la que simplemente seguía su rutina.

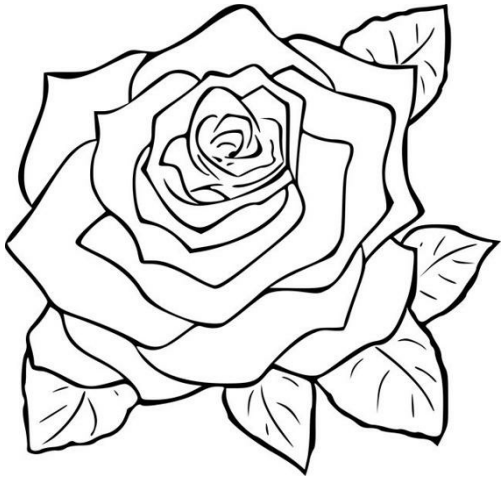
No pudo evitar sonreír al ver ante él ese sondeo trimestral de las audiencias de Toletum donde el noventa por ciento de espectadores sugerían que su reino necesitaba que James contrajera matrimonio con una joven que le diese un heredero. Tenía bajo su techo a la candidata perfecta. Una chiquilla que haría exactamente lo que él le dijera sin preguntar y en cinta, por lo que el esperado heredero que pedían tan encarecidamente llegaría sin sorpresa alguna.

Tomada la decisión, empezó a reír frenético. Toletum siempre tenía la respuesta a todos los males que le asolaban: era su obra maestra.

REBECA

CANTAR QUINTO: SI TIENE NOMBRE EXISTE

IX



Para Cora, llegar al palacete de los Montés supuso perder el aliento unos instantes. Eran muy contadas las ocasiones en las que había visto el programa en televisión, por lo que no imaginaba que este fuese de tal magnitud y del todo majestuoso.

Se sintió sobrecogida al atravesar el portón, ni siquiera sabía cómo encontraría a Isabel debido a que todos los pasillos le parecieron idénticos. Cuando los guardias se personaron ante ella y empezaron a guiarla con la excusa de que la señora Montés la esperaba, suspiró muy aliviada. Una de sus preocupaciones había quedado saldada.

Ellos la dejaron frente a una puerta. Cora dudó algunos segundos antes de entrar en la estancia donde se cruzó con la mirada cansada de Isabel Montés.

—La próxima vez debéis llamar antes de personaros en mi presencia —dijo esta de forma dura y le provocó un sonrojo avergonzado—. ¿Acaso no conocéis el protocolo?

—Disculpadme, Señora —respondió tras cerrar la puerta—. No he recibido más instrucciones a parte de que debía venir aquí y ponerme bajo vuestro mandato.

Una vez ambas quedaron en la intimidad de la salita, Isabel suspiró y se permitió bajar la guardia, puesto que tras haberse cerrado el gran portón habían quedado fuera del alcance de cámaras o micrófonos.

—Nadie nos escucha ahora, puedes relajarte —susurró de forma suave ante Cora y esta suspiró—. Aquí en mi salón de reuniones no hay cámaras, podemos hablar con libertad. ¿Cómo es que no sabías que debías llamar a la puerta? ¿No te lo han enseñado en el curso de adaptación a Toletum?

—¿Curso de qué? —preguntó con el ceño fruncido—. A mí solo me han metido aquí a empujones, no me han enseñado nada. Ayer noche estaba en casa con mi mujer y esta mañana ella estaba muerta y yo corriendo por las praderas de este infierno sin saber a dónde diablos tenía que ir.

Tras escucharla, Isabel dibujó una mueca de horror que no le pasó desapercibida a Cora. Justo después, sus ojos se llenaron de dolor por lo que se acercó a ella para tomar asiento.

—Siento mucho tu pérdida —dijo sincera—. Aquí también hemos tenido pérdidas dolorosas este último año. Imaginé que el Gobernador te enviaba para sustituir al joven soldado que desgraciadamente ya no está en este mundo. No esperaba que fueses una trasladada.

—Me ha enviado a cuidar de Rebeca —respondió con un suspiro—. Por lo que me ha dicho, está indispuesta o algo así. Quiere que vele por ella.

—¿Indispuesta? ¿Eso te ha dicho? —susurró con tanta ira que le provocó un ligero sobresalto—. Mi hija no está indispuesta, está destruida. Ese maldito engendro asesinó a su hija recién nacida y al hombre del que estaba enamorada. Se la llevó y me la devolvió moribunda, apenas puede salir de la cama y nada en este mundo la alivia. Su dolor la está consumiendo.

—Imagino que esas son las pérdidas de las que has hablado antes —respondió con un brillo de odio en las pupilas—. Por desgracia conozco el dolor que ese hombre es capaz de infringir sin pestañear. Ha asesinado a mi esposa y me ha robado a mi hija. Deja que te ayude a recuperar a la tuya, es lo menos que puedo hacer para no volverme loca.

—Quizás tengas más suerte donde todos hemos fracasado —contestó de forma triste—. Pero antes de salir de aquí tengo que enseñarte a hablar y actuar con propiedad. No puedo permitir fallos de guion en mis dominios.

☆☆☆

Rebeca no se había movido un ápice en todo el día. Desde que había despertado, su mirada se quedó clavada en un punto inexacto de la estancia. Ahí permaneció hasta que el sol desapareció y llegó un nuevo anochecer.

Cada mañana se preguntaba por qué debía despertar, si solo quería dormir eternamente para reunirse con Erik y su bebé en el otro mundo, solo deseaba dejar de sufrir.

Nadie lograba sacarle una sola palabra, ni siquiera Arthur que seguía compartiendo su lecho y la acompañaba en sus desvelos, preocupado por el estado deplorable en el que se encontraba su amiga.

Con ayuda de Isabel habían buscado una excusa creíble para explicar a los habitantes que la heredera de Rebeca Montés no estaba con ellos en esos instantes, aunque nadie creyó sus palabras excepto New World, ya que al estar presos en Toletum sabían de antemano que eran un

disparate. Al parecer habían decidido enviarla a ser criada en tierras lejanas para apartarla del conflicto con la familia real y eso tenía a la joven Rebeca sumida en el letargo del que no parecía querer salir.

Esta ni siquiera se inmutó ante el sonido de la puerta junto a unos pasos que se acercaron entre la penumbra. Seguramente Arthur quería acostarse. No se movió al sentir como su visitante tomaba asiento justo a su lado y solo giró los ojos para mirar quién era cuando notó que acariciaba muy despacio sus cabellos enredados.

No pudo reconocer el rostro de la mujer ante ella, pero sí su mirada cargada de ternura y comprensión.

—Me llamo Cora —susurró esta—. He venido a ayudaros en todo cuanto pueda.

Rebeca no respondió, sus ojos volvieron a estar fijos en el mismo punto de antes, pero un suspiro suave escapó de sus labios sin que pudiese frenarlo, ya que esa mujer seguía acariciando sus cabellos y dicho gesto le resultó reconfortante.

—Vuestra madre me puso al corriente de la situación —susurró una vez más sin darse por vencida—. Conozco vuestro dolor, Rebeca. Deseo ayudaros a reponeros del mismo, debéis presentar batalla, volver a ser quien fuisteis antaño.

—Deseáis ayudarme —respondió tan bajito que de no ser por el silencio sepulcral del lugar jamás habría podido entenderla—. Entonces sed gentil y enviadme con mi familia, dadme muerte. Ni Arthur ni mi madre son capaces de cumplir mi demanda. No deseo seguir aquí, ya no. Me ha quitado a mi amor, me ha quitado a mi niña y ya jamás podré engendrar. También me ha quitado el poder ser madre en un futuro.

Mientras Rebeca hablaba, sus ojos castaños se habían cubierto de lágrimas. La joven temblaba debido al llanto, por lo que Cora se tumbó a su lado para acunarla entre sus brazos.

—Mi esposa y yo siempre ansiamos formar una familia —susurró a la par que retomaba las caricias en sus cabellos—. Lo intentamos por todos los medios, pero llegó la guerra y tras ella llegó el Gobernador. Ya nos habíamos rendido ante la certeza de que solo seríamos ella y yo, no tendríamos hijos. Fue entonces cuando apareció una pequeña florecilla sin nombre en nuestras vidas y, al decidir darle uno, la acogí como mía. Nos hizo madres cuando no había esperanza alguna.

—¿Dónde están ellas? —preguntó puesto que la historia de esa mujer le había causado algo de curiosidad—. Vuestra esposa y vuestra hija.

—Me las ha arrebatado el mismo hombre que tanto dolor os ha causado a vos —susurró muy despacio—. Por eso entiendo el dolor que os consume, pero no podéis dejar que os venza. Sois mejor que él.

»El pasado es algo que no podemos cambiar, el futuro no está escrito todavía. Es el hoy lo que marca a dónde nos dirigimos, nuestras decisiones del ahora.

»Yo no me rendí y al final la vida me dio la hija que siempre anhelé, quizás en el futuro podáis sentir amor una vez más y no poder engendrar no os hará menos madre si encontráis a quien acoger bajo vuestra estela.

»Yo decidí darle nombre a mi florecilla y ella me convirtió en su madre, nunca sabéis que tiene el destino deparado para vos.

—Mi niña no tuvo nombre —respondió entre sollozos—. Ni siquiera me dejó darle eso. No tuve tiempo.

—Entonces debéis ponerle uno, aunque sea ahora —dijo mientras Rebeca la miraba de forma intensa—. Dadle uno para que exista y lo hará para siempre. Lloremosles, despidámonos y después nos levantamos para continuar peleando, pues no creo bajo ningún pretexto que no se pueda vencer al Gobernador.

—Violet —susurró con un nuevo brillo distinto en la mirada—. Mi niña se llama Violet y voy a pelear por ella, para hacerle justicia.

☆☆☆

Los días fueron pasando hasta convertirse en meses y, poco a poco, los cambios en Rebeca fueron siendo más perceptibles.

El momento en el que salió de la cama para dar un pequeño paseo por el jardín en compañía de Cora, Arthur e Isabel sintieron que un enorme peso salía de sus espaldas.

Esa mujer con sonrisa pícara y sabios consejos había conseguido salvar la vida de su hija y, solo por eso, la señora Montés le juró que siempre podría contar con ella para lo que necesitase, sin excepción.

Rebeca iba sintiendo cómo volvían sus fuerzas, a pesar de que el vacío desolador no la abandonaba y sabía que le haría falta mucho más esfuerzo recuperar la chispa que antaño acompañaba todos sus actos.

Había dejado de cantar. No volvería a hacerlo nunca más. Las letras ya no nacían en su mente, ni las rimas. No tenía ganas de componer ni de liberar sus deseos con la voz. Una parte de sí misma se había perdido para siempre al decir adiós a Erik y su pequeña Violet.

Sus ojos castaños ya no mostraban el desafío pícaro e insolente de antaño, solo el odio profundo que se había vuelto el motivo de seguir avanzando, de seguir respirando. Tenía una promesa y pensaba cumplirla, iba a matar a Santiago.

Cuando llegó la luna nueva, Arthur se marchó al claro del bosque, pues jamás había abandonado la tradición y seguía juntándose con James. Antes de irse, le preguntó si quería acompañarlos en esa ocasión, pero ella se negó. No tenía ganas de ver a nadie más aparte de los que habitaban el palacete.

No tardó en arrepentirse de su decisión y en sentirse completamente estúpida por la misma. Su esposo ya no podía llevarla con él en la montura, puesto que iba camino al bosque y ella no podía montar sola, no aún con las fuerzas tan mermadas tras su larga agonía que le recordaban el peor de los infiernos.

Hastiada, se dejó caer de forma pesada sobre el colchón. Mientras se reprendía a sí misma, la puerta del aposento se abrió y Rebeca dibujó una amplia sonrisa al reconocer a Cora. Esa mujer se había vuelto su mejor amiga y confidente en muy poco tiempo y mentiría si dijese que no la adoraba.

—Llegáis caída del cielo, amiga mía —susurró con picardía y provocó que esta alzase las cejas—. Necesito que me acompañéis a un lugar, yo no puedo ir sola.

—¿Y a dónde es que debo llevaros, señora? —preguntó sonriente.

—Ese es un secreto que no puedo desvelar —susurró en confidencias—. Cuando lleguemos lo sabrás.

—Una aventura secreta y nocturna —respondió también entre susurros—. ¿Cuándo nos vamos?

Sabía que ella no le fallaría. Al escucharla, dio un bote para levantarse y ambas, con tanto sigilo como podían, tomaron rumbo a las caballerizas. Cora no tardó mucho en ayudarla a subir a la grupa del corcel y tomó su lugar tras ella. La sujetó por la cintura para que no perdiese el punto de equilibrio e instó al animal a emprender el trote.

—Guíame, señora —susurró sonriente—. Si de mí dependiera, os llevaría al fin del mundo y mucho más allá.

Rebeca rió al escucharla y marcó el camino. Ya alejadas del palacete, Cora aceleró al corcel y ambas se dirigieron al claro del bosque a gran velocidad, con el fresco viento de la noche golpeando sus rostros.

Cuando la joven Montés vislumbró la montura de Arthur, le hizo una señal a Cora. Esta detuvo el caballo, bajó de un salto y ayudó a Rebeca a tomar tierra con infinito cuidado.

—Puedo esperar aquí si lo deseas —dijo con la mano en su hombro—. Imagino que este es el lugar donde Arthur y tú escapáis para sentiros libres.

—Ven conmigo —respondió decidida—. No creo que ni a Arthur ni a nuestro querido James les importe que nos acompañes esta noche.

—¿James Blanchard? —preguntó asombrada—. ¿El futuro rey, James?

—El mismo —respondió con una risa—. Después de lo que has visto no creerás todavía que exista tal rivalidad entre nosotros. Él es mi mejor amigo junto a Arthur. Los tres niños de Toletum.

Cora no respondió, Beca tomó su mano y la guió entre los árboles hasta vislumbrar la hoguera que sus amigos habían encendido y a ambos sentados, charlando entre susurros.

—Espero que no estéis diciendo cosas horribles de mí —dijo Rebeca y provocó que los dos la mirasen asombrados, justo antes de levantarse para correr a su encuentro—. No me gustaría tener que coseros a collejas.

—Has venido, Beca —susurró James con un sentido abrazo—. Te he echado tanto de menos que no te haces una idea.

—Y has traído una invitada —intervino Arthur al reconocer a su acompañante—. Bienvenida a nuestro rincón seguro, Cora.

—Me alegra ver que sigues de una pieza —dijo James al reconocerla también tras haberla ayudado a llegar al palacete Montés—. Arthur me ha contado que has sido una gran amiga para nuestra Beca. Siempre estaré agradecido por ello.

Tras un gesto y una sonrisa, tanto Rebeca como Cora acompañaron a ambos muchachos a la hoguera, donde tomaron asiento en silencio, aunque este duró solo unos segundos.

—Llegaste justo a tiempo, Beca —susurró James de forma seria—. Estaba a punto de contarle a Arthur las nuevas noticias, así que agradezco que estés aquí.

—¿Qué noticias? —preguntó curiosa—. ¿Qué se cuece en el palacio real?

—Pues resulta que voy a casarme —respondió y provocó un silencio intenso, justo antes de que tanto Arthur como Rebeca estallasen en una sonora carcajada.

—¿Cómo vas a casarte? —preguntó Arthur sin dejar de reír—. ¿Eva ha cambiado las leyes matrimoniales del medievo y puedes contraer matrimonio con otro principito?

—No te burles, Arthur —intervino Rebeca, también entre risas—. Pobre James. Eva va a obligarlo a casarse con una noble Blanchard, seguro.

—Pues ni una cosa ni la otra —susurró sin perder la seriedad, hecho que provocó que sus amigos dejasen de reír al sentirle tan tenso—. Mi madre no tiene nada que ver. Son órdenes de más arriba. En unas semanas entrará la muchacha con la que debo casarme.

—¿El Gobernador pide que te cases con una recién trasladada? —preguntó Arthur mientras tanto Cora como Rebeca se tensaban—. Eso es estúpido. Los trasladados necesitan un tiempo de adaptación y aquí ya hay muchísimas mujeres que pueden servir para ser tu esposa.

—Tiene que ser ella, la carta que ha recibido mi madre era tajante —respondió James tras suspirar—. A mi me huele a quemado todo este asunto.

—Quizás tiene una explicación que no hemos contemplado —intervino Cora, por lo que los tres la escucharon—. James va a cumplir los veintiuno en muy poco tiempo, eso significa que va a ascender al trono, por lo que Eva pasará a ser la reina madre y la mujer que esté casada con él será la nueva reina de Toletum.

—Osea la mujer más poderosa del reino —dijo Rebeca que parecía saber a dónde se dirigía su amiga—. Tiene sentido que el Gobernador desee elegir quién llega a ese puesto.

—Sea quién sea esa chica —respondió James algo nervioso—. Imagino que será una espía

o que su lealtad está con el Gobernador. Cómo voy a convivir con alguien así bajo mi techo.

—Y que sea guapa tampoco es de mucha ayuda para ti, me temo —dijo Rebeca con media sonrisa para intentar destensar el ceño de su amigo—. Porque la vista no te la va a alegrar.

—No seas idiota, Beca —contestó mientras reía por sus palabras—. Solo espero ser un buen esposo para ella, no creo que sepa dónde se está metiendo, mi deber será protegerla por muy leal a Santiago que sea.

—Nadie mejor que tú para esa empresa, mi querido amigo —dijo Arthur con una palmada en su hombro—. Eres el mejor hombre que he conocido. Si necesitas ayuda en algún momento o la situación te sobrepasa, estamos contigo.

Cuando volvió el silencio, todos se metieron en sus propios pensamientos, quizás imaginando quién sería esa pobre chica que acabaría gobernando Toletum.

Al cabo de unos minutos de agradable tranquilidad, Rebeca suspiró decidida y carraspeó, por lo que llamó la atención de los presentes, las personas en las que más confiaba, sus amigos más íntimos en ese lugar.

—Hay algo que necesito hacer —susurró con la miraba bailando entre los rostros de los tres—. Y necesito hacerlo con vosotros a mi lado. Sois mi fuerza.

—Di, Beca —respondió Arthur de forma suave—. ¿Qué necesitas?

—Despedirme —dijo con dolor en la voz—. Necesito despedirme de mi padre, de Erik y de Violet. Hagamos un funeral improvisado por ellos, por favor. También por Lara, la esposa de Cora asesinada por el mismo monstruo que ha matado a mi familia.

En cuanto escucharon su petición, tardaron algunos segundos en los que le permitieron derrumbarse. James la abrazó mientras dos lágrimas surcaban su mejilla, Arthur enredó sus dedos y Cora colocó la mano sobre su rodilla. Los cuatro se mantuvieron de ese modo unos instantes, hasta sentir que Rebeca había vuelto a recomponerse y, con un mudo asentimiento, le hicieron ver que estaban con ella.

La joven Montés sacó un cuchillo que llevaba al cinto. Con infinito cuidado, grabó con la punta del mismo los nombres de Sandro, Erik, Lara y Violet en un tronco, bien visibles. Después cayó ante su obra donde empezó a llorar en silencio.

—Si tienen nombre existen —susurró de forma solemne—. Siempre existirán.

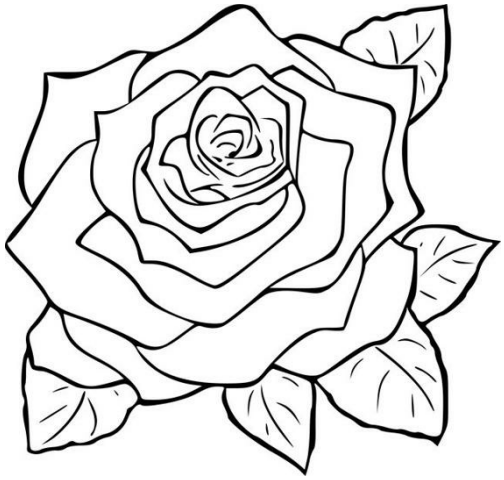
—Y siempre nos acompañarán —respondió Cora con la mano en su hombro—. Aunque no podamos verles.

—Les vengaremos —dijo esta con la voz endurecida—. Ni una sola muerte quedará sin ser vengada. Nunca más.

REBECA

CANTAR SEXTO: LA NIÑA BONITA

X



Tras una corta espera que se hizo eterna debido a los nervios que se habían apoderado de Toletum, por fin llegó el día de la ansiada boda real.

La mañana en la que recibieron el aviso de que la prometida de James había llegado al reino, Isabel parecía fuera de sí. No dejaba de dar órdenes a todo el mundo a voz de grito, pues la comitiva Montés debía ponerse en marcha en dirección a palacio, donde iba a celebrarse dicho enlace.

Al ser una boda real, toda enemistad debía ser olvidada por un día y ellos, como familia noble, debían asistir sin excepción.

Con el único objetivo de huir de su desquiciada madre, Rebeca y Cora se habían entretenido más de la cuenta en el poblado de los mercaderes, donde se dedicaron a llenar por lo menos diez baúles con presentes para los recién casados.

Por doquier podían escuchar el parloteo de los habitantes de Toletum ya que estos tenían un tema fijo del que hablar: quién sería la misteriosa muchacha que llegaba de tierras lejanas para subir junto a James al trono.

Ellas se preguntaban lo mismo con la esperanza de haber errado en sus pesquisas y que no fuese más que una pobre criatura cuyo destino era elegir entre la prisión estatal o Toletum, al igual que el resto de trasladados. Lo contrario enturbiaría mucho su vida dentro de los estudios, pues tener como soberana a una mujer afín al Gobernador podría traer consecuencias en las que no querían pensar.

Con todo preparado, los baúles cargados en los carromatos y los guardias en formación, Isabel salió del palacete seguida de cerca por Rebeca y su esposo, Arthur. Como los miembros más importantes de los Montés, encabezaron la comitiva sobre sus corceles. Frente a ellas marchaban los banderizos portando su estandarte. Todos los nobles menores cuya lealtad pertenecía a la casa Montés salieron tras ambas y Arthur, también sobre sus monturas. Finalmente, el pueblo habitante de la zona Montés cerraba la comitiva tras los carros que trasladaban los presentes.

Isabel dio la órden y en un compás perfectamente estudiado, marcharon sin demora a la zona Blanchard, donde ya les estaban esperando.

Cuando cruzaron la frontera, Rebeca observó curiosa como los aldeanos del lugar se detenían en su camino hacia palacio para verles pasar. Estaban ante un hito histórico en el que todo Montés sin excepción podía penetrar los dominios pertenecientes a la casa real.

La opulencia que mostraban cautivó a los mirones, pues no en vano eran la casa más rica y poderosa de todo Toletum, la única que podía hacer sombra a Eva Blanchard, James y su nueva esposa.

Al llegar a palacio, fueron anunciados y, tras Isabel, entraron a la gran sala del trono donde se iba a celebrar el enlace. No tardaron en encontrar los puestos que les habían asignado. La señora Montés junto a Rebeca y Arthur tenían un sitio privilegiado en la parte delantera. Tras ellos estaría el resto de su comitiva mientras que los aldeanos debían mezclarse con los Blanchard en la parte más baja del lugar.

Cora se colocó de forma sigilosa justo tras Rebeca y esta le regaló un gesto de entendimiento mientras tanto ella como Arthur y la mujer de más edad miraban a James con una sonrisa divertida en los labios.

El príncipe estaba muy nervioso. Eva, su madre, permanecía de pie a su lado y justo enfrente el considerado obispo del lugar esperaba para iniciar el enlace.

—Mira que guapo le han puesto —susurró Rebeca y provocó una leve risa en sus acompañantes—. Parece sacado de un cuento de hadas con ese traje azul marino y el sable al cinto.

—Rebeca, por favor —increpó Isabel con una mirada encendida—. Compórtate.

—Lo siento, madre —respondió sonriente—. Es que me pone los pelos de punta este asunto. Nunca habíamos entrado a palacio.

—Es una boda real —dijo ella de forma seria—. No venir supone una ofensa al futuro rey y su futura reina.

En cuanto su madre terminó de hablar, resonaron varias trompetas que consiguieron sobresaltarles a todos. James se puso muy serio al igual que Eva. Su futura esposa había llegado.

Un carro blanco tirado por corceles de idéntico color se detuvo a las puertas del palacio,

los aldeanos comenzaron a lanzar pétalos de flores y varios guardias abrieron la puertecilla del vehículo para ayudar a salir a la muchacha que iba a convertirse en reina.

—Ahí está —susurró Rebeca muy bajito, lo suficiente como para que solo Cora pudiese escucharla—. La niña bonita del Gobernador. La elegida para gobernar su reino de mentiras.

Cora siguió su mirada al igual que todos los presentes. Ella no tardó en aparecer y el gran salón quedó en silencio al contemplarla, pues no era más que una niña, pero su presencia logró sobrecogerles.

En cuanto Cora posó los ojos sobre el rostro de la muchacha, perdió todo color y sintió una patada en la boca del estómago que la dejó sin aliento unos segundos.

—Disculpadme, señora —susurró con la voz quebrada—. No puedo ver esta pantomima.

Isabel y Rebeca la miraron a la vez extrañadas. Al comprobar que estaba realmente afectada por esa farsa, Isabel asintió, por lo que Cora desapareció entre pequeños empujones y no se detuvo hasta dejar atrás ese salón. Las lágrimas de ira y frustración invadieron su mirada, pues la futura reina de ese maldito infierno no era otra que su florecilla, su Margaret.

La ceremonia continuó sin gran inconveniente. Rebeca no prestó apenas atención, pues sus pensamientos estaban con Cora y qué podía haberle afectado tanto para que saliese de esa manera. Cuando llegaron los votos descubrió el nombre de la muchacha: Margaret Blanchard.

Cuando el obispo dio su bendición, James acarició despacio las mejillas de quien se había convertido en su mujer justo antes de besarla de forma suave. En ese mismo instante el pueblo entero gritó entre vítores mientras Rebeca suspiraba aburrida.

—Por fin se acaba —susurró a la par que recibía un golpe certero por parte de su madre en el hombro—. ¿Ahora es cuando sirven el vino?

☆☆☆

Si hasta ese momento Cora odiaba al Gobernador, ese sentimiento no podía compararse al que estaba creciendo en su ser desde que vio a Margaret entrar a palacio vestida de novia.

Santiago le había arrebatado a Lara y encerrado en Toletum solo porque se había encaprichado de su hija y deseaba poseerla. Al parecer, solo pocos meses después se había cansado de ella y la había lanzado a las fauces de leones dentro de Toletum.

Lo deseaba muerto, quería verle sufrir por haber destrozado todo cuanto amaba.

Con las mejillas encharcadas en lágrimas y el rostro escondido entre los brazos, luchaba por respirar sin apenas conseguirlo. No le importó lo más mínimo fingir, si la encontraban de esa guisa y decidían matarla ya le daba exactamente igual, pues su única ilusión era salir de Toletum para reencontrarse con su florecilla y se la habían arrebatado.

Santiago la había hecho reina, la mujer más poderosa de los Blanchard. Ella, como Montés,

jamás podría acercarse sin cometer traición, no podría decirle que la amaba con todo su ser, que era su regalo más preciado. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos que destrozaba sus entrañas.

Lloró llena de rabia hasta que sintió como alguien tomaba asiento a su lado. Cuando alzó la mirada, se quedó muy quieta al reconocer a su inesperada acompañante, ya que era la mismísima Eva Blanchard, actual soberana.

—Quizás el resto del pueblo no se ha percatado de vuestra huida —susurró de forma tierna —. Pero a mí no se me escapa nada, Montés. ¿Qué os ha perturbado tanto como para abandonar la boda del heredero al trono?

Ella no respondió, Eva suspiró muy despacio y la miró a los ojos. Cora pudo leer en la mirada de la soberana ternura.

—Podéis hablar con libertad —dijo de forma suave—. Todas las cámaras están en la sala del trono en este instante, a nadie le importa nada más que la boda, no nos escuchan.

—Esa muchacha a la que habéis casado con vuestro hijo —respondió quebrada—. ¿Sabéis acaso quién es?

—Tengo mis sospechas —dijo con un encogimiento de hombros—. Una amante de la que Santiago se ha aburrido y ha querido quitarse de encima. Con lo joven y bonita que es, me da lástima que haya terminado aquí.

—Ella es mi hija, mi florecilla —susurró tan rota de rabia que estrelló el puño contra el suelo—. Mató a mi mujer, me encerró aquí y nos destruyó solo porque quería meter a mi hija en su cama. Ahora que lo ha conseguido ya no le sirve y la lanza aquí dentro como si fuese basura.

—Te voy a decir qué vamos a hacer —respondió la reina con aplomo—. Vas a marcharte, pues esta situación te hiere y necesitas curar todo cuanto arde en tu interior. Yo voy a hablar con Isabel y juntas encontraremos una solución.

—¿Una solución? —preguntó cínica—. No se puede salir de Toletum. Es una condena de por vida.

—No podemos salir de Toletum —respondió y le regaló una suave sonrisa—, pero sí puedes desertar de la casa a la que sirves. Lo orquestaré con Isabel, huirás y pedirás asilo a palacio donde yo te lo concederé. Cambiarás el negro de Montés por el blanco de Blanchard y, auque sea bajo encierro en el programa, vivirás junto a tu hija. No os volverán a separar.

—¿La vais a proteger? —preguntó con un hilo de voz—. A mi hija. Hasta que pueda reencontrarme con ella, necesita que la cuiden, solo es una niña y no sabe en qué nido de serpientes se ha ido a meter.

—Siempre —susurró sincera—. James no va a dejar que nada malo le pase, ahora es su mujer y aunque no la ame con el amor de un esposo, mi hijo es el hombre más leal que he conocido. Dará por ella su vida si es preciso.

☆☆☆

Si la ceremonia había sido aburrida, para Rebeca los actos que se dieron tras la misma fueron mucho peor.

Suspiraba hastiada cada cinco segundos, pues todos los nobles debían rendir pleitesía a esa niña que pronto sería la soberana del lugar y, hasta que les tocara a ellos, debían esperar en pie a escuchar una y otra vez esas retahílas insulsas.

Todos llevaban con ellos presentes que entregaban a James como obsequio por el enlace. Ese hecho le provocó una sonrisa satisfecha en el rostro, pues si de algo hacían gala los Montés era de ser únicos. Sus regalos no eran para James sino para su futura reina.

Rebeca alternaba la mirada entre ambos para leer en sus rasgos si estaban tan aburridos como ella. James parecía más bien abrumado y mucho más centrado en su nueva mujer que en las comitivas que pasaban ante ellos por orden de apellido.

Margaret parecía un cervatillo asustado. Tenía los labios apretados, como si en cualquier momento fuese a romper en lágrimas, pero aguantaba estoica y sonreía cada vez que un nuevo noble se arrodillaba ante ella para jurarle lealtad.

Cuando llegó por fin su turno de interpretar esa tontería, Isabel se puso en cabeza mientras ella y Arthur cogían entre los dos uno de los baúles con una muestra de los obsequios que habían llevado para los recién casados. El resto ya había sido enviado por los lacayos a las dependencias correspondientes.

Tras su madre se acercaron a los tronos y todo el mundo guardó silencio en cuanto escucharon en boca de los anunciadores que se presentaban los Montés a rendir pleitesía.

Al alcanzar el lugar impuesto para tal acto, pudo apreciar como James le hacía una mueca de auxilio y ese hecho le provocó la risa, aunque la guardó en su interior para no contrariar a su madre que ya había hincado la rodilla frente a la joven.

—La casa Montés acude como banderiza real a rendir pleitesía a nuestro futuro rey —dijo de forma solemne mientras James asentía metido en su papel—. Yo, Isabel Montés, en nombre de mi familia y mi casa, juro lealtad a James y Margaret Blanchard, futuros soberanos de Toletum, desde este día y hasta el final.

Su madre terminó con ese discurso absurdo, por lo que entendió que había llegado su turno. Beca y Arthur se acercaron al trono de Margaret mientras Isabel seguía arrodillada. La muchacha los miró con algo de miedo en sus ojos castaños, pues todos los nobles se presentaban ante James y no ante ella.

—Como muestra de amistad y respeto traemos presentes para nuestra futura reina —dijo Rebeca al dejar el baúl en tierra.

—¿Para mí? —preguntó la muchacha a la par que su mirada se cruzaba con la de Rebeca unos instantes—. Sois muy gentiles, mi señora. No merezco tanta pleitesía.

—Es una muestra de las mejores sedas de nuestro hogar —dijo Beca mientras abría el baúl —. No hay en todo Toletum mejor material para vuestros vestidos, alteza real.

—La seda Montés sin duda merece la fama que porta, mi señora —susurró James en su dirección con un leve apretón en la mano de la joven—. Estaréis bellísima vistiéndolas.

Margaret asintió algo cohibida justo antes de volver a clavar la mirada en los ojos oscuros de Rebeca. Despacio, dibujó una sonrisa agradecida, del todo sincera. Ante ese gesto, la joven Montes quedó cautivada una milésima de segundo. De cerca, su futura reina era muchísimo más bonita que desde la lejanía.

James, en cuanto vio a su amiga petrificada como si hubiese olvidado el guion, les despachó para continuar con la ceremonia. Tres casas nobles más repitieron la misma operación, por lo que Rebeca tomó a Arthur del brazo y ambos sonrieron. El convite estaba por empezar y se morían por hartarse del vino.

—Menos mal que nuestra boda fue improvisada, Arthur —susurró entre risas al oído de su amigo—. ¿Te imaginas haber soportado a todos los nobles haciendo el idiota de esta manera?

—Los habrías despachado mucho más rápido que James —respondió y se unió a su risa—. A veces pienso que de verdad ha nacido para ser rey, tiene un temple que ya quisiéramos algunos.

La casa real jamás escatimaba en gastos. En el mismo instante en el que la sala del trono se llenó de sirvientes y estos colocaron grandes mesas que abarrotaron de alimentos, Rebeca se lanzó hacia la más cercana seguida de cerca por Arthur. Había llegado el momento de dejar de aburrirse y disfrutar de la fiesta.

No mucho más tarde, el lugar ocupado por la joven Montés, su esposo y varios allegados de su familia, se volvió el más ruidoso y alegre del lugar. El vino corría sin terminarse, Rebeca ya tenía las mejillas enrojecidas y bailoteaba del brazo de su marido por el salón para horror de su madre y gran diversión de James, ya que adoraba ver tan jovial a su amiga.

Cuanto entraron a escena los juglares y la música inundó el lugar. James se disculpó con su esposa entre susurros y se unió al jolgorio que los Montés habían iniciado. No tardó en arrastrar a su madre, Eva, al mismo, por lo que empezaron a bailar sonrientes.

Margaret observaba muy quieta en el trono, ya que estaba tan abrumada por todo lo acontecido que no deseaba moverse del mismo. Cada pocos segundos, como un acto reflejo, llevaba la mano a su vientre donde dejaba una caricia tenue.

Rebeca no tardó en reparar en el hecho de que la futura reina se había quedado sola, por lo que se escabulló entre el gentío que, tras tanto vino, no prestaba atención a nada más que la danza y las risas que inundaban el salón.

Llegó hasta el trono desde la parte trasera para no ser vista. Cuando estuvo a escasos centímetros del mismo, comprobó que la muchacha no había tocado la bebida, aunque no prestó mucha atención a ese hecho, ya que lo que deseaba era cometer una pequeña fechoría.

—Ninguna novia debería estar tan seria el día de su boda, mi señora —susurró y le provocó un sobresalto la mar de gracioso—. Todos disfrutan de una agradable velada menos vos que sois la gran protagonista de este acto.

—Yo no sé bailar —susurró de vuelta y sus mejillas se colorearon de un tono rosado—. No deseo empezar con mal pie y mostrar mis debilidades antes de tiempo.

—No es necesario saber bailar para bailar, alteza —dijo al ponerse frente a ella con la mano extendida—. Solo que vuestro acompañante sepa los pasos y cómo guiaros. Tras la tarima del trono nadie os verá.

Margaret necesitó unos segundos para comprender que aquella chica la estaba incitando a un baile secreto con ella. Lo meditó sin que sus miradas perdieran el contacto, hasta que finalmente aceptó su mano para verse arrastrada a un punto ciego, lejos de cualquier mirada.

La muchacha no tardó mucho en colocarse y sujetar su mano a la par que su cintura.

—La mano en mi hombro, alteza —susurró como guía—. Y los pies al ritmo de mis pisadas.

Margaret obedeció por lo que no tardaron en comenzar a dar pequeñas vueltas por el lugar.

De pronto, en medio de su danza, Rebeca no pudo evitar que su gesto se tornase serio y decidido. Si su futura reina no tenía clara a quién debía pertenecer su lealtad o dañaba en modo alguno a James, ella misma se encargaría de despacharla sin pensarlo.

—No sé quién eres, ni porqué te ha elegido el Gobernador como su marioneta en este circo —susurró sin cesar su baile. La mirada de esa joven se cubrió de sombras durante unos instantes —. Yo soy Rebeca Montés, la heredera de mi casa y espero que nunca olvides mi nombre, Margaret Blanchard.

—Cuida tus palabras, Rebeca Montés —le susurró de vuelta con hielo en la mirada—. No vaya a ser que debas tragártelas y te envenene tu propio rencor. Yo no te he hecho nada.

—Aún no —respondió mientras ninguna cedía al choque fiero de miradas—. Pero es una advertencia. Si vienes en son de paz tendrás mi lealtad y respeto. Si vienes como la marioneta de un loco para dejar que nos destroce más la vida, acabaré contigo.

Su baile acabó, tan rápido y silencioso como había empezado. Nadie supo jamás que durante unos minutos la heredera Montés se las había ingeniado para secuestrar a la futura reina.

—No deseo complicar la vida de nadie, Rebeca Montés —dijo justo antes de escaparse de nuevo al trono—. Mis motivos para estar aquí son solo míos, y soy capaz de morir por ellos, eso tenlo por seguro.

Al verla desaparecer, Rebeca no fue consciente de que, en realidad, Margaret Blanchard

jamás sería capaz de olvidar su nombre, pues este quedó anclado en su mente y torturaría sus pensamientos durante demasiado tiempo.

MARGARET
CANTAR QUINTO: SERÁS REINA
XI



Desde el momento en el que supo que iba a ser madre, Margaret no podía dejar de sonreír. Su mirada estaba cargada de alegría genuina y acariciaba su vientre un millón de veces al día, a pesar de que era muy pronto para que fuese visible su estado.

Después de haber crecido sola y la amarga decepción que aún arrastraba al haberse criado en una falsa familia que nunca la había querido, formar la suya propia junto a Santiago se sentía como un sueño del que no quería despertar.

Intuía que su adorado Gobernador estaba tan feliz como ella, aunque no lo mostrase debido a la gran carga de trabajo que siempre tenía. Comprendía que él no pudiese expresar sus emociones por el miedo que siempre sentía a que descubrieran que ella y ahora su pequeño bebé eran el punto débil del señor de New World.

A pesar de todas las preocupaciones que llevaba en la cabeza, Santiago seguía compartiendo la cama con ella y llenaba sus días de esas rosas silvestres que tanto le gustaban.

Esa noche no fue una excepción y Margaret suspiró con una sonrisa llena de felicidad al apoyarse contra su pecho, ambos enredados en la sábana y con la habitación apenas iluminada por las farolas del exterior y la lámpara de mesa que tenía Santiago a su izquierda.

Él la rodeó con el brazo justo antes de acariciar sus cabellos de forma distraída. Ella lo miraba en silencio a la par que dibujaba sobre su piel figuras sin nombre con el dedo. No le pasó desapercibida la mueca preocupada en su rostro, pues no le era ajena en absoluto. Seguramente sus documentos no tenían notícias agradables o mostraban algún problema que debía solventar.

—¿Qué te tiene tan serio, mi amor? —susurró sonriente mientras él la miraba a los ojos—. ¿Quieres compartir conmigo tu preocupación?

—No quiero aburrirte con mis asuntos, pequeñaja —respondió con un beso suave en su frente—. No es más que un problema con Toletum, ya encontraré cómo solucionarlo.

—Santiago, no me mientas —dijo esta un poco más seria—. Te conozco bien y no es solo Toletum lo que te tiene así de preocupado. ¿Es el bebé?

—No solo el bebé —contestó con una mueca—. También eres tú. Mis espías están en todas partes y ha llegado a mis oídos que algunos rebeldes sospechan acerca de mis sentimientos por ti. Tengo miedo, Marga. No deseo que os ocurra nada, ni a ti, ni a nuestro hijo.

—Nada va a pasarnos, mi amor —respondió despacio, a pesar de que sus palabras habían causado una chispa de miedo en su interior—. No si tú nos proteges.

—Eso intento, protegerte —dijo a la par que dejaba los papeles en la mesita—, pero ni siquiera yo puedo estar en todas partes y se me están complicando varios frentes. Los rebeldes aquí en New World que me hacen la vida imposible y los problemas de Toletum que debo solventar cuanto antes o el programa se me escapará de las manos.

—¿Qué ocurre en Toletum? —preguntó curiosa—. La verdad es que no suelo mirarlo, no me resulta entretenido.

—Toletum necesita una reina —respondió con un resoplido—. Y no he encontrado a una voluntaria que cumpla con las características necesarias para ello.

—Quizás si pones un anuncio aparezca una posible reina —dijo ella del todo inocente—. Es un papel muy importante, habrá un millón de muchachas dispuestas a ser voluntarias.

—Quizás —murmuró él con la mirada perdida en el techo—. O quizás pueda arreglar ambas preocupaciones que me consumen si subes tú al trono.

Al escucharlo, Margaret soltó una sonora carcajada que le provocó un río de lágrimas alegres en su mirada castaña.

—Mi amor, a veces dices unas cosas… —respondió sin dejar de reír—. ¿Cómo voy a subir yo al trono? Mi lugar está aquí a tu lado donde estamos construyendo nuestra familia.

—Piénsalo, Marga, porque tiene mucho sentido —dijo a la par que se enderezaba y cortaba el abrazo para que ambos se mirasen a los ojos—. Toletum quiere una reina y tú eres la persona en la que más confío del mundo para que gobiernes en mi nombre dentro del programa. Además, ¿dónde estarías más segura y protegida de los rebeldes que ahí dentro?

—Pero en Toletum estaré lejos de ti —susurró muy seria—. No quiero ser reina de nada, Santiago. Quiero que nos casemos y estar contigo, lo sabes.

—No será para siempre, solo mientras atrapo a los rebeldes —continuó hablando sin dar su brazo a torcer—. Ahí dentro estarás segura, protegida. Y Toletum seguirá en antena con la reina que tanto me han pedido, mataré dos pájaros de un tiro.

—Si decido entrar —respondió tras un silencio de algunos segundos—, ¿Te aliviaría de algún modo?

—Si entras a Toletum se acabarán todas mis preocupaciones —dijo de forma seria—. Sabes que no deseo por nada del mundo separarme de ti, Marga, pero prefiero tenerte dentro de

los estudios y saber que estás bien a tenerte aquí conmigo y encontrarte sin vida si dan contigo los rebeldes.

—Está bien, mi amor —susurró al final tras un largo suspiro—. Lo haré. Firmaré los papeles como voluntaria. Tú termina con todos los rebeldes pronto y ven a buscarme cuando sea seguro.

☆☆☆

Al parecer Santiago no exageraba con su preocupación. La mañana siguiente a su trascendental conversación, Margaret se había marchado al mercado donde pensaba comprar un poco de chocolate, por si en Toletum no tenían ese dulce que tanto le gustaba y tardaba mucho en volver a comerlo.

El Gobernador había partido temprano a los estudios para preparar todos los documentos necesarios y concretar su ingreso al programa, por lo que estaba sola en medio del gentío, perdida en sus propios pensamientos.

De pronto, con su destino ya frente a sus ojos, sintió un ligero empujón que la precipitó a un callejón algo oscuro debido a la cercanía de los edificios. Su rostro se congestionó debido al pánico al notar el frío de una hoja afilada en el nacimiento de su cuello.

El aliento se congeló en su garganta, sus ojos se encharcaron en lágrimas al posarlos sobre su atacante y comprobar que tenía el rostro cubierto, por lo que no podría identificarle en modo alguno.

—Por fin te tengo donde quería, ramera —susurró de forma mortífera—. Tu cadáver servirá de mensaje al tirano Gobernador. Todo aquel a quien ame morirá en manos de rebeldes.

Varios lagrimones cargados de miedo descendieron por sus mejillas al sentir como apretaba el filo del cuchillo contra su piel. Pronto empezó a caer un hilo de sangre que recorrió su cuello hasta manchar la camisa.

Iba a suplicar, pero no salieron palabras de sus labios. Su único instinto fue llevar las manos a su vientre aterrada. Cerró los ojos con el punzante dolor del cuchillo en su cuello y esperó a que ese desalmado terminase con ella.

Cuando ya sentía que estaba todo perdido, un disparo resonó en sus oídos. El estruendo fue tal que liberó el río de lágrimas que estaba guardando. Segundos después, la hoja que amenazaba su vida cayó al suelo con un repiquetear metálico, pero ella no quiso abrir los ojos, aún aterrada.

Pudo notar unas manos fuertes sujetándola y guiándola fuera del callejón. Temblorosa, sin poder contener su llanto, abrió los ojos al sentir la luz del sol sobre su rostro. Su mirada se posó en el impoluto uniforme del hombre que aún la tenía sujeta.

—¿Estáis bien, señorita? —dijo este al ver que Margaret lo estaba mirando—. El

Gobernador me pidió que os protegiera contra los disidentes, intenté no mostrarme para no preocuparos y casi llego tarde. No volverá a suceder.

—Me habéis salvado la vida —susurró aún conmocionada—. ¿Cuál es vuestro nombre? El Gobernador sabrá que un hombre leal me ha protegido sin dudarlo.

—Mark Johnson —respondió con firmeza—. General, Mark Johnson. Soy el hombre de confianza de nuestro Gobernador, por eso mismo me encargó proteger a su ser más querido. Pero esos rebeldes son escurridizos, Toletum va a ser lo mejor para usted, señorita.

Si la noche anterior había quedado alguna duda en la joven Margaret, esta fue borrada de golpe al sentir en su propia piel que las amenazas de las que siempre hablaba Santiago no eran vanas.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, mientras ese general la conducía hasta un coche y la ayudaba a tomar asiento en la parte trasera del mismo.

—Os llevaré junto a nuestro Gobernador, señorita —informó para aliviar sus dudas—. En cuanto sepa que han atentado contra vuestra vida querrá teneros cerca.

Ella simplemente asintió sin pronunciar palabra, él tomó el volante y arrancó en el acto. El vehículo se perdió por las calles y puso rumbo a los estudios de Toletum donde Santiago estaba enfrascado en sus quehaceres.

Cuando llegaron, pudo verle salir a recibirla por lo que corrió a sus brazos y estalló en lágrimas cuando él la estrechó entre los mismos. No podía dejar de temblar.

—Johnson me ha informado de todo, pequeña —dijo sin soltarla—. Mis preocupaciones no estaban a la altura de la realidad. Ellos ya saben quién eres y van a por ti, en pleno día y sin esconderse. Debes entrar a Toletum cuanto antes, solo así puedo protegerte.

—Lo haré, entraré cuando tú lo dispongas, mi amor —respondió entre sollozos—. Por favor, atrapalos a todos para poder respirar tranquila y sin miedo.

—Tengo los papeles listos —dijo tras un beso en su cabeza—. Firma y deja que los operarios te guíen, ellos iniciarán tu instrucción de inmediato. Si la empiezas hoy, en una semana como tarde podrás entrar al programa.

Tras sus palabras, indicó a la joven Margaret que debía seguir a una serie de personas. Él se quedó quieto hasta perderla de vista. En ese mismo momento, una sonrisa cínica nació en sus labios mientras Mark Johnson se posicionaba a su lado.

—Tal y como habíamos predicho, mi Gobernador —susurró este con un tono de voz muy diferente al amable que había empleado con Margaret—. Un pequeño susto y hará todo cuanto le pidáis.

—¿Y la marioneta? —preguntó sin un ápice de compasión en sus palabras—. ¿Te encargaste de ese pobre diablo como te pedí?

—Un disparo certero en la cabeza, mi Gobernador —respondió sonriente—. El pobre ni se

inmutó de que jugamos con él cuando perdió la vida. Os habéis ahorrado unas pocas monedas al no tener que pagar vuestro encargo.

—Bien, no quiero cabos sueltos —susurró de forma mortífera—. Ahora solo falta preparar a Margaret para que entre a Toletum y esperar a que ese hijo que lleva se muera ahí dentro. No creo que sea difícil, al fin y al cabo es el Medievo.

—Si no lo hace de forma natural encontraremos la manera de terminar con su corta existencia —intervino Johnson decidido—. Nadie sabrá jamás que existe opción a que usted sea derrocado, mi Gobernador.

☆☆☆

La semana siguiente a haber firmado su ingreso voluntario en Toletum, Margaret no tuvo un solo minuto de descanso.

Los operarios trabajaban a contrarreloj, pues ya se había dado aviso a toda la población de ese reino ficticio que se acercaba la boda real y ella debía estar lista.

Durante días le enseñaron un montón de cosas muy variopintas, desde montar a caballo hasta el protocolo real por entero. Debía hablar como se esperaba de una mujer de su rango, conocer todos los estandartes de las casas nobles que le eran leales y aquellas que eran leales a los Montés.

Cuidaron hasta el último detalle. Debía saber cómo sentarse, cuándo levantarse. Las posturas que debía adoptar y todas las tareas que se esperaban de ella, aunque estas las encontró bastante sencillas, dado que la mayoría consistían en recaudar impuestos y no era más que contabilidad, cosa que conocía de memoria al haber llevado tantos años los números del burdel.

Incluso le enseñaron a escribir sobre pergamino con la pluma de un ave en lugar de un bolígrafo o lapicero.

La última de sus clases fue extensa y la que encontró más aburrida, pues era la historia de Toletum. El origen de la rivalidad entre los Blanchard y los Montés, aquellos que serían sus enemigos desde que pisara el programa.

Todos los operarios sin excepción no dejaron de repetirle una y otra vez que tuviese cuidado con los Montés. Como una cantinela incesante en la que recordaban sin tregua alguna que estos eran muy astutos y buscarían cualquier punto flaco para derrocarla.

Si algo le quedó claro de toda esa historia sin sentido es que debía mantener a una persona alejada a toda costa por su propio bien: Rebeca Montés.

Cuanto indicaron que estaba preparada, pues había superado con muy buenos pronósticos la instrucción, los operarios la llevaron a la zona de vestuario donde la prepararon a conciencia con un atuendo de novia tan absolutamente recargado que solo podía pertenecer a la realeza.

Su farsa empezaba con una boda y ese hecho tenía su estómago en un hervidero de nervios. Se sentía aterrada, pero sabía que era parte del guion y no deseaba contrariar a Santiago después de todas las molestias que se había tomado para protegerla.

Uno de esos hombres, tras marcar una serie de cosas en una libreta, tomó su brazo e inyectó en el mismo un chip de seguimiento. Si querían que su farsa saliera bien debía seguir todos los pasos de ingreso sin una sola excepción.

Al terminar los preparativos, solo le quedaba cruzar las puertas a ese reino que la recibiría como su futura soberana. Los trabajadores del estudio la condujeron por varios pasillos hasta un gran salón donde pudo vislumbrar a Santiago. Él la estaba esperando para despedirse y eso le provocó un desolador sentimiento de tristeza absoluta. Tardaría demasiado en volver a verlo.

Él la miró a la par que dibujaba una sonrisa en el rostro. Ella se acercó para enredarse entre sus brazos.

—Estás magnífica, pequeña —susurró este sin soltarla—. Algún día vestirás de blanco para mí y no para un teatro como el que hoy vas a protagonizar.

—Tengo miedo, mi amor —dijo esta con un leve tiritar—. ¿Y si no me sale bien?

—Vas a ser reina, Margaret —respondió tras separarse de ella para mirarla a los ojos—. Nadie va a juzgar ninguno de tus actos, pues nadie va a estar por encima de ti. Serás la mujer más poderosa de Toletum.

—No voy a decepcionarte —dijo con una mirada de admiración profunda hacia él—. Mantendré Toletum para que no debas preocuparte por el programa mientras cazas a los rebeldes. Pronto volveremos a estar juntos.

—Sé que no vas a decepcionarme, pequeña —susurró sin apartar su mirada de ella—. De todos modos hay algo que debes hacer por mí, algo importante que no me gusta nada. A ti tampoco va a gustarte, pero es necesario.

—¿Qué debo hacer, mi amor? —preguntó asustada.

—Vas a casarte con James Blanchard, el futuro rey, eso ya lo sabes —dijo él despacio—. Esta noche dejarás que tu matrimonio falso sea consumado.

—No pienso hacer eso, Santiago —respondió a la par que su mirada castaña se llenaba de pavor—. No me pidas que me entregue a otro hombre porque me niego en rotundo.

—Sí que vas a hacerlo, Margaret —dijo con dureza—. Lo harás para proteger a nuestro hijo. No sé cuánto tiempo me tomará terminar con los rebeldes, puede que pasen meses y en Toletum no podrás ocultar tu estado. El mundo entero debe pensar que es fruto de tu matrimonio con James.

En cuanto él terminó de hablar, ambos quedaron en silencio. El miedo bailaba en la mirada de Margaret mientras el Gobernador la observaba con determinación.

Finalmente, ante la certeza de que él tenía razón, la joven asintió y llenó su mirada de

lágrimas. No le gustaba nada el camino que tomaba su vida, pero debía proteger a su hijo por encima de todo.

Sin romper el silencio, Santiago la sujetó por las mejillas para besarla, ella se estremeció al saber que era una despedida incierta.

Al cortar el contacto, él hizo una señal con la cabeza que todos comprendieron. Pocos segundos después las puertas se abrieron para mostrar ante sus ojos las verdes praderas de Toletum. A pocos metros, el carruaje real dispuesto para llevarla al palacio donde contraería matrimonio ya la estaba esperando.

Margaret suspiró, se armó de valor y, tras regalarle una última mirada a Santiago, cruzó el umbral. De inmediato se cerró esa puerta y quedó atrapada en el programa donde su función acababa de comenzar.

MARGARET
CANTAR SEXTO: UN NIDO DE VÍBORAS
XII



La carroza real cortaba el viento al dirigirse a gran velocidad hasta su destino: el palacio donde el futuro rey de Toletum ya la estaba esperando.

Durante todo el camino, Margaret se fue sintiendo cada vez más pequeña ante las verdes colinas, las praderas inmensas y los paisajes que podía observar por la ventanilla. Toletum era realmente bello. Un reino de ensueño en el que ella interpretaba un papel principal.

Al acercarse al castillo, pronto pudo ver como un goteo incesante de personas caminaban en la misma dirección. Estas se detenían a mirar como pasaba el carruaje, lanzaban flores hacia el mismo y vitoreaban a su futura reina, por lo que la joven sintió un nudo en el estómago.

De pronto, el vehículo frenó en seco y se le cortó el aliento de forma violenta. Habían llegado. Unos lacayos abrieron las portezuelas y un hombre ataviado con un traje colorido le tendió la mano para ayudarla a apearse. Ahí fue recibida por un murmullo apagado debido a la música de trompetas. Empezaba su función.

—Permitidme, alteza —susurró el mismo hombre que había abierto el carruaje—. Como capitán de la guardia real, se me ha otorgado el honor de acompañaros hasta el altar junto a vuestro futuro esposo y rey.

Ella asintió justo antes de tomar su brazo y que ambos empezaran a caminar por ese pasillo que no tardó en llenarse de flores. Lo primero que Margaret pensó al contemplar el salón del trono es que en él había demasiada gente. Todo Toletum había acudido a la boda, por lo que volvió a sentirse empequeñecer.

—Mi nombre es Leonard Andrews, alteza —susurró su acompañante de tal manera que las trompetas tapaban sus palabras, por lo que era imposible que nadie más que ella le escuchase, ni siquiera los micrófonos que enviaban todas las conversaciones al televisor—. Sé que estáis asustada, pero seréis la reina y yo daré mi vida por vos si es necesario, os lo prometo.

Margaret no respondió, pero su agarre sobre el brazo de ese hombre se acrecentó. De esta manera le dio a entender que agradecía sus palabras.

Cuando vio por primera vez al hombre con el que debía casarse, ya que no mentía al decir que no conocía nada del programa al encontrarlo aburrido, pensó automáticamente que era un hombre muy apuesto. Tenía los cabellos rubios, la mirada azul celeste y, a pesar de mostrar nervios en el rostro, sonreía con dulzura, sin una pizca de maldad.

Él le tendió una mano enguantada, ella la aceptó por lo que sintió como el guardia liberaba su brazo para entregarla al futuro rey. Ambos se posicionaron frente al obispo que no tardó en iniciar la ceremonia, extremadamente larga para su gusto, en la que se acababa de convertir en Margaret Blanchard, futura reina de Toletum.

Cuando James la besó para sellar esa farsa, lo hizo con tanto cuidado que sintió ganas de llorar. Él sujetó sus mejillas con una caricia muy leve justo antes de unir despacio sus labios. Solo duró unos segundos, los que necesitó el muchacho para apartar las manos de su rostro y colocarlas en sus brazos, a la altura de los codos.

Ambos se miraron a los ojos unos instantes y pudo leer en esa laguna azul cristalina que James Blanchard estaba igual de asustado que ella, por lo que no pudo evitar sentirse comprendida.

—Vais a ser mi reina, Margaret —susurró mientras todos los presentes estallaron en vítores—. No os conozco, no me conocéis y podéis no creer mis palabras, pero desde este día hasta el último seguiré vuestra estela, cuidaré de vos y os protegeré con mi vida si es preciso, pues aunque jamás podré amaros como mujer, mi fidelidad sí será eterna.

☆☆☆

Con la ceremonia terminada, James la tomó de la mano para que ambos se dirigiesen juntos a los tronos dispuestos para ellos. Estos estaban en lo alto de una tarima desde donde podía observar el salón en su totalidad.

El joven Blanchard no la soltó hasta que tomó asiento. Justo antes de dejarse caer en su propio trono, dejó un beso suave en el dorso de su mano y le regaló una sonrisa que pretendía darle fortaleza.

—Toda familia noble de Toletum está presente para honraros, mi señora —susurró este, como intentando explicarle lo que venía a continuación—. Es el protocolo. Después celebraremos tan feliz acontecimiento con banquetes y vino.

Ella asintió, puesto que en la instrucción ya le habían avisado de todos los pasos que darían. Se irguió en el trono y esperó a que diese comienzo el acto.

Con un gesto del rey, la primera familia se acercó a jurarle lealtad. Al parecer seguían un

orden específico y, por lo que había aprendido de las casas de Toletum, no eran precisamente pocas, por lo que le esperaba un tormento bastante aburrido.

James aguantaba estoico y sonreía ante cada presente que dejaban a sus pies. Margaret agradecía que todas las atenciones fuesen hacia él, ya que por cómo se había criado, no creía merecer ninguno de esos honores, a pesar de estar interpretando un papel.

Cada poco, el príncipe colocaba la mano sobre el dorso de la suya donde dejaba un apretón. La miraba con ternura y susurraba palabras agradables en su oído para animarla. Era tan amable y atento que consiguió relajarla un poco ante tanta pompa y juramentos a los que no prestaba apenas atención.

En el momento que escuchó pronunciar el apellido Montés, aterrizó de golpe pues ellos sí le interesaban. Necesitaba poner rostro a sus posibles enemigos dentro del programa.

La mujer que se presentó como la señora de la casa le pareció formidable. Tenía los ojos oscuros, rasgados y con una mirada tan decidida que cortó su aliento. Sus palabras retumbaron en su mente con fuerza, mientras hacía acopio de todo su valor para no empequeñecer en el trono.

En cuanto terminó su juramento, vio como se acercaban un hombre y una mujer que intuyó que eran lacayos, ya que portaban un cofre con presentes. Esperó a que lo pusieran a los pies de James, como habían hecho todos los demás, pero al ver que se acercaban a ella se puso nerviosa sin poder evitarlo.

Los Montés parecían ir al contrario que el resto de Toletum en todo momento. La sorprendieron con un presente realmente bonito que consiguió sobrecogerla, por lo que la sonrisa con la que agradeció dicho regalo fue la primera que surgió sincera en sus labios.

La mujer ante ella no apartaba la mirada, por lo que sus ojos quedaron anclados unos instantes. En ellos pudo leer curiosidad, picardía y desafío. No sabía quién era, pero una parte de ella empezó a desear descubrirlo. Al terminar toda esa farsa callaría sus dudas al consultarlo con James. El futuro rey le generaba confianza tras todos los actos bondadosos que había tenido para con ella.

En cuanto la señora Montés se retiró junto a sus acompañantes, solo tres casas más pasaron ante ellos, por lo que el salón no tardó en llenarse con el esperado convite de la boda real.

Los sirvientes trabajaron con mucha diligencia para preparar las mesas, sacar los manjares con los que pensaban deleitar a los invitados y el vino que no tardó en correr de copa en copa junto al jolgorio y las risas.

Desde el trono, buscaba con la mirada a la mujer de la comitiva de los Montés, pues le causaba mucha curiosidad. No tardó en encontrarla, ya que esta, junto al hombre que la acompañaba, estaban montando un auténtico espectáculo de risas, gritos alegres y bailoteo incesante. Pronto se les unieron varios nobles menores, afines a la casa Montés y el jolgorio no

hizo más que crecer, hecho que le provocó una ligera sonrisa.

James no se había movido de su lado. Con pequeños gestos solicitaba que les sirvieran alimento y vino. Margaret comió muy poco ya que sentía su estómago cerrado. El licor no lo tocó en absoluto.

Cuando la fiesta se hizo más ruidosa y alegre, en gran parte al alcohol que los presentes habían consumido, los juglares aparecieron para amenizar la velada con música. Al arranque de los primeros acordes, pudo sentir como James volvía a tomar su mano y se tensó. En su instrucción no le habían enseñado a bailar y no pensaba seguir al futuro rey al centro de la estancia para hacer el ridículo.

—¿Deseáis uniros a la fiesta, mi señora? —preguntó de forma amable—. Todos disfrutan de la música y el canto.

—No, prefiero quedarme aquí, mi señor —respondió algo tímida—. Ruego me disculpéis, el viaje hasta palacio fue extenuante y no me siento con fuerza para la danza.

—¿Deseáis que me quede con vos? —preguntó una vez más sin borrar la sonrisa.

—No es necesario, mi señor —susurró también sonriente—. Vos ardéis en deseos de uniros al pueblo en el festejo, no os contengáis por mí.

Él le regaló un gesto de agradecimiento y dejó un apretón amistoso en su mano justo antes de apearse del trono. No tardó mucho en unirse a los gritos que protagonizaban los Montés. Margaret lo observó curiosa y sonrió al ver como empezaba a bailar animado con su madre.

Perdida en su propio mundo, se sobresaltó sobremanera al escuchar una voz a su lado. No tardó en descubrir que pertenecía a la joven afín a los Montés que tanta curiosidad le generaba. Esta se las arregló para convencerla de cometer una imprudencia, pero sus ganas de conocerla fueron más fuertes que su buen juicio, por lo que acabó bailando con ella a escondidas.

La joven guiaba sus pasos con acierto, Margaret sonreía al ver que, en el fondo, no se le daba tan mal la danza como imaginaba.

No podía dejar de mirarla, pues le parecía la mujer más imponente y fascinante que había conocido en su corta vida. Tenía los ojos castaños, sus cabellos recogidos con esa bonita trenza, sus ropajes eran oscuros y estaban coronados por la capa que ondeaba con cada giro que ambas daban.

En el escondite al que la había arrastrado, se sintió ella misma otra vez. Nadie miraba, nadie juzgaba, por lo que empezó a sentir algo de paz, hasta que esa muchacha habló para estropear por completo su burbuja. Ya tenía un nombre al que asociar a esos rasgos tan fascinantes: Rebeca Montés.

Sus palabras consiguieron recordarle, casi como un bofetón, que se había metido en un nido de víboras. Tanto Santiago como los operarios la habían advertido en innumerables ocasiones que debía alejarse de Rebeca y quiso hacerlo, quiso con todas sus fuerzas, pero no

pudo.

Terminó de bailar en sus brazos, respondió a sus mordaces palabras y el choque fiero de sus miradas se tornó un desafío.

Rebeca no deseaba que olvidase su nombre. Ella se iba a encargar de que la joven Montés recordase el suyo propio el resto de sus días.

☆☆☆

En el momento en el que el convite terminó, la mayor parte de los nobles afines a la casa Montés seguían provocando escándalo con sus risas y jolgorio.

Margaret seguía en su trono con la mirada fija en Rebeca Montés, aunque esta no había vuelto a prestarle atención. El hombre que supuso que era Arthur, su esposo, estaba a su lado y parecía que no se tenía en pie, por lo que la joven lo tenía sujeto por los hombros y reía a carcajadas con lo que él susurraba en su oído.

Perdida en la observación incesante de aquella chica que tanto la había perturbado, se estremeció al escuchar las trompetas que anunciaban el final del festejo para los recién casados.

Todos los presentes guardaron silencio y se pusieron en pie para despedir a los futuros reyes de Toletum. James se acercó hasta ella para tenderle la mano. Margaret la aceptó, por lo que se puso en pie y se estremeció ante los vítores que empezaron a resonar en el recinto.

Un escalofrío la recorrió por entero cuando comprendió qué se esperaba de ella a continuación. James enredó sus dedos y apretó con fuerza ese agarre, como si pretendiese llenarla de valor. Justo después, ambos se despidieron de los invitados con un regio gesto y el príncipe la condujo sin soltarla a la salida.

Al dejar atrás la sala del trono, empezó a costarle respirar mientras andaban por esos interminables pasillos en dirección a la alcoba real. La guardia les seguía para custodiarlos, y ese hecho solo acrecentaba su angustia y su miedo.

Nada más penetrar a la estancia donde a partir de ese momento pasaría sus noches, se sintió sobrecogida al ver la magnitud de la misma. Ni siquiera el apartamento que habitaba por cortesía de Santiago era tan grande.

Los guardias entraron tras ellos, Margaret se tensó de forma violenta en el instante en el que tomaron posición a ambos lados de la puerta, ya que no parecía que fuesen a abandonar el lugar. Sus ojos se cubrieron de lágrimas, pues no solo debía obligarse a sí misma a acostarse con James, sino que tendrían público, cosa que la perturbó de sobre manera.

Aterrada se quedó muy quieta en cuanto llegaron al centro de la alcoba donde estaba la inmensa cama en la que por lo menos cabían cinco personas adultas sin llegar a tocarse. James se posicionó a su espalda y colocó las manos sobre sus hombros.

Cuando sus miradas se cruzaron, no pudo evitar enseñarle a ese joven el miedo que arrastraba. Él había dibujado un gesto muy serio y no apartó los ojos de ella en ningún momento.

—Dejadnos —ordenó de pronto con la voz endurecida—. No hay peligro en la alcoba real, no es necesaria la presencia de la guardia.

—Alteza, no debemos —respondió uno de los guardia titubeante—. Es el protocolo, la consumación debe contar con testigos.

—He dado una orden —dijo una vez más a la vez que sujetaba la mejilla de Margaret para secar una de las lágrimas que se había escapado—. El protocolo real jamás será más importante que el bienestar de tu futura reina. Está asustada y para poder cumplir con mi deber os quiero fuera de la alcoba, no lo voy a repetir.

Ambos hombres dudaron unos segundos. James les regaló una mirada tan mortífera que asintieron, pues no deseaban contrariar la orden del futuro rey. Con pasos firmes dejaron el lugar y Margaret suspiró al verse a solas con él.

Santiago le había dado una orden, debía cumplirla por el bien de su bebé. Despacio para luchar contra los nervios y el miedo, buscó los labios del joven ante ella donde dejó un suave beso. James desató con tiento las correas que mantenía el vestido en su lugar hasta que se deslizó contra el suelo debido al peso del mismo. La joven enrojeció al mostrarse ante el príncipe con la camisola larga que llevaba bajo el mismo como única prenda.

Sin romper el silencio, él la guió hasta la cama y la incitó a meterse bajo las sábanas y colchas, justo después desabrochó su cinturón para quitarse de encima el sable que llevaba. La chaqueta ornamental siguió el mismo destino. Despacio y sin apartar sus ojos azules de ella ni mutar el gesto serio de sus rasgos, se deshizo del pantalón para acompañarla en el lecho nupcial.

Margaret intentó contener el dolor que le causaba la idea de estar con un hombre que no fuese Santiago, pero este fue mayor que su temple, por tanto un río de lágrimas descendió por sus mejillas en el mismo instante en el que sintió el peso de James sobre ella y este los cubrió a ambos con la sábana.

No podía, lo intentó, pero no podía hacerlo. El aliento no llegaba a sus pulmones, le ardía el pecho y no tardó en empezar a temblar de forma violenta.

—Mírame, mi señora —susurró James con los dedos sobre su mejilla para guiar su rostro y que esta clavase en él sus ojos quebrados.

—No puedo —respondió con sus miradas enredadas, en un susurro quebrado—. Por favor, no puedo. Yo le amo a él, no a ti.

—No dejes de mirarme, Margaret —dijo él de nuevo, no más alto que un murmullo a la vez que empezaba a moverse sobre ella—. Solo quieren pan y circo, pan y circo les daremos, nada más. Actúa, entra en el papel.

Al comprender las palabras del joven, una ola de alivio desmedido la arrasó, pues este

fingía cumplir como su esposo sin haber retirado tan siquiera la ropa interior. Él la miraba mientras dejaba escapar pequeños resoplidos, como si estuviese gozando hasta el extremo de su esposa, ella le siguió el juego sin dejar de mirarle, como él le había pedido.

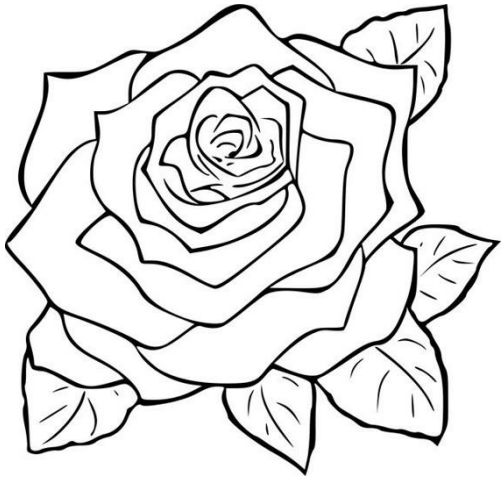
Su primera noche en Toletum James Blanchard le había dado el mejor de los regalos. El respeto que pudo leer en su mirada aguamarina en todo momento consiguió sobrecogerla. Él le había prometido que siempre le sería fiel y la protegería. Ella le creyó desde lo más profundo de su ser cuando terminaron su farsa. No la había tocado, no la había obligado, lo único que le dio en su primera noche fue comprensión y un suave beso con el que selló su promesa.

—Hasta el último de mis días, Margaret —susurró despacio tras su treta para hacer creer al Gobernador que la orden había sido cumplida—. Seré tu fortaleza. Siempre.

REBECA

CANTAR SÉPTIMO: TE ODIO, MARGARET BLANCHARD

XIII



La comitiva Montés volvió a casa cuando asomaba la madrugada. La mayoría de ellos seguían con los ánimos encendidos por lo que, incitados por la propia Rebeca, abrieron barriles de vino en el gran salón de palacete donde continuaron la fiesta hasta que despuntaba el alba.

Isabel se vio incapaz de impedir que su hija animase a todos los nobles menores a seguirla en su pequeño acto de inocente rebeldía, por lo que se retiró a sus aposentos tras suspirar. En cuanto estuvo fuera de miradas indiscretas, sus ojos, siempre brillantes con la fortaleza y dignidad de las que hacía gala la gran señora Montés, se quebraron para llenarse de miedo y sombras.

Despacio y con quejidos de dolor, se escurrió entre las sábanas. Ahí, con la oscuridad como compañía, liberó algunas lágrimas, pues no sabía cuánto tiempo más podría ocultar su auténtico estado de salud. Más pronto de lo que a ella le habría gustado, Rebeca debería ocupar el título que ostentaba y ese hecho le causaba pavor: su hija no estaba lista.

El sonido del jolgorio en el gran salón llegaba de forma tenue a sus oídos, con él se dejó mecer hasta el mundo de los sueños con una pequeña oración en mente. Aguantar un día más, aguantar todo lo necesario para que Rebeca pudiera continuar su legado.

A la mañana siguiente, con el canto del primer gallo, la señora Montés dejó el lecho para iniciar un nuevo día. Desayunó en compañía de muy pocos allegados, ya que la inmensa mayoría debían estar dormidos y dudaba que apareciesen hasta pasado el mediodía, incluida Rebeca junto a Arthur, ya que estaba convencida de que estos habían sido los últimos en abandonar su improvisado festejo.

Uno de los lacayos dejó de forma disimulada una misiva junto a la fruta. Isabel reconoció

la letra de Eva y tardó muy poco en despachar a todo el mundo. Justo después se encerró en su sala de recepciones para leer con calma el mensaje de su amiga y, ante el mismo, sus ojos se agrandaron debido a la sorpresa a la par que se cubrían de tristeza.

Eva le solicitaba que facilitase la huida de Cora, aquella mujer que había sacado a Rebeca de todas sus miserias, puesto que no era otra que la madre de Margaret. Entendió en el acto la inmensa conmoción que su allegada había sentido en la boda, por lo que empezó a sentirse miserable a la par que culpable. Prescindir de ella en esos momentos no era una opción, la necesitaba junto a Rebeca.

Isabel suspiró despacio, acarició la sien con los dedos y se serenó para ordenar que Cora acudiese a su presencia. La esperó con esa misiva en las manos y un nudo en la garganta que crecía por momentos. Ella no tardó demasiado en personarse en la sala de reuniones, con una suave sonrisa y la mirada cargada de ilusiones y esperanza.

—Siéntate conmigo, Cora —pidió con ternura—. Hablemos.

—Si me has llamado es porque Eva cumplió su palabra —dijo esta al tomar asiento—. Vas a ayudarme para que me reúna con mi florecilla.

—Nada me haría más feliz que eso, Cora, créeme —respondió y su voz se llenó de tristeza —, pero mucho me temo que ahora mismo se me hace muy difícil prescindir de ti. Marcharte al palacio supondrá dejar sola a Rebeca en un momento muy delicado.

Al escucharla, Cora borró la sonrisa en el acto. Su mirada volvió a cubrirse de dureza y decisión sin apartarla del rostro cansado de Isabel.

—¿Qué ocurre con Rebeca? —preguntó tanteante—. Yo la veo mucho mejor, Isabel. Creo que ya no me necesita, pero Margaret sí. Mi hija no sabe dónde se ha metido y debo protegerla.

—Cora… —susurró tan asustada que aquella mujer calló al instante con un gesto muy serio—. Estoy sentenciada, no creo que me quede mucho tiempo en este mundo. Puede que esta noche, mañana o dentro de una semana ya no esté aquí y sabes tan bien como yo qué supondrá para mi hija perderme justo ahora. Sé que no tengo derecho a negarte tu deseo, es más, me hiere sobremanera tener que hacerlo, pero sé que amas a Rebeca y que no vas a dejarla sola, no ahora.

—¿Estás enferma? —preguntó con un susurro aterrado—. ¿Desde cuándo?

—Me herí en una cacería hace unos días —respondió despacio—. No le di importancia, pero ahora está infectada y es imposible frenarlo, no sin medicina, cosa que en Toletum escasea. Corre por mi sangre y me está matando. Pronto no podré ocultarlo pues las fiebres ya me asolan.

—No voy a marcharme, Isabel —juró solemne—. Mientras Rebeca me necesite a su lado, mi sitio está con ella. No dejaría que se hunda de nuevo si puedo evitarlo.

—Responderé a Eva en el acto —dijo esta más aliviada—. La pondré al corriente de mi estado, debe saber que no queda mucho para que el apellido Montés tenga una nueva señora a la que servir. La reina y James cuidarán de tu hija hasta que Rebeca no te necesite, entonces nada

debe retenerte aquí. Correrás a su lado y los Blanchard te acogerán sin dudar un solo instante.

Cora asintió despacio ante sus palabras, Isabel no pudo evitar sentir un profundo aprecio hacia aquella pobre mujer que no dudaba un solo segundo en renunciar a todo para hacer lo que consideraba correcto.

En su fuero interno deseaba que la tempestad pasara lo más rápido posible, pues si algo merecía Cora era alcanzar el alivio que tendría al reunirse con su pequeña florecilla.

☆☆☆

Pasado el mediodía con el sol alto en el cielo, la luz cegadora que traspasaba el balcón de su alcoba consiguió arrastrarla a la conciencia muy despacio.

Rebeca gimió en voz baja mientras intentaba apartar la luz y un molesto dolor de cabeza con las manos sobre el rostro. Sin duda había sido una fiesta formidable, pero se había pasado un poquito con el vino.

Al abrir los ojos, su mirada se cubrió de risa a la par que una leve carcajada escapaba de sus labios, pues apenas podía moverse al estar atrapada bajo el cuerpo de Arthur, que aún seguía dormido y roncaba de forma sonora. No recordaba cómo habían llegado a la cama, seguramente habían caído en la incosciencia nada más tocar el lecho ya que estaban acostados sobre las colchas y aún vestían los ropajes de gala de la noche anterior.

De un certero empujón se deshizo del peso de su marido sobre ella. Este terminó en su lado de la cama sin dejar de roncar, por lo que Rebeca se levantó, calzó unas botas y salió con prisa del lugar. Su estómago rugía y sentía la boca reseca, por tanto se escabulló a las cocinas donde robó algo de fruta y bebió hasta hartarse agua fresca.

Ya de vuelta a sus aposentos, mientras saciaba su apetito, los recuerdos de la noche anterior fueron apareciendo en su mente y se detuvo en ellos más de la cuenta, sobre todo en el momento en el que había casi secuestrado a esa muchacha que sería su reina para bailar con ella a escondidas.

Una sonrisa satisfecha adornó sus labios, ya que había dejado claras sus intenciones y no pensaba darle cuartel ninguno.

Perdida en sus cavilaciones, se sobresaltó cuando una paloma se posó en el balcón y solicitó con algunos picotazos la entrada a sus dominios. No tardó mucho en permitírsela, pues solo podía significar que llevaba un mensaje para ella. Extrajo el pergamino que tenía atado a la pata justo antes de liberarla para que volviese a su hogar.

Con infinito cuidado, abrió la misiva y sus ojos se cubrieron de preocupación al reconocer la letra de James en la misma.

« Necesito veros a los dos. Sé que es peligroso y que aún no es luna nueva, pero es importante. Nos vemos en el bosque dentro de dos noches.

James B. »

Rebeca guardó la nota y suspiró tras pensar largo y tendido qué podía necesitar James que no podía esperar a su cita mensual. Arthur seguía dormido y no creyó conveniente despertarlo, aún quedaban varias horas para el atardecer. Se levantó y, tras estirar sus músculos, salió del lugar con la idea de encontrar a Cora. No había podido hablar con su amiga desde que esta había huido despavorida de la boda y el resquemor de la preocupación seguía en su estómago.

La buscó incesantemente por cada rincón del palacete. Preguntó a los lacayos si había salido del mismo para algún recado y no supieron responderle. Extrañada se preguntó dónde podría estar metida su amiga, hasta que sus pasos la llevaron a las caballerizas, puesto que aún no había investigado el punto ciego y quizás ese era su escondite.

No estaba errada. Nada más cruzar las puertas de esa cuadra vacía donde tenían un poco de intimidad, pudo ver a Cora agazapada en un rincón. Tenía la mirada perdida en un punto fijo, los brazos alrededor de las piernas y el rostro tan triste que solo incendió su preocupación.

A grandes zancadas se puso a su altura para dejarse caer en el suelo junto a ella. Cora abandonó su muda observación del infinito para mirarla. Le regaló una suave sonrisa, por lo que Rebeca cruzó el brazo sobre sus hombros y la estrechó de forma cariñosa.

—¿Qué te ocurre, amiga mía? —susurró interrogante—. ¿Qué viste en esa boda que te tiene así?

—Vi hecha realidad mi peor pesadilla, Beca —respondió de forma triste.

—¿Me la quieres contar? —preguntó suavemente—. Quisiera ayudarte, si está en mi mano.

—La muchacha que se ha casado con James —dijo esta con una lágrima esquiva en su mejilla—. Sé quién es, la conozco.

—¿Margaret? —preguntó asombrada—. Pude hablar con ella unos minutos, es una cría asustada, aunque tiene un carácter endiablado. No sé cuáles son sus intenciones, no pude sonsacarle.

—Creo que carácter endiablado se queda corto para describirlo —susurró ella y no pudo evitar una risa cargada de lágrimas—. Es mi Margaret, mi florecilla… cuando la vi se derrumbó el mundo entero a mi alrededor. Mi niña está encerrada en Toletum, no pude protegerla, no pude salvarla.

Ante semejante bomba de información que Rebeca no esperaba, palideció de forma leve al comprender qué clase de demonios tenía su amiga en mente. Estrechó con fuerza su abrazo y permitió que Cora llorase en silencio.

—Así que ella es tu hija, la que te quitó Santiago —susurró para comprobar que había comprendido del todo la gravedad del asunto—. Creía que la había matado cuando me dijiste que te la había quitado.

—Santiago se encaprichó de ella, quería convertirla en su amante y tanto Lara como yo éramos una piedra en su camino —narró tras suspirar—. Nos destruyó con el único fin de meter a mi hija en su cama y que ahora esté en Toletum solo puede significar que lo consiguió y ya se ha cansado de ella, por lo que la ha tirado como si fuese basura, o que no lo consiguió y la ha castigado con este destino tan mezquino. No sé qué opción es menos dolorosa de las dos.

—Debes ir con ella, Cora —susurró decidida—. Ahora, aunque sea en Toletum, puedes estar con tu hija. Únete al séquito de los Blanchard, seguro que mi madre y Eva lo entenderán.

—Lo haré, en su debido momento —dijo sincera—. Mientras debes prometerme algo, Beca.

—Claro, lo que quieras —respondió sin dudar un instante.

—No te dejes llevar por la ira con mi Margaret —pidió y su gesto se tornó serio—. Por lo que sabemos puede estar siguiendo órdenes de Santiago. Si él logró convertirla en su amante habrá manipulado su mente para conseguir de ella lo que desee. Seguramente nos odie a Lara y a mí hasta que pueda explicarle por qué la dejamos. Sé que tu odio por Santiago puede empujarte a pagarlo con quien es inocente y no lo merece. De ser ciertas mis sospechas, Margaret solo es culpable de haber caído fascinada ante las mentiras de un loco.

—Lo intentaré, te lo prometo —susurró con media sonrisa en el rostro—. Aunque anoche ya la saqué de sus casillas, creo que me odia más ella a mí.

Al escucharla, Cora rió bajito y apoyó la cabeza en el hombro de la joven Montés. Su mirada se cubrió de tristeza mientras se aferraba a la esperanza de que, en un futuro, podría volver a abrazar a su florecilla, aunque de momento su lealtad y deber estaban con esa joven tan fascinante que, de forma muda, le regalaba su fortaleza en medio de un abrazo.

☆☆☆

Los días siguientes pasaron en un suspiro. Cuando llegó el momento en el que debían reunirse con James, tanto Rebeca como Arthur fueron el doble de sigilosos, pues no contaban con la oscuridad que les otorgaba la luna nueva y no deseaban ser atrapados en medio de su escapada.

Los dos decidieron que era mejor tomar un camino distinto que les condujera más tiempo por la espesura de los árboles, así estarían menos expuestos a que las cámaras captasen su

fechoría y de esa manera meterse en un lío.

Tardaron más de la cuenta en llegar al claro. Cuando lo hicieron, entraron al mismo por un punto diferente debido a haber modificado su ruta, por lo que pudieron ver a James de espaldas. No estaba solo.

Rebeca frunció el ceño aturdida, puesto que la joven Margaret también se había presentado en esa reunión clandestina. Una parte de ella quería coser al príncipe a collejas por su inconsciencia, ya que aún no sabían qué intenciones tenía la futura reina y su amigo acababa de delatar ante ella su secreto mejor guardado. Era un maldito estúpido.

Al llegar junto a la hoguera, James se sobresaltó ya que parecía estar sumido en una conversación entre susurros con su esposa y no esperaba que Arthur y Rebeca aparecieran a sus espaldas. Aún así tardó muy poco en regalarles una agradable sonrisa.

—¿A ti qué te pasa, idiota? —preguntó Rebeca antes de cualquier saludo, con la mirada fija en el rostro serio de Margaret—. ¿Qué parte de este lugar es un secreto no has entendido que solo dos días después de casarte ya traes a una desconocida a nuestro rincón más seguro?

—Creí que veríamos a tus amigos, James —dijo Margaret con la voz endurecida—. Al menos eso me dijiste.

—Y eso hacemos, Marga —respondió el príncipe con los ojos cargados de advertencia en dirección a Rebeca para pedirle que cerrase el pico sin decir palabra—. Arthur y Rebeca son mis amigos y les he llamado porque es importante que les cuentes lo que me has contado a mí.

—Solo si la señorita Montés hace el favor de morderse la lengua de serpiente viperina que tiene —respondió esta y provocó que Rebeca la mirase desafiante a la par que James y Arthur reían sin poder evitarlo—. No deseo discutir con ella, no me apetece.

Antes de que la tensión creciese con el choque de miradas que Montés y la joven Blanchard se estaban regalando, Arthur se adelantó y tomó con cuidado la mano de la futura reina para dejar un suave beso sobre ella y regalarle una sonrisa.

—Disculpa a Rebeca, es desconfiada por naturaleza. Todos aquí dentro lo somos —susurró este de forma suave—. Me llamo Arthur y soy el feliz esposo de la mujer a la que acabas de insultar muy acertadamente.

Tras la pequeña presentación que Arthur había protagonizado, la tensión disminuyó un poco. Los cuatro tomaron asiento, pero Rebeca no apagaba el desafío en la mirada en ningún instante.

—Bien, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirnos? —preguntó ella al final, pues su curiosidad era más grande que su enfado—. Tiene que ser muy gordo para que delates nuestro escondite. Si mañana lo han arrasado los soldados del Gobernador ya sabes de quién es la culpa.

—Rebeca, cállate un poco y escucha a Margaret —dijo este con una mirada de advertencia —. Después de la boda compartió conmigo información y consiguió alarmarme, necesito que me

ayudéis a pensar que no estoy loco en mis suposiciones.

—No es nada alarmante —intervino Margaret mientras giraba los ojos—. Solo le dije la verdad. Yo no estaré en Toletum mucho tiempo, solo el suficiente para que Santiago acabe con los rebeldes ahí fuera y sea seguro para mí volver a New World. Vuestras disputas absurdas no me interesan, así como no me interesa hacer enemigos. Solo esperar a que pase la tormenta y poder volver con él.

Al escucharla, Arthur alzó las cejas con un gesto muy serio. Rebeca dibujó en sus rasgos una mueca hasta que terminó estallando en una carcajada histérica. Esa chica era idiota, no había más explicación para la sarta de estúpideces que había soltado.

—Claro que sí, alteza —dijo ella entre risas que solo consiguieron tensar a Margaret al no comprender qué había dicho tan gracioso—. El Gobernador vendrá aquí a Toletum en un corcel blanco a rescatarte. Sigue soñando porque es lo más absurdo, surrealista y estúpido que he escuchado en mi vida.

—Me lo ha prometido —susurró Margaret algo cohibida—. Solo estoy aquí por protección hasta que termine con los rebeldes.

Al ver que la joven Montés no dejaba de reír, Arthur le dio un golpe escondido con el hombro para pedirle sin palabras que parase ya que el rostro de Margaret se estaba congestionando en una mueca mientras sus ojos se cubrían de lágrimas.

—Margaret —dijo Arthur de forma seria—. ¿Puedo llamarte así? o prefieres otro apelativo.

—Puedes llamarme cómo quieras —respondió con el labio inferior entre los dientes—. No entiendo que parte de lo que he dicho es tan divertido como para que se ría así. Intentaron matarme ahí fuera, aún tengo pesadillas con ese hombre y su cuchillo en mi cuello. Creía que aquí estaría segura.

—Intentaremos protegerte, Margaret —dijo Arthur de forma dulce—. Pero nos sentimos en el deber de explicarte que esto no es un lugar seguro y mucho menos el más indicado para esconderse de rebeldes. Toletum se construyó para encerrar a los rebeldes, nosotros somos rebeldes, todo ciudadano aquí dentro lo es…

—Una vez entras a Toletum no sales de Toletum, no con vida —intervino Beca un poco más seria—. Creo que el Gobernador te ha engañado a base de bien, por algún motivo quería deshacerse de ti sin que montases mucho escándalo.

—Nunca se desharía de mí, jamás —replicó ella con el rostro cargado de ira—. Él me ama, yo le amo y estaremos juntos cuando el hecho de ser su mujer no me ponga en peligro. Te dije que cuidaras tu lengua viperina, yo no te he hecho nada para que me ataques y mientas de esta manera. ¿Disfrutas acaso provocandome sufrimiento?

Al escucharla, Rebeca le regaló una mirada cargada de rabia. Sus ojos estaban tan

oscurecidos que consiguió estremecerla. Margaret se quedó anclada en ellos y, por primera vez, pudo ver el vacío desolador que ella arrastraba, por lo que se mordió la lengua al sentir que quizás había sido demasiado dura al juzgar a esa chica.

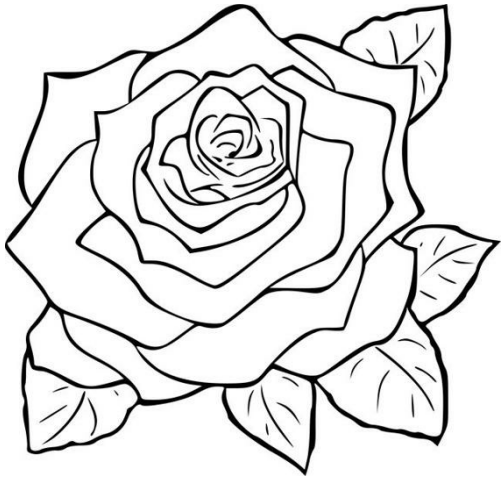
Entre los cuatro creció un silencio tenso y angustiante a la par que Rebeca se levantaba muy despacio dispuesta a marcharse del lugar, pues por muy hija de Cora que fuese esa chiquilla escucharla profesar su amor por el hombre que había asesinado a Erik y a Violet le había removido cada una de sus heridas. Había despertado su odio y su rabia.

—Yo dejaría que se la carguen, James —susurró de forma mortífera, antes de desaparecer —. No merece la pena proteger a alguien tan imbécil que de verdad cree que el Gobernador tiene corazón.

REBECA

CANTAR OCTAVO: CARTAS Y CICATRICES

XIV



Margaret Blanchard era la persona más idiota del mundo entero. Esa idea recurrente se ancló a los pensamientos de Rebeca y no podía dejar de lado la amarga sensación de que la hija de Cora estaba completamente sometida al Gobernador.

Temía contarle a su amiga el alcance real de sus sospechas, ya que ese hecho le causaría un dolor inimaginable. Por tanto pasaba los días tan taciturna y enfadada que hasta Arthur la rehuía.

Su madre también parecía estar evitándola, ya que apenas la veía, por lo que ese sentimiento desolador que no la abandonaba crecía por momentos en su vientre. Nada podía apagarlo.

Cuando llegaba la noche, escapaba del palacete para refugiarse en la taberna, donde el vino amargo dormía sus sentidos algunas horas. Muchas de sus veladas desenfrenadas terminaban entre las sábanas de cualquier lecho donde se dedicaba a provocar los gemidos de muchachas con las que compartía bebida y risas.

Tras la pérdida de Erik se había jurado que ningún hombre volvería a tocarla, por lo que hacía disfrutar a toda mujer que cayese bajo sus atenciones, ya que había descubierto que ese hecho le resultaba del todo estimulante. Apagaba el dolor que arrastraba, al menos un breve espacio de tiempo.

Siempre volvía a casa tambaleante, algunas veces en compañía de Arthur cuando su marido acudía a buscarla, otras en completa soledad. Esperaba recibir regañinas por parte de Isabel, pero estas no llegaban nunca. Imaginaba que su madre había terminado de rendirse con ella y esa idea también ardía en su pecho, todo dolía demasiado y la culpable no era otra que

Margaret Blanchard.

La joven amante del Gobernador desquiciaba cada uno de sus pensamientos, ya que no podía comprender como alguien en su sano juicio acabaría amando a Santiago. Solo cabía una explicación: era tan mezquina como él.

Pero esa idea se desvanecía en cuanto recordaba que la joven Blanchard era hija de Cora. Conocía bien a su amiga y estaba segura de que no habría criado a un ser cruel y sin alma como el Gobernador.

Con la mente poblada de ideas inconexas, aún nublada debido al vino ingerido en su velada, resopló mientras se dejaba caer sobre el colchón de forma pesada. No sabía cómo volver a centrar sus pensamientos o deshacer el dolor que atormentaba cada pedacito de su alma.

Perdida en la muda contemplación del dosel, se sobresaltó al escuchar un picoteo en el cristal del ventanal. Alzó la mirada para ver el ave mensajera y resopló frustrada. Seguramente era una misiva de James reprendiendo por haber sido tan grosera en su reunión con Margaret.

Sabía que el ave no dejaría de picar hasta que cogiese el pergamino, por tanto se levantó sin muchas ganas, abrió la ventana y dejó que la paloma se posara en su hombro. Desató el frasco que llevaba en la pata y la dejó libre.

Frunció el ceño al ver que esta, en lugar de marcharse por donde había venido, planeaba hasta el balcón y se quedaba muy quieta. Fuese quien fuese el autor de la misiva esperaba respuesta, ya que eso explicaba el comportamiento del animal. No se marcharía sin llevar con él una nueva carta.

Curiosa, abrió el frasco para extraer un pergamino. No reconoció la letra nada más verla, por lo que se sentó a leer en silencio. Con cada palabra su rostro fue mutando de sorpresa a ira en cuestión de segundos.

«Estimada Rebeca,

Llevo días pensando si es conveniente escribir esta carta, espero que no provoque una vez más tu ira, pues solo deseo disculparme contigo si en algún momento he sido grosera. Creo que ambas empezamos con mal pie en la boda. Tú solo deseabas proteger a los tuyos y yo estaba tan asustada que me comporté a la defensiva. La otra noche en el bosque pude ver en ti un profundo dolor que te consume, un vacío que te atrapa. Si insultarme te sirve para apagarlo un poco, estaré encantada de recibir cada una de tus palabras hirientes. Puedes

desahogarte si es lo que necesitas. Conmigo podrás contar.
Sinceramente tuya,

Margaret Blanchard.»

Todos sus instintos la empujaron a hacer añicos esas líneas nada más leerlas. Su pulso temblaba a la par que apretaba con fuerza los labios para que el estallido de rabia no consumiera su mirada.

Segundos después se serenó lo suficiente como para esconder la misiva en un cajón y coger la tinta, pluma y pergamino. La paloma esperaba respuesta y pensaba dársela.

« A su excelencia la reina de todos los idiotas,
Puedes meterte tus disculpas por donde no te da el sol, a mí me trae sin cuidado si me ofendes o no, eres la persona más insignificante de todo mi mundo y no pierdo un solo minuto en pensar en ti.
Las mujeres de la taberna con sus tiernas atenciones alivian el vacío del que hablas mucho más que tu vano intento de recibir mis insultos, pero si te hace ilusión ahí va alguno para que duermas tranquila.
Te odio. Odio todo lo que representas y lo que sientes. Odio que te entregues a un loco desquiciado sin pensar en cuánto dolor le ha traído a este mundo. Odio que estés junto a James pues él no merece compartir sus días con una pusilánime como tú. No vuelvas a escribirme y olvídate de que existo.

Rebeca Montés.»

Satisfecha con sus palabras, ató la misiva a la pata del ave y sonrió abiertamente al verla volar directa a palacio. No recibiría más cartas de esa idiota, estaba convencida de ello tras haber vomitado tanto rencor entre sus líneas.

No pasó ni un día antes de descubrir lo errada que estaba, pues un nuevo ave con otro mensaje se posó sobre su mesa justo cuando estaba comprobando las cuentas de su casa.

Asombrada se negó a pensar que era una carta de Margaret, no después de haberle pedido con vehemencia que no volviese a escribirle nunca más.

Tardó algunos minutos en serenarse debido a la impresión y no fue hasta que la paloma picó su dedo en un claro signo de impaciencia que rescató el frasco con el pergamino.

Al igual que la vez anterior, el pájaro no se movió y ella resopló de forma sonora. Margaret era una cabezota.

Despacio, abrió ese botecito, se serenó para que las manos no le temblaran y leyó las líneas que esa muchacha le había enviado. Al contrario que al día anterior, esta vez consiguieron sacarle el indicio de una sonrisa.

«Querida Rebeca,

No negaré que ya había llegado a mis oídos la noticia de que tienes muy satisfechas a las damas de la taberna. Eres una especie de leyenda y espero que no te cause problemas con Arthur ese hecho, él me parece un hombre encantador y muy educado. Veo que tu odio hacia mí es intenso, también yo puedo jugar a este juego y decirte lo que odio de ti, quizás de esta manera podamos pasar a una nueva conversación en la que puedas ensalzar alguna de mis virtudes y no todos esos defectos que ves en mí. Odio que me juzgues sin conocerme. Odio que me mires y me hagas sentir que me empequeñezco y puedes aplastarme sin mover un solo músculo de tu cuerpo. Odio que esparzas todos tus pedacitos en camas ajenas y no veas lo increíble que eres. Odio que me odies puesto que no sabes nada de mí y quizás si te atrevieses a conocerme ya no me odiarías.

Ahora, para resarcir de tanto veneno escrito en estas líneas, quiero decirte una cosa que ronda por mi mente desde la primera vez que te vi: Yo llegué a Toletum tan asustada que me costaba respirar, pero tú me sacaste a bailar y el aliento volvió a mis pulmones. Siento que eres la mujer más alucinante del mundo y temo que tú lo olvides..

Sinceramente tuya,

Margaret Blanchard»

Era idiota. Tan idiota que le había provocado la risa con cada palabra. No tardó demasiado en coger un nuevo pergamino a la par que dejaba esa misiva junto a la anterior, que al final por algún extraño motivo se había negado a tirar.

«Querida reina de todos los idiotas,

No sé qué parte de no vuelvas a escribirme no has entendido, pero imagino que necesitas que te expliquen las cosas más de una vez. No pasa nada, dicen que tengo más paciencia que un santo y puedo repetir lo mismo tantas veces sin hartarme que con gusto te vuelvo a escribir.

Eres el ser más despreciable del mundo y no deseo saber nada de ti. No quiero saber por qué me odias, me es indiferente. Lo único que deseo saber de ti es que te has envenenado con ese amor repulsivo que sientes. Nada me haría más feliz.

Deja de preocuparte por mí, preocúpate por ti que ya es suficiente tarea. Te lo repito, no me vuelvas a escribir.

Con odio infinito,

Rebeca Montés»

☆☆☆

Los días se iban encadenando uno tras otro. Margaret siempre respondía a sus misivas a pesar del veneno que dejaba en ellas. Aunque solo fuese una simple frase, la joven Blanchard le enviaba su contestación sin faltar a una sola y, casi inconscientemente, empezó a sentir diversión ante ese intercambio furtivo de mensajes cargados de insultos.

De alguna manera que no llegaba a comprender, las cartas que ya ocupaban gran parte del

cajón de su escritorio habían aplacado de algún modo esa fiera imparable que la consumía por dentro. Nunca se lo diría en voz alta, pero empezaba a pensar que Margaret había estado en lo cierto desde el principio y al desahogar toda la rabia en esos papeles había conseguido sacarla un poco de su interior.

Acababa de terminar de leer la última misiva de Margaret en la que le decía de forma bastante escueta que había empezado a dejar de odiarla tanto debido a las sonrisas que le provocaba con sus cartas. Se dispuso a responder, pero fue interrumpida de forma abrupta por Cora que se personó en sus aposentos sin anunciarse. Al verla su gesto se tornó serio, pues su amiga llevaba la mirada cubierta de dolor y lágrimas.

—Vuestra madre os reclama, mi señora —susurró y provocó todas sus alarmas—. Os espera en su alcoba.

—¿En su alcoba? —preguntó a la par que se levantaba de un salto—. Madre jamás se levanta más tarde de la salida del sol, ¿qué hace en la alcoba?

Cora no respondió. Apretó su hombro con tiento y ese gesto envió una oleada de terror por todo su cuerpo. Sin mediar palabra, salió con prisa hacia los aposentos privados de su madre y entró a los mismos como un pequeño huracán. En cuanto la vio, el peor de los escalofríos recorrió su cuerpo, pues no recordaba un solo momento de su vida en el que su madre se mostrase tan apagada y pequeña antes sus ojos.

Cora entró tras ella y cerró la puerta, Rebeca corrió con prisa hasta tomar asiento en el lecho justo a su lado. Al acariciar el rostro de Isabel lo notó tan ardiente que se estremeció en el acto.

—¿Qué tenéis, madre? —susurró aterrorizada—. ¿Habéis enfermado?

—Ya no puedo controlar la fiebre, Beca —respondió con un hilo de voz—. Está avanzando muy rápido. Necesito que hablemos, pues pronto vas a ser la señora Montés y es algo que no debes subestimar, mi amor.

—Llamaré al galeno de inmediato —increpó acelerada—. Encontraremos cómo curaros, os pondréis bien, madre.

Isabel no respondió, su mirada se cubrió de lágrimas pues cómo podía decirle a su pequeña que nadie en Toletum podía salvarla, que estaba sentenciada.

Cora sujetó su hombro y la joven Montés alzó hacia ella la mirada encharcada.

—No hay galeno que pueda ayudar a tu madre, Beca —susurró con gran dolor en sus palabras—. La infección está avanzada, aquí no hay cura.

—Tú lo has dicho, Cora —dijo muy decidida—, aquí no hay cura, pero fuera de aquí sí la hay y yo voy a conseguirla.

—Rebeca, por favor, escúchame —suplicó Isabel.

—No vais a morir, madre, vos no —dijo esta a la par que se levantaba acelerada hacia la

puerta—. No puedo permitirlo, no podéis dejarme.

Sin dar pie a respuesta, la joven Montés abandonó la estancia tan rápido como había entrado. Una vez en el pasillo corrió hasta su propia alcoba donde se encerró. Atrancó la puerta para que nadie la molestara y tomó asiento frente a la mesa donde había abandonado el pergamino en el que pensaba envíar su respuesta a Margaret. Suspiró para detener el temblor de sus manos justo antes de sujetar la pluma. Esta vez sus palabras no se tiñeron de ironía o insultos, sino de un ruego tan profundo que arrancó sus lágrimas.

«Querida Margaret,

Seguro que esta no es la respuesta que esperabas, ni siquiera me atrevo a iniciarla con un insulto como todas las anteriores, pues el motivo que me impulsa a escribirte es muy distinto. Quizás estas sean las letras más sinceras que has recibido de mi mano, pues la urgencia y el terror que siento me han empujado a solicitar tu ayuda y espero que de verdad albergues bondad en tu corazón, sino estoy completamente perdida. Margaret, mi madre se muere. Una infección se está llevando a la única persona que me queda en el mundo y no creo que pueda soportar otra pérdida sin enloquecer. La medicina arcaica de Toletum nada puede hacer por ella, necesita medicina real, antibióticos de New World. Quizás si es cierto que él te ama consentirá enviarlos si se lo pides. No se me ocurre más opción. Por favor, Margaret, no dejes morir a mi madre, es un ruego que me está costando un río de lágrimas escribir.

Sinceramente tuya,

Rebeca Montés»

Con el pulso disparado, ató su misiva a la pata del ave y la vio marcharse. Durante horas se quedó clavada frente al ventanal, como si esa paloma fuese a volver con una respuesta afirmativa. El sol se marchó mientras ella temblaba y lloraba sin poder evitarlo. Rogaba con

todas las fuerzas que aún le quedaban que Margaret le ofreciera un milagro para no destruir lo poco que aún le quedaba.

☆☆☆

Los días siguieron su curso y la ausencia de noticias de palacio pesaba cada vez más en su pecho como una losa. Rebeca pasaba la mayor parte de su tiempo en la alcoba de su madre intentando cuidar de ella lo mejor que sabía sin quebrarse ante sus ojos.

Aplicaba paños con agua helada en su piel para rebajar el ardor de la fiebre, la velaba incansablemente y jamás permitía que Isabel la viese sufrir o llorar. Se mostraba con una sonrisa suave en los labios cada vez que su madre era atacada por violentos temblores o no tenía fuerza para sujetar nada y ella debía alimentarla.

La falta de noticias de Margaret la tenía en vilo. Ella siempre respondía a sus cartas y no solía tardar más de un día, pero ya habían pasado tres y su silencio empezó a pesarle tanto que le costaba respirar.

Tanto Arthur como Cora la ayudaban en su tarea de velar a Isabel, ya que ambos estaban preocupados por como Rebeca se negaba a detenerse, incluso a dormir, con el incansable objetivo de sanar a su madre.

Pataleó y peleó incansable contra ambos, pero siempre conseguían salirse con la suya y, al menos unas horas, dormía entre un millón de lágrimas.

En eso estaba cuando los golpes en su ventana la despertaron tan rápido como si le hubiese atravesado un rayo. Tardó solo un segundo en alzarse para enfocar la vista en ese lugar con el pulso disparado, por si había sido un sueño. Al ver la paloma, un río de euforia desmedida la recorrió a la par que salía disparada en su dirección. Esta vez el animal no permaneció en la habitación, por lo que le vio alzar el vuelo en cuanto arrancó el pergamino de su pata.

Demasiado nerviosa, se sentó a leer esas palabras. Tal y como vino la esperanza lo hizo el dolor junto a la desilusión al perder la mirada en la carta.

«Mi querida Rebeca,

Creo que jamás podré expresar con palabras el agudo dolor que siento al escribirte esta carta. Desde el mismo instante en el que leí tu misiva hice todo cuanto estuvo en mi mano para conseguir lo que me pediste. Te lo juro, Rebeca, nunca había perseguido un objetivo con tanto empeño como este. Le escribí más de una veintena de cartas sin

respuesta, le busqué en la linde de Toletum e incluso grité como una demente hasta que los operarios tuvieron que abrir para silenciarme. Todo en vano, pues se ha negado en rotundo a recibirme y la única respuesta que me ha dado en boca de sus trabajadores es que se niega a intervenir en este asunto. Si yo me siento destrozada, no puedo ni imaginar como te sientes tú, Rebeca. Solo puedo decirte que antes de escribir estas líneas le he mandado la última de mis cartas con un ultimátum: o envía los medicamentos o puede olvidarse de mí para siempre, pues yo no me enamoré de un hombre capaz de matar a sangre fría de esta manera. Espero que obre correctamente y lleguemos a tiempo, pero no podía retrasar más mi respuesta hacia ti, seguramente habrás sufrido la falta de la misma. Te juro que desearía con cada centímetro de mi ser haber podido darte mejores noticias.

Quiero que sepas que, pase lo que pase, yo siempre voy a estar contigo.

Sinceramente tuya,

Margaret Blanchard»

Con los ojos empañados en lágrimas, colocó de forma suave esa carta junto a las otras. Margaret no le había fallado, ella no. Había sido el maldito sádico de Santiago que prefería dejar morir a su madre antes de tener un gesto de compasión con ellas.

Ese hecho sólo confirmó una vez más sus sospechas. El Gobernador no era capaz de amar a nadie y Margaret solo había sido un juguete para él. No pudo evitar temblar de rabia y esperaba de corazón que esa joven se curase de ese amor cargado de veneno y miserias que aún llevaba en su interior.

Incapaz de volverse a dormir, caminó despacio hasta la alcoba de su madre, penetró a la misma y vislumbró a Cora frente a ella. Su amiga se levantó al reconocerla por lo que ambas terminaron en un sentido abrazo.

—Arthur se ha marchado al claro, es luna nueva —susurró esta en su oído—. Le dije que podía marcharse y no quiso despertarte, imaginó que no querrías ausentarte del palacete.

—Puedes irte, Cora —respondió ella, también en un susurro—. Yo me quedo esta noche.

Ella asintió sin soltar su abrazo, dejó un beso en la cabellera de la joven Montés y, tras suspirar, se separó de ella para mirarla unos instantes.

—Cualquier cosa me llamas, Beca —susurró con una mano en su mejilla.

Rebeca le dio una sonrisa, Cora se despidió con un gesto y no tardó en dejarla sola. Con pasos cortos se acercó al lecho donde su madre yacía, pálida y temblorosa. Se sentó a su lado, suspiró y tomó el paño empapado para colocarlo con mimo en la frente de Isabel.

Esta abrió los ojos para enfocarla y dibujó una sonrisa muy despacio al reconocerla.

—Rebeca —susurró sin apenas voz—. Debes ser fuerte, los Montés serán tu responsabilidad.

—No os esforcéis, madre —respondió despacio—. Mañana me explicáis todo lo que debo hacer como futura señora Montés.

—No hay mañana, mi amor —dijo con la mirada cristalina—. Hoy seré libre, y volaré más alto que las propias estrellas. No pararé hasta encontrar a papá, juntos seremos tu fuerza.

—He intentado conseguiros medicinas —susurró entre lágrimas—. Todo ha sido en vano.

—Rebeca —respondió en un murmullo—. Serás la mejor señora Montés que pise este palacete. Solo tienes que recuperar la chispa que ese hombre te quiso arrebatar. No te llenes de odio sino de esperanza. Papá y yo siempre supimos que harías grandes cosas en el mundo.

Ella no respondió, algunas lágrimas se arremolinaron en sus mejillas mientras acariciaba despacio los cabellos de Isabel. Su madre respiraba cada vez más lento y ese hecho dolía en su vientre como una daga afilada.

—Rebeca —susurró al final sin apenas ya voz—. Canta… hace mucho que no cantas…

Con la absoluta certeza de que era el último instante que compartía con su madre, la joven Montes se colocó en el lecho para sujetarla entre los brazos. Puso la cabeza de Isabel contra su pecho y que esta pudiese descansar tranquila al marcharse con el murmullo de su corazón latiendo.

Justo después elevó su suave voz con una melodía que martilleaba en su garganta, su último cántico hacia esa mujer que absolutamente toda su vida había luchado contra la opresión, tanto fuera como dentro de Toletum.

« *Cuando miro al pasado, apenas consigo recordar quién fui. Olvidé hasta mi nombre, parece que así lo elegí. Tanto dolor yo porté que para mí la vida era solo llorar. Caer, perder, correr y con mil heridas volverme a alzar sin apenas fuerzas en mis pies.*

El tiempo ha pasado, cada batalla me enseñó a pelear. Con todas esas heridas he podido forjar mi personalidad. Y ahora ya sé que no está perdido, que lo he de intentar. Que aunque me toque perder, merece la pena soñar con ganar y me alzaré una vez más.

Fui condenada a sufrir, sin causa ni razón. No pienso rendirme jamás, en mi vida. Lucharé hoy por las dos, no pienso rendirme jamás, cada victoria me llevará hacia sendas de libertad »

Cuando el último murmullo entonado escapó de sus labios, lo hicieron también las lágrimas, pues Isabel ya no respiraba. Como si se hubiese quedado dormida, arrullada por la voz de su adorada hija, lucía una sonrisa dulce en el rostro. Se había marchado en paz y dejaba atrás a la joven Rebeca Montés tan absolutamente devastada que se quebró su mirada en un millón de pedacitos. Se había quedado sola en el mundo.

MARGARET
CANTAR SÉPTIMO: LA REINA DE LOS NO IDIOTAS
XV



Margaret agradecía cada minuto en Toletum el haber acabado junto a un hombre como James. Había imaginado muchas veces cómo sería él y si sería capaz de otorgarle su confianza, pero este había superado sus bajas expectativas al mostrar ante ella a un hombre realmente bueno que desde el primer momento solo la había cuidado y protegido.

Por eso mismo no había dudado un solo instante en revelarle su realidad en cuanto salieron los primeros rayos del sol, pues sentía que él merecía saber que la farsa que protagonizaban tenía fecha de caducidad.

James la había mirado muy serio mientras le explicó entre susurros que ella no permanecería en Toletum mucho tiempo y, por lo que pudo intuir, el príncipe había entendido sus palabras como una amenaza hacia ella en lugar de una liberación.

No quiso darle importancia al gesto taciturno de James, ni a la mirada severa de Eva Blanchard cuando la citó en una sala de reuniones para iniciar su instrucción como futura reina. Margaret acudió al llamado, pero para asegurarle que sus consejos o lecciones eran vanas, pues ella no sería la reina mucho tiempo, incluso era posible que jamás llegase a serlo.

Eva le imponía respeto. Su mirada afilada llena de astucia acompañó sus palabras cuando le ordenó tomar asiento sin escuchar sus excusas. No pudo evitar obedecer ni resoplar aburrida un millón de veces durante todas las clases que ella le impartió. La mayoría de conceptos que pretendía enseñarle ya los conocía por su ingreso en Toletum, otros le parecían del todo irrelevantes para alguien que no pensaba durar mucho tiempo en ese lugar.

Cuando Eva la despachó, tras horas interminables donde sufrió el peor de los sopores, intentó refugiarse en los aposentos, pero para su desgracia no parecía tener un solo minuto libre y debía seguir un millón de pasos protocolarios que incluían almuerzo y cena en la sala del trono con diferentes nobles, así como recepciones que jamás sabía cuándo iban a terminar.

No tardó mucho en sentirse completamente asustada y sobrepasada en el papel que debía interpretar hasta que Santiago volviese a buscarla, por lo que en el instante en el que James le contó entre susurros que iba a reunirse en secreto con sus amigos y le solicitó su compañía ella aceptó demasiado emocionada. Era la excusa perfecta para salir de palacio y romper un poco con tanto protocolo desquiciante.

Cuando llegó el momento de escabullirse en la noche, Margaret no pudo evitar los nervios alegres de quien está viviendo una aventura. Los corceles no iban más allá del paso por su propia petición, ya que aún no se sentía muy segura sobre el lomo de ese animal y temía que pudiese dañar a su bebe el hecho de trotar o galopar. Aún así, llegaron antes que los misteriosos amigos de James mientras ella se preguntaba cuáles de todos los nobles serían los mismos.

Había hecho un millón de elucubraciones, pero sin duda consiguió desbaratar cada uno de sus pensamientos el hecho de que Arthur y Rebeca Montés se presentaran ante ellos, pues eran de todos los que menos se había imaginado.

La joven Rebeca le resultaba del todo desquiciante desde que habían compartido ese baile escondido y mordaces palabras el día de la boda. Aún así quiso darle el beneficio de la duda, pues parecía importante para James que compartiera su situación con los Montés.

Cuando se mostró sincera, sin disfraces, Rebeca le regaló una carcajada llena de burla que consiguió herirla. No comprendía a esa mujer en absoluto pues parecía disfrutar al ver su rostro asustado o cargado de dolor ante el veneno de sus palabras.

Quiso defenderse, pues si algo tenía Margaret era carácter y el hecho de que Montés siguiera insinuando que Santiago la había lanzado a Toletum para olvidarla le había provocado una ira desmedida. Ladró sus palabras y tardó solo un segundo en arrepentirse al ver como Rebeca dejaba de reír y clavaba su mirada oscura en ella. En los ojos de Montés solo pudo ver un dolor tan profundo que cortó su aliento y esa mirada no conseguiría abandonarla, se había anclado en su pecho cargado de culpa por haberlo provocado.

Rebeca se marchó tras desearle la muerte, Margaret ocultó las lágrimas pues no deseaba derrumbarse frente a Arthur y James. El joven Montés quiso disculparse con un gesto, pero no tardó en marcharse también tras su mujer, como si sintiese la necesidad de protegerla del universo entero.

Al quedarse solos, James suspiró y decidió que ellos también debían volver, pues nada les quedaba por hacer en el bosque. Esa noche Margaret no fue capaz de conciliar el sueño y no fue capaz de borrar de su mente a Rebeca Montés.

☆☆☆

No podía dormir, no sin que su subconsciente fuese invadido por terribles pesadillas en las que los rebeldes daban con ella y la asesinaban. Sus sueños la precipitaban de forma súbita a la

conciencia con un millón de lágrimas en su mirada castaña y pequeños jadeos para tomar aliento.

Abrir los ojos no era menos aterrador que sus propias pesadillas, pues su mente seguía llenándose una y otra vez con la mirada vacía y rota de Rebeca. Necesitaba sacarla de sí misma antes de terminar desquiciada.

Todos sus días se habían llenado sin que pudiese evitarlo de ella, de la joven Montés que captaba sus oídos siempre que aparecía su nombre en toda conversación. Si de algo hacían gala los nobles que formaban la comitiva Blanchard era de ser unos cotillas irremediables y, durante días, su tema de conversación favorito eran las aventuras de la heredera Montés en la taberna, donde se la veía en actitud más que cariñosa con infinidad de muchachas bonitas.

Escuchar a esos hombres hablar entre jolgorio y risas de Rebeca le provocaba un auténtico malestar y, por lo que pudo intuir, también a James ya que él no soportaba ver como juzgaban y se atrevían a convertir en un chiste el dolor de su amiga.

La necesidad de hacerse perdonar o al menos intentar aliviarla, aunque fuese un poco, pudo con su cordura y su bien juicio. Hastiada, Margaret se encerró en el estudio donde Eva la torturaba con sus lecciones. Anduvo por el mismo hasta encontrar lo que buscaba: la mesita auxiliar llena de pergaminos, tinta y plumas.

No tardó ni dos segundos en tomar asiento, pero empezar a escribir fue mucho más costoso de lo que imaginaba, pues no sabía bien qué decir.

Finalmente, se dejó llevar por su instinto y redactó una misiva de la que sentirse satisfecha. Con la nota en las manos frunció el ceño, ya que se presentaba ante ella un pequeño inconveniente: no sabía cómo hacérsela llegar.

Centrada en idear algún plan que no terminase en desastre con el que Rebeca recibiera su carta, no prestó atención a la puerta al abrirse ni a los pasos que se encaminaron en su dirección. Por eso mismo la voz de James a su lado le provocó un enorme sobresalto.

—¿Qué hacéis en la salita de mi madre? —susurró este mientras ella le regalaba un pequeño grito asustado y le provocaba la risa—. Vuestras lecciones acabaron hace horas.

—Me habéis dado un susto de muerte, James —respondió enfurruñada.

—Peor habría sido que madre os hubiese descubierto y no yo —dijo este sonriendo—. ¿Qué estáis haciendo, Margaret?

—Escribir una carta —susurró muy deprisa—. Pero ahora no sé cómo enviarla.

—Con las palomas —respondió de forma tierna—. Toda misiva que queráis enviar debéis hacerlo con el ave mensajera, ella sabrá encontrar al destinatario y, si vos se lo ordenáis, esperará por una respuesta.

—¿Me enseñáis cómo hacerlo? —preguntó de pronto entusiasmada.

—Madre ya lo hizo, pero no escuchasteis —reprendió de forma dulce—. Hagamos un trato. Yo os enseño para que Eva no descubra que no le prestáis atención y a cambio vos

empezáis a tomaros en serio sus lecciones. Es importante que sepáis qué se espera de vos y madre es la más indicada para guiaros.

Al escucharle, Margaret se sonrojó levemente y terminó asintiendo con una mirada cargada de disculpa.

—Vamos al palomar —susurró este justo antes de ofrecerle el brazo para que enredase la mano en el mismo—. ¿Puedo saber para quién es vuestra carta? O es un secreto.

—Con vos no puedo tener secretos, mi príncipe —dijo sonriente—. Es una misiva para Rebeca Montés.

—Vais a conseguir que Rebeca termine enfadada de verdad —respondió tras liberar una pequeña carcajada—. No está acostumbrada a que la desafíen y si seguís haciéndolo no os prometo que no se presente espada en mano para daros una estocada.

—No quiero enfadarla —murmuró muy bajito—. Solo quiero conocerla, es todo.

—Espero tengáis fortuna en esa empresa, mi señora —susurró junto a su oído para no ser escuchado por nadie más que por ella—. En verdad agradecería que mi esposa y mi mejor amiga no quisieran cortarse la cabeza la una a la otra en cuanto se ven, haría nuestros encuentros más pacíficos.

☆☆☆

No había pasado más de un día desde que envió el ave con su carta y esta había vuelto. Traía respuesta, por lo que agradeció que James le dijera que las palomas podían casi obligar al remitente a contestar. Estaba convencida de que de no ser así, Montés no habría enviado una carta de vuelta.

Al leer sus palabras, no pudo evitar sonreír ya que estas confirmaban sus sospechas. Rebeca no quería hablar con ella, pero en el fondo lo necesitaba. Tardó muy poco en encerrarse en el estudio para escribir nuevas líneas, pues no pensaba ceder ni hacer caso en modo alguno a su imperativo de no volver a molestarla.

Con ese simple gesto, había iniciado de forma completamente espontánea e inconsciente una rutina que se alargaría casi un mes en la que cada día sin excepción recibían y enviaban misivas.

Con el paso de las jornadas, las letras de Rebeca dejaron de ser tan agresivas. Seguía cargando sus misivas de insultos, pero estos sonaban más a un juego que a un odio real, por lo que supo que había logrado su objetivo, aunque fuese solo un paso muy pequeño. Rebeca había terminado de vaciar en esas cartas su veneno.

Con media sonrisa en los labios, recibió la última que acababa de llegar y tardó muy poco en desenrollar dicho pergamino. Sus ojos navegaron voraces por esas líneas con una leve risa encerrada entre sus labios.

«Queridísima reina de los idiotas y no tan idiotas,

Acabo de comprender que yo estaré entre tus súbditos cuando te pongan la corona, así que este apelativo te queda ahora mejor. Yo de idiota no tengo ni un solo cabello, excepto cuando corre el vino, entonces no me hago responsable de posibles idioteces cometidas por mi persona. Tú, sin embargo, has conseguido el cupo entero y pasarás a los libros de historia como la más idiota de todas. Supongo que es todo un logro, mi más sincera enhorabuena. Para no perder las buenas costumbres, aquí va un motivo más por el que te odio con todo mi ser: Odio profundamente y de forma ardiente mirarte a los ojos y no encontrar un solo motivo válido para odiarte.

Sin nada de afecto hacia tu persona,

La no idiota: Rebeca Montés»

No pudo evitar que una sonora carcajada inundase el lugar, incluso sus ojos castaños se llenaron de alegres lágrimas. Rebeca era una de las personas más divertidas de todo Toletum, no le cabía duda alguna de ello.

Deseaba de corazón que llegase la próxima reunión clandestina con Arthur y con ella, ya que James le había confesado que se veían cada luna nueva y Margaret le había preguntado muy bajito si podía unirse mientras permaneciera en el programa.

Sus mejillas se habían vuelto escarlata debido a la vergüenza al sentir que quizás se estaba interponiendo en un ritual que para los tres era sagrado, pero James alivió sus miedos al asegurarle que siempre sería bienvenida a su lado.

Quería volver a ver a Rebeca, necesitaba hacerlo. Quería comprobar si realmente había dado resultado su experimento con las cartas y sus ojos ya no lucían cargados de ruina.

Sin ganas de hacer esperar a su némesis más allá de la frontera, tomó la pluma y empezó a rasgar su respuesta. No podía dejar de sonreír ni un solo instante.

«Para mi adorada no idiota Rebeca,

Mucho me temo que debo darle mis condolencias a mi anterior

apelativo. Me apena este hecho, pues ser la reina de todos los idiotas me parecía mucho más distinguido.

Siento profundamente leer que odias tantísimo no poder odiarme, pero he de confesarte una cosa: yo odio muchísimo dejar de odiarte, pues tus cartas siempre consiguen hacerme sonreir y me lo pones cada vez más difícil.

Espero que de aquí a mañana aparezcan nuevos y rocambolescos motivos para seguir odiándonos. Mientras tanto, cuento ansiosa las lunas hasta que llegue la nueva, pues ansío volver a verte para decirte a la cara cuánto te odio por hacerme reír en los peores momentos.

Siempre tuya,

La reina de los idiotas y no tan idiotas: Margaret B.»

Satisfecha, envió su respuesta con un suave suspiro. Entre las líneas de la misiva había dejado entrever que en luna nueva estaría en el claro. Deseaba de corazón que Rebeca no lo considerase una amenaza, pues quería volver a verla y solo tenía el claro del bosque para hacerlo. Quizás así salía de su cabeza y dejaba de colarse en sus pesadillas, pues había empezado a aparecer en las mismas de forma recurrente.

Cuando, al alba, llegó su respuesta, Margaret tembló ligeramente al recibirla. Una parte de ella no estaba preparada para volver a leer la ira de Rebeca y quizás aún no habían avanzado lo suficiente como para que se colase en sus reuniones clandestinas.

Tras suspirar para darse valor, abrió el frasco con el pergamino y se sorprendió al ver una nota mucho más larga de lo habitual. El tono de la misma ya no era enfadado o jocoso, más bien desesperado. Terminó de leer con lágrimas en los ojos, el corazón en un puño y el aliento quebrado: debía hacer incluso lo imposible por ayudarla y no pensaba detenerse ni un segundo hasta lograrlo.

☆☆☆

Sabía que James estaba enfadado con ella y mucho. Lo supo nada más verlo en cuanto traspasó

la entrada de palacio, magullada y con una ligera cojera. Su ficticio esposo salió a su encuentro mientras los lacayos murmuraban, pues no podían comprender por qué la futura reina se había ausentado sin permiso del castillo y volvía en ese estado.

Margaret mostraba una mirada derrotada, cubierta de lágrimas que se negaba a dejar caer debido a su orgullo desmedido, pues lo había intentado absolutamente todo por ayudar a Rebeca a conseguir esos antibióticos y nada había dado resultado.

James no tardó en alcanzarla y sujetarla por el brazo. Mientras la llevaba camino a la sala de reuniones donde Eva solía dar audiencia, inventó una excusa creíble para aplacar los ánimos de aquellos que les vieron: su esposa había salido a cabalgar y se había encabritado el caballo.

En el mismo instante en el que entraron al lugar y cerró la puerta, James clavó en ella una mirada tan cargada de preocupación que consiguió sobrecogerla.

—¿Dónde estabas? —preguntó acelerado—. ¿Tienes acaso una ligera idea del calvario que me has hecho pasar? Creía que te habían matado o vete a saber qué. No puedes salir así como así de aquí, no es seguro y mucho menos no decirle a nadie a dónde piensas marcharte.

—Si sigues hablando así y no como el príncipe también te van a golpear —respondió angustiada—. Las cámaras, James.

—Aquí no hay ni cámaras ni micrófonos, Margaret —informó de forma dura—. Es nuestra sala ciega, donde evitamos los fallos de guion como el que acabas de protagonizar. Mi madre está histérica, Margaret, apenas he podido calmarla. ¿Dónde estabas?

—Intentaba hablar con él —susurró con la primera lágrima en su mejilla—. Le he escrito más de veinte cartas con mi súplica sin respuesta alguna, por eso fui a la linde para que me recibiera en los estudios, pero no ha querido verme.

—Te lo advertimos, Marga —dijo él con algo más de cuidado ante un tema sensible—. Santiago no se anda con chiquitas y si te ha metido aquí es porque no piensa sacarte más. Tienes que entender que no va a hablar contigo solo porque a ti se te antoja. Cuando desee decirte algo te enviará un mensaje como a todos y tú deberás acatarlo o terminarás bajo tierra.

—No quería creerlo, James. Estaba segura de que me escucharía —sollozó despacio por lo que el príncipe se acercó para sujetarla por los hombros—. Le he fallado, no he podido ayudarla… No he conseguido los antibióticos que necesita para su madre, solo una paliza y una regañina por obligarles a apagar las cámaras para que no se me viese gritar desquiciada que exigía ver a Santiago.

—¿Para eso querías hablar con él, por los antibióticos para Isabel? —preguntó aturdido—. Creía que era por tu enamoramiento del todo incomprensible. Siento haberte regañado tanto, Marga. No sabía qué era lo que pretendías en realidad.

—Ahora Isabel morirá por mi culpa y Rebeca me odiará con motivos toda su vida —dijo ella entre sollozos—. Y encima he descubierto que Santiago no es el hombre que me hizo creer

que era. Los operarios me dieron su respuesta, no piensa ayudar a nadie de Toletum pues todos son traidores que se merecen sufrir.

—En todo caso es culpa de Santiago y no tuya, Marga —susurró con una caricia que sirvió para secar sus lágrimas—. Rebeca no va a odiarte, pero si que va a estar destruida y seguramente te asustes al verla porque tan rota suele ser imprevisible. Quizás no debes ir en luna nueva.

—Iré —dijo muy decidida a pesar de las lágrimas—. No voy a dejarla sola en un momento así.

Tras escucharla, James la enredó en un abrazo protector. Margaret lo correspondió antes de empezar a temblar con la mejilla en su hombro.

De pronto, todas las promesas de Santiago le parecían vanas y la realidad que Rebeca Montés había intentado enseñarle de forma abrupta desde el principio cogía más peso. La había lanzado a Toletum para no regresar. La idea de que su bebé llegaría al mundo en el programa provocó tal pánico en ella que no podía ni respirar.

—James —susurró sin dejar de temblar—. Si todo cuanto me habéis dicho Arthur, Rebeca y tú es cierto, si Santiago me ha metido aquí para siempre y no por protección como me dijo estoy metida en un lío que no voy a poder gestionar yo sola.

—Mucho me temo que estás metida en un lío de los grandes, Marga —susurró él de forma sincera—. Nadie sale de Toletum, jamás. Y tú vas a ser reina, todas las miradas estarán puestas sobre ti, por eso mi madre insiste en instruirte, para que cumplas tu papel y mantenerte protegida.

—Y ese no es el mayor de mis problemas —dijo con la mirada castaña clavada en los ojos azul mar de James—. Voy a tener un bebé en un mundo donde posiblemente nos muramos los dos en el mismo momento en el que nazca.

James cubrió sus rasgos de asombro al escuchar semejante confesión. De pronto demasiado cobraba sentido. Santiago no deseaba deshacerse de una amante sino de su hijo e hizo gala de su egolatría al manipular a la muchacha para que en lugar de matarlo lo tuviese en su reino ficticio: estaba completamente desquiciado.

—Vamos a tener un bebé, Marga, tú y yo —susurró él muy decidido—. Y te aseguro que ninguno de los dos morirá, ni en el alumbramiento ni después del mismo porque no voy a permitirlo bajo ningún concepto.

MARGARET
CANTAR OCTAVO: SIEMPRE ESTARÉ CONTIGO
XVI



La tensión que podía notarse en el ambiente de Toletum era cada vez más creciente, pues en cada rincón se escuchaban susurros sobre la misma aterradora noticia: Isabel Montés se muere. Mientras Margaret peleaba contra sus propios demonios, veía a James y a Eva sumidos en una honda desesperación.

Su mundo se desmoronaba a pasos agigantados, pues todo cuanto había construido con Santiago se había cimentado en una mentira: él no era el hombre osado y valiente cargado de amor que ella creía, era un monstruo que empezaba a mostrarse sin careta ante sus ojos.

Tras no recibir respuesta a su última carta con el ultimátum que le había enviado, mandó sus últimas letras, las mismas que escribió con la mirada endurecida: *Tú y yo hemos terminado para siempre.*

Cuando llegó la esperada luna nueva, James y ella pasaron prácticamente todo el tiempo libre que tenían metidos en la sala de reuniones junto a Eva. La matriarca Blanchard que siempre le causaba un respeto desmedido por sus miradas duras se presentó ante ella como el ser humano que en verdad era: estaba destruida.

El príncipe tampoco podía ocultar la desolación en su mirada, pues tanto él como su madre debían actuar con indiferencia fuera de esas cuatro paredes y, ahí encerrados, liberaron sus auténticos sentimientos ante la situación de Isabel.

—Según su última carta no le queda mucho —susurró Eva con tanta tristeza que Margaret no pudo evitar estremecerse—. Luego la casa Montés dependerá por entero de Rebeca y mientras Isabel está agonizando Santiago me hostiga para acelerar la coronación. De repente le han entrado prisas.

—Creo que eso es culpa mía —dijo Margaret avergonzada—. Mis intentos de llegar hasta

él le habrán puesto nervioso, quiere dejar atado el asunto de la reina de Toletum para mantenerme en mi lugar.

—Pues se va a tener que esperar —intervino Eva de forma dura—. Mientras Isabel se encuentre en este estado ella es la prioridad, nada más. Cuando la infección se la lleve, cumpliremos rigurosamente el luto por haber perdido a la señora Montés y no habrá coronación hasta que se cumpla el plazo.

—¿Qué vamos a hacer sin Isabel, mamá? —preguntó James con la voz quebrada—. Desde que arrancó Toletum siempre habéis sido nuestra fuerza, nuestra guía. Sin ella…

—Sin ella tendremos a Rebeca —respondió despacio—. Mi pobre Beca. Aún no ha cumplido los veinte y tiene por delante cargar con la responsabilidad de los Montés.

—No la dejaremos decaer —aseguró James convencido—. Arthur estará a su lado y nosotros haremos cuanto podamos desde aquí.

—Ahora debéis marcharos al claro del bosque, los dos —respondió Eva a la par que dibujaba una sonrisa suave en los labios—. Es luna nueva, no rompáis con las tradiciones, pues estas os mantendrán unidos en los momentos difíciles como este que estamos viviendo.

—¿Yo también me incluyo ahora en esa tradición? —preguntó Margaret con las cejas alzadas—. Creí que solo podría ir una o dos veces, no pensaba hacerlo con asiduidad. Es el momento de James para encontrarse con sus amigos.

—Creo que te vendrá bien sentirte parte de su grupo, Margaret —respondió Eva de forma seria—. Abrir los ojos a la verdad cuando se ha estado tan ciega como tú puede resultar tan insoportable que acabaría con tu cordura si no te dejas arropar. Mis tres niños sabrán cómo curar aquello que aún se ve quebrado en tus ojillos, mi vida.

Sin saber qué responder, Margaret asintió. James tomó su mano para que pudiesen escapar camino a las caballerizas y ahí ella le rogó que montaran juntos, pues se sentía más segura cuando el príncipe la llevaba entre sus brazos y era él quien guiaba la montura.

Con paso firme y decidido, puso rumbo al claro del bosque para no hacerse esperar. Cuando llegaron al punto de encuentro, solo Arthur permanecía sentado frente a la hoguera que ya había encendido, por lo que Margaret sintió una honda decepción: Rebeca no había acudido.

El joven Montés les vio aparecer y dibujó una sonrisa agotada a la par que triste en sus labios.

—Hola, Arthur —saludó James mientras ambos se fundían en un abrazo—. ¿Y Rebeca?

—No ha podido venir —respondió en un murmullo justo antes de sorprender a Margaret y encerrarla también en un abrazo—. Y no es porque vengas tú, Margaret. Creo que en el fondo tenía ganas de volver a verte. Se ha quedado con Isabel, no quiere dejar a su madre bajo ningún concepto y en verdad es comprensible dada la situación.

—¿Cómo está ella? —preguntó Margaret casi susurrando.

—Nada bien, me temo —respondió con las manos en el rostro—. Hace unas horas apenas hablaba y solo deliraba por la fiebre. Llamaba a Sandro todo el tiempo, ha sido horrible. Rebeca intenta aliviarla en todo momento y no decae, pero no creo que le quede mucho más.

Al ver su mirada confusa a pesar de que intentaba ocultarla para no parecer idiota, Arthur acarició la mano de Margaret con un ligero apretón.

—Sandro era el padre de Rebeca, el marido de Isabel —informó tras comprender su incógnita—. Nunca llegó a Toletum, lo ajusticiaron hace casi diez años.

Arthur guardó silencio, James y ella también decidieron hacerlo para respetar el sufrimiento que se podía leer en su mirada oscura grisácea. Los tres miraron la hoguera en sus propios pensamientos y era tal la quietud que pudieron escuchar con claridad unos pasos acercarse. Ante esas pisadas, alzaron la vista en dirección a las mismas y contuvieron el aliento a la par que los ojos de James y Arthur se cubrían de lágrimas, pues Rebeca estaba ante ellos y ese hecho solo podía significar que Isabel había muerto. De otro modo la joven Montés jamás se habría separado de ella.

—Beca —susurró Arthur sin esperar respuesta.

La joven se quedó muy quieta ante ellos, tenía el rostro serio y unos leves surcos negros en las mejillas que, junto al enrojecimiento de sus ojos, delataban que había llorado intensamente. En la mano derecha sujetaba una daga de gran filo.

—Debo grabar su nombre —dijo como si se tratase de un fantasma—. Si tiene nombre existe y existirá para siempre.

Sin dejar que ninguno de los presentes respondiera, se dirigió como una autómata hacia un árbol del lugar. Margaret no había reparado en el detalle de que en ese tronco había varios surcos grabados hasta ese momento. James, a su lado, empezó a sollozar y buscó apoyó en Arthur, cuyas lágrimas caían silenciosas. La joven Blanchard no podía apartar la mirada de Rebeca, por lo que la vio caer sobre sus rodillas derrotada y usar el filo de la daga para grabar en la madera.

Cuando terminó su tarea lo supo en el acto, pues el puñal se le resbaló hasta el suelo mientras Rebeca caía sobre sus manos y temblaba.

Margaret no pudo aguantar más las ganas que tenía de sostenerla, por lo que dejó atrás la hoguera para correr hasta caer justo a su lado. Pudo verla luchar estoica contra las lágrimas y que este era el motivo de su tiritar incesante.

—Lo siento muchísimo, Rebeca —susurró con una mano sobre su hombro para delatar su presencia—. Te juro que he hecho todo lo que he podido.

—Solo hay una cosa que puedes hacer, Margaret —respondió murmurante—. Libérate de él. Amas a un asesino y no lo merece. No te merece. Cada vez hay más nombres en mi árbol y Santiago es el verdugo.

Al terminar de hablar, Rebeca apartó la mano de su hombro justo antes de levantarse. Tan

despacio como había llegado se perdió en la espesura y la dejó atrás frente a esos nombres grabados. Margaret los acarició con cuidado y sintió como su estómago se contraía, por lo que también se alzó y, casi corriendo, salió a perseguirla pues por nada del mundo iba a dejarla sola.

☆☆☆

Sin pensar un solo instante en que ni siquiera tenía montura propia para volver a casa, pues había viajado en brazos de James, o que podía perderse con facilidad entre todos esos árboles y caminos, corrió incansable con el único objetivo de reunirse con Rebeca, fuese donde fuese que la joven se hubiese escondido.

Siguió los pocos caminos que se podían transitar, sin desquiciarse o atreverse a imaginar que se había perdido, hasta que sus pasos se detuvieron frente a un lago y, sentada sobre la hierba, pudo reconocer a Montés con la mirada perdida en las aguas cristalinas que tenía ante sus ojos.

Jadeante debido a su carrera, se acercó despacio aunque ella ni se inmutó. Estaba segura de que la había escuchado, pues no había sido para nada sigilosa, por lo que se sentó a su lado sin solicitar permiso. Si Rebeca no la quería ahí ya la habría echado.

—Primero fue mi padre —susurró sin mirarla. Margaret acarició uno de sus dedos para decirle que estaba a su lado y la escuchaba—. Un disparo en la cabeza me lo arrebató, por la justicia de nuestro querido Gobernador asesinaron a un hombre bueno que solo deseaba proteger a su familia.

Al sentir su dolor, la joven Blanchard enredó sus manos, dejó un suave apretón tras notar como Rebeca correspondía su acto y encajaba los dedos para darse fortaleza.

—Erik fue el siguiente —susurró una vez más con los ojos encharcados—. Él me amaba, yo le amaba con cada centímetro de mi ser. Ese fue su delito, enamorarse de una presa de Toletum y pensar que podía cambiar el guion, que podíamos ser felices juntos. También fue ajusticiado por nuestro querido Gobernador.

Margaret se acercó aún más a la joven Montés en cuanto esta empezó a temblar. Sus cartas habían servido para que Rebeca desahogase la ira, pero en esos instantes lo que estaba sacando de sí misma era todo cuanto consumía su ser para llenarlo de dolor.

—Cuando Santiago apretó el gatillo y mató a Erik yo estaba alumbrando a nuestra niña —volvió a susurrar con la voz tan quebrada que le envió un escalofrío por todo el cuerpo—. Ella fue la siguiente. La arrancó de mis brazos y ordenó que asesinaran a mi hijita mientras me robaba la capacidad de volver a concebir. No tendré más hijos que mi pequeña Violet. Simple control de población lo llamó y segó la vida de mi bebé, el ser más inocente de todo el mundo.

Al escucharla, la joven Blanchard sintió tal horror que la sangre se le heló en las venas. Sin poder apenas respirar, analizó cada una de sus palabras demasiado sobrecogida con la mirada fija

en el perfil de Rebeca que en esos instantes le pareció la mujer más fuerte del mundo, pues había sobrevivido a tanto dolor y seguía en pie.

Ya podía comprender por qué Montés había actuado así con ella desde que se habían conocido. Las heridas que Santiago le había dejado eran muy profundas. El estómago de Margaret se contrajo con una arcada, pues solo pensar que había amado a ese hombre empezaba a provocarle repulsión absoluta.

—Ahora me ha quitado a mi madre, la única que aún me daba un poco de paz —susurró despacio a la par que abandonaba la contemplación del lago para mirar sus ojos cubiertos de lágrimas—. Solo tenía que mandar antibióticos y ella no habría muerto. Pero no lo ha hecho porque saber que estoy sufriendo de esta manera le provoca malsano placer, se cree Dios.

Con un movimiento suave y cuidado, Margaret tiró de la joven Montés para que las dos pudiesen terminar tumbadas sobre la hierba. Ante ellas podían ver el oscuro cielo plagado de un millón de estrellas, aunque solo fuese una circunferencia pequeña, debido a la espesura de los árboles.

—Cuando nací mis padres murieron en uno de los bombardeos de la guerra —dijo Margaret de forma suave, sin soltar la mano de Rebeca en ningún momento—. No pude conocerlos, ni siquiera tuvieron tiempo de ponerme nombre. Acabé como tantos otros niños en un orfanato horrible donde no era más que un número y empecé a llamarme a mí misma la hija de las estrellas.

—¿Por qué la hija de las estrellas? —preguntó ella sin que ninguna de las dos abandonase la observación del cielo nocturno.

—Porque estaba segura de que mis padres eran esos astros brillantes que me daban luz cuando tenía miedo —respondió como si estuviera contándole su más preciado secreto—. Cuando estaba sola, miraba al cielo para poder verles, siempre estaban conmigo al igual que ahora están con ellos tus seres queridos. Puedes buscarlos entre las sombras o hacerlo en esas luces que nos alumbran en la oscuridad. Yo prefiero la segunda opción.

—Sé que ahora mismo he terminado de destruir ese mundo perfecto que tenías en la cabeza, Margaret —susurró ella a la par que las dos se volvían a sentar para mirarse la una a la otra—. Pero no podía dejar que siguieras creyendo en él. Ahora perteneces a Toletum y debes conocer el rostro de nuestro titiritero si no quieres terminar siendo un nombre más en mi árbol.

—He terminado con él del todo —respondió segura, con el pulso latiendo despacio—. Me enamoré de una mentira, de alguien que no existe y me gané con acierto el nombre de la reina de todos los idiotas.

—Y de los no idiotas —dijo muy seria sin que Margaret pudiese evitar sonreír—. Pero al final volverás a brillar, hija de las estrellas.

El silencio entre ellas volvió, a pesar de que este no era pesado. Rebeca seguía mirándola y su

dolor aún bailaba en sus ojos castaños, aunque Margaret sabía que este pesaba un poquito menos ahora que le había narrado sus miserias.

Pero un pequeño resquemor de duda seguía dentro de su pecho, pues ya sabía el origen de la mayoría de los nombres que había en el árbol, excepto de uno. El más impactante para ella, puesto que en su otra vida había amado a alguien que lo llevaba.

—Rebeca —susurró al final para resolver sus incógnitas—. Me has hablado de todos los nombres, pero aún no me has dicho quién es Lara.

Al escucharla, la joven Montés palideció de forma suave, pues en medio de su dolor por haber perdido a Isabel no se detuvo a pensar que Margaret no sabía qué había ocurrido con su familia. Que al leer ese nombre podría reconocerlo de algún modo.

—Yo conocí también a una mujer llamada Lara —dijo medio sonriendo al ver que la joven Montés había perdido la voz—. Bueno, ella y su esposa Cora me sacaron de la calle, se convirtieron en mi familia, mi mamá y mi madre. Pero me abandonaron. Se marcharon sin mí muy lejos y me dejaron sola con Santiago porque yo ya no les era de utilidad.

—¿Eso te dijo? ¿Que se habían marchado porque no les eras útil? —preguntó y sobresaltó a Margaret al sentir la ira en sus palabras.

—No solo él, también una mujer que trabajaba para ellas —susurró despacio—. En parte por eso terminé como termine con Santiago, me sentí sola y había perdido a mi familia, solo le tenía a él. Supo hacer conmigo lo que quiso, pues me tomó en un momento muy vulnerable.

—Maldito bastardo, hijo de puta —dijo Rebeca tan enfadada que terminó de asustar a la joven Blanchard—. Te destrozó la vida solo para meterte en su cama.

—¿De qué hablas ahora? —preguntó algo perdida—. Santiago ha hecho muchas cosas horribles, pero no obligó a Cora y a Lara a marcharse sin mí.

—No, no las obligó a marcharse sin ti a ninguna parte —gritó fuera de sí, pues ya no podía contener la rabia—. Solo asesinó a Lara mientras obligaba a Cora a escuchar cómo lo hacía y después la obligó a ver su cuerpo destrozado justo antes de lanzarla aquí dentro como a un animal, solo porque las dos se negaron a abandonarte.

En cuanto dijo la última palabra, Rebeca empezó a sentirse del todo culpable pues la ira ante la idea de que el Gobernador había usado el dolor de su gran amiga para manipular a Margaret había sido demasiado para ella tras perder a Isabel. Supo que había metido la pata en el mismo instante en el que gritó sin miramiento alguno que la Lara de su árbol no era otra que su madre, mientras Margaret encharcaba su mirada.

—¿Santiago mató a mi mamá? —preguntó tan bajito que apenas se la podía escuchar mientras un rió de lágrimas bañaba sus mejillas.

—Lo siento mucho —dijo Rebeca muy sincera—. No quería que te enteraras de esta manera, he sido una insensible y una inconsciente.

—No me abandonaron —susurró aún conmocionada—. Él me las quitó.

—Nunca te habrían abandonado, ninguna de las dos —respondió a la par que ambas se acercaban y Rebeca abrazaba a la joven por los hombros—. Se negaron a venderte, a dejarte con él. Cora le dijo literalmente que prefería morir antes de renunciar a su florecilla y Santiago las destruyó a las dos.

—Mi madre está aquí en Toletum —susurró ya del todo convencida, pues de otro modo Rebeca jamás sabía que ella la llamaba de esa manera—. No ha acudido a mí, no he podido verla.

—Porque tu madre es la persona más noble y leal que he conocido y se ha quedado junto a mi madre hasta el último momento —respondió sin soltar su abrazo—. Ahora mismo la está velando para que yo pueda estar aquí. Sabía que necesitaba salir del palacete y despedirme a mi manera.

—¿Puedes decirle de mi parte que lo siento? —susurró apoyada contra su hombro—. Ella siempre tuvo razón y yo no quise escuchar.

—Se lo dirás tú muy pronto —respondió esta de forma suave—. Ahora que voy a ser la señora Montés pienso despedirla de inmediato. La lealtad de Cora debe ponerse bajo la estela de los Blanchard para que nada vuelva a separarla de ti, que eres la persona a la que más quiere en todo el mundo.

—No te negaré que me vendrá muy bien tenerla cerca —dijo con un río de lágrimas al sentir que todo cuanto había descubierto en poco tiempo la sobrepasaba—. Voy a necesitarla más que nunca, Rebeca.

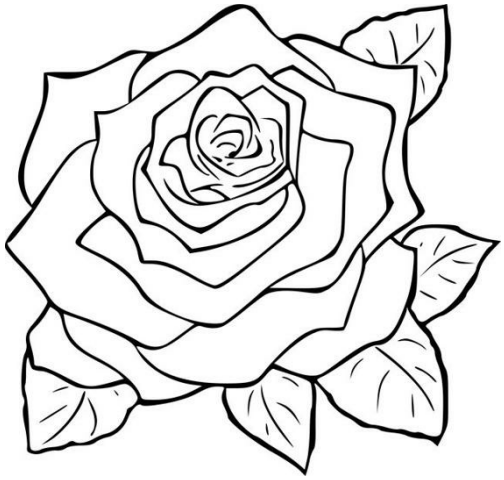
—Sé que para ti va a ser difícil aceptar y asimilar todo cuanto te he contado, más aún porque lo hice debido a un impulso rabioso en lugar de pensar con la cabeza qué estaba haciendo —dijo casi como una disculpa—. Cora seguramente me va a cortar el cuello cuando se lo cuente, quería ser ella quien hablase contigo y te explicase lo ocurrido.

—No es solo por eso —susurró antes de alzarse para volver a clavar en la mirada castaña de Montés sus ojos aterrados—. El Gobernador no solo me ha regalado miserias al quitarme a mi familia para disfrutar de usarme a su antojo y convertirme en una amante desechable.

—¿Qué te ha hecho ese miserable, Marga? —preguntó de forma fiera—. ¿Qué más te ha podido robar si ya te ha quitado la poca libertad que te quedaba?

—Me ha hecho madre, Rebeca —susurró y sus palabras provocaron tal impacto en Montés que se quedó como una estatua en el acto—. Voy a tener a su hijo.

REBECA
CANTAR NOVENO: LA SEÑORA MONTÉS
XVII



El tañer de las campanas resonaba incansable por todo Toletum la mañana en la que se corrió la terrible noticia que todos, por desgracia, estaban esperando: Isabel Montés había muerto.

Tras haber pasado la mayor parte de la noche en brazos de la joven Blanchard donde ambas habían llorado de forma incesante a sus seres queridos, Rebeca había vuelto a casa para relevar a Cora en el mudo velorio de su madre.

Con los primeros rayos del sol, suspiró despacio antes de convocar a toda una serie de lacayos para que se encargaran de adecentar a Isabel, pues debían enterrarla y despedirse de la gran señora Montés.

Cora no se separó de ella en ningún instante, como una eterna sombra protectora que le otorgaba fortaleza desde su silencio. Solo saber que estaba a su lado le bastaba para no dejarse arrastrar por la tormenta.

Sin poder evitarlo, viajaba a su noche anterior dentro de sus pensamientos, pues de algún modo esos recuerdos mantenían su cordura intacta. Mientras los nobles afines a su casa se reunían a cuentagotas en el gran salón, Rebeca dibujó una sonrisa ínfima en los labios al pensar en como James las había encontrado tanto a ella como a Margaret en el lago.

Se habían quedado dormidas entre lágrimas y la joven Blanchard le había provocado un susto de muerte a su amigo al haber desaparecido en la espesura de esa manera. James, hecho una furia, las despertó acelerado puesto que tenían que volver a casa y a Rebeca no le pasó para nada desapercibido el instante en el que su amigo acarició de forma distraída el vientre de su ficticia esposa. Supo enseguida que él estaba al corriente del secreto que Margaret guardaba y no

podía dejar de pensar que, cuando todo volviese a un cauce más normal, tendrían que reunirse los cuatro para hablar de esa situación.

Sus recuerdos de lo sucedido con Violet aún perturbaban sus entrañas y, de algún modo, tenían que conseguir que Margaret no siguiera sus pasos. El Gobernador no podría llegar a su hijo, no lo iba a permitir.

El último de los nobles llegó a su posición. Todos vestían de riguroso luto y no podía escucharse sonido alguno en el gran salón. Rebeca dejó atrás su asiento, suspiró una vez más para darse valor, buscó con la mirada a Cora y esperó. En cuanto ella le regaló un gesto de asentimiento muy pequeño, para indicarle que todo estaba dispuesto, empezó a caminar despacio por el pasillo que habían dejado libre para ella.

Todos los nobles inclinaron la cabeza en señal de respeto cuando pasó frente a ellos camino a la salida. Una vez fuera del palacete, las piernas le temblaron al ver el gran carruaje que portaba en su interior a Isabel.

Un apretón en su hombro le dio fuerzas para continuar. No necesitó girarse para saber que Arthur estaba a su derecha, pues solo el futuro señor Montés tenía derecho a acompañarla frente a la comitiva. Despacio, ambos empezaron a caminar hasta alcanzar los corceles ya ensillados que esperaban por ellos.

Con un ligero movimiento, colocó al caballo mientras Arthur se posicionaba a su lado. Empezaba su pantomima para que el pueblo de Toletum dijese adiós a Isabel Montés y su estómago se contrajo a la par que su mirada se endurecía. Estaba convencida de que esa escena le causaba el mayor de los placeres al Gobernador.

Cora no tardó en colocarse en su otro extremo para darle valor. Nadie osó hacer comentario alguno, pues todos sabían que esa mujer era la dama de más confianza de Isabel y, por ende, de Rebeca. Ya preparados, la joven Montés inició la marcha. Tras ella podía escuchar las ruedas del carruaje y el lento caminar de los nobles. A lo largo del camino hasta el mausoleo, el pueblo se fue congregando para verles pasar, todos llevaban flores y candelas en las manos.

Su mirada no apagó la fiereza en ningún momento, solo tembló de forma imperceptible al reconocer a la comitiva real que, al parecer, habían cruzado la frontera para acompañarla de algún modo en su tormento.

El blanco y dorado de los Blanchard se unió al negro de Montés, como si de un solo pueblo se tratasen. Rebeca empañó sus ojos en lágrimas al cruzarlos muy brevemente con Eva Blanchard. Ambas se dijeron sin palabras lo desoladas que se sentían ante semejante pérdida.

Junto a la reina, pudo vislumbrar a James terriblemente serio. Su amigo sujetaba de forma protectora a Margaret y ella les regaló un gesto casi invisible que ambos supieron interpretar: gratitud sincera por su presencia.

Margaret le devolvió el gesto con la mirada más dulce del mundo y todo su ser la empujó a

frenar esa tontería protocolaria para correr a abrazarla, pero ese sentimiento duró solo unos segundos, los mismos que necesitó para recordarse que no estaban en un juego inofensivo y que el más pequeño error podría acabar con cualquiera de ellos en la tumba.

Cuando llegaron al mausoleo, todos los nobles al igual que el pueblo llano esperaron en la entrada mientras solo Rebeca junto a Arthur y Cora acompañaban el féretro de Isabel hasta la sepultura. Nada más verlo desaparecer bajo la piedra donde grabaron su nombre, ella se arrodilló para dejar caer las últimas lágrimas.

—Seré la mejor señora Montés que estas tierras hayan conocido jamás, madre —susurró con la mano sobre la fría piedra—. Os lo juro, estaréis orgullosa de mí en cada uno de mis pasos.

Tras unos minutos en los que Cora, Arthur y la propia Rebeca decían su último adiós a esa mujer que tanto había significado para los tres, Beca se puso en pie y, seguida por ellos, salió del mausoleo. Frente a ella habían colocado una plataforma donde se hallaba en pie Eva. Margaret y James estaban a su lado y para Rebeca no fue un secreto que Cora y la joven Blanchard se estaban regalando una mirada cargada de anhelo por correr a los brazos de la otra, pero no era el momento, no podían romper el guion.

La joven Montés se acercó hasta la familia real para caer arrodillada frente a ellos, el silencio era tal que creyó que sus latidos frenéticos retumbaban en todos los oídos de los presentes y no solo en los suyos.

—Rebeca Montés —dijo Eva de forma solemne—. Vuestro derecho de nacimiento os otorga el título que hasta ahora pertenecía a vuestra madre. Que por su gloria ya no seáis la heredera de los Montés, sino su señora legítima en pleno derecho.

—Sea pues, majestad —respondió con la misma solemnidad—. Acepto orgullosa el legado de mis padres y me alzaré, ya no como heredera sino como la señora de estas tierras que juro solemnemente proteger, desde ahora y hasta que expire mi último aliento.

Tras su juramento, Eva Blanchard abandonó la tarima en su dirección. Uno de sus lacayos le alcanzó una espada enfundada y Rebeca supo reconocerla en el acto, pues pertenecía a su madre y ahora pasaría a ser suya.

—Alzaos, señora de los Montés —dijo la reina al poner la espada entre sus manos—. Que vuestro nombre sea recordado.

Con los nudillos blanquecinos debido a la presión que ejercía sobre la espada, esperó a que la reina volviese a la tarima, pues por protocolo no podía estar a su misma altura. Justo después se alzó y no tardó en desenvainar el acero para elevarlo hacia el cielo. Toda la multitud guardó silencio.

—Honor y gloria, Montés —gritó y al escucharla, todos los nobles desenvainaron sus propias espadas para imitar su gesto—, ahora y siempre.

☆☆☆

Tras la pantomima que habían protagonizado con tan pomposo funeral y su nombramiento real como señora de los Montés, Rebeca aún tenía que soportar con un nudo en la garganta como un río incesante de personas pasaban por su salon para darle unas condolencias del todo fingidas.

Eva, Margaret y James habían desaparecido junto a todo el séquito Blanchard, ya que tras haber cumplido su papel debían volver a palacio. No tenían permitido pisar el palacete de los Montés.

La mirada de Rebeca estaba cubierta de rabia por ese hecho, pues de todos los idiotas que se presentaban ante ella, solo los Blanchard tendrían palabras sinceras para ofrecerle y se les había negado el derecho a expresar el dolor que sentían por una farsa estúpida.

Con Arthur y Cora a su lado aguantó estoica, a pesar de que la mayor parte del tiempo tenía la mente ocupada en su noche anterior con Margaret y en cómo se habían acercado tantísimo de esa manera. Las cartas habían tenido una gran carga de culpa en ese hecho. Pues Marga siempre había tenido razón, supo leerla de inmediato y encontró la manera de vaciar todo el veneno que la estaba consumiendo.

Cuando por fin terminó toda esa farsa y solo los habitantes habituales del palacete quedaron entre sus paredes, Rebeca se retiró a la sala de reuniones pues necesitaba unos minutos de descanso y salir del papel. Necesitaba reconducir sus pensamientos y decidir cómo proceder, pues todos los Montés ahora estaban bajo su protección.

No estuvo sola mucho tiempo, ya que, pasados algunos minutos, Cora se personó a su lado. No se sorprendió en absoluto al verla, pues sabía que su amiga guardaba gran conmoción al haber contemplado a Margaret de cerca y haberse dejado ver por esta misma. Cora parecía estar serena, pero Rebeca la conocía demasiado bien y sabía que la consumían los nervios por el leve tembleque de sus manos.

—Puedes hablar libremente, amiga mía —dijo de forma suave—. Sé que verla te ha conmocionado aún más que en la boda, esta vez solo estaba a unos pocos metros de distancia.

—Margaret está mucho más madura que en mis recuerdos —susurró muy deprisa—. Ya no es una niña en absoluto. No sé qué ha hecho con ella ese cerdo, pero ha dejado de ser mi niña del todo.

—Seguro que cuando estés a su lado te lo cuenta todo —respondió Rebeca sin ganas de revelarle ella misma el secreto de la joven Blanchard, pues su boca ya había soltado demasiado sin permiso la noche anterior.

—Me ha visto, Rebeca —dijo con la mirada brillante—. Y no sé si estaba actuando, pero no parecía sorprendida.

—Es que no lo estaba —murmuró algo avergonzada—. Y eso es totalmente culpa mía.

Puedes enfadarte muchísimo si lo necesitas porque me lo merezco.

—¿Qué hiciste para que tenga que enfadarme contigo? —preguntó con media ceja alzada.

—Puede que me poseyera una rabia descontrolada anoche —susurró muy despacio—. Y puede que en medio de mi ataque de ira desmedida confesase sin querer tu presencia en Toletum y lo ocurrido con tu esposa.

—Entonces ya sabe la verdad —dijo Cora con un nudo en la voz—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Estaba destruida, Cora —respondió sincera—. Y es culpa mía por bocazas. Pero me quedé con ella, nos hicimos compañía en nuestro dolor y cuando James la llevó a palacio parecía estar un poco mejor.

—Debo ir con ella —murmuró tras suspirar—. Y a la vez mi corazón me pide que me quede a tu lado, pues me necesitas. Estoy dividida, Beca. Mucho me temo que en mi decisión saldrás perdiendo tú, pues mi florecilla es muchísimo más importante que todo lo demás.

—No tiene por qué ser así —respondió con la mirada brillante—. Sé que te divides entre tu amor incondicional por Margaret y el inmenso aprecio que sientes por mí. Que los acontecimientos te superan. Por eso mismo llevo toda la noche ideando un plan perfecto para que no tengas que dividir tus lealtades.

Al escucharla, Cora le regaló la sonrisa más sincera del mundo. Rebeca se abrazó a sus hombros y ambas guardaron silencio.

—Todo saldrá bien, amiga mía —susurró sin soltarla—. Ahora soy la señora Montés, mi poder es inmenso y las audiencias me protegen, puedo tomarme licencias sin temer por mi vida como antaño, puedo enfrentar a Santiago a mi manera, sin que él comprenda que lo estoy enfrentando.

☆☆☆

Cuando la jornada llegó a su fin, Rebeca sentía que había sido atropellada por una manada de corceles desbocados. Se sentía del todo agotada y la necesidad de tirarse sobre el lecho imperaba más que cualquier otra.

Nada más entrar en sus aposentos, ya que se había negado a cambiarlos por los de su madre, aunque podría reclamarlos al ser la nueva señora del palacete, se dejó caer de forma pesada sobre la cama y sus labios dejaron escapar un largo suspiro.

No se movió un ápice, ni siquiera cuando Arthur apareció a su lado y se acurrucó para esconderla en medio de sus brazos. Siempre solía hacer ese gesto pues su protección sincera y el amor fraterno que sentían tan intenso solía ayudarla a conciliar el sueño.

—Han llegado aves mensajeras para ti mientras estabas con todos esos aburridos nobles —susurró y consiguió activarla en el acto—. Dejé los frascos sobre la mesita, pero una de ellas se niega a marcharse así que quien sea que te ha escrito espera respuesta. La guardé en el palomar para que no se quedase en el balcón hasta mañana.

—¿Y has tardado tanto en decírmelo? —preguntó tras un salto muy gracioso que la sacó de la cama—. Si espera respuesta es importante.

—Claro que es importante, Rebeca —susurró Arthur directo en su oído para no ser escuchado por nadie más—. Margaret es muy importante, ¿verdad que sí?

La joven Montés tardó menos de un segundo en golpear su hombro mientras él reía casi desquiciado de su propia broma a la que ella no encontraba gracia alguna.

—Algún día te darás cuenta, Beca —susurró al final de forma sugerente justo antes de encaminarse a la puerta—. Entonces reirás conmigo de lo estúpida que estás siendo al no comprender qué te pasa con ella.

Sin darle opción a réplica, su amigo desapareció para dejarla sola con sus misivas. Tenía dos y no sabía cuál era la que le interesaba, así que cogió una al azar.

Al abrir el frasco y reconocer la letra de Eva, su mirada castaña se cubrió de lágrimas a la par que suspiró justo antes de leer.

«Mi querida niña,

El día de hoy ha sido el más duro que recuerdo de todos los que hemos pasado aquí encerradas. Creo que puedes imaginarte cuánto me ha dolido mantener las distancias mientras todo a tu alrededor se desmoronaba. Verte ante mí alzarte como la señora de los Montés me ha encogido el corazón de tal forma que apenas podía respirar.

Espero que entre estas líneas puedas sentir todos los abrazos que deseaba darte y no pude, todas las lágrimas que ansié secarte y se me impidió hacerlo. Rebeca, mi adorada Rebeca, tu madre estará en nuestros corazones para siempre, pues fue la mejor de todos nosotros, los primeros trasladados. Lo fue porque su único objetivo era ser la más imponente y la más fuerte para ti, para que estuvieras orgullosa de todo cuanto lograba a pesar de nuestro tan injusto encierro. Ahora

recae sobre tus jóvenes hombros un peso que ninguna de las dos deseaba para ti, pero confío tantísimo en ti que no me da miedo darte alas.

Mi niña adorada, espero que esas heridas que nuestro monstruo particular dejó en ti lleguen a sanar y que tus canciones vuelvan a resonar como un desafío, como un canto a la libertad que se nos ha negado. Canta siempre, Rebeca, que nada ni nadie apague tu voz.

Te quiero, ahora y siempre. No lo olvides nunca, pues aunque mis actos parezcan indiferentes, tú siempre estás en mí al igual que yo estoy en ti. Ahora debemos ir de la mano por el bien de Toletum y sé que, si decaigo, al otro lado de la frontera tú vas a sostenerme. Siempre a tu lado, siempre tuya,

Eva Blanchard.»

Nada más terminar de leer la misiva de Eva, no pudo retener un nuevo río de lágrimas cargadas de demasiados sentimientos que no podía verbalizar al tenerlo prohibido por culpa de un guion estúpido. Cuando se serenó, suspiró despacio para recordarse que había perdido a Isabel, pero Eva Blanchard seguía velando por ella más allá de la frontera. No iba a dejarla caer.

Un poco más tranquila, alcanzó el segundo frasco y se dispuso a leer la carta que Margaret le había enviado, con media sonrisa en los labios. Una parte de ella sabía que le arrancaría alguna que otra risa, pues la joven Blanchard siempre sabía qué escribir para provocarla.

«Para la muy distinguida no idiota Señora de los Montés,

No sé cómo empezar a escribir esta carta, puesto que ya no eres solo una chica maleducada y con tendencia a meterse en problemas cada dos segundos. Ahora tienes un título honorífico y todo, solo para ti.

Espero que disfrutes de tus cinco minutos de fama, ¡Oh, gran señora de los Montés! Porque en unas pocas lunas (después del luto oficial que por supuesto vamos a decretar, aunque Santiago reviente de

impaciencia) me van a coronar reina. Ardo en deseos de que llegue ese momento, pues tus cartas ya no podrán empezar con otra muletilla que no sea "su majestad" y tú, mi no idiota favorita, serás mi súbdito por lo que tendré que castigar con una retahila muy variada de insultos si contradices mis mandatos y me haces odiarte más de lo que ya te odio.

Sin embargo, creo que te gustará saber que he encontrado un montón de motivos nuevos para odiarte. El primero de ellos ha sido sin duda verte tan cerca hoy y no poder estrecharte con fuerza entre mis brazos. Eso sí que ha sido odioso en todos los sentidos de la palabra. Otro motivo es que he podido ver a mi madre a tu lado y tampoco pude correr a abrazarla. Me he sentido tan absolutamente orgullosa de ella al ver como te sostenía que apenas podía respirar. Te odio muchísimo por ello, Rebeca. Te odio tanto que solo puedo pensar en las ganas que tengo de volver a verte.

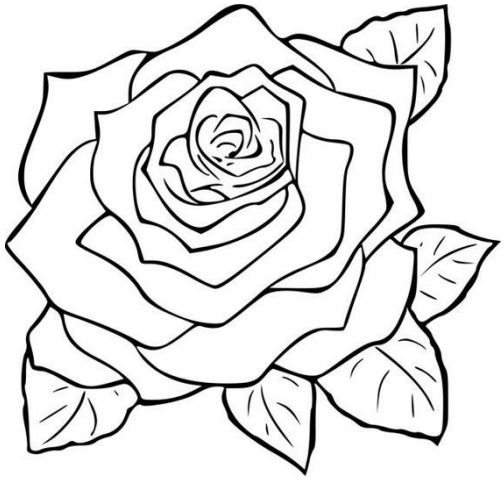
Ya queda mucho menos para que me muera de impaciencia mientras colocan la corona en mi cabeza y terminan con mi vida para siempre. No puedo esperar.

Enteramente tuya,

La hija de las estrellas: Margaret Blanchard.»

Sin duda alguna nadie como Margaret para hacer reír en los peores momentos. Su sonrisa no abandonaba su rostro, a pesar de estar teñida de una leve preocupación, pues no le había pasado desapercibida la ironía en sus palabras cuando hablaba de la coronación. La joven Blanchard estaba aterrorizada y, por cómo la había sostenido, Rebeca se sentía en deuda con ella. Su mente entera se centró en idear el mejor modo de jurarle sin una sola palabra delatora ante las cámaras que siempre estaría a su lado. Que todo iba a salir bien y no pensaba permitir que nadie le hiciera daño alguno.

REBECA
CANTAR DÉCIMO: LA REINA DE MIS SUEÑOS
XVIII



Margaret no mentía en su carta, pues al día siguiente se corrió en todo Toletum la noticia de que en palacio habían colocado todas las banderas a media asta y la reina anunció ante todos que se decretaba el luto oficial en el reino. Durante dos semanas no se celebraría ni un solo acto para así guardar reverencial respeto a la pérdida de Isabel Montés.

Rebeca recibió esas dos semanas como un regalo, pues tenía en mente demasiado y poco tiempo para procesar todo el hilo de pensamientos que acumulaba.

Una parte de ella sonreía internamente, pues no había respondido a la misiva de Margaret, ya que pensaba hacerlo de una forma completamente diferente con la que deseaba sorprenderla.

Sin obligaciones que cumplir debido al luto, ocupó gran parte de su tiempo en concretar con Cora cada parte del plan que había trazado para el futuro de su amiga dentro de Toletum. Ella mostraba un brillo muy distinto en su mirada, casi ansiosa por que llegara el momento de poner en marcha todas las pesquisas de la joven Rebeca, pues sentía que en ese instante dejaría de navegar entre dos aguas y podría dar paz a sus tormentos.

El resto de sus ratos libres, Montés desaparecía del mundo y se refugiaba en su rincón más secreto de Toletum: su cabaña del bosque. Durante años se las había arreglado para construir un refugio donde estar completamente sola cuando el mundo le pesaba demasiado. Un lugar donde pensar, esconder sus tesoros más valiosos y componer todas sus canciones, ya que ahí no la molestaba nadie y podía enfrascarse en las rimas que nacían en su mente.

No había compartido la ubicación de su escondite con nadie, ni siquiera con James y Arthur, aunque estos siempre la atosigaban con la idea de sonsacarle dónde desaparecía tantas

horas sin dar señales de vida.

Cuando las semanas de pausa llegaron a su fin, Rebeca estaba del todo satisfecha con sus progresos, puesto que todos los planes que había ideado ya tenían forma específica y solo le quedaba ejecutarlos. El primero de ellos estaba más que decidido: la coronación.

Sabía por la carta de Margaret que Santiago estaba hostigando incansablemente por acelerar dicho acontecimiento. El Gobernador deseaba ver a la joven Blanchard convertida en reina cuanto antes y ella pensaba utilizar esas ansias que parecía tener para enviarle un mensaje claro: no podría tocarla ni aunque lo intentase con toda su potencia.

No tuvo que esperar demasiado, pues nada más terminar el último de esos días de luto, toda casa noble de Toletum recibió al unísono al mensajero real con la convocatoria oficial a la coronación de sus altezas reales, James y Margaret Blanchard, como nuevos rey y reina del lugar.

Rebeca no tardó en enviar la confirmación de su asistencia con un pequeño apunte. Según el protocolo, todo noble debía personarse en la sala del trono para jurar lealtad a los recién coronados y se seguía un orden específico. Ella solicitó que se alterase dicho orden para ser la última de todas en recorrer el pasillo para hincar su rodilla y proclamar su juramento. Sabía que Eva no dudaría en concederle su pequeño capricho por lo que sonrió de forma pícara. Su mirada brillaba intensamente ante la emoción de su próxima jugada.

Cuando llegó el día pactado para tal acto, todo Toletum amaneció con los colores de los Blanchard ondeando por doquier. Su palacete también mostraba en la fachada las banderas blanca y dorada con el cisne en homenaje a un momento tan especial: Eva Blanchard pasaría a ser la reina madre mientras James y Margaret darían un paso al frente y se convertirían en los soberanos de Toletum.

Tal como hicieron para la boda, se preparó con pompo y ostento la comitiva que se dirigiría a palacio, con la única diferencia de que, en esta ocasión, Rebeca marchaba tras los banderizos que portaban su estandarte como señora de su familia.

Arthur y Cora cabalgaban justo tras ella cerrando la cabeza de la comitiva. Ellos daban paso a todos los nobles y pueblerinos que les seguían, todos los Montés al completo volvían a cruzar la frontera y dejaban a un lado su enemistad fingida para cumplir su deber de vasallaje y jurar lealtad ante James y Margaret.

Cuando llegaron a la fortaleza real, esta les recibió con el mayor esplendor que habían visto desde que estaban en Toletum. Los estandartes ondeaban con fuerza, los músicos entonaban melodías solemnes y todo el pueblo coreaba el nombre de los Blanchard con gozo. Solo Rebeca junto a Arthur, como señor y señora de los Montés, tenían autorización para entrar a la celebración en la que el obispo coronaría a ambos jóvenes. Ellos tardaron muy poco en dejar todo dispuesto para el juramento que se daría al finalizar dicha ceremonia y entraron al lugar

donde encontraron de inmediato sus asientos.

Cuando todo empezó, el pulso de Rebeca se disparó de forma acelerada, pues Margaret estaba tan arrebatadora con el vestido blanco y dorado que le habían puesto que le robó la capacidad de pensar de forma coherente. La joven Blanchard, con el gesto imperturbable, caminaba hacia el obispo de la mano de su esposo. James no se quedaba atrás en elegancia, pues también vestía los colores de la casa real en un traje de seda fina con hilos de oro bordados. Ambos intentaron no mirar en su dirección, ya que debían permanecer serios, pero Margaret fue incapaz de no cruzar su mirada con ella. Le regaló una suave sonrisa que pretendía darle fuerzas al comprobar en sus ojos castaños lo asustada que estaba en realidad.

El maestro de ceremonias dijo unas palabras, Margaret y James se arrodillaron mientras pronunciaban de forma solemne su juramento de proteger y velar por todo el pueblo a la par que colocaban las coronas sobre sus cabezas.

Cuando se alzaron, los pocos presentes contuvieron el aliento sin dejar de mirarles, camino al trono que ya era suyo por completo. Ambos tomaron asiento y Rebeca sintió como se le erizaba la piel, pues había llegado su momento.

☆☆☆

Las campanas no dejaban de sonar y retumbaban por todo el reino para anunciar con su solemnidad que James y Margaret Blanchard ya eran los nuevos reyes de Toletum.

Con la ceremonia de coronación finalizada, todo el pueblo fue convocado a la sala del trono. Entraron en la misma y tomaron posiciones en pie, tras los asientos reservados para los nobles y su séquito. Justo cuando el último de ellos había traspasado el portón, dio inicio la segunda parte del acto: El vasallaje daba comienzo.

Rebeca se preparó a conciencia mientras subía a su caballo, pues pensaba hacer gala del ingenio Montés y ser diferente al resto de nobles que pasaban a prestar juramento. Impaciente, pero decidida, esperó su turno con la mirada ardiente. Todos aquellos que ya habían jurado lealtad tomaban asiento en los lugares asignados a sus casa, por lo que al ser la última se había asegurado que nadie quedase fuera de la fortaleza durante su particular función.

Tras varias horas de espera eterna, escuchó como anunciaban su nombre y ensanchó la sonrisa. En ese momento instó al caballo a iniciar su marcha y provocó el silencio absoluto en la sala del trono al penetrar a la misma sobre la grupa del animal. A sus espaldas, el inmenso ejército de los Montés marchaban al unísono y ese hecho también causó conmoción, ya que el protocolo dictaba que sólo los señores recorrerían el pasillo para su juramento.

Desde su posición elevada debido a la altura del animal pudo ver los ojos de Eva cargados de incógnita al no saber qué se proponía hacer. Ella le regaló una sonrisa que alivió un poco el

gesto de la antigua soberana, puesto que no mentía al decirle que siempre tendría fe ciega en ella.

Cuando había recorrido poco menos de la mitad del camino, aprovechó el silencio que había generado su espectacular entrada para emprender el plan que con maestría había trazado.

—Ninguno de nosotros, nobles señores que aquí nos hallamos este día tan dichoso puede recordar ya el origen de tan legendaria enemistad entre la casa real y los Montés —dijo con solemnidad y consiguió que todas las miradas se clavaran en ella—. Hace tantos lustros de la afrenta, que esta parece una leyenda enmarcada en la historia de nuestro hermoso reino. Pues los dioses han tenido la bondad de regalarnos la buena fortuna y hoy, que recibimos con gozo a nuevos soberanos, celebramos también que la casa Montés ofrece una nueva Señora. Pareciera que nuestra historia ansía una pequeña tregua que yo, Rebeca Montés, estoy dispuesta a perpetuar.

A medida que hablaba, su caballo la conducía a paso lento hacia los tronos donde James y Margaret la miraban sin poder ocultar su asombro y sin ser capaces de comprender qué demonios se proponía.

Al llegar frente a ellos, se apeó despacio y espero a que todo su séquito tomase posición en medio del pasillo. Justo después, se acercó decidida al lugar marcado donde debía tomar juramento. Con un gesto de James, se colocó sobre la rodilla y desenvainó la espada, hecho que provocó un murmullo general en todos los presentes a medida que la tensión crecía.

Montés había invadido la sala del trono con cada uno de sus fieles y se había presentado armada en la coronación. Para la mayoría de asistentes era un acto de insubordinación o de guerra, pues podía atentar sin problema alguno contra la vida del rey y la reina.

Rebeca no prestó atención a ese sonido de asombro que inundaba el lugar. Su mirada estaba clavada en los ojos de Margaret que, al verla tan cerca, parecía haber borrado de un plumazo su miedo.

Despacio, colocó el arma de tal manera que podía apoyarse sobre la empuñadura al clavar la punta en el suelo, suspiró y dibujó un gesto tan fiero que incluso el hombre más valiente habría temblado de pavor ante ella.

—Yo, Rebeca Montés, señora de las llanuras del oeste, protectora de los mercaderes y la seda, guardiana de los bosques y señora de la casa Montés, acudo ante mi rey y ante mi reina para cumplir con mi sagrado juramento de vasallaje —pronunció de forma solemne—. Juro poner mi espada y honor a disposición de sus majestades, James y Margaret Blanchard. Juro que las huestes de Montés siempre acudirán a su llamada, juro dar la vida por la gloria de James y Margaret Blanchard, mi rey y mi reina, ahora y hasta el día que mi voz se extinga.

Con su última palabra aún resonando en el lugar, Rebeca guardó silencio para mirar una vez más la mirada cargada de admiración que Eva le estaba regalando, pues creía empezar a entender qué pretendía su adorada niña con ese circo que había montado. Justo después volvió a

mirar a Margaret para regalarle una sonrisa que solo ella pudo entrever.

—Como ofrenda de paz, tras tantos años de enemistad por un hecho ya olvidado, voy a entregaros, mi reina, a la dama de mi séquito en la que he depositado mi absoluta confianza —dijo al final, sin poder evitar sentirse eufórica al contemplar los ojos castaños de Margaret cubrirse con la más absoluta felicidad—. Que abandonar el negro Montés y vestir los colores de la casa Blanchard sirva como unión entre ambas familias.

Al terminar su pequeño discurso, alzó el brazo hacia su derecha por donde apareció Cora del todo decidida.

—Será para mí el mayor de los honores que me aceptéis a vuestro lado, mi reina —dijo con una reverencia—. Prometo honrar la tregua de Montés y protegeros con mi vida, como embajadora de la nueva paz. Prometo vestir con orgullo el blanco y dorado de la casa Blanchard y entregaros mi lealtad y devoción.

Margaret asintió despacio, metida en su papel de soberana, pero ni a Cora ni a Rebeca les pasó desapercibido el inmenso brillo que había aparecido en sus ojos, casi cristalinos debido a la emoción que la embargaba.

Cuando Cora se retiró a su posición, Beca se levantó aún con la espada en sus manos. Hizo una gentil reverencia en dirección a sus amigos que la miraban con orgullo desmedido y se preparó para su escena final. Se giró despacio hacia todas sus huestes, alzó el arma y en un solo segundo todos ellos desenvainaron las suyas para arrodillarse al unísono y colocarlas en el suelo como símbolo de pleitesía.

—Montés —gritó autoritaria—. Honor y gloria, hoy y siempre.

—Gloria y honor —respondieron a viva voz—. Larga vida a la reina Margaret, larga vida al rey James, hoy y siempre.

—Toletum —volvió a gritar, esta vez incluyendo a todos los presentes cuyas miradas brillaban emocionadas—. Honor y gloria, por sus majestades Margaret y James Blanchard.

—Gloria y honor —gritaron a la vez que se alzaban de sus asientos e imitaban a las huestes Montés al arrodillarse y ofrecer sus aceros frente a ellos—. Ahora y siempre.

☆☆☆

El día de luna nueva había llegado y para Rebeca era uno de los más especiales, pues se moría de ganas por ver a James y a Margaret tras la coronación.

Sabía por una misiva de su amigo que su actuación les había causado gran conmoción. Eva vibraba llena de orgullo hacia ella y Margaret parecía alguien completamente diferente desde que Cora formaba parte del séquito Blanchard. La joven reina brillaba con luz propia debido a la inmensa alegría que sentía al haberse reunido con su madre.

Ella no le había escrito, aunque ese hecho no la perturbó pues estaba segura de que el orgullo de la joven Blanchard estaba un poco herido al no haber recibido una misiva por su parte tras la que recibió el día del funeral de Isabel.

Rebeca había pasado la mayor parte de la tarde encerrada en su cabaña, ultimando todos los detalles para la sorpresa que tenía preparada. Estaba muy satisfecha con el resultado de la misma, pero no fue hasta entrada la noche que decidió zanjarla al verla perfecta.

Sabía que llegaba la última a la reunión, pero no le importó demasiado. Al bajar de su escondite, se encaminó con pasos seguros hacia el claro del bosque, pues este no se encontraba alejado de su rincón secreto.

Antes de hacerse notar al llegar a su destino, sonrió abiertamente pues sus amigos ya estaban sentados alrededor de la hoguera. Su pecho se encabritó al reconocer a Cora, pues la extrañaba todos los días y volver a verla le había provocado gran alegría. Su amiga estaba radiante con la joven Margaret apoyada en su pecho sin dejar de reír de algo que Arthur relataba con mucho ahínco. James también sonreía de forma sincera y ninguno se percató de que Rebeca les contemplaba con un brillo alegre en sus ojos oscuros.

Las cuatro personas que tenía ante sus ojos, junto a Eva, se habían convertido en las más importantes de todo su mundo y estaba dispuesta a bajar al mismísimo infierno para protegerlos.

Cuando se adentró al claro, Cora fue la primera en reparar en ella, por lo que tardó una milésima de segundo en enderezarse, soltar a Margaret y salir disparada en su dirección. Ambas se fundieron en un sincero abrazo sin dejar de sonreír.

—Llegas tarde, Beca —reprochó de forma cariñosa—. Te has perdido la mayoría de relatos y en prácticamente todos eras la protagonista.

—Entonces serían relatos del todo fascinantes —respondió jocosa—. Para deleitar los oídos más finos de este nuestro reino, ya que hoy nos visitan sus majestades en persona.

James imitó a Cora al tenerla cerca y tardó pocos segundos en abrazarla con un efusivo saludo.

—Aún no me creo lo que hiciste en la coronación, Beca —dijo entre risas—. Convertiste el acto más aburrido e insulso del mundo en un espectáculo que poblará los libros de historia.

—Solo espero que Santiago captase el mensaje —respondió a la par que buscaba con la mirada a Margaret, aunque esta la evitaba más que a propósito con un enfado del todo fingido que le provocó la risa—. Que sepa que todo Toletum protege y vela por su reina. Él ya no tiene poder sobre ella.

Sin añadir nada más, soltó a James para encaminarse hacia la joven Blanchard. Margaret había decidido mirarla por fin y en sus ojos vio que la estaba desafiando con la mirada.

—Supongo que ese circo que montaste te ha tenido la mar de ocupada, señora Montés —susurró de forma afilada—. Eso explicaría por qué no has tenido ni cinco minutos para responder

a mi carta. Más de tres semanas esperando en vano mientras me consumían los nervios.

—Sí respondí —dijo esta de forma pícara—. Solo que mi respuesta no está escrita en un pergamino.

Al escucharla, Marga le regaló un alzamiento de cejas muy gracioso mientras llegaba a su altura y le tendía la mano de forma dulce.

—Solo hay una condición para que os dé esa respuesta que estabais esperando, su majestad —susurró sonriente—. Debéis bailar conmigo.

—¿Bailar? —preguntó del todo perdida—. Pero, Beca, aquí no hay música.

Arthur y James no tardaron en comprender qué pretendía Rebeca y ambos dibujaron en sus gestos la sorpresa a la par que una inmensa sonrisa. Montés volvería a cantar tras casi dos años de no entonar nota alguna por el dolor que la consumía.

Con un leve empujón, James instó a Margaret a tomar esa mano que Rebeca le tendía. Esta lo hizo completamente perdida, pues no entendía para nada qué estaba ocurriendo y por qué sus amigos parecían de repente tan emocionados.

Beca se posicionó tal y como le había enseñado en la boda cuando la medio secuestró, Margaret no tardó en colocar la mano en su hombro y dejar que Montés sujetase la otra con ternura entre los dedos. Cuando se miraron a los ojos y la vio sonreír pudo sentir demasiadas cosas incomprensibles estallar en su pecho.

Pocos segundos después, Rebeca empezó a entonar una melodía suave entre los labios, aún sin letra, a la vez que empezaba a guiarla y Margaret seguía cada uno de sus pasos. Cuando los primeros versos inundaron el claro, la joven reina terminó de quedar completamente atrapada y fascinada por su voz a la par que sus amigos sonreían abiertamente, pues habían echado de menos hasta el delirio las canciones de Beca.

«Esta noche mis lágrimas ya no pintarán el cielo. Mi alma en pena ya consolada no sangra por amor. Si tú quieres ser la reina de mis sueños, yo seré el escudo contra todos tus miedos.»

Había jurado entre lágrimas que jamás volvería a cantar. Que ninguna otra canción saldría de su mente para llenar de acordes y poesía sus días. Había perdido su sello de identidad, hasta que esa muchacha entre sus brazos consiguió arrancar de nuevo melodías en sus labios.

«Mi cordura me grita detente, pero a quien escucho es al corazón. Abre tus alas, lucha contra el viento y verás que ha llegado el momento de escribir otra leyenda donde estar solo tú y yo.»

No sabía si Margaret comprendería sus palabras, si vería en ellas la respuesta a su carta y a su empezar de cero siendo solo ellas. Ni la señora Montés, ni la reina. Solo ellas unidas para que

el veneno que Santiago había dejado en su interior fuese extraído por completo y que se convirtiese en una leyenda.

«Si te aferras al pasado este será una cadena. Si la rompes, nuestro futuro no hace más que brillar.
Si podemos empezar tú y yo de nuevo, solo aquí, solo ahora… contigo.»

«Mi cordura grita detente, pero a quien escucho es al corazón, abre tus alas, lucha contra el viento y verás que ha llegado el momento de escribir otra leyenda donde estar solo tú y yo.»

Danzaban de forma suave, con las miradas enredadas. En la laguna castaña de la joven Blanchard pudo ver como dibujaba admiración y sonrisas. Ella también deseaba dejar atrás todas las heridas que aún escocían demasiado, quería abrir sus alas y liberarse de todo fantasma que aún la asolaba de madrugada.

«Si me lo pides quebraré al dios del tiempo, para hacer cada instante eterno. Para frenar aquí y ahora, para apagar todo tu miedo. Pues serás siempre la reina de mis sueños»

Cuando guardó silencio y la última nota de su melodía se diseminó en el ambiente. Frenó su baile de forma suave y dejó que Margaret rodease su cuello con los brazos. La joven escondió el rostro en su hombro y Rebeca la estrechó con cuidado, como una promesa no pronunciada de que siempre iba a protegerla.

—¿Te sirve como respuesta a tu misiva, mi reina? —susurró para que solo ella pudiese escucharla y la notó estremecerse—. Estabas tan asustada que solo me salió componer música para ti, esa era mi fortaleza antes de perder a Erik y Violet. Tú me la has devuelto.

—Me sirve, Beca —respondió también en un susurro—. En cierto modo siento que mientras estés conmigo nada puede hacerme daño.

—Tú eres la reina de mis sueños —dijo al separarse de su abrazo con media sonrisa en los labios—. Yo escudo contra todos tus miedos.

MARGARET
CANTAR NOVENO: EL SECRETO MEJOR GUARDADO
XIX



La coronación llegó a su fin y Margaret no podía dejar de temblar debido a la emoción que la embargaba en todo su ser. Tal estado de alteración no tenía en absoluto que ver con haberse convertido en la reina de Toletum, pues ese hecho había quedado relegado a un plano ínfimo tras la magistral actuación de Rebeca Montés en la sala del trono.

Beca le había devuelto a su madre, tal y como le había prometido y ella no podía esperar un solo segundo más. Necesitaba con una fuerza inmensurable abrazarla, rogarle un perdón que no creía merecer y decirle cuánto la quería y había extrañado. Cuánto seguía necesitandola.

Una parte de ella seguía enfadada con Rebeca, pues no había respondido a su carta. Pero solo un poquito, ya que la alegría de saber que Cora no volvería a dejarla era mucho más grande que su orgullo herido al verse privada de tan ansiada misiva.

Cuando el último de los nobles dejó el salón, James la tomó de la mano para que ellos también abandonaran los tronos y se adentraran a palacio. Reconoció el camino en el acto, pues este no era otro que el que llevaba a salita de reuniones donde no había peligro a ser vistos y escuchados. Su pulso se aceleró, quedaba muy poquito para poder ver a su madre sin disfraz alguno entre ambas.

Nada más llegar, entraron sin anunciarse. Como soberanos del reino nadie estaba por encima de ambos y ya no era necesario que mostrasen signos de pleitesía ante nadie, ni siquiera de Eva. Al traspasar las puertas, Margaret sintió como se aceleraba su pulso hasta el delirio, pues frente a ella pudo reconocer a Cora junto a la reina madre. Había cambiado su indumentaria Montés por los colores de la guardia real y por el galón que llevaba en su hombro supo que Eva le había dado uno de los puestos más altos: protectora de la reina.

Blanchard tenía la mano sobre el brazo de Cora, ambas se sonreían de forma sincera y

Margaret encharcó su mirada con lágrimas de alegría desmedida. No solo había recuperado a su madre, sino que Eva la había nombrado como su guardia personal así que la tendría siempre muy cerca.

James cerró la puerta y con ese gesto les dio la intimidad que necesitaban para que liberasen sus deseos. Margaret tardó una milésima de segundo en correr hacia los brazos de Cora, esta ya los había abierto para recibirla y la rodeó con fuerza, para que no hubiese un solo espacio entre ambas y así recomponerse de alguna manera.

—Madre, por fin he vuelto a ti —susurró la joven entre risas cubiertas de lágrimas—. No sabes cuánto me dolía saberte tan cerca y no poder acercarme.

—Ya nada va a separarme de ti, mi florecilla —respondió Cora de forma suave sin soltar su abrazo—. Estaré a tu lado en todo momento, te cuidaré y velaré por ti.

—Rebeca me puso al corriente de todo —murmuró Margaret mientras se separaba solo unos centímetros de ella para mirarla a los ojos—. Lo siento tanto, madre. No quise escucharos y por mi culpa hemos perdido a mamá.

—No es tu culpa en absoluto, mi amor —dijo ella con las manos sobre las mejillas de su adorada niña—. Fue Santiago quien nos la quitó, no fuiste tú.

Al escucharla, Margaret suspiró justo antes de acomodarse una vez más sobre su hombro y dejarse mecer por su fuerte abrazo. James y Eva no eran más que simples espectadores en tan esperado reencuentro, por lo que tenían una bonita sonrisa en el rostro.

Tras un breve silencio en el que guardaron respeto por el tiempo que ambas necesitaban para sentir que no volverían a separarse, James carraspeó, pues no solo había solicitado la presencia de Cora y de su madre en el salón de reuniones para que Margaret se reencontrase con ella. Estas lo miraron de forma inquisitiva, ya que su gesto se había vuelto serio.

—Hay algo que Marga y yo tenemos que compartir con vosotras, por eso en parte os hice venir —dijo al final mientras la joven asentía de forma suave—. Sin duda la actuación de Rebeca en esa sala nos ha sido de mucha ayuda, pues el mensaje ha quedado claro: la reina es intocable. Aún así, ambos os vamos a necesitar en este falso mandato que damos comienzo, pues la situación es un poco más complicada de lo que a simple vista parece y no vamos a poder ocultarla, no mucho más.

—Eso es cierto —susurró Margaret y buscó en el acto el abrazo protector de Cora—. De momento he logrado mantener el secreto y pude ocultar los signos gracias a la opulencia de los trajes que debo ponerme, pero no durará mucho más.

—¿A qué te refieres, florecilla? —preguntó Cora con un timbre de voz que denotaba algo de miedo.

—Me refiero a que Toletum tendrá un heredero muy pronto —respondió entre dientes, hecho que hizo sonreír a James al encontrarla demasiado adorable—. Estoy embarazada.

En cuanto soltó ese secreto que la estaba carcomiendo, Eva dibujó el rostro más serio que había visto en su vida mientras Cora perdía todo el color del mismo.

—Margaret y yo tendremos un hijo —dijo James para romper la tensión del momento ya que todas se habían quedado en completo silencio—. Ahora que se nos ha coronado, ese bebé será nuestro heredero al trono y nadie podrá saber jamás, bajo ningún concepto, que yo no he tenido nada que ver en su concepción o no podré protegerlo como he jurado hacer.

—Entré a Toletum con la falsa idea de que Santiago nos estaba protegiendo, tanto a mí como a su hijo que crece en mi vientre —murmuró Margaret con los ojos teñidos de dolor al recordar tan vil mentira—, pero ahora que he visto su verdadero rostro, dudo mucho que esas fuesen sus intenciones. Quería deshacerse de ambos y no encontró solución mejor que encerrarme en su reino ficticio.

—¿Lo sabe alguien más a parte de nosotras y James? —preguntó Eva demasiado seria.

—Solo Rebeca —susurró ella con las mejillas escarlata—. Cuando supe que Santiago había matado a Lara me derrumbé y se lo confesé, pero no ha dicho nada, me ha jurado que no va a hacerlo y yo la creo.

—Esta noticia explica absolutamente todo lo que hasta el momento encontraba inexplicable —dijo Eva a la par que cruzaba los brazos sobre su pecho y perdía la vista en ninguna parte—. Desde el empeño que puso ese miserable en casar a James contigo hasta su no muy diplomática orden de que mi hijo debía, cito textualmente: «montarte como a uno de sus mozos de cuadras». Quería justificar ante el mundo entero tu embarazo y apartarse de la ecuación.

—También explica por qué Rebeca ha montado el circo que ha montado —susurró Cora con la mirada encendida en ira—. Beca arrastra heridas muy profundas que todos aquí conocemos, ha mandado un mensaje muy claro: nadie va a tocarte, ni a ti ni a tu hijo. Si Santiago intenta acercarse para arrebatarte al bebé y hacer lo mismo que le hizo a la pequeña Violet, todo Toletum se alzará en pie de guerra tras la señora Montés si ella convoca a las huestes. Ha blindado por completo tu protección.

—Dejaremos que pasen unos días para no solapar la noticia con la coronación —indicó Eva con media sonrisa—. Entonces anunciaremos la buena nueva a todo el pueblo. Ahora necesito que os marchéis los dos a la alcoba y que James llame al galeno para que te vea, Marga. Él confirmará tu estado y el pueblo creerá con gozo que sus reyes les van a bendecir con un heredero al trono.

Ambos asintieron de inmediato. Margaret se perdió en un nuevo abrazo con Cora, pues saber que estaría a su lado en esos momentos tan inciertos le daba fortaleza. Justo después, dejó que James la tomase por los hombros y los dos desaparecieron del lugar para cumplir su mandato. Cora no pudo apartar la vista del rostro de su florecilla, demasiado asustada, aunque no

llegaría a verbalizarlo.

—Menudo hijo de la gran puta —murmuró al quedarse a solas con Eva—. Ese hombre es un psicópata miserable. Ha destrozado a mi pequeña para desecharla tras dejarla en estado.

—Siéntate conmigo, Cora —dijo Eva de forma suave mientras tomaba asiento y señalaba una silla frente a ella—. Les he pedido que se marchen, pues necesito hablar contigo sin que Margaret esté presente. Mucho me temo que tu hija no es consciente de la magnitud real de la situación y, de momento, es mejor que no lo sepa.

—Creo que es más que consciente, Eva —respondió tras un resoplido—. Está aterrorizada. Va a tener un bebé en un mundo donde una simple infección te manda a la tumba.

—No me refiero a eso, Cora —susurró y sus ojos mostraron de pronto un brillo diferente, un relámpago de esperanza—. Tú vienes de New World. ¿Conoces la nueva constitución?

—No soy muy buena en esas cosas, la verdad —respondió con una ceja alzada—. La única ley que me interesaba ahí fuera era la de oferta y demanda para llenar el estómago de mi gente, nada más.

—Antes de ser Eva Blanchard, reina de Toletum, yo era una de las juristas más reconocidas del antiguo mundo —continuó ella sin que Cora comprendiese a dónde quería llegar a parar—. Cuando Santiago ganó la guerra, nos convocó a unos cuantos compañeros entre los que me incluía yo para que redactáramos su nueva constitución. Ese trabajo fue el que me condujo a estar en las listas de las primeras trasladadas, pues a nuestro querido Gobernador no le gusta que le contradigan y yo no pude callarme al decirle que esa constitución atentaba contra la ley universal de los hombres: nos arrebataba la libertad.

—Está claro que tiene un sentido del humor muy retorcido —intervino Cora con el ceño fruncido—. Te transformó en la ley de Toletum, su reina.

—Nunca olvidaré esa infame constitución, Cora —dijo ella tras suspirar—, pero por ese mismo documento ahora mismo siento que tenemos esperanza. Santiago incluyó una cláusula disparatada en ella, una cláusula que al estar firmada por el mismo Gobernador es ley y no se puede quebrar. Con ella afianzó su poder, pues nadie más que él puede ostentarlo.

—Eso lo sabe todo el mundo —interrumpió airada—. No entiendo qué tiene de esperanzador.

—Solo hay una manera legal y legítima de apartar a Santiago del poder, él mismo la escribió —susurró y consiguió captar del todo su atención—. Si este es reclamado por un heredero de su propia sangre, un hijo. Con el apoyo del pueblo y del ejército puede reclamar el puesto de Gobernador. Por eso ha encerrado aquí a Margaret, no puede dejar que se sepa que tiene un hijo. Ahora mismo, ese bebé que lleva en su vientre es el ser más importante del mundo entero: está destinado a hacernos libres a todos.

☆☆☆

Tener a Cora bajo el techo de los Blanchard había llenado los días de Margaret de paz. A pesar de que no salían del guion fuera de la sala de reuniones, el poder mirarla a los ojos para sentirse arropada y protegida conseguía calmar las peores tormentas.

El galeno que James había llamado confirmó la feliz noticia de su embarazo y le dijo de forma alegre que su bebé parecía estar fuerte, muy sano y que no podía ver ninguna complicación en su delicado estado. Ese hecho también aportó luz a todas sus sombras, pues en ningún momento había dejado de preocuparse por ese ser diminuto que crecía en su interior.

Pronto se correría la buena nueva por todo el reino, aunque Margaret le pidió a Eva que esperase a que pasara la luna nueva, pues creía justo que fuesen James y ella en persona quienes se la contaran a Arthur. Blanchard le prometió que cumpliría sus deseos, por lo que se llevó de regalo un abrazo de la joven reina.

James conseguía llenar sus días de sonrisas alegres. Tras haber confesado el secreto a sus respectivas madres, parecía mucho más liberado y ambos eran cada vez más cercanos. Cuando alguna de sus pesadillas se colaba en las noches para molestarla, podía sentirle a su lado y conseguía calmar su aliento agitado.

Siempre que se precipitaba a un despertar, tan aterrada que no podía apenas respirar, James la envolvía en un abrazo. Los dos solían quedarse en vela toda la noche hablando entre susurros. Él acariciaba su vientre y le sacaba sonoras risas con sus historias de amoríos fallidos con los mozos de cuadra. Conseguía espantar cada resquicio de su miedo, pues no había hombre más noble y bueno que él. Empezaba a adorarlo con fuerza a la par que no podía sentirse más tranquila al pensar que su bebé crecería con un padre como James.

Llegó a descubrir, casi con asombro, que su vida en Toletum le gustaba más de lo que habría imaginado. La corona suponía una carga pesada, pero no la llevaba ella sola, pues Eva, James y Cora estaban a su lado en todo momento para aminorarla.

Solo quedaba una pequeña espina en su costado que molestaba con más fuerza de la que quería admitirse. Rebeca seguía sin responder su carta. El hecho la tenía del todo desquiciada, pues echaba de menos reír con las tonterías de la joven Montés y sentirla cerquita a pesar de la distancia.

Cuando llegó la luna nueva se juró a sí misma que no caería en ningún embuste y pensaba castigar a Beca con su total indiferencia por no haberle escrito en más de tres semanas. Ni siquiera se le pasó por la mente enviar una nueva misiva, pues no sería ella quien cediese. Su orgullo era demasiado fuerte.

La noche cubrió el reino y, con ella, James tomó su mano pues había llegado el momento de escapar para sentirse libres durante un breve espacio de tiempo. Margaret estaba radiante, ya

que al llegar a las caballerizas descubrió con gozo que Cora les estaba esperando, ella también les acompañaría al claro.

El camino a su lugar secreto no lo hizo en brazos de James esta vez, sino rodeada con cariño por el abrazo de su madre al compartir con ella la montura. Cora no paró de hablar entre susurros en todo el trayecto, contándole las pequeñas aventuras que había corrido mientras servía en la casa Montés. Margaret reía de forma suave cuando estas incluían a Rebeca y sus escapadas a la taberna de la que Arthur y su madre habían tenido que rescatar en más de una ocasión. El pensamiento de que la joven Montés era la persona más graciosa del mundo no podía borrarlo de su mente, por mucho que lo intentara. Muy atrás había quedado su errada primera impresión de que era una víbora sin más placer en la vida que atormentarla. Era una muchacha fascinante y pensar en ella llenaba su vientre de un calor desconocido al que no sabía cómo nombrar en modo alguno.

El viaje hasta el bosque se le pasó en un suspiro. Nunca admitiría en voz alta que se moría de ganas de volver a ver a Rebeca fuera de cámaras, sin interpretar ningún guion. Estaba tan ansiosa que, llegar al claro para comprobar por sí misma que solo Arthur estaba encendiendo la hoguera, supuso un golpe demasiado duro para ella. No tardó en llenar su mente de preguntas, pues la joven Montés no solo no había respondido a su carta sino que no se había presentado a la reunión y ese hecho empezó a perturbarla. Quizás no quería verla tras haberle abierto las puertas a su dolor más profundo.

La sonrisa que Arthur les regaló al verles consiguió apagar un poquito su turbación, ya que también había echado de menos a su amigo. No tardaron mucho en fundirse en cariñosos abrazos y tomar asiento alrededor de la hoguera donde el ambiente se tornó cálido y familiar.

Cora la abrazó desde la espalda y ella se dejó caer en su pecho con un suspiro cargado de satisfacción, pues en ese instante no era la capitana de su guardia personal, solo su madre.

Tras un silencio agradable y tranquilo, James fue quien se enderezó sonriente para sujetar a su amigo por el hombro y captar su atención en el acto.

—Arthur, Marga y yo tenemos algo que contarte —dijo muy alegre por lo que Montés ensanchó la sonrisa—. Y no hace falta que esperemos a la escurridiza Rebeca, pues esta ya conoce tan buena noticia.

—Como sea que has conquistado a un señorito y se lo hayas contado antes que a mí me voy a enfadar —respondió con una leve risa—. Y pienso matar a Rebeca por no haberme contado tan jugoso cotilleo.

—James es un gran maestro de la seducción, de eso no tenemos duda alguna —respondió Margaret mientras todos los presentes se unían a su risa—, aunque no es eso de lo que queremos hablar contigo. Pronto se anunciará en todo el reino, pero queríamos ser nosotros quienes te lo contasemos a ti. En unos meses tendremos un bebé.

Al escucharla, Arthur alzó las cejas en una mueca muy cómica a la par que movía la mirada de uno a otro, como si quisiera leer burla en sus rasgos. La sonrisa dulce de Margaret y el semblante cargado de orgullo de James no le dejó duda alguna de que estaban hablando muy en serio.

—Toletum tendrá un heredero —susurró sonriente—. Enhorabuena a los dos. Aunque no sé cómo se las habrá arreglado este zoquete para conseguir tremenda hazaña sin haberte tocado un solo pelo de la cabecita, Marga.

—No importa en absoluto que nuestro bebé no lleve su sangre —respondió esta convencida—. No habrá en el mundo entero mejor padre para nuestro hijo que James, eso es una certeza.

Con sonrisas sinceras en sus rostros, los cuatro se quedaron en silencio una vez más, hasta que su adorado rey se atrevió a verbalizar la pregunta que Margaret escondía entre los labios al no atreverse a pronunciar.

—¿Y Rebeca? —dijo de forma distraída—. ¿No piensa venir?

—No sé si vendrá o no, la verdad —respondió Arthur con un encogimiento de hombros —. Lleva desaparecida toda la tarde y mira que la he buscado incansablemente en cada rincón. Incluso en la taberna, pero me han dicho que no la han visto en días así que no sé dónde anda metida.

—¿Y no será que estaba escondida bajo tres señoritas en la cama como la última vez? —preguntó Cora de forma jocosa—. Aún recuerdo cómo reían cuando la sacamos de ahí a rastras.

—Rebeca también lo recuerda, más a menudo de lo que me gusta escuchar —respondió Arthur y provocó una carcajada general en el ambiente—. Según ella es su mayor hazaña hasta la fecha en sus artes de la conquista, está muy orgullosa.

La risa parecía no querer apagarse entre los labios de todos los presentes. Margaret se acomodó contra su madre y sintió como besaba con cariño sus cabellos, solo faltaba la presencia de la joven Montés para sentir que su felicidad era plena.

Casi como llamada por sus anhelos más profundos, al final terminó por aparecer en el claro. Cora fue la primera en verla y tardó muy poco en dejarla atrás para ir a recibirla. La mirada de Marga se cubrió de ternura al comprobar una vez más cuánto amaba su madre a Rebeca, pero le duró solo un segundo al recordar que estaba enfadada con ella, por lo que hizo gala de su orgullo y fingió total indiferencia.

Sin duda no esperaba para nada que Montés desbaratase sus latidos de forma violenta al pedirle que bailase con ella. Siempre conseguía sorprenderla, pues nunca sabía qué tipo de locura nacería en su cabeza.

Incitada por James, aceptó de forma tímida y tardó menos de un segundo en caer fascinada ante la melodiosa voz de la joven. Era la primera vez que la escuchaba cantar y no solo

lo hacía de maravilla sino que imitaba el timbre de los instrumentos con los labios como si ella misma respirase esas notas y acordes que le estaba regalando. La letra consiguió sobrecogerla en extremo al verse reflejada en ella: Rebeca le había compuesto una canción.

De pronto empezó a sentirse la persona más especial del mundo entero. No por ser reina de Toletum o por tener una corona que le importaba más bien poquito, sino porque la joven Montés la había retratado en una de sus letras. Jamás podría olvidar ese sencillo baile en el bosque, su voz cantando, sus ojos castaños mirándola de cerca. Su pecho enloqueció a la par que ese vibrante sentimiento que no podía comprender se expandía por todo su ser.

Rebeca había transformado ese momento en el más bonito y especial de toda su vida.

Cuando terminó, se quedó entre sus brazos al sentirse incapaz de soltarla. Ella susurró su promesa de protegerla contra todos los males del mundo y Margaret la creyó con fe ciega. Justo después, tomó su mano para conducirla de nuevo al tronco donde el resto de sus amigos estaban completamente hipnotizados tras escuchar cantar a Rebeca. Pensaban que no volverían a hacerlo jamás.

—Enhorabuena, Margaret —susurró Arthur con tono bromista—. Ahora no sé si amarte u odiarte.

—¿Qué he hecho yo para merecer tu odio en modo alguno? —preguntó del todo perdida —. Sé que no soy muy buena con la danza, pero no lo veo como un motivo suficiente para ganarme tan negativo sentimiento.

—Hacía dos años que Rebeca no cantaba —intervino James. Su voz intentaba sonar bromista, pero se podía notar el inmenso orgullo que sentía—. Ahora, gracias a ti que la has vuelto a inspirar, es posible que no vuelva a callarse nunca el resto de nuestra miserable vida.

Beca respondió a sus palabras con un certero lanzamiento de un palo a su cara, todos volvieron a estallar en risas mientras Margaret se dejaba abrazar por Cora de nuevo y clavaba su mirada en el gesto sonriente de Rebeca. Se sentía del todo feliz, ya nada le faltaba para que su dicha fuese sincera y plena.

—Ahora brilla en mi interior la chispa que Santiago me arrancó —dijo Rebeca susurrante —. Vuelvo a sentir la música en mí como un canto a la libertad que ansiamos y pienso luchar por ella. El Gobernador no volverá a apagar esa llama jamás, no se lo voy a permitir.

—Me alegra escucharte hablar así, Beca —respondió Margaret y ambas volvieron a mirarse a los ojos—. Se lo dejaste claro en la coronación, dudo que desee enfrentarse a la señora Montés tras tu formidable actuación.

—Y no es lo único que pienso hacer para desafiarle —dijo con una sonrisa afilada y pícara en los labios—. Voy a proteger a tu bebé de forma tan fiera que pobre aquel que desee hacerle daño. Él no deseaba que naciera, pues nacerá y no podrá tocarlo sin desatar una guerra que dinamite Toletum desde sus cimientos.

MARGARET
CANTAR DÉCIMO: NUESTRO ESCONDITE
XX



Tras la luna nueva, con el beneplácito de Margaret y de James, Eva Blanchard corrió la noticia en todo Toletum de que la joven reina estaba en cinta. Fue tal el júbilo que se armó que por doquier solo podía escucharse como los ciudadanos, cargados de alegría, alababan a sus majestades por tan buena nueva.

James decidió que debían festejar, para demostrarle de algún modo a Santiago que no tenían temor por el futuro que se cernía ante ellos, por lo que organizó muy orgulloso una justa de caballeros en honor al futuro príncipe o futura princesa del reino.

Margaret no pudo negarse a sus deseos, pues al verlo tan feliz fue incapaz de quebrar tan honda emoción que solo le indicaba que el rey estaba realmente dichoso de considerarse padre de la criatura.

La reina jamás había presenciado ese deporte tan característico del medievo y, por ende, de Toletum. Lo pasó en grande junto a James en el palco mientras los dos cuchicheaban y apostaban en secreto sobre cuál de los caballeros derribaría al otro con la lanza.

Debido a la tregua que Rebeca había proclamado en la coronación, el estandarte de los Montés ondeaba entre los competidores, por lo que Margaret imaginaba que Arthur o cualquier caballero de las tierras del oeste les ofrecería un gran espectáculo.

No estaba errada en sus conjeturas, pues cuando llegó el turno del campeón elegido por dicha casa, este consiguió desmontar al contrincante de una sola lanzada y la alzó al cielo en claro signo de victoria magistral entre vítores.

Lo que no podía imaginar la reina es cómo su pecho enloquecería de forma violenta cuando dicho caballero se deshizo del yelmo y la pícara mirada de Rebeca se clavó en sus ojos para encontrarlos cargados de agradable sorpresa. La joven señora Montés siempre tenía que actuar en contra de la corriente impuesta y se había colado de forma descarada entre los

campeones de las casas nobles, hecho que tanto a James como a ella misma les sacó una leve risa.

Beca, sobre su montura, enganchó un pañuelo con su estandarte en la punta de la lanza justo antes de acercarse al palco real para ofrecerlo como presente. Margaret lo recogió con una sonrisa enorme en el rostro y ninguna de las dos se percató de cómo James y Cora compartían un gesto cargado de entendimiento al estar completamente centradas en la muda conversación que estaban teniendo con solo mirarse.

Margaret estaba convencida de que la casa Montés ganaría la justa, pues Rebeca parecía imbatible y así se lo hizo saber a James para doblar su apuesta. Este aceptó, a pesar de saberse perdedor de antemano, solo por el mero placer de ver a su reina sonreír con emoción. Adoraba que la joven Blanchard fuese feliz de algún modo en medio de esa farsa en la que vivían encerrados, puesto que lo merecía tras todo el sufrimiento que Santiago le había ocasionado.

La reina pasaría más de tres semanas seguidas hablando de lo emocionante y divertida que había sido la justa, mientras su vientre se iba redondeando cada vez más y ya le era imposible ocultar su estado.

Sus citas en el claro del bosque no cesaron a medida que iban pasando los meses, por lo que James y Cora se las habían ingeniado para conseguir un carro de madera discreto en el que transportar a Margaret hasta el bosque. Ella se negaba en rotundo a no acudir y se le hacía difícil cabalgar en su estado, por lo que la llevaban a rastras entre ambos, cómodamente sentada en su carruaje austero.

El cajón en el que guardaba las cartas de Rebeca estaba cada vez más repleto de misivas. Montés no dejaba de escribirle ni ella de responder. Todos los día sin excepción recibía su pergamino, plagado de bromas jocosas, historias que Montés le relataba sobre sus quehaceres como señora y cuánto se aburría de los mismos o canciones que había escrito y quería compartir con ella de algún modo, estas últimas eran sus favoritas con creces.

Cuando se encontraban en el claro, Rebeca siempre se sentaba a su lado y le arrancaba un millón de carcajadas con su cuchicheo incesante sobre cualquier tema que, fuese insulso o trascendental, en sus labios sonaba demasiado divertido.

No era raro verla hacer el payaso con Cora cuando ambas fingían batirse en duelo con palos del lugar. Tampoco les sorprendía que cada dos por tres entonase canciones y danzase incansable, invitándolos a seguirla. Margaret siempre se quedaba sentada contemplando como los cuatro compartían momentos tan gozosos con un millón de suspiros en los labios.

Nada quedaba en Rebeca del veneno ponzoñoso de sus primeros encuentros. La mujer que iba descubriendo poco a poco, cada vez le gustaba más y poblaba sus pensamientos de una forma incesante. Margaret no luchaba por expulsarla de los mismos, pues eran los mejores que tenía y a los que se aferraba antes de dormir. Había descubierto que de esa manera no la asolaban

las pesadillas.

No era capaz de entender que todas las risas, suspiros, miradas, canciones y momentos que compartían estaban calando en su interior para alimentar un sentimiento al que aún no sabía nombrar. La necesidad de tenerla cerca era cada vez más apremiante y real, al igual que sus ojos cargados de un anhelo profundo que no podía comprender.

Se estaba enamorando de Rebeca Montés sin ser siquiera consciente del alcance real de sus sentimientos por ella.

☆☆☆

El carro en el que viajaba frenó despacio, por lo que Margaret volvió de sus pensamientos sonriente al comprender que habían llegado, una luna nueva más, a su destino.

Cora tardó muy poco en apearse de su montura para correr a ayudarla, ya que había entrado en el sexto mes de su embarazo y le costaba un poco moverse con libertad debido a su vientre.

James tampoco tardó en personarse a su lado, por lo que entre los dos la colocaron con ternura sobre el suelo. La joven Blanchard ahogó un quejido, pues no quería ganarse un reproche por parte de su madre o del rey que le habían insistido que se quedase en palacio y no quiso escuchar.

Se arrepentía un poquito de ese hecho, pues le dolía terriblemente la espalda y sabía que no sería nada agradable pasar la noche en vela sobre un tronco, pero por nada del mundo pensaba perderse su cita con los Montés. No podía permitirse prescindir de la compañía de Rebeca.

No profirió quejido alguno mientras se encaminaron al claro y, en el mismo instante en el que cruzó la mirada con los ojos castaños de Rebeca, sus males pesaron un poquito menos a la par que ensanchaba la sonrisa.

La joven Montés, que estaba apoyada contra un árbol, alzó la ceja de forma muy graciosa al verles. Tenía los brazos cruzados y un gesto muy serio. Arthur estaba enfrascado en encender la hoguera y no se dio cuenta de que habían llegado hasta que estuvieron justo a su lado.

—Sin duda eres el rey más palurdo del mundo, James —dijo Rebeca en forma de saludo —. ¿Cómo se te ocurre traer a Marga a pasar la noche en el claro?

—Dile tú que se quede en casa, a ver si te hace caso —respondió este con un encogimiento de hombros—. Cora y yo lo hemos intentado, pero a cabezota no la gana nadie.

—Es cierto, Beca —intervino Cora sonriente—. Ni siquiera cuando se lo ordené con el gesto más serio y autoritario del mundo quiso obedecer. Según sus propias palabras, por muy madre suya que sea, ella es la reina y su palabra es ley.

—No pienso quedarme sola en palacio —dijo Margaret obcecada—. Estoy embarazada, no

inválida. No quiero morirme de aburrimiento en la cama mientras vosotros os divertís sin mí.

Rebeca ensanchó la sonrisa al escucharla, pues ella también había escrito en sus misivas la recomendación de que no acudiese al claro, del todo ignorada por parte de Margaret.

Negó despacio con la cabeza y abandonó su posición contra el tronco para acercarse a la reina que ya la estaba mirando con ojitos de cachorro abandonado, como si se estuviese preparando para una regañina.

—Ven conmigo, anda —dijo a la par que rodeaba sus hombros con el brazo—. No puedes quedarte aquí toda la noche o te matará el dolor de espalda y la hinchazón de los pies.

—¿A dónde vamos? —preguntó curiosa pues por nada del mundo se le pasaba por la cabeza negarse a un deseo de Rebeca.

—A mi lugar secreto —susurró a la par que James y Arthur se quejaban de forma sonora por ese hecho—. No está lejos y ahí puedes descansar sin renunciar a tu noche de libertad. Dejemos a estos mentecatos en su tronquito frente al fuego que tú y yo nos vamos a ponerte cómoda.

—¿En serio vas a llevar a Margaret a la cabaña que jamás nos has querido decir dónde está ni cómo encontrarla? —intervino Arthur con una molestia fingida exagerada—. Eso se llama favoritismo y es muy injusto, Beca.

—No me vería en la obligación de revelar dicha información si James y Cora la hubiesen atado a la cama —respondió y se ganó un manotazo por parte de la reina al escucharla—. Ahora, por su bien, me la llevo de aquí antes de que mañana inunde Toletum de ejecuciones masivas y se vuelva la reina sangrienta por el dolor de pies que se le va a poner sin no permanece tumbada.

Sin más añadido, Beca empezó a andar sin soltar a Marga. Tanto Cora como James y Arthur guardaron silencio al verlas marcharse. Podían escuchar la risa suave de la reina ante cualquier cosa que Rebeca susurraba en su oído, por lo que no pudieron evitar sonreír de forma pícara.

—¿Creéis que se van a dar cuenta pronto? —preguntó Arthur entre murmullos.

—¿De que están enamoradas? —respondió James con una nueva pregunta cargada de entendimiento.

—Vete a saber —intervino Cora sin apartar la vista del punto por donde habían desaparecido—. Son las dos tan inteligentes y a la vez tan absolutamente idiotas que seguirán revoloteando alrededor de la otra de esta manera sin aceptar que se han enamorado, desde hace un tiempo además.

☆☆☆

El refugio al que Rebeca la conducía no estaba muy alejado del claro del bosque. Aún así tardaron algunos minutos en llegar por culpa de Montés, ya que había decidido caminar a paso de tortuga con el único fin de molestarla, pues se había dedicado a enumerar lo inconsciente que era de las formas más rocambolescas posibles y Margaret no pudo dejar de reír un solo instante.

Cuando Rebeca frenó, intuyó que habían llegado y sonrió impaciente. Montés soltó sus hombros y le pidió que esperase un momento. Justo después la vio desaparecer a gran velocidad por el tronco de un árbol hasta la copa. La joven no puso a prueba su paciencia en absoluto, pues tardó menos de un minuto en bajar una escalera para que pudiese acceder a su cabaña. Ese hecho le hizo preguntarse si Rebeca había construido dicha escalera para ella, ya que no parecía necesitarla en absoluto por cómo había trepado.

A pesar de subir despacio, en seguida se topó con una abertura donde los ojos de Rebeca ya la estaban esperando. Ella la ayudó a entrar con cuidado y Margaret descubrió el interior de su escondite. En el acto lo encontró acogedor, agradable y modesto. Se acoplaba a la perfección a las frondosas ramas del sauce y constaba de una mesa con una silla al frente, una serie de baúles donde seguramente Rebeca guardaba objetos preciados y una cama.

—Es mucho más cómoda de lo que parece —susurró esta como si estuviese contando una confidencia—. Acuéstate y lo verás, te vendrá bien estar echada.

Margaret asintió sin borrar la sonrisa. Mientras se sentaba en el colchón que al parecer estaba fabricado con pieles y plumas, Rebeca danzaba como una culebra por el lugar y encendía algunos candelabros para iluminar, ya que la frondosidad del árbol no dejaba entrar apenas luz y las noches de luna nueva eran mucho más oscuras.

Al acabar su tarea, colocó las velas en sitios estratégicos y se acercó a la cama donde Margaret ya se había tumbado. Se sentó de forma grácil a sus pies sin dejar de mirarla a la par que los sujetaba para deshacerse de las botas que llevaba puestas.

—Mejor ahora, mi reina —susurró de forma suave—. ¿Estás cómoda?

—Lo estoy —respondió suspirando—. Me gusta tu casita, es agradable.

—Vengo aquí a componer —confesó orgullosa—. La paz del bosque me ayuda a inspirarme.

Margaret le regaló una sonrisa que no tardó en corresponder. Ambas guardaron un agradable silencio sin dejar de mirarse un solo instante. Rebeca había colocado la mano sobre su vientre donde el bebé se movía bajo su contacto y en los ojos de Montés pudo leer su emoción ante ese hecho, por lo que volvió a llenarse de ira hacia Santiago por todo cuanto le había robado a la joven sin castigo alguno.

—Cuéntame algo, Beca —pidió tras algunos minutos, pues escucharla conseguiría apagar su enfado de algún modo—. Lo que sea.

—Cuando me quedé en cinta Erik y yo soñábamos con nuestra familia a todas horas —

susurró y Margaret la miró para indicarle que la escuchaba atenta—. Tendríamos dos hijas. Erik siempre decía que tendrían que parecerse a mí y yo que ni en la peor de nuestras pesadillas, pues recordaba la cantidad de veces que había sacado de quicio a mi madre y me negaba a pasar por lo mismo.

—Ese es tu mayor don en este mundo, Rebeca —dijo Margaret mientras ambas reían—. Sacar de quicio a todos se te da demasiado bien.

Tras una leve risa, Rebeca reptó por el colchón para tumbarse a su lado. Margaret sintió que su pulso volvía a acelerarse de forma imposible de contener ante su cercanía.

—En mi cabeza mis hijas eran clavaditas a Erik, tenían sus ojos verdes y su sonrisa —siguió hablando. Su voz sonaba con una mezcla de ternura y añoranza sin restos de ese dolor que la consumía antaño—. Iban a llamarse Violet y Claire.

—¿Por qué esos nombres? —preguntó curiosa.

—Porque son mis favoritos en el mundo, Erik no tenía poder de decisión en ese asunto —respondió de forma solemne.

Sin saber qué decir, Margaret acarició la mejilla de Rebeca con la excusa de apartar sus cabellos. Esta la miró con esa media sonrisa pícara que tanto le gustaba y sopló para desordenar los bucles de la reina y de esa manera molestarla, aunque solo consiguió una nueva risa cristalina por su parte.

—Ahora cuéntame tú algo, lo que sea —pidió la joven mientras la reina apretaba los labios —. Es tu turno de decirme un secreto, Marga.

—Echo mucho de menos el chocolate —susurró de forma solemne—. No sabes cuánto y con cuántas ganas lo ansío.

—Yo echo de menos las guitarras —confesó esta sonriente—. Más bien los instrumentos en general. Cuando compongo puedo escucharlos en mi cabeza, pero aquí no los tengo y debo improvisar. Siempre recuerdo cuando mi padre me llevaba a los ensayos de su banda, me fascinaba como todos esos instrumentos tan dispares podían sonar al unísono y crear melodías perfectas.

—Tu voz también crea melodías perfectas, Beca —respondió de forma suave—. Ojalá pudiera escucharte más a menudo.

—¿Quieres escucharme ahora? —preguntó y Margaret asintió quizás con demasiada efusividad.

« ***Aunque el cielo esté cubierto de negro alquitrán, aunque el bosque esté desierto los colores llegarán. Se abre camino a la libertad. El destino marcará cada paso que hay que dar.*** »

Rebeca dejó de cantar tras esos cortos versos que habían vuelto a remover sus entrañas al

reconocerlos por sus cartas.

Margaret no podía dejar de mirarla, pues desde el primer instante le había parecido la mujer más fascinante del mundo entero y esa idea cada vez pesaba más en su pecho, enloquecía su pulso, quebraba su aliento.

Los ojos castaños de Beca estaban fijos en ella cuando volvió entre ellas el silencio. La reina aún tenía la mano sobre su mejilla, pues no la había apartado al retirar el mechón de sus cabellos.

—Esa es mi favorita —susurró sincera—. Desde que la leí en tu carta la busco cuando siento miedo o necesito fortaleza.

—Para eso te las escribo, Marga —confesó de forma dulce—. Para recordarte que no debes perder esa fuerza inquebrantable que veo en ti al mirarte a los ojos.

—Y no encontrar ningún motivo para odiarme en ellos —dijo y le provocó una nueva sonrisa al reconocer sus propias palabras.

—Odiarte era muy divertido —respondió entre risas—. Aún recuerdo la primera vez que te saqué de tus casillas, fue del todo gratificante.

Margaret no respondió a su provocación. Ella también recordaba ese momento con fuerza. Se recreaba en él todos los días, pues Rebeca Montés había aterrizado en su mundo para ponerlo patas arriba y, de pronto, sintió intensamente que no deseaba contener el deseo que había nacido en su pecho.

Estaban tan cerca que le costó solo unos segundos quebrar la distancia entre ambas para poner por fin nombre a todos los remolinos que llevaba dentro por culpa de esa sonrisa pícara que ella le estaba regalando.

Sin apartar la mano de su mejilla, unió sus labios muy despacio, casi como una ligera caricia, firme a la par que suave. Rebeca no se movió un solo centímetro, ella se apartó para volver a besarla, esta vez atrapó su labio inferior mientras su ser se aceleraba. Fue entonces cuando se desató todo cuanto había anudado en su mente para convencerse de que solo sentía admiración por Montés, ya que esta abrió despacio su boca para devolverle tan tenue caricia.

Margaret no podía dejar de temblar a la par que descubría cuán dulce y alucinante era besarla. Rebeca la atrajo al colocar la mano en su cuello, bajo el mentón de la joven reina y giró el rostro para encajar sus labios en perfecta unión.

Cuando Beca le regaló una caricia ligeramente húmeda con la punta de su lengua, Margaret comprendió sus deseos y con gusto cedió ante ellos al abrir la boca y permitir que ella la invadiera. No pudo frenar, ni siquiera quiso intentarlo. Su beso se volvió casi furioso, hambriento. Rebeca la sujetaba para que no se apartara un ápice mientras ella jadeaba cuando ambas tomaban aliento antes de volver a buscarse.

No frenaron hasta que la necesidad de tomar una larga bocanada de aire se hizo imperante.

Rebeca cortó su dulce contacto tras atrapar su labio inferior entre los suyos propios y arrancarle un suspiro. Margaret abrió los ojos despacio para mirarla pues, perdida en cada caricia que había compartido con su boca los mantuvo cerrados. Al contemplar la mirada oscura, casi negra de Rebeca, su pulso se aceleró tanto que sintió que el corazón se le detendría en cualquier momento.

Los ojos de la señora Montés se fueron cubriendo muy poco a poco de miedo. Un terror tan absoluto que congeló la sangre en sus venas a la par que empezaba a sentirse del todo culpable por no haber podido dominar su impulso y haberla besado.

Cuando la vio alejarse de ella, de forma brusca, como si le quemara su contacto, la mirada de Margaret se cubrió de dolor y lágrimas, pues ya no podía seguir escondiendo en un rincón de sí misma que estaba perdida, que había caído rendida ante Rebeca y deseaba volver a besarla un millón de veces más, necesitaba sentirla, pero esta parecía necesitar poner un muro de hormigón entre las dos de forma bastante acelerada.

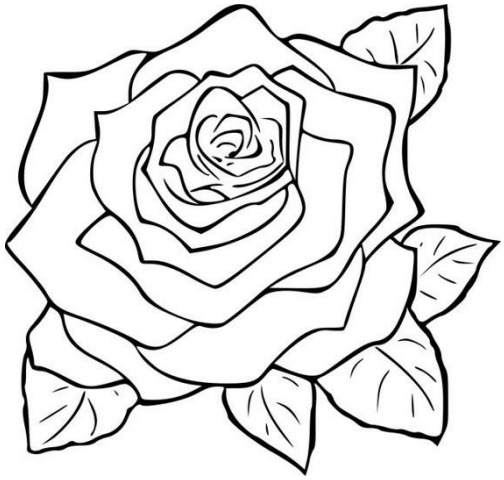
—Beca —susurró a la par que la observaba, cada vez más lejos de ella—. Por favor, vuelve, hablemos de esto.

—No vamos a hablar de nada, Margaret —respondió de forma tan dura que le provocó un desagradable pinchazo en el estómago—. No ha pasado nada, olvídalo y sigamos como hasta ahora porque nos iba muy bien.

—Pero… —murmuró entre lágrimas sin dar su brazo a torcer—. Sí ha pasado, Beca. Te he besado y tú no me has apartado, me has buscado con los mismos deseos que me consumen y necesito que hablemos de ello, por favor.

—Que no vamos a hablar de nada, vamos a hacer que no ha existido este momento jamás —dijo entre gritos demasiado asustada—. No puedes quererme de esta manera, Margaret. No puedes hacerlo y punto. Es demasiado peligroso y no voy a permitir que te pase nada. A ti no.

REBECA Y MARGARET
CANTAR PRIMERO: MI VIDA POR UN BESO
XXI



Si hasta ese momento Rebeca había llegado a sentir miedo, no podía compararse en absoluto con el terror que se había anclado en su garganta y se reflejaba en su mirada castaña.

Margaret la miraba y estaba tan derrotada con su reacción ante su beso que necesitaba alejarse de ella, tanto como le fuera posible. Frenar en seco y de raíz todo contacto, no volver a verla, no más cartas ni más secretos. Era la única manera de arrancarla de sí misma, de protegerla.

Sin dar su brazo a torcer, se negó en rotundo a hablar de lo sucedido entre ambas. La apremió con demasiada dureza a volver al claro del bosque, pues cuanto antes la dejase junto a Cora y James antes podría escapar lo más lejos posible de esa mirada que la estaba destrozando desde las entrañas.

Sus amigos no las esperaban tan pronto. Al verlas llegar dibujaron un gesto de asombro que no tardó en cubrirse de preguntas sin respuesta, pues nada quedaba de las risas y el jolgorio con el que se habían marchado.

Margaret parecía demasiado seria, con los labios apretados para que su orgullo no terminara de quebrarse al liberar las lágrimas. Rebeca estaba tan furiosa que nadie osó contradecirla cuando se marchó del lugar igual que un torbellino, sin pronunciar palabra alguna.

Tras algunos segundos de tensión. Arthur suspiró sin comprender qué demonios le había pasado a Rebeca, mientras Margaret se refugiaba en brazos de Cora con un ligero tembleque, producto de su lucha contra el llanto.

—¿Qué mosca le ha picado, Marga? —preguntó James con semblante taciturno—. ¿Os habéis peleado otra vez?

—Vamos a casa, por favor —respondió esta con un hilo de voz—. Ya no quiero estar aquí.

Sin deseos de contrariar más a la joven reina, tanto Cora como James asintieron, por lo que se despidieron de Arthur y la acompañaron hasta el carruaje para emprender el camino de vuelta a palacio.

Arthur esperó a verles desaparecer, justo después él mismo buscó su montura para seguir los pasos de Rebeca y sonsacarle, pues de algún modo se había quebrado la unión del grupo y estaba convencido de que su joven y alocada esposa era la única culpable.

Camino al castillo real, Margaret no pudo retener más las lágrimas. Le dolía tanto el pecho ante el comportamiento abrupto de Rebeca que le costaba tomar aire con cada pinchazo. Se sentía la mujer más estúpida del mundo, pues por no poder contener y ocultar todo lo que Montés le provocaba había conseguido que esta la odiase de verdad y no como un mero juego en sus cartas.

Una vez en palacio, Cora la ayudó a acostarse mientras James permanecía sentado en el colchón sin dejar de mirarla. Ambos estaban visiblemente preocupados por su estado al verla tan derrotada, asustada y triste.

—¿Qué ha ocurrido, florecilla? —preguntó Cora con los dedos enredados en sus bucles castaños para regalarle fortaleza.

—He sido una estúpida, madre —susurró quebrada—. Lo he estropeado todo. Rebeca no quiere volver a verme nunca más.

—Eso lo dudo mucho, Marga —intervino James, también entre susurros—. Quizás se ha enfadado, pero es porque Beca tiene un carácter demoníaco. De aquí a unas horas se le habrá pasado.

Ella no respondió, Cora y James respetaron su silencio y la velaron hasta que terminó dormida. Ninguno de los dos podía quitarse de la cabeza las preguntas que les asolaban, pues no comprendían que había podido hacer Margaret para alterar tanto a Rebeca.

Arthur, por otro lado, pasó gran parte de lo que quedaba de noche buscando a su esposa sin éxito alguno. No fue hasta que despuntaba el alba que la vio aparecer, completamente desaliñada y con signos de haberse metido en alguna pelea con los borrachos de la taberna.

Cuando la alcanzó, ella le hizo un gesto imperativo. No pensaba hablar con él. Le dejó atrás y se adentró al palacete Montés donde se aseó, adecentó sus ropajes y se disfrazó de la señora del lugar. Sus ojos mostraban tal dureza que nadie osó rebatirla en ninguna de sus decisiones en toda la jornada.

Arthur jamás la había visto así. Conocía todas las facetas de Rebeca, desde las alocadas hasta las más oscuras, cuando su amiga se había sumido en su propio mundo de tristeza infinita y

no salía de la cama.

Esta nueva Rebeca era muy diferente, y no sabía cómo enfrentarla, pero se sentía en la obligación de hacerlo por el inmenso cariño que sentía hacia ella.

Cuando el día llegó a su fin, consiguió encontrarla sentada sobre el lecho que compartían. Tenía la mirada perdida más allá del ventanal, los cabellos sueltos y el gesto más triste del mundo en sus rasgos, por lo que se acrecentó su preocupación y tardó menos de un segundo en correr hasta abrazarla.

—¿Qué pasa, Beca? —preguntó entre susurros—. ¿Qué ocurrió en la cabaña que te tiene así?

—Margaret abrió una puerta que no tenía que abrir —respondió de forma críptica—. Ahora no puedo cerrarla por mucho que lo intento y como no consiga cerrarla no sé qué consecuencias tendrá para ella, solo que no serán buenas en absoluto. Necesito cerrar esta puerta, Arthur.

—Por fin lo ves —dijo él con entendimiento—. Lo que significas para ella, lo que ella te importa a ti.

—No puedo quererla, Arthur —susurró como una autómata—. Quererla significa muerte. Erik murió porque le amaba, mi madre murió por lo mismo, mi niña ni siquiera tuvo tiempo de sentir mi amor antes de que la mataran. No puedo querer a Margaret, no puedo. Santiago la matará. Se convertirá en otro nombre en mi árbol.

Arthur no fue capaz de responder al comprender qué clase de tormento estaba arrastrando a su amiga. No supo qué decir para ayudarla, para consolarla, pues en su mirada vio tanto pavor ante la idea de que Margaret sufriera el mismo destino de sus seres queridos que no encontró una sola palabra de consuelo para ella.

☆☆☆

Los días se iban encadenando, uno tras otro, sin detenerse. Rebeca luchaba contra cada demonio que la asolaba con tanta furia que pronto se corrió la voz entre el pueblo con el incesante cuchicheo de que su señora estaba perdiendo el norte y el buen juicio.

No era extraño verla aparecer en la taberna, donde ya no protagonizaba escenas de alegría y risas, sino enfrentamientos que terminaban con su cuerpo magullado.

Arthur se había vuelto su sombra, con el único objetivo de protegerla de sí misma. Más de una vez tuvo que sacarla a rastras de las peleas en las que se metía u originaba por culpa de esa rabia que la consumía y no era más que el producto de un miedo demasiado profundo.

Margaret no había tardado más de dos días en escribirle, pero se había negado a leer y a responder sus misivas. Estas se iban acumulando olvidadas en un rincón y solo acrecentaban su

rabia al no poder encerrar ese maldito aletear de mariposas furiosas que la invadía cuando cerraba los ojos y su primer pensamiento siempre era el mismo: un beso escondido en su cabaña del bosque. Su vida por un beso.

No podía sacarla de su mente, ni de su pecho enloquecido. No podía dejar de llenarse por entero de ella. La echaba tanto de menos que le ardía por dentro, soñaba con su sonrisa dulce, con su mirada siempre cargada de emoción sincera, con su voz y como esta se llenaba de timbres muy distintos cuando la insultaba sonriente.

Sus labios habían desatado la peor de las tempestades, pues ya no podría besar a nadie más el resto de su vida, porque no serían ella, no le provocarían ni la mitad de cosquillas que ese suave contacto.

Sabía que se estaba comportando como una idiota al evitar todas sus cartas, al negarse a leer sus palabras, por lo que se convenció a sí misma que hacía lo correcto, que la protegía del dolor y la muerte.

Llegó una luna nueva más y se negó a presentarse en el claro del bosque. No podía ver a Margaret y que esta quebrase esos muros que estaba construyendo para protegerla. Por eso mismo no se sorprendió en absoluto cuando, a la mañana siguiente, apareció Cora en el palacete Montés solicitando audiencia con la señora del mismo. Seguramente su ausencia en la reunión había provocado que su amiga decidiese enfrentarla.

Con todo el aplomo que pudo aparentar, pidió a sus hombres que la condujeran a la sala de reuniones y ahí la esperó, con su porte altivo, la mirada cargada de determinación y la idea de conseguir su apoyo en ese asunto en el que se había enfrascado. Cora tenía que comprender lo peligroso que era para Margaret el mero hecho de que volviesen a verse.

Cuando ella llegó y las puertas se cerraron para darles completa intimidad. Rebeca se enfrentó a su mirada sin dejarse amedrentar un solo ápice por la fiereza de la misma. Cora estaba realmente enfadada.

—¿A ti qué te pasa? —preguntó furiosa—. Te estás comportando como una idiota y tu actitud ya roza lo absurdo. Margaret sufre por tu culpa.

—Solo la estoy protegiendo de sí misma —respondió estoica—. Tu hija no es consciente de lo peligroso que es jugar con las normas en Toletum y decidió saltarselas todas. Estoy manteniendo su cabecita sobre sus hombros. Deberías darme las gracias.

—Eso puedo entenderlo, Rebeca —dijo sin dar su brazo a torcer—. Y Margaret lo entendería si se lo explicas. Por lo que ella sabe ha cometido el mayor error de su vida y ha conseguido que la persona a la que más quiere en este mundo la odie tanto que se niega siquiera a explicarle por qué la odia. Solo tienes que responder, Beca.

—No puedo responderle porque no puedo decirle lo que ella necesita escuchar —respondió algo titubeante—. No puedo escribir una carta y dejar en ella tal sarta de mentiras que me

remueva las entrañas. Prefiero evitar el contacto hasta que me olvide, será lo mejor.

—Pues dile la verdad —intervino Cora cada vez más cerca de ella—. Dile qué sientes. Dile como te consume no tenerla cerca al igual que no verte o saber de ti la está consumiendo a ella. Coge tus malditos sentimientos y pelea por ellos porque esconderte en este palacete para huir de los mismos solo significa que Santiago te ha vencido. Que te ha arrebatado la capacidad de pelear por todo cuanto amas hasta tu último aliento.

—No puedo ponerla en peligro, Cora —susurró asustada—. Prefiero perder todo cuanto soy a ser el motivo de su muerte.

—Rebeca, mi hija está en peligro desde que ese demente la dejó embarazada —gritó ya desesperada—. Cada día que pasa viva es una amenaza para Santiago, y cada día que su bebé aguante con vida aquí dentro la amenaza será mayor. Nos necesita más que nunca y, por encima de todo, te necesita a ti que eres a quien ha decidido querer tras arrancar de su interior la ponzoña del Gobernador.

Tras sus palabras cargadas de furia y desespero, Cora se encaminó a la puerta para marcharse, pues no pensaba pasar más tiempo lejos de Margaret. Con el pomo en la mano, se giró para enfrentarla una vez más.

—Deseo desde lo más profundo de mi ser que recapacites, Beca —dijo un poco más calmada y con un deje de tristeza en sus palabras—. Que vuelvas a ser la mujer por la que yo daría mi vida sin pensarlo. Que hagas lo correcto y luches por ser feliz junto a quien amas.

Sin añadir palabra, desapareció de su vista y la dejó congelada. Sus ojos estaban quebrados y su pecho había enloquecido, como si su pulso fuese una manada de caballos desbocados. Minutos después ella misma abandonó el lugar camino a sus aposentos. Quizás Cora tenía razón en sus palabras y había llegado el momento de volver a ser Rebeca Montés por encima de todos sus miedos.

☆☆☆

Frente a su escritorio y con todas las cartas de Margaret que aún no había leído, las manos de Rebeca temblaban ligeramente mientras suspiraba para darse valor.

Tras tanta lucha incesante contra sí misma, la conversación con Cora había quebrado cada una de sus murallas y, si deseaba hacer lo correcto, debía empezar a enfrentarse a sus propias acciones y torturarse con esas misivas que le revelarían todo el dolor que había causado en la joven reina con su estupidez.

Poco a poco, con el pecho enloquecido y la mirada cubierta de sombras, se enfrascó en esas letras donde pudo descubrir cada uno de los miedos y las súplicas de Margaret. En todas, sin excepción, pedía excusas por su comportamiento y le rogaba que volviese a ella. Aseguraba que

la necesitaba, que no podía con Toletum sobre sus hombros ella sola, que estaba aterrada ante la llegada del bebé y que, aunque estaba segura de que pelearía como una leona por el bienestar de este, todo sería más fácil si ella estaba a su lado.

Leía y guardaba cada una de las cartas mientras se llenaba de culpa y tormento. Había sido tan despreciable al dejarse arrastrar por sus fantasmas y olvidar que Margaret también arrastraba con un millón de tormentos que ella, con su actitud, había acrecentado.

La última de sus misivas consiguió arrancar la primera lágrima, mientras apretaba con fuerza los labios y se dejaba abrazar por entero con cada una de esas palabras.

«Mi adorada Rebeca,

Ni siquiera sé por qué sigo escribiendo, pues jamás obtendré respuesta y tu ausencia absoluta ya me ha dejado claro que mi error en el bosque es del todo imperdonable.

Lo he intentado, Beca, te lo juro. He tratado con cada centímetro de mi ser olvidarlo, hacer que jamás ha existido el momento en el que pude acariciar la libertad más absoluta al sentir tus labios en los míos. He tratado de borrar la huella que quedó en ellos con ese beso que tanto dolor te ha causado. Quise olvidar como, en un breve instante, me elevaste por encima de todos y cada uno de mis miedos, pero no puedo hacerlo, Rebeca. No puedo sacar de mis pensamientos el que es, hasta ahora, el mejor de mis recuerdos, pues por primera vez en toda mi vida supe que, aunque erraba en mis actos, estaba haciendo lo correcto al seguir lo que me mandaba cada sentimiento que aún sigues provocando en mí.

Te quiero tanto, Beca, tanto que creo que no eres consciente del alcance de todo lo que siento. Arrancaste el veneno de Santiago y me enseñaste que jamás le amé, no podía hacerlo, pues no sabía qué era en realidad estar enamorada hasta que me dejé arrastrar a tus labios. Qué poco nos duró y cuánto duele saber que nunca será una realidad,

pero aún tengo mis bonitos recuerdos y tu sabor en mí para recordarme que no fue un sueño.

Mi querida Rebeca, cuántas noches pasarán sin que sepas que muero por ti, que tu amor es mi mayor condena pues no me correspondes como todo mi ser ansía. Solo ruego por que llegue una de tus cartas, pues aunque mi corazón se ha rendido ante ti, puedo aceptar que mis sentimientos no son correspondidos. Lo que no puedo aceptar es que voy a perderte, Rebeca. Si me lo pides, guardaré en un cajón escondido de mi mente cada latido desbocado y seré solo la reina de los idiotas y no tan idiotas mientras tú seas mi no idiota favorita otra vez. Seamos amigas como antes, vuelve a mí y no volveré a perturbarte, lo juro.

Por favor, responde, no soporto seguir en este limbo de indiferencia y saber que te he perdido para siempre.

Con todo el amor que albergo en mis pedacitos

Siempre tuya.

Margaret Blanchard.»

Necesitaba responder, necesitaba decirle a su reina que todo el temor que albergaba era en vano. Que daría su vida por un nuevo beso, por una caricia suave, por encerrarla en sus brazos y jurarle que siempre sería el escudo contra cada uno de sus miedos. Que era capaz de reducir el mundo a cenizas si así apagaba el dolor que se podía leer en sus palabras.

Necesitaba responder, pero ninguna letra llegó a su mano temblorosa sobre el pergamino. No consiguió escribir línea alguna, pues cómo describir todo cuanto la estaba arrastrando. Cómo explicarle en una carta el miedo que había logrado consumirla, junto a la nueva determinación de pelear a manos desnudas contra todo terror aún anclado en su mente si de esa manera podía besarla una y otra vez sin cansarse.

No podía responder, no así. Su mirada se cubrió de tanta determinación que no parecía la misma Rebeca de hacía unas horas. De un salto dejó atrás la silla y salió a toda prisa de la alcoba. No permitió que nadie la frenara hasta que estuvo sobre la montura de su caballo y le instó a

galopar frenético con un destino en mente. Margaret necesitaba una respuesta y ella no podía hacerla esperar más.

☆☆☆

En el mismo instante en el que el palacio real apareció ante sus ojos, Rebeca aminoró la marcha del animal al caer en la cuenta de que no tenía un plan concreto y, posiblemente, iba a meterse en un lío considerable por eso mismo.

El sol ya marcaba el atardecer, por lo que las audiencias reales habían terminado hacía horas y no podía presentarse en una de ellas para entrar a palacio sin levantar sospechas.

Por otro lado, Margaret se encontraba en un momento delicado de su embarazo, pues ya no le quedaba mucho para la fecha prevista para su alumbramiento. Por tanto, lo más seguro era que estuviese retirada en sus estancias privadas donde, por muy noble que fuese, jamás podría encontrarla al tener negada la entrada por completo.

Murmurando entre dientes una serie de insultos hacia su propia persona por no saber refrenar sus impulsos, se apeó del caballo para hacer el resto del camino a pie. Quizás podía encontrar alguna rendija por la que colarse, una puerta de servicio o el alcantarillado. De ser así al menos solucionaba el problema de su entrada a palacio. Después rogaba internamente encontrarse con James o Cora para que la colasen de forma descarada en las dependencias privadas de la reina o las condujeran a ambas a un lugar tranquilo donde poder hablar.

Cuando alcanzó la muralla, siguió esta misma con gran sigilo para seguir el loco plan que había ideado. Grande fue su sorpresa y su bendita suerte al ver, en medio de sus pesquisas, como el rostro de Margaret se dibujaba de forma clara tras un ventanal por encima de su cabeza, pues aunque fuese desde el exterior, la había encontrado.

La reina tenía una mirada muy triste, clavada más allá del horizonte. Rebeca solo podía pensar en apagar el dolor en esos ojos castaños que tanto adoraba. No ideó demasiado su siguiente jugada, pues tardó más bien poco en trepar por la propia muralla con el único objetivo de alcanzarla.

Cuando sus pies tocaron tierra, lo hicieron en un pequeño balcón tras el cristal donde había podido vislumbrarla unos segundos. Respiró despacio para recuperar el aliento, ya que estaba acostumbrada a trepar árboles y no muros. Posó la vista más allá del cristal para buscarla y tardó muy poco en encontrarla. Margaret se había sentado frente a un pequeño escritorio. Pudo ver como miraba un pergamino en blanco y le temblaba ligeramente la mano, como si no supiese qué palabra debía usar para empezar a redactar.

Movida por la necesidad cada vez más imperante de alcanzarla, abrió el ventanal y no pudo evitar sonreír en cuanto Margaret saltó completamente sobresaltada y derramó la tinta sobre el

pergamino debido a ese hecho.

Ambas se miraron en silencio unos segundos, los que necesitó Rebeca para cerrar tras de sí la ventana y Marga usó para abandonar la silla sin atreverse a dar un paso, por si ella no fuese real y solo producto de sus anhelos.

—¿Estás loca? —preguntó al final la reina con los ojos muy abiertos cargados de sorpresa —. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Has entrado trepando por el muro?

—Por lo que veo no solo he tenido suerte al encontrarte a la primera —respondió esta pues no le había pasado desapercibido que Margaret no estaba en su papel de reina—. He dado con la sala ciega de palacio, sino no hablarías conmigo así.

—Rebeca, es peligrosísimo lo que has hecho —increpó esta con las mejillas encendidas—. Si llegas a caerte te abres la cabeza. ¿Qué demonios pensabas? Tantas semanas sin saber de ti y decides presentarte trepando como una cabra montesa, ¿no era más fácil responder a mis cartas?

La joven Montés no respondió más allá de una leve sonrisa a la par que se acercaba despacio a Margaret, ya que parecía una estatua frente al escritorio completamente destrozado debido a la tinta derramada.

Con tiento, acarició su brazo y pudo verla suspirar al sentir su tacto, como si fuese la confirmación que necesitaba para dejar de pensar que estaba en uno de sus sueños. Poco después, colocó ambas manos en las mejillas de Margaret para mirarla muy cerca a los ojos.

—No podía responder a tus cartas si no era en persona —dijo al final, no más alto de un susurro—. Creo que, después de todo, es lo que mereces, Marga.

—Yo solo quiero que volvamos a ser amigas como antes, Beca —respondió en un hilo de voz—. No quiero vivir en Toletum sin volver a verte o sin que me hagas reir con todas tus tonterías.

—Santiago ha asesinado a todas las personas que me han sido queridas o he amado —susurró la joven sin apartar la mirada—. Cuando me besaste en la cabaña lo único que podía pensar era que si él descubre que te quiero de esta manera también te mataría y me asusté tanto que quise desaparecer de la faz de la tierra, no podía ser culpable de que te ocurriese algo horrible.

—Puedo entender tu miedo, Rebeca —contestó también entre susurros—. No me he enfadado porque hayas desaparecido. Solo me habría gustado que me lo contaras antes, me habrías ahorrado muchas lágrimas.

—Ahora sé que lo que siento dentro de mí es el motivo que va a dar alas para pelear contra el tirano el resto de mi vida —susurró Montés con la mirada encendida—. Te quiero, Margaret Blanchard. Nada ni nadie va a interponerse en lo que siento por ti, en lo que tú sientes por mí. Vamos a reescribir el guion y vamos amarnos, porque ese loco de mierda no dicta a quien debemos amar. Solo espero que mi respuesta no llegue demasiado tarde.

Sin atreverse a respirar tras dejar libre su realidad, la misma que se había empeñado en apagar y, en esos instantes, se había convertido en el motor de todas sus peleas futuras, Rebeca la miró tan intensamente que Margaret no supo responder.

La reina acarició despacio las oscuras solapas del traje que llevaba para atraerla de un movimiento brusco hasta su boca. Beca captó su necesidad y no quiso negarle absolutamente nada. Sus labios chocaron con rabia y miedo, pero también con sabor a libertad en cada caricia que se regalaban. La besó tan suave y lento como le permitieron sus ganas, con el único objetivo de memorizar todos el abanico de sensaciones que despertaba con cada roce, con su lengua tímida buscándola. La besó con las alas extendidas y la firme certeza de que deseaba dar su vida entera por ella. Su vida por un beso empezaba a parecerle el precio más ínfimo del mundo si Margaret Blanchard era quien decidía regalarselo.

—No quiero ser solo tu amiga, mi reina —susurró entre pequeñas colisiones, ya que no podía prescindir mucho tiempo de sus labios—. Quiero ser el escudo contra todos tus miedos, sostenerte, quiero ser tu fuerza. Quiero amarte como siempre has merecido que te amen, darte todas mis canciones y hacerte feliz, eso deseo.

—Debemos ser discretas, Beca —respondió ella, igual de cerca, igual de necesitada de sentir sus labios—. Te quiero muchísimo y no deseo que ese loco de Santiago ponga sus ojos sobre ti o piense que le has robado a quien siente como suya. No más temeridades locas, no más venir a escalar la muralla. Si lo hacemos bien podemos vencerle y ser felices, tú y yo con el bebé, juntas.

REBECA Y MARGARET
CANTAR SEGUNDO: LA PRINCESA DE TOLETUM
XXII



Rebeca no podía dejar de sonreír. El sol del atardecer había desaparecido y con él llegó una nueva noche plagada de estrellas. La oscuridad la encontró aún enredada en los labios de Margaret, beso tras beso mientras Montés había tomado asiento en el suelo y acomodado a su adorada reina sobre sus piernas, donde parecía estar del todo comodísima.

Escuchar su risa la invadía con un millón de cosquillas bajo la piel. Acariciar su vientre, mucho más abultado que en sus recuerdos, puso el suelo bajo sus pies. Ya nada podía detenerla, daría hasta su último aliento por Margaret y ese bebé, su familia.

En medio de sus bromas, besos y risa cristalina, el pecho de Rebeca se llenó de ternura al ver como Marga luchaba contra el cansancio e intentaba sin mucho acierto mantener los ojos abiertos. Supo que se había dormido en sus brazos nada más escuchar su respiración profunda, por lo que la estrechó contra su pecho sin ningunas ganas de separarse un solo centímetro de ella.

Ni siquiera pensaba en su situación o en cómo saldría de palacio sin ser descubierta, solo podía llenar su mente de Margaret y el futuro que, aunque incierto, sería feliz mientras estuviese a su lado.

Perdida como estaba en sus propios pensamientos, se sobresaltó ligeramente al ver como se abría la puerta, a pesar de que tardó muy poquito en reconocer la mirada azulada de Eva, por lo que sintió la calma invadirla por entero.

La reina madre cerró muy deprisa nada más reconocerla y no pudo evitar dibujar un claro gesto de sorpresa absoluta, mientras Rebeca le hacía una señal con el índice sobre los labios, para indicarle que debía guardar silencio, ya que Margaret estaba dormida.

—¿Qué haces aquí, mi niña? —preguntó entre susurros—. ¿Cómo has entrado?

—Por la ventana —respondió jocosa y se ganó una mirada de reproche—. No te enfades, Eva. Necesitaba verla y no podía esperar a la luna nueva. Todo indica que estará un tiempo sin ir

al claro. El bebé ya casi está aquí.

Si Eva se sorprendió al ver a la joven reina dormida en brazos de Rebeca no lo dejó entrever. Solo dibujó una tierna sonrisa en los labios sin pronunciar palabra mientras contemplaba como Rebeca miraba el rostro apacible de Marga y sus ojos se llenaban de ese torbellino que siempre la había caracterizado. Rebeca volvía a ser su osada y valiente niña, dispuesta a todo por no dejarse vencer.

—Le llevé la cena a su aposento y, al no verla ahí, imaginé que seguía escribiendo una de sus cartas —intervino Eva al cabo de unos instantes—. Últimamente ha pasado más tiempo aquí encerrada que en cualquier otro lugar de palacio. Le has hecho sufrir un auténtico infierno, Beca.

—Lo sé, pero eso se acabó, Eva —susurró decidida—. Tú siempre me has dicho que debo luchar por lo que quiero, que no pueden pisarme ni vencerme. La quiero a ella con todo mi ser y por ella voy a pelear hasta que me quede sin aliento.

—Me alegra escucharte decir eso, mi amor —respondió de forma dulce—. Nuestra Margaret va a necesitarte más que nunca cuando llegue el bebé y a mí me quitas un gran peso de los hombros ahora que sé que la mujer más osada y valiente del mundo va a estar a su lado.

Tras sus palabras, ambas guardaron silencio unos instantes. Eva sin dejar de contemplar como Rebeca acunaba cargada de ternura a la reina entre sus brazos y Montés perdida en la muda contemplación del rostro de la joven que dormía contra su pecho.

—Voy a buscar a James para que la acueste —susurró la reina madre unos segundos más tarde—. Luego te sacaré de aquí sin que te descubran, pues no podemos poner en peligro lo que has iniciado, mi niña. Ambas merecéis una tregua en este mundo de locos y amaros os la va a proporcionar, al igual que un poquito de felicidad tras tanto dolor que todos arrastramos.

Rebeca simplemente asintió, por lo que Eva no tardó en desaparecer para volver minutos después en compañía del joven rey. Con gran cuidado para no despertarla, James alzó a Margaret entre sus brazos y le regaló a su amiga una mirada cargada de entendimiento.

—Te mataría si estuviese en mi mano, Beca —amenazó sonriente—. Pero imagino que ya has arreglado el desastre que provocaste, así que por no causarle más dolor a mi adorada reina te perdono la vida.

—No podrías conmigo, zoquete —respondió también entre risas—. Te he robado el afecto de tu joven esposa, punto para Montés en esta partida.

James negó con la cabeza justo antes de dejar un beso sobre la frente de Rebeca como gesto cariñoso hacia ella.

—Gracias por venir, idiota —susurró nada más separarse de ella—. No vuelvas a hacerle daño porque no tendré compasión contigo. Como rompas su corazoncito pienso perseguirte hasta el infierno si hace falta.

Sin darle opción a responder, su amigo se marchó para llevarse a la joven reina a los

aposentos que compartían. Eva no tardó en tomarla de la mano, cubrir su cabeza con un velo oscuro para camuflar sus rasgos y arrastrarla al pasillo. No tardaron en desaparecer tras un tapiz donde Eva encendió una antorcha y la guió por los corredores internos del castillo donde no había ni cámaras ni micrófonos.

Cuando la reina madre se detuvo en una abertura que daba al exterior del palacio, ambas se miraron unos instantes. Rebeca no pudo contenerse y se lanzó a sus brazos, Eva la estrechó con fuerza y logró recomponerla un poquito, ya que habían ansiado ese tipo de contacto desde que Isabel había fallecido y, por desgracia, no podían recibirlo debido al guion.

—Te quiero, Eva —susurró antes de separarse—. Sé que vas a cuidar de mi reina mientras yo esté al otro lado de la frontera, como siempre has cuidado de mí a pesar de la distancia.

—Márchate antes de la luz del alba, mi amor —respondió con una suave caricia en su mejilla—. Yo también te quiero a ti, siempre, no lo olvides, mi niña valiente.

☆☆☆

A la mañana siguiente, Margaret despertó aturdida con los rayos del sol contra sus ojos. No recordaba cuándo se había dormido ni cómo había llegado al lecho, ya que su último recuerdo era estar en brazos de Rebeca con sus labios regalándole un millón de besos.

Esa imagen en su mente le provocó una sonrisa a la par que se enderezaba, pues las puertas del aposento se habían abierto sin solicitar permiso y eso solo significaba que James o Cora habían llegado a buscarla.

Segundos después pudo vislumbrar el rostro de su madre, por lo que ensanchó la sonrisa. Ella, al verla tan feliz, alzó una ceja interrogante a la par que le devolvía el gesto.

—Buenos días, Cora —saludó alegre—. ¿Mi rey ha salido?

—Vuestro rey está en la sala del trono con las recepciones, majestad —respondió a la par que se acercaba—. Me ha pedido que me ocupe de vos en todos vuestros deseos.

Una vez sentada a su lado, Cora se acercó lo suficiente para que su conversación se diese entre susurros, de esa manera evitaban escuchas indeseadas.

—Te veo feliz, florecilla —dijo sonriente—. Me alegra no ver tus ojillos apagados o tu carita tan triste como en días anteriores.

—Es que soy muy feliz, madre —respondió alegre—. Ayer al atardecer mi cabra montesa favorita decidió hacerme una visita en la sala de reuniones y ha conseguido arrancar toda la pena que llevaba dentro de mí.

—¿Rebeca estuvo aquí? —murmuró asombrada.

—Sí, hasta el anochecer, caí dormida en sus brazos —respondió con la mirada brillante—. Madre, yo estaba equivocada. No me odia y su ausentismo solo se debía a un terror que se había

apoderado de ella, pero me quiere tanto como yo, me ha jurado que va a luchar por nosotras y yo la creo con fe ciega.

—Me alegra que esa idiota haya recapacitado —dijo Cora antes de dejár un toque cariñoso sobre su nariz—. No va a ser fácil, florecilla, ya lo sabes. Pero eso no significa que no debáis perseguir la felicidad que os otorga estar en brazos de la otra.

Tras regalarle sus tiernas palabras llenas de consejos, su madre se apartó para volver al papel, por lo que Margaret también adoptó el suyo propio en perfecta sintonía.

—Os ayudaré a acicalaros, majestad —dijo sin murmurar—. Os espera un copioso desayuno.

—Gracias, Cora —respondió a la par que su madre la ayudaba a dejar el lecho—. Pronto ya no os necesitaré con tanta urgencia. El heredero de Toletum llegará para ocupar nuestros días con distintos quehaceres.

—Todo el reino está ansioso por ese feliz acontecimiento, majestad —dijo para darle fortaleza—. Será la dicha de Toletum su llegada.

La joven reina asintió sonriente, Cora la ayudó a cambiarse justo antes de acompañarla hasta una salita contigua donde había dejado su desayuno. Su rutina volvía a comenzar, a pesar de ser la más aburrida del mundo debido a que ni su madre ni James ni Eva dejaban que hiciera gran esfuerzo.

En ese instante no le perturbó demasiado el hecho de sentir tedio con el paso de las horas, pues tenía un montón de recientes recuerdos en los que recrearse y todos ellos tenían nombre y apellido: Rebeca Montés.

Los días pasaban a una velocidad de vértigo. Su pequeño bebé empezaba a estar cada vez más activo y no le daba tregua ni descanso. Ni siquiera durante la noche parecía querer dejar de moverse, por lo que James y ella se desvelaban a menudo para intentar calmarle sin éxito alguno.

Margaret estaba cada vez más nerviosa y así se lo hacía ver a Rebeca en sus cartas, pues desde que Montés se había presentado a palacio y había destruido todo resquicio de duda, volvieron las misivas donde dejaban muy claro que ansiaban casi hasta el delirio volver a verse.

Quedaba tan poco para que se cumpliese el noveno mes que apenas podía descansar de su propio terror mezclado con las ganas que sentía de sujetar por fin a su bebé entre los brazos. James también estaba visiblemente nervioso y no la perdía de vista un solo instante, al igual que Eva y Cora, siempre pendientes y alerta.

Por eso mismo, cuando sintió como empapaba las sábanas cerca del fin de la madrugada, James tardó solo una milésima de segundo en salir disparado en busca de sus madres respectivas. El heredero estaba en camino. Cora entró a la alcoba como un cohete, Eva lo hizo justo después y tras ella más de una decena de sirvientes que tardaron muy poco en acomodarla para preparar el alumbramiento.

Con su adorado James a su derecha para otorgarle valor y Cora a su izquierda sin dar signos de querer separarse de su florecilla, se relajó pues debía ser la mujer más fuerte del mundo. Su bebé ya llegaba y un solo error podía llevarles a la tumba a ambos.

—Enviad a los emisarios por todo el reino —ordenó Eva sin apartarse del lecho en ningún momento—. Que anuncien la buena nueva y Toletum se alce para recibir a su heredero.

☆☆☆

El gallo aún no había cantado cuando el sonido de las campanas inundó el reino entero. Rebeca despertó de golpe al escucharlo y se enderezó muy deprisa, al igual que Arthur. Ambos se miraron con un gesto casi idéntico de pánico antes de dejar la cama y adecentarse.

No tardaron ni dos minutos en comprender el porqué de tremendo alboroto y confirmar sus sospechas, pues un legado entró al palacete ladrando a voz en grito que su majestad, la reina Margaret, estaba de parto.

Rebeca tardó aún menos en activarse de inmediato y empezar a dar órdenes también entre alaridos. El bebé de su reina estaba en camino y ella había jurado proteger su vida a toda costa.

—Que todo hombre capaz de blandir espada se presente frente al palacete en formación —ordenó sin dar lugar a réplica—. Convocad a las huestes. Todo Montés y hombre leal a las llanuras del oeste debe seguirme a palacio de inmediato.

Con Arthur a su lado, ambos se armaron con propiedad, colocaron las armaduras oscuras sobre sus cuerpos y salieron, listos para presentar batalla, a la plaza central donde ya estaban preparados los caballos. Subieron sobre las monturas y Rebeca desenvainó el acero para dirigirse a sus hombres, mientras su caballo caminaba nervioso de un lado a otro.

—Montés —gritó con furia—. Nuestra reina está alumbrando al heredero de Toletum. Yo, Rebeca Montés, convoco a todas mis huestes, a todos mis vasallos y banderizos para marchar a palacio y defender la fortaleza con gloria y honor. Que no haya enemigo capaz de romper nuestras filas. Defenderemos a nuestros reyes y su heredero con nuestras vidas.

Tras su llamamiento, todos sus fieles gritaron con las espadas en alto. Rebeca se colocó el yelmo y encabezó la formación al empezar a cabalgar frenéticamente. Su llamamiento llegó hasta el último rincón de sus dominios, pues durante el camino pudo ver como cientos de jinetes se unían a aquellos que ya la estaban siguiendo.

Arthur cabalgaba a su lado para otorgarle valor, por lo que su mirada se cubrió de fortaleza. Santiago no podría acercarse a Margaret, no sin masacrar a toda la casa Montés y eso supondría el fin de su estúpido programa.

☆☆☆

En los estudios de Toletum, todos los operarios guardaban un silencio sepulcral mientras, en pantalla, podían ver a la joven Margaret pelear con uñas y dientes para traer al mundo al heredero.

Santiago estaba tan tenso que las venas de su cuello parecían a punto de explotar. Ese bebé al que daba por muerto en pocas semanas, no solo se las había arreglado para sobrevivir a Toletum, sino que estaba a punto de nacer.

Johnson a su lado parecía mucho más tranquilo, como si presenciar el momento en el que nacía esa criatura no fuese para nada trascendental.

—No os preocupéis, mi Gobernador —susurró para que solo él pueda oírle—. Si no muere en el parto, he dado orden a mis hombres que acaben con su vida. Será una tragedia del todo inevitable, debido a las condiciones del Medievo. New World jamás sabrá que su esperado heredero ha perecido por nuestra mano.

—Cuando esté hecho quiero que me la devuelvas —ordenó sin miramientos—. Me encargaré de tomar medidas para evitar un nuevo inconveniente como este, pero quiero a mi Margaret en el lugar que le corresponde. Ahí dentro ya se ha cruzado con la puta que la crió y a saber qué le ha contado. Rebeca Montés también es un problema, pues por culpa de esa mocosa y su insufrible madre, mi zorrita quiso romper con nuestra satisfactoria relación. He de conseguir que vuelva a ser mía, Johnson.

—Como ordene, mi Gobernador —susurró de forma mortífera—. Pronto podrá disfrutar una vez más de tan dulces atenciones.

Sin más palabra por parte de ninguno, volvieron a enfocar la vista en las pantallas. Santiago dibujó una sonrisa de victoria en los labios. Estaba muy cerca de lograr su objetivo y descansar tranquilo al haber eliminado una amenaza.

De pronto, todo el gozo que sentía se vio quebrado por el sonido del aparato intercomunicador que llevaba Johnson, ya que a través de él les llegó la voz de uno de sus hombres, visiblemente alterado.

—General, necesitamos refuerzos —dijo ese soldado con prisa—. Solo somos cinco, no podemos cumplir la misión.

—Soldado, eso es un disparate —respondió Johnson con furia—. Cinco hombres entrenados y armados con armas de fuego son más que suficientes para matar a un bebé recién nacido.

—No podemos acceder al palacio —respondió nervioso—. Está rodeado por entero, toda la casa Montés ha acudido a proteger la fortaleza, somos cinco contra más de dos mil. O envía un pelotón armado o no podemos cumplir el mandato, general.

Santiago palideció en el acto. Cuando la conversación se cortó, entró a la cabina donde estaban los operarios y pidió ver las cámaras de fuera del palacio.

Ese soldado no mentía en absoluto, pues las huestes Montés en formación defensiva habían rodeado el lugar entero. No podía envíar un pelotón, todo New World estaba pendiente del momento en el que el heredero naciera, las audiencias estaban disparadas.

Pudo reconocer a Rebeca Montés al frente de sus hombres y la rabia empezó a recorrerle. Esa mocosa siempre se metía donde no la llamaban y había destruido todos sus planes.

Con furia, salió del cubículo y arrebató el aparato de comunicaciones que este aún llevaba.

—Soldados, ya no habla vuestro general sino vuestro Gobernador —ladró con ira tras activarlo—. La misión ha cambiado, ya no quiero que entréis a palacio. Quiero que matéis a Rebeca Montés.

☆☆☆

Margaret seguía al pie de la letra todas las indicaciones que le estaban dando. Con cada latigazo de dolor incesante, apretaba la mano de James y este aguantaba todos sus arrebatos con el único deseo de darle fortaleza. El rey no dejaba de susurrar palabras de aliento para su joven reina, la misma que le parecía en esos instantes la más fuerte y decidida de todo su mundo.

Cora tampoco abandonaba su posición, como guardia personal de la reina debía permanecer a su lado en todo momento y protegerla. Por eso mismo mantenía la mano sobre su hombro para decirle sin palabras que no iba a marcharse a ninguna parte.

Eva observaba con un nudo en la garganta todo el proceso mientras rogaba por si alguno de los infinitos dioses que la historia había venerado podía escucharla e interceder por esa muchacha y el bebé que, en tan terribles condiciones, intentaba llegar al mundo.

De pronto, logró tensarse al percibir cierto alboroto entre la guardia de palacio. No quiso preocuparse, pero la espina que sentía se clavó con fuerza. No podía subestimar al Gobernador, sabía que era perfectamente capaz de arrancarles a ese bebé si se lo proponía y ella estaba dispuesta a impedirlo a toda costa.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó susurrante a uno de sus hombres para aliviar la incógnita—. ¿Qué es ese alboroto? Nada puede perturbar a la reina en estos instantes.

—Las huestes Montés rodean la fortaleza, alteza real —respondió este algo acelerado—. Se ha expandido el rumor de que los espías de Montés descubrieron a posibles traidores que pretenden terminar con la vida de nuestro heredero en cuanto llegue al mundo. La señora Montés ha convocado a toda la llanura oeste para proteger el alumbramiento.

Al escuchar dicha noticia, los ojos de Eva se cubrieron de orgullo desmedido. Su Rebeca jamás la decepcionaba y había actuado de inmediato para evitar que Santiago llegase hasta Margaret en tan vulnerable momento.

En el mismo instante en el que su pecho se llenaba de admiración por su querida niña, un

llanto estridente resonó en la estancia y absolutamente todos los presentes guardaron un silencio sepulcral.

Con un último empujón, Margaret se había derrumbado agotada, James la había sujetado con ternura desmedida y ambos clavaron sus miradas cargadas de lágrimas en el pequeño bulto que el galeno ya tenía en sus manos.

—Enhorabuena, sus majestades —susurró este demasiado orgulloso—. Es una niña, Toletum ha sido bendecido con una princesa.

☆☆☆

Rebeca no se movía de su posición frente a sus hombres, no pensaba hacerlo hasta despachar a todo hombre que Santiago enviase a terminar con el bebé que estaba naciendo.

Le traía sin cuidado si enviaba a todo un pelotón, pensaba pelear con uñas y dientes por su reina y nada lograría detenerla.

De pronto, la quietud de la noche se vio turbada cuando recibió un impacto en el hombro, protegido por la armadura. Le habían disparado. La bala se convirtió en un trocito de metal acoplado a su propio peto protector y le sirvió de aviso: ya estaban ahí.

—Montés, nos atacan —gritó y en el acto todos formaron para protegerla—. Defended la fortaleza, que no quede rebelde libre, proteged a nuestra reina.

Con su orden, se originó de pronto el mayor de los griteríos. Sus huestes actuaron en formación con las espadas en alto y empezaron a correr en la dirección que ella indicó, la misma de donde había recibido ese balazo. Rebeca agitó al caballo y empezó a galopar tras sus hombres, Arthur la siguió y el resto de monturas adoptaron una posición defensiva con los aceros desenvainados frente al gran portón del palacio.

Cuando los hombres que el Gobernador había enviado les vieron llegar, empezaron a correr despavoridos, pues no estaban preparados para un ataque de ese calibre y no esperaban en absoluto haber errado en su disparo. La joven Montés aceleró aún más su galope y no tardó en alcanzarlos.

De un grácil salto, aterrizó sobre ambos pies y de un solo golpe derribó al primero de ellos, que cayó ante ella con todo el rostro ensangrentado. Los demás siguieron su misma suerte en el mismo instante que sus hombres les dieron caza.

Rebeca, al verlos reducidos, aterrados y ensangrentados, se quitó el yelmo para enfrentarse a ellos con una sonrisa que marcaba su victoria. El Gobernador había subestimado a Toletum y solo había mandado a cinco peleles para su infame objetivo.

Altiva y decidida, se acercó a sus prisioneros con la mirada tan fiera que estos empezaron a temblar en el acto.

—¿Cuántos más de vosotros, peleles inútiles, ha mandado para que le hagáis el trabajo sucio? —preguntó con la punta de su espada sobre el cuello de uno de ellos—. Hablad y puede que muestre un poco de piedad con vuestras miserables vidas.

—Nosotros y nadie más, señora —respondió tan asustado que solo podía estar siendo sincero—. Por favor, no nos mate, cumplíamos órdenes.

—La orden de asesinar a un recién nacido —dijo de forma mortífera—. Ni siquiera la más férrea de las lealtades es suficiente para aceptar sin contemplaciones cometer tal acto deleznable. Terminaréis en el calabozo real y serán sus majestades quienes decidan vuestro sino. No deseo manchar mi acero con sangre tan podrida.

Tras su orden, sus hombres atraparon a esos soldados y los arrastraron sin miramiento hacia el palacio. El resto de las huestes coreaban su nombre con júbilo absoluto mientras veían como se abrían las puertas para dejarles penetrar a la fortaleza. Rebeca recuperó su montura y encabezó de nuevo la formación, sus hombres la siguieron. Una vez en el interior del gran patio amurallado, los gritos de júbilo resonaban por doquier para anunciar que sus majestades, James y Margaret, habían traído al mundo a una niña, la heredera de Toletum.

A pesar de que estaba desesperada por correr junto a Marga, sabía que el mundo entero estaba viendo ese momento en sus televisores y debía permanecer en su papel, por lo que se encaminó sobre el caballo hasta la sala del trono. Tras ella llevaba a rastras a los cinco soldados que había atrapado, maniatados a su montura.

Al llegar, sus ojos castaños se cruzaron con la mirada azul de Eva. La reina madre estaba sentada en el trono para recibir a la gran heroína de la casa Montés, la misma que había evitado un desagradable atentado contra la vida de la reina en tan delicado momento.

—Alteza real —dijo en cuanto estuvo ante ella—. Os hago entrega de los traidores. Han confesado sus deleznables intenciones y los pongo a disposición de sus majestades para que obren con justicia por tan alta traición.

—Acercaos, señora Montés —ordenó Eva mientras su guardia atrapaba a esos temblorosos peleles y los arrastraban a las mazmorras de palacio—. Vuestra reina ha sido informada de la hazaña que habéis perpetuado. Desea compensaros por tal acto lleno de coraje y honor.

—No requiero compensación alguna, alteza real —respondió solemne—. Mi deber como banderiza es proteger a toda la familia Blanchard. Por mi vida y mi honor.

—Nuestra amada reina desea agradeceros en persona lo que habéis hecho por ella y nuestra princesa esta noche —dijo Eva y la mirada de Rebeca se cubrió de emoción al comprender sus intenciones—. Seguidme, señora Montés, pues os habéis ganado el honor de presentaros ante su majestad y el regalo de ser la primera noble de Toletum en conocer a su princesa.

Rebeca no fue capaz de responder. Solo podía sentir una alegría imparable crecer en su vientre, pues desde que había escuchado las campanas no había podido dejar de pensar en

Margaret y en su bebé. Ahora sabía que era una niña y sin haberla visto ya la amaba por entero.

Sin pronunciar palabra, salió de la sala del trono tras Eva y la siguió por todos esos laberínticos pasillos hasta la majestuosa puerta de roble que separaba el corredor de la alcoba real.

Cuando entraron a la misma, agradeció no tener que fingir ante más personas que Cora y James, ya que tras comprobar que tanto Margaret como su hija estaban bien, habían despachado a todo el servicio para dejar que la joven reina descansara.

Sus amigos la miraron muy emocionados y ella intentó aguantar la risa al ver que el rey estaba llorando realmente feliz. Ambos se hicieron a un lado para dejar visible el lecho. A Rebeca se le aceleró el pulso al reconocer a Marga en el mismo. Tenía el rostro cubierto con la sonrisa más tierna y bonita que había visto en toda su vida mientras miraba a la pequeña que descansaba entre sus brazos.

Eva le dio un minúsculo empujón, ya que se había quedado congelada sin apartar los ojos de su reina, al encontrarla magnífica. Beca empezó a caminar con pasos distinguidos, pues no podía olvidar que estaban grabando, que todo New World estaba mirando.

Margaret escuchó sus pisadas, por lo que alzó la mirada y le regaló tantísimo sin pronunciar palabra que Rebeca volvió a jurar una y mil veces que, por ella, arrasaría el mundo entero si hacía falta.

—Acercaos, señora Montés —susurró ella justo antes de volver a mirar sonriente a su pequeña—. He sido informada de que mi hija y yo corríamos peligro y vos habéis defendido la fortaleza para salvar nuestras vidas sin dudar arriesgar la vuestra. La princesa ha llegado al mundo gracias a vuestro valor, Montés. Mi gratitud será más que eterna.

—Hice un juramento, majestad —respondió junto a ella con una leve inclinación—. Montés jamás quiebra un juramento.

—Tomad, mi señora —susurró Margaret y consiguió descolocarla por entero al ver que acercaba a la pequeña para que la alzase entre sus brazos—. Comprobad por vos misma el fruto de vuestra osadía y vuestro honor.

Sin pronunciar una sola palabra ya que era completamente incapaz debido al nudo en su garganta, aceptó con infinito cuidado a esa pequeña que dormía completamente ajena de cuanto había peligrado su vida antes incluso de nacer. La miró de cerca con el pecho encogido mientras volvía a jurarse que nada ni nadie osaría hacerle daño mientras ella pudiese evitarlo.

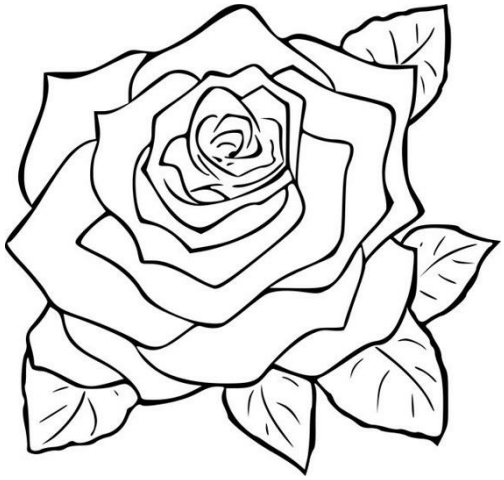
—Señora Montés —susurró Margaret y volvió a captar su atención ya que la había perdido en la muda contemplación de la princesa—. Dejadme presentaros a vuestra princesa y heredera del hermoso reino de Toletum: Claire Blanchard.

—Claire —susurró de vuelta, con los ojos encharcados en lágrimas fijos en la mirada dulce de Margaret—. Es el nombre más bonito del mundo, majestad. Ninguno mejor para nuestra

princesa.

Nadie más en esa sala supo en ese instante el regalo que Margaret Blanchard acababa de hacerle a Rebeca, solo ellas comprendieron cuán hondo había calado en su interior saber que, de algún modo, la reina le había dado la oportunidad de que su imaginada y ansiada Claire existiese al haberle dado su nombre a ese bebé que aún dormía entre sus brazos.

REBECA Y MARGARET
CANTAR TERCERO: LA LEALTAD DE LA REINA
XXIII



La llegada de la princesa había conseguido poner patas arriba la vida de todos los habitantes de palacio. Desde los orígenes de Toletum, jamás se había permitido que se diesen nacimientos dentro del programa, por lo que Claire era el primer bebé nacido en el mismo, tras la desaparición de la heredera Montés años atrás.

Las costureras reales parecían haber enloquecido y, con gran gozo, presentaban infinidad de vestidos minúsculos confeccionados para la pequeña princesa. Nobles de todas partes del reino acudían a palacio con gran cantidad de regalos y el deseo de contemplar a ese bebé que rompía por entero todos los esquemas con los que habían vivido tanto tiempo.

Margaret estaba del todo abrumada con tanta atención. A pesar de que Cora y James solían encargarse de recibir todas las visitas y obsequios para que ella descansara. Pasaba la mayor parte de sus horas en el lecho donde recuperó las fuerzas con el paso de los días.

Ni siquiera tenía que abandonar la comodidad del colchón cuando la pequeña Claire solicitaba con su llantina algo de atención o ser alimentada, pues James parecía un torbellino y se encargaba de correr a la cuna donde habían depositado a la princesa para tomarla con infinito cuidado entre los brazos y acercarsela.

El rey había caído rendido ante su diminuta y sonrosada hija. La miraba durante horas con una sonrisa dulce y los ojos azulados tan brillantes de orgullo y emoción que Margaret solo podía sentir alivio. Tras la tormenta, todo parecía encauzarse y ningún peligro azotaría a su hija, no tras el mensaje claro que Rebeca había enviado con su formidable actuación durante el

alumbramiento.

Pensar en Montés enloquecía sus latidos sin que pudiese hacer nada para evitarlo. No sabía cuándo volvería a verla, pero sonreía sin miedo ante cada carta que le llegaba del oeste. Debido a su estado de reposo no podía responder a todas sus letras y, aún así, Rebeca no dejaba de escribir un solo día para decirle un millón de tonterías donde escondía palabras de amor que le provocaban suspiros.

La mayor parte de su tiempo lo ocupaba en enamorarse por completo de cada cambio minúsculo que percibía en Claire, el resto se dedicaba a soñar despierta con Rebeca y a elucubrar qué posibles consecuencias tendría para ellas si decidían escaparse a vivir juntas a su cabaña del bosque para criar a la pequeña sin tener que separarse.

Pasados los primeros diez días desde el alumbramiento, Cora le permitió salir de la cama, siempre en su compañía. Ambas daban paseos por los jardines de palacio y solían unirse a Eva en los mismos.

Margaret demostró una vez más tener una salud inquebrantable, pues recuperó su fuerza en muy poco tiempo y empezó a quejarse con asiduidad sobre la prohibición explícita de sus seres queridos sobre salir del castillo, ya que deseaba ver a Rebeca y no se lo permitían bajo ninguna circunstancia.

Tuvo que esperar cargada de impaciencia a que, cumplidos los dos meses del nacimiento, se diese la presentación oficial de la princesa ante todo el pueblo.

James parecía haber perdido la cabeza, pues ni su propia coronación podía competir con el festejo que organizó para tal acto. La sala del trono volvía a estar abarrotada con todo Toletum en la misma. Por doquier había mesas con banquetes y vino para celebrar tan especial acontecimiento, en cuanto los nobles presentaran sus respetos ante Claire.

Esas ceremonias protocolarias cargadas de falsos juramentos solían aburrir a Margaret hasta el extremo, pero esta ocasión venía teñida de distintos colores, ya que se moría de ganas de escuchar el apellido Montés y así perderse, aunque fuese solo unos instantes, en la mirada castaña de Rebeca.

En el mismo instante en el que anunciaron que la señora de las llanuras del oeste se presentaba ante la princesa para rendirle su eterna pleitesía, toda la sala del trono estalló en vítores difíciles de contener. Nadie podía olvidar la magnífica actuación de Rebeca ante los traidores que deseaban atentar contra la reina y su bebé. A ojos del pueblo y del resto de los nobles, Rebeca Montés era la mujer más honorable del reino y así se lo hicieron saber.

Margaret no podía sentirse más orgullosa de ella al verla recorrer el pasillo, ensalzada en cánticos de alabanza y admiración. De todos los juramentos que había escuchado, el de Rebeca fue el único que sintió sincero. Su adorada y alocada Montés jamás permitiría que sufrieran daño alguno.

Cuando terminó tal ceremonia y empezaron los festejos, la reina no pudo apartar la mirada de Rebeca mientras esta jugaba a regalarle mudas promesas en sus ojos castaños. Tenía tantas ganas de correr a sus brazos que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para permanecer en el trono acunando a la pequeña Claire. Esta había permanecido cada minuto de tan aburrido acto completamente dormida, ni siquiera se había percatado del jolgorio originado por su mera presencia.

Los juglares se unieron al festejo para entonar las más hermosas melodías y ese hecho fue el que terminó de desbaratar todos sus sentidos. Rebeca había decidido enloquecerla por completo y dibujar su sonrisa una vez más en el rostro, ya que no tardó apenas en subirse a una de las mesas y regalar a todos los presentes una de sus canciones. Un mensaje secreto para quien sabía escuchar.

Había elegido entonar la misma que poblaba sus cartas y solía otorgarle fortaleza, por lo que no pudo evitar mover los labios al compás de su voz con esas palabras que tanto amaba.

« *Aunque el cielo esté cubierto de negro alquitrán, aunque el bosque esté desierto los colores llegarán.* »

Margaret no quiso dejar de mirarla un solo momento con una única idea en mente. Necesitaba volver a verla sin interpretar, sin disfraces. Necesitaba la luna nueva más que el aire que respiraba y rogó con todas sus fuerzas que su madre, Eva y James comprendiesen sus anhelos, pues ya se había perdido dos. No podía perderse más.

☆☆☆

La joven reina no se sentía capaz de apartar sus ojos de la pequeña princesa un sólo instante. Claire descansaba en la cuna y cada pocos segundos dejaba escapar gorgoritos a la par que movía los brazos, hecho que le provocó más de una sonrisa.

Susurraba palabras cargadas de afecto solo para sentir como su pecho se llenaba de calor con los suspiros suaves de su hijita ante su voz.

—Esta noche, mi amor —susurró mientras acariciaba de forma leve la mano de su pequeña y esta aferraba su dedo—. Vamos a ir al bosque con Rebeca. Se muere de ganas de verte y poder adorarte sin miedo.

Perdida como estaba en sonreír con cada cosa minúscula que Claire hacía, se sobresaltó ligeramente al escuchar el carraspeo de Cora en la habitación. Ni siquiera se había percatado de que esta había entrado a la alcoba.

—Disculpadme, majestad —dijo con una leve inclinación ante ella—. No deseaba

perturbaros junto a la princesa.

—Hablad sin miedo, Cora —respondió de forma dulce—. Está despierta y con ganas de ejercitar sus poderosos bracitos.

—La reina madre os reclama, majestad —informó—. Os espera en la sala de reuniones.

—¿Os quedáis de guardia junto a la princesa, Cora? —preguntó a pesar de que sabía de antemano la afirmativa respuesta—. No deseo hacer esperar a Eva, pues si os ha enviado a vos a buscarme debe ser importante.

Su madre asintió, Margaret le regaló una suave sonrisa justo antes de abandonar su posición junto a la cuna y encaminarse al lugar donde la habían citado con algo de incertidumbre. Esperaba que Eva no le negase en rotundo su escapada al claro esa noche, pues ya le había dicho a Rebeca que se verían ahí.

Al llegar a la sala ciega de palacio, entró sin anunciarse, debido a su rango no era necesario. No tardó en cerrar tras de sí la puerta y clavar su mirada en los ojos de Eva para acrecentar su angustia. Estos estaban tan serios que solo podía significar que no tenía buenas noticias.

—Ven, Marga, siéntate conmigo —ordenó con tiento.

Ella no se hizo de rogar y alcanzó la silla que la reina madre le había señalado. Tras algunos segundos de silencio, Margaret empezó a impacientarse, pues Eva no parecía querer hablar, como si buscase las palabras exactas para la conversación que debían tener.

—Voy a ir al claro del bosque, Eva, está decidido —dijo la reina, por si acaso lo que deseaba comunicarle era una nueva prohibición a dicha escapada nocturna—. Cora y James estarán con nosotras, lo hemos preparado a conciencia. Viajaremos en el carro de madera y si ocurriese cualquier imprevisto volveremos a casa de inmediato.

—No te he hecho llamar por eso, mi vida —susurró Eva medio sonriente—. Ahora que has recuperado por entero las fuerzas, jamás osaría prohibirte que te escapes con Cora y James al claro del bosque. Necesitas ver a Rebeca y mi adorada niña necesita veros tanto a ti como a Claire.

—Entonces ¿a qué he venido? —preguntó del todo curiosa.

Eva no respondió más que un suspiro justo antes de volver a endurecer la mirada mientras apretaba con fuerza los labios.

—Santiago ha escrito —informó y provocó que Margaret se tensara de inmediato—. De hecho su misiva estaba dirigida a ti. Espero que no te moleste que la haya leído antes, pues necesitaba saber qué demonios quería esa bestia para poder comentarlo contigo.

—¿Y qué quería? —preguntó muy seria—. Espero que no pida explicaciones sobre por qué siguen sus hombres en los calabozos de palacio porque pienso responderle que ahí permanecerán hasta que se pudran por intentar asesinar a mi niña.

—Quiere que vayas a los estudios con la princesa —respondió con la misma seriedad—. En su carta ponía una sarta de sandeces sobre conocer a su hija y que debes firmar los papeles para que conste como nuevo ingreso en Toletum, así como recibir el chip de rastreamiento como todos los demás. También ponía no sé qué cosas de rebeldes que aún no había capturado.

—Está demente si piensa que voy a llevar a mi niña ante él —gritó rabiosa y fuera de sí—. Ha intentado matarla, cómo puede pedirme algo así.

—Marga, escucha —intervino Eva mientras tomaba su mano—. El hecho de que esa pequeña siga viva le ha puesto en una situación muy comprometida. Tiene que pertenecer a Toletum de forma oficial en el registro de New World o Santiago se meterá en un lío burocrático, por eso necesita que firmes esos papeles.

—No quiero que la vea, Eva. Ni que esté cerca de ella un solo minuto —dijo visiblemente enfadada.

—Mi vida, mucho me temo que no puedes negarte —susurró de forma suave—. Firmaste los papeles de ingreso, él tiene control y derecho sobre tu vida. Si te da una orden debes cumplirla. Si no acudes vendrá a buscarte y será mucho peor. Pero si acudes puedes girar las tornas a nuestro favor.

—¿Y cómo demonios voy a hacer yo tal cosa? —preguntó sobrepasada—. No puedo hacer nada y él puede matar a mi niña.

—Puedes hacerle creer que aún te tiene en su poder —respondió y sus palabras consiguieron captar toda su atención—. Santiago está loco, es un demente con aires de grandeza perpetuado en el gobierno y si hay algo que adora más que su estúpido puesto de líder es creer que controla todas y cada una de las situaciones a su alrededor. Si piensa que aún le amas de forma ciega y absoluta, posiblemente te deje tranquila.

—No puedo hacer eso —dijo entre susurros vergonzosos—. Cuando se negó a mandar los medicamentos para Isabel le dejé bien claro que no quería saber de él.

—Entonces actúa, mi vida —respondió aún con su mano aferrada—. Eres muchísimo más inteligente que él, puedes hacer girar las tornas, puedes hacerle creer lo que tú desees que crea y mantenerlo tranquilo. Que sienta que no eres una amenaza y, por ende, que tu pequeña tampoco lo es.

—A Rebeca no va a gustarle ni un poquito este plan tuyo, Eva —susurró entre dientes—. Va a enfadarse muchísimo. Si quiero que me crea debo fingir que le amo y solo de pensarlo siento náuseas.

—Si lo haces también la estás protegiendo, Marga —dijo Eva tras suspirar—. Los soldados bajo nuestros pies claudicaron al segundo día de encierro y confesaron que, aunque su orden original era matar al bebé, Santiago había cambiado la misma por que asesinaran a Rebeca. Nuestra valiente Montés sigue viva por tener la lucidez de usar armadura de hierro y no de cuero

en su loco plan de protegerte. Hazle creer que le amas y apartarás su mirada de Rebeca.

☆☆☆

La joven Montés, junto a Arthur, no podía dejar de golpear el suelo con el pie debido a los nervios que la consumían. Era tal su necesidad de que se diese la reunión que habían llegado al claro demasiado temprano y ya no sabía cómo controlar el temblor de sus piernas.

Arthur no dejaba de reír y molestarla debido a su estado, pero no le hacía caso alguno, perdida como estaba en la contemplación fija sobre el punto exacto por donde Margaret iba a aparecer.

En su última misiva, la joven reina le había asegurado que no faltaría a la cita de luna nueva, ya que había amenazado con prender fuego al castillo como no la llevasen y debieron creerla capaz de cometer tal acto delictivo debido al ímpetu que puso en sus palabras. Al leer su carta, había reído intensamente ya que ella misma también la veía completamente dispuesta a destruir todo Toletum si seguían encerrándola en el castillo.

Margaret era un huracán imparable y Rebeca se moría por volver a verla, a pesar de haberse mostrado mucho más prudente que la reina, pues comprendía que esta necesitaba esos meses de reposo para recuperarse del parto. Se había dedicado a aplacar su furia con cada carta que le había enviado, a pesar de su impaciencia y sus ganas de volver a besarla.

Tras una espera que se le hizo del todo insoportable, por fin pudo vislumbrar la pequeña comitiva compuesta por sus amigos y la dueña de todos sus pensamientos. En cuanto se personaron en el claro, tanto Arthur como ella misma salieron disparados a recibirlos con tanta emoción y alegría que el lugar entero se llenó de risas en solo unos segundos.

Mientras su esposo y James se daban un caluroso saludo, Rebeca se quedó congelada frente a Margaret que la estaba mirando sonriente. No tardó en buscar con bastante prisa el bulto que llevaba escondido en una manta atada a su propio cuerpo para formar una especie de hamaca. Del interior de esa tela salían sonidos alegres en forma de gorgorito que aguaron su mirada de forma irremediable.

Movida por un impulso irrefrenable, Rebeca alcanzó a la reina para apartar la mantita y liberar el rostro de la pequeña Claire, por lo que su sonrisa se ensanchó al verla.

—Madre mía, pero qué le das de comer —dijo entre risas—. Ha crecido muchísimo.

—Muy bonito, Rebeca —respondió Marga con un fingido enfado—. Tres meses sin verme y ni me dices hola.

—Es que Claire me gusta mucho más que tú —contestó para molestarla—. Ella no es la reina de todos los idiotas y no tan idiotas.

Margaret respondió con una suave risa y una caricia sobre su mejilla. Rebeca la miró

directamente a los ojos sin borrar un ápice de su sonrisa.

—Te he echado mucho de menos, mi no idiota favorita —susurró cargada de felicidad—. Solo por eso te perdono que en esta ocasión sí seas idiota y no me saludes con propiedad.

—Tenéis razón, majestad —respondió también en susurros—. Soy la mujer más idiota de todas en estos instantes.

Antes de que Marga pudiese responder, colocó los dedos bajó su mentón para elevar su rostro y atrapar sus labios en un suave beso.

—¿Así mejor, mi reina? —dijo sugerente al separarse de ella.

—Mucho mejor, Montés —respondió metida en su propia burbuja.

—Tortolitas, yo también quiero ver a la princesa —interrumpió Arthur su momento de forma descarada ya desde la hoguera con Cora y James—. No acapares, Rebeca, que tú ya la viste cuando nació.

—Me lo merecía porque me lleve un disparo por ella —contestó orgullosa.

Entre risas, Rebeca sujetó a Margaret por la cintura y ambas se encaminaron a sus respectivos lugares en el tronco donde solían sentarse. La reina no tardó mucho en dejar con sumo cuidado a Claire en brazos de Arthur que la miró sonriente. Las bromas no tardaron en aparecer, el ambiente se llenó de cariño y risas sin el peso de Toletum sobre sus hombros. Marga se dejó caer en brazos de Rebeca donde de inmediato se sintió segura.

Arthur no parecía querer soltar a la princesa y nadie quiso rebatirle, pues el joven Montés era de todos el único que aún no la había visto con tanta familiaridad como el resto de ellos.

Cuando, en medio de sus risas y alegre encuentro, la pequeña Claire empezó a llorar de forma estridente, Arthur dibujó el horror más absoluto en su rostro mientras la mecía despacio para intentar aliviarla de algún modo.

—Yo no he hecho nada, lo juro —dijo este bastante asustado—. Estaba super tranquila.

—No es cosa tuya, Arthur —respondió Margaret mientras dejaba atrás el tronco para acudir en su rescate y sujetar a la princesa en sus brazos—. Claire es un relojito. Ha llegado su hora de comer.

Al sentir que era su madre quien la estaba sujetando, aminoró su llanto hasta convertirlo en pequeños quejidos. Rebeca tardó solo dos segundos en ponerse a su lado para sujetarla por los hombros y ninguna de las dos necesitó hablar para saber que se habían comprendido.

—Pasadlo bien, zoquetes míos —dijo Beca a la par que ambas empezaban a caminar—. Nosotras nos vamos a buscar un poco de intimidad.

—Volved antes del alba —respondió James algo nervioso—. Mi madre me matará como volvamos sin Marga y la pequeña.

—Cuida de mis florecillas, Montés —intervino Cora pretendiendo ser dura sin conseguirlo —. No me hagas perseguirte para matarte.

Tras despedirse ambas con una leve risa y un gesto, desaparecieron en la espesura camino a la cabaña de Rebeca. Margaret agradecía en silencio que su adorada Montés siempre supiese qué necesitaba, pues no le apetecía saciar el apetito de su pequeña en medio del bosque a la intemperie.

Cuando llegaron, Beca tardó solo unos segundos en desaparecer por el tronco para bajar la escalera. A Marga le costó menos subirla en esta ocasión y, al tocar el suelo de la cabaña con los pies, una ola de recuerdos la invadió. Ahí descubrió que sentía mucho más por Rebeca de lo que podía imaginar, ahí la había besado por primera vez.

—Ponte cómoda, Marga —susurró mientras encendía las velas—. Y no hagas esperar mucho más a ese bichito quejicoso.

—Tú sí que eres quejicosa —respondió mientras ambas reían—. Espero que nadie te escuche jamás dirigirte a tu princesa con ese apelativo tan feo. Tiene un nombre precioso y puedes usarlo.

A la par que hablaba, la reina tomó asiento sobre la cama y colocó a la pequeña para que se enganchara a su pecho. Rebeca terminó de iluminar el lugar y se escurrió a su lado. Marga aprovechó que se había acercado para depositar un beso suave en sus labios que esta recibió sonriente.

—Tiene el nombre más alucinante del mundo entero —susurró en cuanto separaron sus labios—. No pude darte las gracias por ello, Marga.

—Claire es un poco de todos nosotros, Beca —respondió algo más seria—. Tuya, de Arthur, de James, de Eva y de Cora. Habéis luchado tanto para protegerla y sé que la amas como si fuese tuya, esa niña que soñabas y Santiago te arrebató el poder tenerla. No podía tener otro nombre, tenía que ser Claire.

—Y seguiremos protegiéndola, mi reina —dijo convencida—. Pienso recibir todos los disparos del mundo si ella está a salvo.

—Yo espero que no recibas ninguno más que no tienes ni idea del susto que pasé cuando me dijeron que te habían disparado —respondió al apoyarse en su hombro mientras Rebeca la abrazaba desde atrás—. Mejor no te metas en la línea de fuego, ahora me toca a mí mover mis piezas en la partida.

—¿A qué te refieres? —preguntó también entre susurros—. ¿Qué tienes en mente ahora?

—Santiago me ha convocado en los estudios para firmar los papeles de ingreso de Claire en Toletum —confesó y consiguió que Rebeca se tensara en el acto—. Voy a acudir y voy a posicionar a la reina blanca en el centro del tablero. Santiago ni siquiera comprenderá mi jugada.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, pero no me gusta en absoluto que vayas a ver a Santiago y menos para el ingreso de Claire, porque tendrás que llevarla contigo —respondió de forma fiera—. Que James vaya también, así estaréis protegidas.

—Las órdenes son solo Claire y yo —dijo mientras ambas se miraban a los ojos—. Confía en mí, Rebeca. Sé lo que estoy haciendo y conozco bien a Santiago. Caerá como una mosca en mi engaño, le haré creer que aún me posee, que aún soy suya y apartaré su mirada de ti, de Cora y de la pequeña Claire. Como en el ajedrez, la reina blanca en el centro del tablero domina el juego, eso es exactamente lo que voy a hacer.

—No sé qué es el ajedrez —confesó ruborizada—. Pero imagino que tienes un plan y confío ciegamente en ti. Aunque para el resto de Toletum quede en entredicho tu lealtad, yo siempre creeré en mi reina, por encima de todo.

—No puedes decirme cosas así sin avisarme, Rebeca —dijo completamente colorada—. ¿Qué hago yo ahora con las ganas que me han entrado de besarte?

—Besarme, por ejemplo —respondió jocosa a la par que sonriente—. Nadie te lo impide.

Antes de que pudiese terminar de hablar, la joven reina atrapó su labio inferior entre los dientes. Justo después besó el superior, hecho que provocó en Montés un suspiro. Rebeca inició un nuevo beso cargado de sonrisas entre ambas, hasta que un gorgorito de Claire las sacó de su burbuja.

—Ahora en menos de un minuto se va a quedar dormidita —informó Margaret mientras ambas la miraban—. Lo dije antes, es como un relojito.

—Túmbate con ella en el lecho, Marga —dijo Beca justo antes de dejar un nuevo beso en sus labios de forma suave—. Tú también tienes carita de querer dormir. No te preocupes que yo velaré todos tus sueños.

—Solo si me cantas —pidió entre susurros.

Sin hacerse de rogar, Rebeca la ayudó a tumbarse y a colocar a la pequeña sobre el colchón. Tal y como Marga le había dicho, esta ya estaba dormida. Con una serie de caricias en los cabellos castaños de la reina, Rebeca entonó varios versos de una de sus canciones y no se detuvo hasta que la respiración profunda de la joven Blanchard le indicó que había caído en el mundo de los sueños.

Aguardó algunos minutos de muda contemplación, ya que sentía una paz inmensa al tener a su lado tanto a Margaret como a la pequeña Claire. La mujer que amaba y la princesa por la que daría su vida sin pensarlo. La familia que le habían negado y luchó por conseguir.

No mentía al decir que recibiría con gusto mil millones de disparos si así ellas estaban a salvo.

REBECA Y MARGARET
CANTAR CUARTO: TAN DULCE TORTURA
XXIV



La mañana en la que los hombres de Santiago, vestidos de guardias reales, la recogieron para llevarla a los estudios de Toletum, Margaret solo podía pensar en la horrible sensación que tenía en la boca del estómago.

Durante sus primeros días en el programa soñaba que llegara ese mismo momento en el que el carruaje real la llevaría de vuelta junto a Santiago, pero en esos instantes, cada bache del camino le oprimía un poquito el pecho a la par que estrechaba a Claire entre sus brazos.

Frente a ella en el interior del cubículo viajaba Leonard Andrews, el hombre al mando de la guardia real. James había insistido en ese hecho sin dar su brazo a torcer, ya que se negaba en rotundo a dejarla ir sola a esa infame reunión y él no podía acompañarla sin romper una orden directa del Gobernador.

Leonard estaba realmente serio. No apartaba la mirada del camino ni la mano de la empuñadura de su espada, dispuesto a entrar en batalla y llevarse por delante a cualquier enemigo para proteger a la reina. Su presencia le resultaba reconfortante, ya que era uno de los hombres de más confianza de todo Toletum.

El camino no era en exceso largo, por lo que Margaret lo aprovechó para armarse de valor y repasar en su mente cada una de las mentiras que pensaba utilizar para aplacar a Santiago. Si conseguía que les dejara a todos tranquilos en su papel, habría ganado una batalla importante.

Claire se removía inquieta, pues no le gustaba el traqueteo del carruaje. Aún así no se quejó en todo el trayecto, en gran parte por el hecho de sentir el repiquetear del corazón de su madre que siempre la tranquilizaba.

Margaret supo que estaban llegando a su destino cuando el vehículo aminoró la marcha, por tanto su mirada se cubrió de hielo y la fijó en Leonard. Él también la estaba observando con los labios muy apretados.

—Cuando lleguemos no podréis seguirme, Leonard —informó mientras él suspiraba—. Ha solicitado mi presencia y la de Claire. Nadie más traspasará esas puertas.

—No me gusta nada que vayáis sola, majestad —respondió taciturno—. El rey tampoco está de acuerdo con ese hecho.

—Esperareis fuera —ordenó muy seria—. Si venís conmigo vais a complicar mi tarea. Necesito que aguardeis mi regreso. Si ocurre alguna desgracia estaréis cerca para poder auxiliarme.

Él asintió incapaz de quebrar una orden directa de su reina. Ella le regaló un apretón en la mano como respuesta cargada de gratitud. En ese mismo momento, el carruaje se detuvo por lo que ambos suspiraron: habían llegado.

Leonard la miró una vez más justo antes de salir del cubículo. Desde el exterior la ayudó a descender del mismo con delicadeza y la custodió tras los hombres del Gobernador hasta la puerta que se abrió ante ellos.

—Aguardaré aquí vuestro regreso, majestad —informó con una reverencia—. No osaré moverme hasta que retornéis tanto vos como la princesa.

Margaret le respondió con un asentimiento justo antes de desaparecer dentro de los estudios de Toletum. Tras de sí la puerta se cerró y ya no podía vislumbrar los verdes campos del que se había convertido en su hogar. Respiró de forma profunda, se llenó de valor desmedido al mirar un segundo el rostro de Claire y caminó altiva por esos pasillos hasta el lugar donde ese monstruo que se hacía llamar Gobernador la estaba esperando.

En cuanto cruzó una entrada que al parecer la condujo al despacho de Santiago en los estudios, hizo acopio de todo cuanto había aprendido en Toletum para que su actuación fuese del todo convincente. Lo miró de frente, ya que él se había levantado del asiento. Poco a poco, dibujó una enorme sonrisa en el rostro y se aseguró de que esa fingida alegría se reflejase también en su mirada castaña.

—Mi amor —dijo cargada de ternura. El gesto sorprendido del Gobernador consiguió que sonriese interiormente—. No te haces una idea de cuánto te he echado de menos.

Santiago parecía haberse quedado petrificado, por lo que se acercó a él con prisa, como si realmente no pudiese aguantar un solo segundo separada de él.

—¿Tú no me has echado de menos? —preguntó con ojillos de cachorro abandonado.

—Claro que te he echado de menos, pequeña —respondió al final mientras fruncía el ceño —. Solo que no esperaba para nada que tú a mí también. Tu última nota fue bastante aclaratoria.

—Esa fue una de mis mejores jugadas ahí dentro, mi amor —susurró a la par que le alcanzaba y acariciaba su mejilla—. Como tú me has enseñado. ¿Qué mejor manera de conseguir engañar al oponente que hacerle creer que estoy de su lado?

Al ver que Santiago no respondía, lo atrajo hacia sus labios con la mano que aún tenía en

su mejilla para besarlo. Él devolvió esa caricia a la par que toda la tensión que parecía llevar encima se fue relajando.

—Enhorabuena, papá —susurró al separarse de él unos centímetros y enseñarle el rostro de Claire, dormida en sus brazos—. Tenemos una niña preciosa.

—Lo sé, por eso te he pedido que vengas —dijo muy serio—. La situación en New World está lejos de ser controlada, aún corres mucho peligro y necesito que firmes. Solo de esta manera puedo mantenerte junto a la niña dentro de Toletum donde estás un poco más protegida.

—Lo sé, mi amor, los rebeldes me encontraron en Toletum —respondió a la par que dibujaba un terror fingido en sus ojos—. Por suerte tengo a Montés comiendo de mi mano. Tienes que estar muy orgulloso de mí porque con mi treta de hacerle creer que quería ayudar a su madre ahora hace lo que yo quiero, cuando quiero y como quiero. Me protege de todo mal sin ser consciente de cómo he jugado con ella. Un simple peón de la reina blanca.

—No te confíes, Marga —murmuró con una chispa de odio en sus ojos azules —. Rebeca Montés es la peor astilla en mi dedo. De todos los habitantes de Toletum es la más peligrosa.

—Ya sé que es peligrosa, has visto como unas pocas palabras suyas movilizan al mayor ejército de Toletum —dijo tras girar los ojos como si le molestase que él la tomase por una idiota —. Por eso mismo mi objetivo ha sido que confíe en mí y de momento funciona. Mejor que esté de mi parte y no en mi contra.

—Eso es muy astuto por tu parte, pequeña —dijo gratamente sorprendido—. Creo que te he subestimado, Marga. Realmente sabes lo que estás haciendo ahí dentro.

—Gobernar en tu nombre, mi amor —susurró orgullosa—. Como me pediste, Toletum tiene su amada reina y yo mantengo a tus prisioneros tranquilitos, así no te dan problemas y puedes encargarte de todos los rebeldes para que estemos juntos pronto.

—¿Y tu madre? —preguntó de pronto, muy serio y con los ojos cargados de duda—. La he visto a tu lado, Marga. No te deja ni a sol ni a sombra. La metí ahí para que no volviese a hacerte daño, por eso la mandé con los Montés, pero se las ha ingeniado para cambiar de bando.

—Esa mujer no es mi madre, solo una traidora que me abandonó y miente más que habla —respondió con tanta ira en la voz que consiguió sobrecogerlo—. Cuando la vi junto a Montés quise ordenar que la mataran, pero luego me lo pensé mejor. La tengo a mi lado para vigilar cada uno de sus movimientos. Si alguien tiene información de rebeldes es ella que siempre se ha movido entre las cloacas de la ciudad. Piensa que la he perdonado y en cualquier momento bajará la guardia, me dará información de utilidad.

—¿No te ha contado nada? —preguntó con las cejas alzada—. Imagino que habrá intentado envenenarte contra mí por haberla metido ahí dentro.

—Solo me ha contado mentiras, yo finjo creerla para que se confíe, pero ni una de sus palabras es cierta —susurró de forma mortífera—.Yo te conozco, Santiago. Sé que no eres capaz

de hacer ninguno de los disparates que me ha dicho. Si Lara no está en Toletum es porque no habrá querido firmar los papeles y la tienes en la prisión estatal por estafadora y proxeneta.

Al escucharla, Santiago dibujó una mueca de alivio y una sonrisa depredadora. Margaret supo en el acto que había logrado su objetivo, a pesar de las náuseas y el dolor que sentía en su pecho tras haber hablado con tanto odio de sus madres y haber fingido total indiferencia por lo sucedido con Lara.

—Por un momento pensé que te había perdido, pequeña —susurró de forma tierna y le provocó un escalofrío que supo disimular con una sonrisa—. Me alegra ver que nadie puede envenenarte contra mí. Que sigues siendo mía.

—En cuerpo, alma y devoción, mi amor —respondió con tanto fervor que se supo absoluta vencedora en su partida—. Ahora dime ¿dónde están esos papeles? Firmaré para que estés del todo tranquilo y volveré a mi lugar en palacio antes de que puedan elucubrar contra nosotros en modo alguno.

Santiago ensanchó la sonrisa a la par que le tendía una carpeta. Margaret no tardó demasiado en poner su firma en cada folio con un nudo en la garganta, pues estaba condenando a Claire a una vida de encierro siendo esta el ser más inocente del universo.

Cuando terminó, uno de los operarios entró al despacho y tomó con mucho cuidado el brazo de su pequeña para inyectar el famoso chip que todos llevaban en Toletum. El pinchazo consiguió que empezase a llorar con ganas, por lo que Margaret sintió que su pecho se hacía pequeñito a la par que siseaba y la acunaba para calmarla. Su mirada castaña volvió a cruzarse con los ojos mezquinos de Santiago. Le regaló una nueva sonrisa teñida de tristeza para que él realmente pensara que no quería marcharse.

—¿Quieres cogerla antes de que nos vayamos, mi amor? —susurró con tiento y gran pesar del todo fingido—. Ni siquiera la has mirado. ¿Es demasiado doloroso para ti?

—Es mejor que no, Marga —respondió serio—. Ya es difícil decirte adiós. No me hagas cargar con la responsabilidad de despedirme también del bebé. Ya tendré tiempo de mirarla cuando acabe con los rebeldes y os saque de ahí.

Ella asintió de forma suave, justo antes de acercarse una vez más a sus labios. Santiago la sujetó de forma posesiva por las mejillas para besarlos. Cuando se separaron, Margaret estaba eufórica pues lo conocía bien y su mirada estaba cubierta de victoria, había creído cada una de sus tretas y sentía que jamás había perdido el poder sobre su joven amante.

La reina blanca dominaba por completo el tablero y se había encargado de debilitar cada jugada del maldito Gobernador.

Tras despedirse con varios lagrimones en las mejillas para poner un broche final a su magnífica actuación, se encaminó tras los operarios que la llevaron de vuelta a Toletum. En esta ocasión al parecer no necesitaba compañía de guardias gubernamentales, por lo que se quedó

sola con Claire y Leonard, ya que este había cumplido su promesa y no se había movido un ápice hasta verlas de nuevo.

El capitán de su guardia se puso a las riendas del carruaje en cuanto la ayudó a acomodarse en el interior del mismo. Todo el camino de vuelta a casa lo hizo con el estómago revuelto, la mirada encharcada y la sensación de orgullo adherida a su pecho pues había conseguido su objetivo.

La imagen de Rebeca se dibujaba en su mente a medida que aparecía ante sus ojos el palacio. Toletum era su hogar, Montés era su familia así como su Claire, Cora, Eva, Arthur y James. Pensaba pelear con uñas y dientes para protegerlos.

☆☆☆

Cuando Margaret entró a la sala de reuniones del palacio, se quedó un poco sobrecogida al ver a tanta gente ahí reunida, ya que solo esperaba encontrar a Eva.

Leonard la seguía custodiando, por lo que le incitó a pasar antes de que sus gestos dibujasen una sonrisa enorme en cuanto sus ojos castaños se cruzaron con la mirada de Rebeca.

No sabía qué demonios hacía Montés en palacio, pero no quiso buscar muchas explicaciones si lo único que importaba era que estaba a su lado. James, Eva y Cora también se encontraban en el lugar. Todos guardaban silencio sin dejar de mirarla con evidentes signos de nervios y tensión.

—He convocado a Rebeca con una excusa. Quería que estuviese aquí a tu vuelta —informó James muy serio—. ¿Cómo estás, Marga?

—¿Lograste engañarlo? —preguntó Rebeca nada paciente.

—Lo he logrado, Beca —respondió tras ensanchar la sonrisa—. Ese miserable ha creído absolutamente en todas las patrañas que le he contado. Ahora lo tenemos donde queríamos.

Antes de que nadie más interviniera en la conversación, la joven Blanchard corrió hacia Montés que tardó solo un suspiro en levantarse para recibirla. Pocos segundos después, Claire terminó en sus brazos a la par que Rebeca relajaba cada músculo de su rostro al ver a la pequeña intacta.

—¿Podemos respirar tranquilos, entonces? —preguntó Cora con la voz endurecida.

—Sí, madre, confía en mí —dijo Marga abrazada a la cintura de la joven Montés—. Aprendí del mejor en las artes de la manipulación, le he pagado con su misma moneda. Piensa que soy estúpida, que te odio y que Rebeca me es indiferente. Para él solo os estoy utilizando en mi beneficio y ya no tiene gran interés en ninguna de las dos.

—Eso nos da ventaja —dijo Eva sonriente—. Sus aires de grandeza usados en su contra. Es casi como justicia poética.

—¿No sospecha de nosotras, mi reina? —preguntó Beca mientras ambas se miraban a los ojos—. ¿Ni siquiera un poquito?

—Ha vuelto a advertirme que tenga cuidado contigo —respondió y estalló en risas—. Como si yo no supiera el peligro que tienes, Beca.

—No más disparos por el momento —dijo a la par que la tensión del lugar se disipaba—. Me alegra saber que no corre peligro mi integridad física.

—Solo si no se te ocurre ponerte a trepar muros otra vez —susurró Marga en su oído, a pesar de que fue escuchada y todos se unieron a Rebeca en su risa—. Mi loca, temeraria e inconsciente Montés.

—Gracias por cuidar de la reina cuando ninguno de nosotros podíamos, Leonard —intervino James de forma suave.

—Si es para darle en las narices al Gobernador siempre podéis contar conmigo, majestad —respondió mientras ambos se sonreían.

—Bien, ahora que todo ha acabado me voy a dar un baño muy largo y a vomitar —dijo Margaret con un gesto cargado de asco en el rostro—. Quiero borrar de mí todo contacto de ese miserable. Luego podemos tratar los asuntos tan apremiantes que hicieron que el rey os convocase a palacio, Montés.

—No pienso abaratar los precios de la seda, majestad —intervino con una mueca—. Ya están a un valor inferior al deseado, mis mercaderes se negarán a tremenda ofensa y la corona volverá a ganarse la enemistad de la señora Montés.

Sus palabras le provocaron un nuevo ataque de risa mientras movía la cabeza en un gesto de negación. De todas las excusas que podía haber ideado James había elegido la más absurda de todas.

Llena de alegría a pesar de una reunión que había consumido todas sus fuerzas al tener que fingir frente al hombre que más odiaba en el mundo, atrapó los labios de Rebeca en un beso suave. De ese modo todo volvió a encauzarse y Margaret volvía a sentir que estaba en casa.

—Nada de abaratar la seda —susurró directa contra sus labios—. Pero no os diré que no si me ofrecéis un poco como presente. La pequeña Claire crece muy deprisa y será un bonito detalle para confeccionar más vestidos.

☆☆☆

Los días pronto se convirtieron en semanas, estas en meses y para Rebeca sin duda fueron los mejores de todos cuantos recordaba en Toletum.

La tregua instaurada entre la familia real y los Montés durante la coronación permitía que todo habitante de las llanuras del oeste fuese bien recibido tras la linde de los Blanchard. Ella

misma visitaba el palacio a menudo con la excusa de llevar presentes o mercancías. De esa manera podía pasar pequeños momentos junto a Margaret, a pesar de estar ambas metidas en su papel y relegar sus sentimientos a un juego de miradas que solo ellas sabían interpretar.

A ningún ciudadano le resultaba extraño ver llegar a la señora Montés sobre su corcel para solicitar audiencia real, pues desde que esta había protegido la vida de la reina y la princesa, era recibida con alegría y honores e incluso convocada a reuniones para tratar asuntos del gobierno del reino, ya que parecía haberse ganado la confianza y el aprecio de ambos soberanos.

Llevar sobre sus hombros el peso de la casa Montés ya no parecía una tarea de titanes para la joven señora. Había elevado el apellido hasta el punto que su estandarte ondeaba a la derecha del estandarte real, como una ofrenda a su honor y un pacto de amistad perpetua entre ambas familias. Había prometido ser la mejor señora Montés que había pisado Toletum y lo estaba consiguiendo con creces.

La pequeña Claire crecía demasiado deprisa. Tanto Margaret como ella disfrutaban de todos los cambios que se originaban en la princesa.

Las visitas al claro en las noches de luna nueva se habían vuelto más sagradas que nunca, pues a pesar de que podían verse con asiduidad, no era hasta esa noche especial que eran ellas mismas y se entregaban sin freno alguno en su tarea de seguir enamorándose, de construir juntas su oculta familia.

En el bosque, Rebeca podía disfrutar de Claire sin disfraz ninguno y la pequeña princesa adoraba llegar a esas reuniones para sentir como Montés la tomaba en sus brazos y llenaba su cara de sonoros besos cargados de un amor desmedido.

Ya fuese en el claro junto al resto del grupo u ocultas en la cabaña, Margaret y Rebeca disfrutaban de todas las horas robadas a su fingida vida. Montés seguía componiendo mil versos para regalarle y la reina le pagaba todos sus esfuerzos con un millón de besos. Eran tan felices que nada podía arrancar el calor en sus vientres cada vez que se miraban muy de cerca sin máscaras ni disfraces.

Para Rebeca, Claire era la niña más inteligente del mundo entero. También la más precoz, pues no tardaron en salirle los dientes y con solo diez meses ya corría incansable por el bosque entre risas. Conseguían volver completamente loca a la pobre Margaret, que en ocasiones tenía que lidiar con dos niñas cuando Montés se rebajaba a la altura de Claire y la incitaba a cometer un millón de inofensivas trastadas.

Esa noche en específico no iba a ser la excepción, por lo que las risas y el jolgorio no hacía más que acrecentarse a medida que la pequeña princesa llenaba de hojas silvestres los cabellos de Cora sin que esta mostrase un solo signo de enfado en su rostro.

No hubo un minuto de silencio hasta que Claire terminó su energía infinita y acabó dormida en brazos de James. El rey la acunó muy despacio con la máxima ternura hasta que, por

mucho que peleó por mantener los ojitos abiertos, su profunda respiración confirmó ante todos los presentes que había caído rendida.

Rebeca vio ese hecho como una pequeña señal del destino, pues aunque amaba con todo su ser pasar cada minuto de su tiempo en compañía de todos los presentes, tanto Margaret como ella también necesitaban sus pequeños momentos de intimidad. No tardó mucho en tomarla de la mano y ambas se entendieron con solo mirarse.

—Ahora que nuestro terremoto se ha dormido es hora de que Rebeca y yo desaparezcamos un ratito —informó Margaret sonriente a la par que James asentía despacio—. Quedan varias horas para el amanecer y no creo que me necesitéis de momento.

—A quién no necesitamos en absoluto es a Rebeca —dijo Cora y se ganó una nueva lluvia de hojas, esta vez directa al rostro—. Anda, marchaos a daros besitos a otra parte, pues parece que Montés se olvida de que está saliendo con mi hija.

—Soy tu nuera favorita, Cora —respondió esta con varios alzamientos de cejas—. Quién mejor que la gran e insuperable Rebeca Montés para hacer feliz a cualquier hija. Todo padre estaría deseoso de que se diese ese hecho.

—Cuidado con lo que dices que al final te va a pegar —dijo Arthur sin parar de reír—. Ya sabes que es una leona con su florecilla.

—No tardaremos mucho en volver —intervino Margaret a la par que besaba con ternura la frente de su pequeña—. Si se despierta mandas a Arthur bosque adentro a que nos pegue un grito.

James le respondió con un mudo asentimiento, Margaret se dejó abrazar por Rebeca mucho más tranquila justo antes de que ambas se perdieran en la espesura. En cuanto dejaron atrás al resto del grupo, tardaron solo un segundo en enredar sus labios entre risas, pues a pesar de las burlas y bromas de Cora, no solían tener ese tipo de demostraciones de afecto a menudo si las estaban mirando. El camino a la cabaña lo hicieron a trompicones, al detenerse cada pocos metros para besarse cada vez más intensamente y no fue hasta que Rebeca la hizo subir sobre su espalda que pudieron terminar el trayecto que les quedaba sin entretenerse más de la cuenta.

Ya en el interior de esa casita que ambas, de algún modo, consideraban un hogar. Margaret terminó recostada sobre el colchón sin apartar los ojos de Rebeca. Esta se había sentado frente a la mesa donde ordenaba varios papeles con sus canciones. Tenía el gesto sonriente y reflejaba paz en todos sus rasgos.

—Me encanta mirarte cuando compones, mi amor —susurró sin poder contenerse y ella la miró unos instantes—. Se te pone una carita de concentración adorable.

—Ahora no estoy componiendo nada, mi reina —respondió con una ceja alzada—. Solo quería ordenar porque me he dejado todo aquí desperdigado y como llueva se me va a estropear.

—Me acabo de dar cuenta de que eres toda una trovadora, Beca —dijo y le provocó la risa

—. Siempre cantando esas canciones de amor para tu dama inalcanzable.

—La más inalcanzable de todas —respondió a la par que escondía sus papeles en el baúl. Justo después dejó la silla para acercarse a ella—. La mismísima reina de Toletum es la perfecta dama por la que esta trovadora ha perdido la razón.

Al verla a su lado, Margaret se tumbó para ponerse cómoda en la cama. Rebeca no tardó en colocarse sobre ella por lo que ambas se miraron muy de cerca, hecho que solía disparar su pulso y congelar unos instantes su aliento.

—Eso es porque te doy besos mucho más satisfactorios que las señoritas de la taberna —susurró Margaret con los ojos brillantes.

—No sé yo si son mucho más satisfactorios —dijo con media sonrisa con el objetivo de molestarla—. Tendré que comprobarlo otra vez, para estar segura.

Antes de que pudiese responder o golpearla por su broma, unió sus labios y le arrancó un suspiro. Margaret se vengó de ella de forma descarada, ya que en cuanto inició su beso, atrapó su labio inferior entre los dientes para morderlo. Nunca lo diría en voz alta, pero Montés adoraba cuando la reina se tomaba esas pequeñas venganzas con los dientes, le provocaba escalofríos muy agradables bajo la piel.

Durante algunos minutos se besaron entre risas. Rebeca cada vez la buscaba más hambrienta, Margaret devolvía todas y cada una de sus caricias con idéntica intensidad, unía a los juegos de Montés su lengua y ambas se gritaban sin pronunciar palabra cuándo adoraban cada uno de los besos de los que solo era testigo la luna nueva y su cabaña.

Cuando se separaron para tomar aliento, Margaret sintió un hormigueo recorrerla por entero, pues los ojos marrones de Rebeca lucían negros y no era la primera vez que los veía del todo oscurecidos debido al deseo que la estaba devorando.

—Creo que hay que bajar un poquito la intensidad, mi amor —susurró tan avergonzada que sus mejillas estaban escarlatas—. Si sigues besándome así y mirándome con tantas ganas al final caeré en tus provocaciones y entonces seguro que decides volver con tus señoritas de la taberna.

—Sin duda tus besos son mucho mejores —respondió solemne—. ¿Por qué de pronto ese miedo con las señoritas de la taberna, Marga? Sabes que te quiero solo a ti.

—Porque seguro que pueden satisfacer ese deseo que te consume mucho mejor que yo —murmuró entrecortada debido a la vergüenza—. Ni siquiera sabría cómo empezar y sería un desastre absoluto.

Al comprender a dónde quería llegar a parar la joven reina, Montés elevó las cejas en un claro signo de sorpresa justo antes de regalarle una sonrisa tan dulce que consiguió derretirla por entero.

—Ya echaba de menos que viniese a visitarnos la reina de todos los idiotas y no tan

idiotas, mi amor —susurró con ternura para romper, con esa broma tan característica, todos sus miedos—. Creo que de todas las idioteces que has dicho en tu vida, esa es la más grande.

—No creas —respondió agitada al sentir la cálida mano de Rebeca en su cintura—. Pocas puedo decir que superen mi absurdo enamoramiento con el pelele de Santiago.

—No pasa nada, Marga, yo te perdono que a veces seas tan idiota —dijo para llevarse una palmada en el hombro como consecuencia—. Supongo que me toca volver a ser el escudo contra todos tus miedos. Porque este que te ha asolado ahora es uno que con gusto destruiré hasta hacerlo más pequeño que motitas de polvo al viento.

La joven Blanchard no apartó la mirada un solo instante. Montés acarició muy despacio su mejilla para atraerla de nuevo hasta sus labios. Su nuevo beso fue lento, suave y cargado de ternura. Como si Beca deseara calmar cada temor que se había adherido a su mente, espantar esa vocecilla incesante que le repetía que ella no era suficiente.

Muy despacio y atenta a todas sus reacciones, Montés desató los cordones que mantenían la camisa de Marga en su sitio. Justo después acarició la piel de su vientre al meter la mano bajo la misma.

En cuanto notó como su respiración se entrecortaba, se separó de su beso para acariciar su mejilla sonrosada con los labios. Sin dejar de rozar su piel viajó hasta su oído a la par que sus dedos dibujaban caricias tenues sobre el vientre de la joven.

—Te quiero, Margaret Blanchard —susurró muy bajito en su oído—. Te quiero con todo mi ser. Unirme a ti jamás podrá compararse a ninguna de todas esas muchachas de la taberna porque a ellas no las quise.

Ella respondió con un gemido muy bajito. Rebeca supo interpretarlo como un deseo que no sabía verbalizar, por lo que volvió a acariciar su mejilla con los labios para bajar a su cuello.

Sus dedos viajaban entre la piel de su vientre y la cintura donde repasaban el contorno de su pantalón. Margaret temblaba ante cada roce, tanto de sus juguetonas manos como de sus labios que navegaban impunes desde el nacimiento de su pulso hasta el contorno de su barbilla.

Cada uno de sus juegos encendía su piel hasta abrasarla por entero. La ropa empezó a molestar y se lo hizo saber a su trovadora particular al intentar quitarse la camisa. Rebeca abandonó su cuello para mirarla a los ojos a la par que la ayudaba a deshacerse de la tela. Pudo escuchar como esta golpeaba con un sonido muy tenue la madera del suelo a la vez que Rebeca enredaba sus manos para ayudarla a levantarse.

Una vez en pie, Margaret sintió como le temblaban las piernas y su rostro se tornaba del todo escarlata al ver la mirada hambrienta de Rebeca sobre su piel ante la ausencia de su camisa.

La joven Montés guió la misma mano que aún tenía entre los dedos hasta su oscura camiseta. La incitó sin pronunciar palabra para que se deshiciera de ella y no necesitó mucha súplica. La prenda hizo el mismo recorrido que la suya propia mientras la reina guardaba el

aliento unos segundos a la par que pasaba los dedos por el vientre de Rebeca y descubría poco a poco su desnudez.

La paciencia no solía ser una de las virtudes de la joven Blanchard, por lo que tardó muy poquito en pelearse con el cinturón de Beca. Esta la ayudó para que saciase sus anhelos y le quitase el pantalón.

Ninguna de las dos pronunciaba palabra mientras se descubrían despacio. Margaret dedicó mucho tiempo a dibujar con las yemas de los dedos cada cicatriz visible en la piel de Montés. Empezó por la que se había ganado al recibir ese famoso disparo la noche que había salvado la vida de su hija y terminó en una más antigua, pero de todas la más dolorosa para su adorada Beca. El surco sobre su vientre tras esa terrible intervención médica que le robó la posibilidad de concebir.

Cuando la reina volvió a mirarla a los ojos, Rebeca tomó su mano de nuevo para guiarla al lecho. La ayudó a tumbarse sobre él y, sin perder ni un solo ápice de ternura, desató los nudos que mantenían el pantalón de la joven en su lugar para retirarlo despacio.

Cubiertas únicamente por la ropa interior, se miraron en silencio. Se memorizaron, se recorrieron con los dedos y sus caricias se volvieron cada vez más atrevidas. Se besaron despacio, desde los labios hasta pequeños rincones de piel expuesta.

Las manos de Margaret temblaron ligeramente cuando su necesidad de abarcar cada centímetro de Rebeca la llevó a retirar las prendas que aún cubrían su cuerpo. Montés no tardó en dirigirlas hasta su pecho, por lo que pudo notar como su pezón oscuro se endurecía bajo su contacto.

—Cuando Erik murió juré que nadie volvería a tocarme, mi reina —susurró de forma suave—. Tú eres la primera a la que permito traspasar toda barrera, pues por ti vuelvo a sentir que deseo entregarme por entero.

Ante sus palabras, la mirada de Margaret se humedeció de forma leve mientras la acariciaba con cuidado, disfrutando de todas las sensaciones nuevas que le estaba provocando. Rebeca buscó sus labios y la colisión entre ambas fue tan intensa que la joven reina terminó de nuevo tumbada en el lecho, sin apartar las manos de su piel.

Con su beso aumentando las ganas que sentían cada segundo, apagaron pequeños gemidos a la par que un calor intenso nacía en su bajo vientre. La poca ropa que aún quedaba sobre sus cuerpos terminó también en el suelo y en el mismo instante en el que sintió la piel de Beca contra la suya sin barrera alguna no pudo retener un jadeo sorprendido. Ambas encajaban a la perfección.

Todos los roces de sus labios navegando por la piel de su cuello, el nacimiento de su pecho y la barbilla empezaron a parecerle una tortura demasiado dulce mientras su entrepierna no dejaba de humedecerse y su piel ardía con más intensidad.

—Rebeca —suplicó entre susurros—, por favor, me quema.

Montés comprendió su tormento, por lo que descendió de forma lenta por su vientre sin apartar los labios de su piel. La torturó intensamente mientras la reina gemía incansable, hasta que liberó el primero de sus gritos al sentir su húmeda caricia entre las piernas. Beca no había podido contenerse un solo segundo al alcanzar esa zona que clamaba por ser saciada. Su aroma a excitación profunda había quebrado cada uno de sus sentidos, por lo que usó la lengua para saciar un hambre voraz que la estaba consumiendo. Tardó aún menos en unir a ese juego los labios y empezar a devorarla, incitada por sus jadeos, sus gritos y sus manos aferradas a su cabello para que no detuviera el placer que le estaba regalando.

Cada movimiento de su lengua era certero en intensidad. Provocaba un temblor en todo el cuerpo de su reina, por lo que la sujetó con ternura para invadirla por entero. Pudo escucharla gritar su nombre de forma entrecortada, tantas veces que se quedó anclado a sus oídos, al igual que sus súplicas. No podía detenerse, necesitaba hacerla explotar de deseo y ganas.

Cuando la sintió cada vez más húmeda, apartó los labios y se ganó un jadeo de desdicha por su parte al verse privada de todas esas cosquillas en su vientre.

Con cuidado para no dañarla en modo alguno, volvió a tumbarse sobre ella. Le regaló su sabor impregnado en los labios al besarla y coló su mano para sustituir la lengua. No tardó en acariciar su clítoris con los dedos y provocar un nuevo temblor ante ese estímulo diferente, pero igual de intenso y agradable.

—Necesito mirarte cuando te liberes, mi amor —susurró para explicar por qué había abandonado sus atenciones con la boca—. Quiero mirarte a los ojos de cerca cuando estalles con mi nombre entre cada uno de tus gritos.

—Me estás torturando, Beca —respondió sin dejar de gemir—. La más dulce de las torturas.

Sonriente ante esa súplica velada, entró en ella con los dedos y ambas jadearon. Marga se aferró a sus hombros justo antes de clavar en ella sus ojos completamente negros, Rebeca inició un vaivén con su mano para aliviar la presión que sabía que sentía en su vientre. No pudo detenerse, no al escuchar como gritaba y suplicaba, al ver como temblaba, cómo la miraba tan cargada de deseo y amor que extendió con mucha más fuerza sus alas.

Estaba cerca, podía sentirlo en sus gemidos, podía leerlo en sus orbes oscuros. Aceleró cada embestida con ayuda de su cadera y no dejó de mirarla. Pronto Margaret se arqueó y aferró la manta del lecho con fuerza entre las manos. Su nombre salió en un grito cargado de jadeos y gemidos. Atrapó sus dedos al cerrar las piernas y tembló de forma violenta a medida que el orgasmo navegó por todo su cuerpo para estallar bajo su piel sin tregua alguna.

En es mismo segundo en el que la vio caer contra el colchón, apenas iluminada por el centellear de las velas, con toda su piel bañada en pequeñas gotas de sudor, los ojos cubiertos con un velo de placer intenso y su aliento cortado, Rebeca descubrió que, si había algo en el

mundo que le gustase más que la música, era poder contemplar a su adorada reina alcanzar las estrellas con sus dedos regalándole la más dulce de las torturas, el mayor de los placeres.

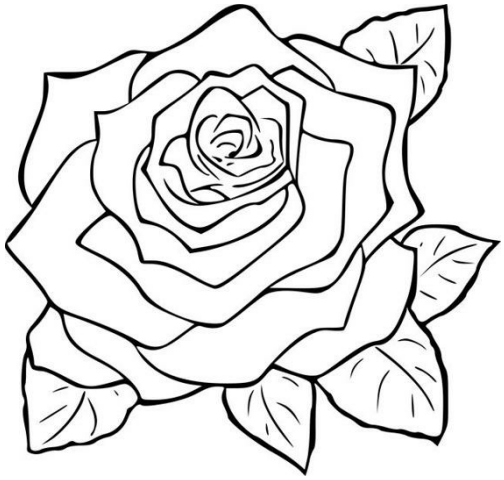
Despacio, salió de ella al sentir como le liberaba el brazo atrapado entre sus piernas. Se tumbó contra su piel para buscarla y besó su aliento cortado con ternura infinita una y otra vez, hasta que Margaret recuperó la capacidad de respirar.

—No más miedos, mi amor —susurró sin dejar de besarla—. Ni una sola mujer en el mundo entero podrá superar jamás a mi dama inalcanzable, a la reina de mis sueños, la hija de las estrellas que decidió dejar el firmamento solo para amarme y colmarme del mayor de los placeres que existe en este mundo.

—Creo que soy yo quien tendría que decir eso, mi amor —respondió enrojecida—. Apenas te he acariciado y tú me has hecho todas esas cosas alucinantes. Creí que me haría pedacitos en cualquier momento cuando estalló bajo mi piel.

—Te amo, Marga —dijo y provocó que esta perdiese el aliento una vez más ante sus palabras—. Ese es el mayor de los placeres de este mundo. Amarte y saber que tú sientes lo mismo que yo, que vamos a pelear por formar nuestra familia, siempre juntas.

REBECA Y MARGARET
CANTAR QUINTO: SERÉ TU ESTRELLA
XXV



Rebeca deslizaba despacio la pluma por el pergamino, apenas iluminada por la luz de una vela. Sus ojos brillaban cargados de mil emociones distintas, como cada vez que se enfrascaba en plasmar todos los versos que nacían en su cabeza y transformarlos en canción.

Cada pocos minutos, alzaba la vista para posarla sobre la cama de la cabaña, donde Margaret dormía. La joven reina estaba enredada en las sábanas, con el cabello alborotado sobre la almohada, los labios entreabiertos y las mejillas encendidas.

Su pecho desnudo se movía al ritmo de su respiración mientras Rebeca sonreía y se recreaba en todos y cada uno de los bonitos recuerdos que estaban creando entre las cuatro paredes de su cabaña escondida.

Desde el instante en el que decidió quebrar todos los miedos de la joven Blanchard, meses atrás, la mayor parte de sus encuentros venían acompañados de esos gemidos que adoraba arrancar y que encendían su pasión más absoluta.

Margaret era la mujer más tozuda del universo y nada la había frenado hasta descubrir, a base de ensayo y error, todo cuanto enloquecía a Rebeca para regalarle el mismo placer que su adorada Montés le había descubierto.

Aún quedaban varias horas para el amanecer, por lo que se dedicó a componer sin dejar de observar a su amada reina dormir tras haberla agotado del todo con su boca juguetona enseñándole a volar muy alto sin necesidad de abandonar ese colchón que se había vuelto su rincón seguro en medio del universo entero.

Perdida en los versos que tomaban forma frente a sus ojos, no se percató de que Blanchard había despertado y, al verla frente a la mesa, abandonó la cama, envuelta en la sábana,

para unirse a Montés. Quería aprovechar hasta el último minuto de su burbuja cargada de felicidad.

Cuando la alcanzó, Rebeca sintió un agradable escalofrío al notar su caricia en los cabellos, por lo que dejó de centrar su atención en el pergamino para rodearla con el brazo y sentarla sobre sus piernas. Margaret tardó muy poquito en abrazarla por el cuello y besar sus labios de forma lenta.

—¿Puedes decirme qué excusa tienes para estar vestida, Beca? —preguntó pícara al separarse—. Cuando me dormí estabas tan desnuda como yo y ahora tendré que volver a quitar todas esas prendas molestas.

—Lejos de tus brazos hace un poco de frío, majestad —respondió sonriente—. No deseaba alejarme, pero nacieron los versos en mi mente y debía sacarlos.

—¿Una nueva canción? —susurró con la mirada brillante—. ¿Puedo verla o debo esperar a que la termines?

Sin responder con palabras, Rebeca le hizo un gesto de asentimiento, por lo que Margaret ensanchó su sonrisa justo antes de romper ese abrazo donde se habían encerrado ambas y tomar el pergamino entre las manos.

Leyó curiosa cada línea que ella había escrito y su rostro se cubrió de sorpresa al vislumbrar la nueva canción de Rebeca, ya que esta era muy diferente a las acostumbradas.

—¿Es una canción de cuna? —preguntó al terminar.

—No está terminada aún —respondió un poco más seria—. Es un regalo para Claire.

—Es preciosa, mi amor —dijo mientras volvía a acomodarse en su cuello—. Seguro que le gustará. Siempre se tranquiliza cuando tú le cantas.

—La música amansa a las fieras, contigo también funciona —contestó para ganarse un golpe por su parte—. Aunque ahora no me apetece amansarte, fierecilla. ¿No era que tenías que quitarme todas estas molestas prendas?

—Sí, pero te vas a quedar con las ganas por idiota —respondió con un fingido enfado.

Rebeca apagó el mohín de sus labios con un beso, Margaret volvió a sonreír con cada roce y soltó un grito cargado de risas en cuanto Montés se levantó de la silla con ella en brazos.

—No hace falta que me quites la ropa —dijo con esa media sonrisa pícara que la reina tanto amaba—. No es necesario para hacerte disfrutar por completo con todas y cada una de mis atenciones.

La reina empezó a reír con ganas y contagió a Rebeca mientras se acercaba, aún con Margaret en los brazos, a la cama. Tenían por delante pocas horas, pero pensaba aprovecharlas. La joven Blanchard parecía pensar lo mismo, puesto que olvidó su amenaza anterior al arrancar sin miramiento alguno toda su ropa en cuanto estuvieron sobre el colchón y se tomó muy en serio la tarea de vengarse de Beca, pues se entretuvo torturandola con los labios por toda su piel.

Besó y mordió para darle a entender que no podía meterse con ella sin consecuencias y la llevó al éxtasis absoluto con la lengua entre sus piernas.

Sin duda alguna, Margaret había olvidado por completo cada duda o miedo que pudo sentir en algún momento, pues escucharla deshacerse en gemidos la impulsaba a seguir aprendiendo como complacer cada uno de sus deseos y Rebeca se juraba a sí misma que jamás había sentido tantísimo gozo como el que ella le provocaba.

Cuando Montés consiguió atrapar a la reina con la guardia baja, intercambió su postura para quedar sobre su cuerpo. Ambas se miraban a los ojos mientras se acariciaban, se buscaban y tanteaban. Margaret mordió su labio a la par que introducía los dedos en su sexo humedecido y empezaba un lento vaivén. Rebeca tardó muy poco en imitarla con movimientos firmes y casi idénticos.

Sus gemidos seguían el mismo compás, aún reconociendose y aprendiendo a entenderse entre las sábanas solo con esos sonidos irrefrenables de placer. Poco a poco, aumentaban la velocidad de sus manos, incitadas por el leve temblor de sus cuerpos, hasta que ambas estallaron casi al unísono en un pequeño coro de jadeos incesantes.

Con esa ola de placer que en cada nuevo encuentro les resultaba más alucinante que la anterior, subieron a la cima sin que un solo centímetro separase su piel. Bajaron de la misma entre besos cargados de un millón de silenciosas promesas, mientras el placer se apoderaba de sus miradas encendidas y su risa compartida, con los latidos desbocados y la genuina felicidad que siempre sentían al poder entregarse de esa forma tan suya y tan íntima.

—Te quiero tanto, Beca —susurró mientras su aliento volvía a un ritmo normal y ambas se abrazaban para sostenerse—. Quiero ser solo tuya para siempre.

—Yo también te quiero, Marga —respondió esta, con sus ojos fijos en la mirada castaña de la reina—. Pero no deseo que te sientas mía en absoluto, mi amor. Tú eres tuya y de nadie más, no eres objeto que yo pueda poseer. Eres la mujer más maravillosa del mundo y yo solo una pobre diabla con suerte porque has decidido compartir conmigo todo cuanto te hace especial. Te perteneces a ti y solo a ti, mi adorada reina.

—Me estremeces siempre que dices cosas así de intensas, Rebeca —dijo con las mejillas encendidas—. Consigues que me replantee todo mi mundo en unas pocas palabras.

—Me gusta ver como creces a mi lado, mi amor —contestó sincera—. Te hicieron creer que amar es poseer, pero para mí amarte es verte volar libre y saber que, en medio de toda esa libertad, me deseas a tu lado para compartirla contigo, no para arrebatartela.

—Entonces seamos libres —susurró con la mirada cargada de luz—. Tú y yo, juntas.

—Ni siquiera Toletum puede robarnos eso, mi amor —aseguró justo antes de besarla despacio—. Tú y yo terminaremos quebrando todo este circo y, en medio del fuego y las cenizas, bailaremos juntas porque vencimos y amarnos nos hizo libres.

☆☆☆

Poco antes del amanecer aparecieron de nuevo en el claro donde el resto del grupo las estaba esperando. Margaret no tardó en desdibujar la sonrisa y poner un gesto un poco más serio, pues al parecer llegaban en el momento justo en el que Claire había despertado y lloriqueaba al estar en brazos de James sin encontrarla con la mirada.

—¿Llegamos muy tarde? —preguntó nerviosa y se ganó una sonrisa suave de James al verla—. Nos entretuvimos un poco más de la cuenta.

—No quiero saber en qué os habéis entretenido así que será mejor que Rebeca mantenga cerrado el pico —respondió Cora de inmediato a su pregunta—. Y no llegáis tarde, el terremotito acaba de despertar ahora mismo.

—Tampoco pensaba contarte los detalles, Cora —respondió Beca con un fingido disgusto —. Me gusta mucho mi cabecita sobre los hombros como para que me la arranques si te cuento la de cosas que hago con tu hija y estas manitas.

Tras su comentario se ganó un golpe en la nuca por parte de Margaret y una mirada fulminante de Cora. La pequeña Claire se removía entre pequeños gritos alegres en brazos de su padre, por lo que James la dejó en el suelo y tardó una milésima de segundo en salir disparada en su dirección.

La reina se agachó de inmediato para recibirla con los brazos extendidos, pero su traidora hija terminó enganchada a la pierna de Rebeca sin dejar de reír, ya que ese había sido su destino desde el principio.

—Pero bueno, princesa —dijo ante la risa de todos los presentes—. Tu mamá soy yo, no esta cabra montesa.

—No le hagas caso, bichillo quejicoso —intervino Rebeca al alzarla en sus brazos—. Es normal que me prefieras a mí que soy la menos idiota de todas.

Sus palabras fueron motivo de un nuevo golpe en su hombro, hecho que provocó la risa de Claire mientras miraba a su madre con los ojillos brillantes. Su hija era un ser cargado de absoluta felicidad y esta se hacía del todo patente cuando era Beca quien la abrazaba como en esos instantes.

Margaret enredó su mano con la de Montés para que se dirigieran a la hoguera y poder guardar los breves instantes que les quedaban antes de despedirse hasta la siguiente luna nueva. El silencio apareció, quebrado únicamente por el balbuceo incesante de la pequeña, muy cómoda sobre las piernas de Rebeca.

La reina no pudo evitar acariciar los cabellos de su hija con ternura mientras la joven Montés dejaba que la princesa apretase su mano y la agitase como si fuese el juego más divertido del mundo.

Cuando estaban asimilando que en pocos minutos tendrían que decirse adiós, Claire miró el rostro tranquilo de su madre con una enorme sonrisa y su siguiente grito consiguió acelerar a todos los presentes en el acto.

—Mamá —dijo de forma clara en medio de su incesante parloteo inteligible.

Margaret se quedó congelada con el pecho acelerado, Rebeca dibujó una enorme sonrisa en los labios a la par que Arthur, James y Cora mostraban ternura y alegría en sus miradas, la princesa les había regalado su primera palabra en medio del paréntesis que suponía para ellos el claro del bosque.

Al escuchar la suave risa orgullosa de Montés ante las lágrimas emocionadas de la reina, Claire se giró para mirarla, ensanchó esa sonrisa infantil cargada de emoción desmedida, colocó su pequeña mano en su mejilla y, con ese gesto, provocó que esta la mirase de forma tierna.

—*Bebeca* —dijo sin dejar de mirarla con el único fin de escucharla reírse otra vez.

El silencio más absoluto les envolvió a todos en el acto. La emoción que habían sentido al escuchar a Claire se vio eclipsada de pronto con un miedo latente que todos tenían. Rebeca se tensó, Margaret se acercó para abrazarla por los hombros. Ambas se miraron a los ojos muy serias.

—Ha dicho mamá —susurró esta como si necesitase confirmar que no había sido producto de su imaginación—. Y también mi nombre.

—Sus primeras palabras, mamá y Rebeca —respondió James muy serio. Tras la emoción de haberlas escuchado, caía sobre él la losa del auténtico significado de que Claire hablase.

—Sabíamos que llegaría este momento más pronto que tarde —susurró Cora a la par que todos entristecían sus rostros.

—Claire ya no podrá venir al claro —añadió Arthur como si nadie más se atreviera a verbalizar lo que todos pensaban—. No hasta que comprenda en qué mundo vivimos y pueda guardar el secreto. Ahora que va a empezar a hablar puede delatar lo que hacemos aquí sin ser consciente de las consecuencias.

Rebeca no tardó en enredar los brazos alrededor de esa pequeña, del todo inconsciente de lo que había originado en solo un instante. Les había regalado la pequeña alegría de escucharla, para recordarles al minuto siguiente que debía decirle adiós por un tiempo indeterminado.

La joven Montés apretó los labios con fuerza, pero no consiguió detener una lágrima cargada de rabia, dolor y anhelo. Margaret acarició su mejilla para secarsela justo antes de apoyarse en su hombro en silencio.

—No será para siempre, mi amor —susurró casi tan rota como ella—. Solo hasta que crezca un poco y entienda que debe guardar silencio sobre nosotras.

—Lo sé, mi reina —respondió mientras todos respetaban su dolor con miradas cargadas de comprensión—. Pero no puedo evitar sentir esta rabia desmedida ante el hecho de que Santiago,

de una forma u otra, ha vuelto a arrebatarme a mi hija.

☆☆☆

Margaret permanecía sentada frente a Eva en la sala de reuniones. Ninguna había dicho palabra, pero la joven reina estaba cargada de rabia y esta se mostraba en su mirada helada. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los labios torcidos en una mueca disgustada.

Eva respetaba su silencio con su mirada azul cargada de entendimiento y tristeza absoluta.

—No es justo, Eva —susurró con rencor en sus palabras—. ¿Qué más va a quitarnos Santiago si ya nos ha arrebatado nuestras vidas por entero?

—Ya sé que no es justo, mi vida —respondió tras un suspiro—, pero sus órdenes son muy claras. Claire no debe salirse del guion y siendo tan pequeña es imposible que lo entienda, debe creer que esta es su vida hasta que crezca lo suficiente como para poder explicárselo sin poner en riesgo su integridad.

—Puede creer que esta es su vida sin prescindir de Rebeca como su madre —dijo furiosa —. No deseo separarlas, Eva. Beca ha perdido demasiado desde que ese loco la encerró aquí. ¿Cómo puedo consentir que también le arrebate a Claire?

—Sabes perfectamente que a ojos de New World Rebeca es la feliz esposa de Arthur Montés —susurró cargada de tristeza—. Lo único que la une a ti es su juramento de pleitesía y vasallaje. Jamás podrá ser más que la señora de las llanuras del oeste y no puede ser nada para Claire a parte de su sierva.

—Odio el maldito guion, lo detesto con toda mi alma —respondió con la primera de sus lágrimas en la mejilla—. Debemos romperlo, reducirlo a cenizas. Rebeca se merece criar a Claire como suya y estar a mi lado como mi mujer, no mi súbita ni todas esas pantomimas absurdas.

—Beca intentó saltarse el guion, ya lo sabes —dijo Eva de forma suave—. También sabes cómo se lo agradeció el Gobernador. No podemos subestimarle, mi vida. Por mucho que nos duela o injusto que parezca, el bienestar de tu hija es más importante. Rebeca lo sabe y tú también debes pensar en ello.

—Duele demasiado, Eva —respondió al cabo de algunos segundos—. Al final siempre sale perdiendo Rebeca y no puedo soportar verla sufrir.

—Mi valiente Montés es más fuerte de lo que crees, Marga —dijo esta a la par que alcanzaba su mano para regalarle un apretón—. Encontraremos la manera de que estén unidas a pesar del guion y la distancia impuesta. Cuando sea el momento, Claire sabrá la verdad, descubrirá quién es realmente Beca y volverán a unirse como familia. De momento nos toca soportar el dolor y ser precavidas. Santiago nos ha dejado en paz por tu formidable actuación ante él, pero si llega a descubrir que es mentira, que tu corazón no le pertenece y has decidido

amar a la persona a la que más odia en el mundo entero, la va a destruir y a ti te quitará a la pequeña. No podemos dejar que eso suceda.

—La próxima luna nueva será la última que mi niña pase junto a Rebeca —dijo al final con un suspiro—. Al menos le debemos que se despida con propiedad.

Eva asintió solemne, ambas se miraron algunos instantes mientras Margaret liberaba todo su dolor para volver a disfrazarse de la reina, hecho que durante días le había costado demasiado y por eso mismo Eva la había encerrado en esa salita.

—Tú, sin embargo, debes continuar con tus escapadas al claro —dijo al final la reina madre y provocó que Margaret la mirase de forma intensa—. James y tú seguiréis con la tradición. Cora y yo nos quedarnos custodiando a nuestra nietecita mientras permanezcais fuera. Rebeca no puede perderos a las dos.

—¿Mi madre está de acuerdo? —susurró despacio—. Ella también ansía la libertad del claro.

—Tu madre ansía por encima de cualquier cosa que nuestra adorada nieta esté a salvo, igual que yo —respondió con un asentimiento—. Entre las dos podemos ocuparnos de la princesa. Tú debes cuidar de Rebeca mientras esté en tu mano hacerlo, pues creo que no eres consciente de lo que has significado en su vida, cómo estaba antes de que aparecieras y cómo ha recuperado su antigua esencia solo porque decidió ser una rebelde irremediable y se enamoró de ti.

—Cuando Claire crezca lo suficiente debe saber la verdad —suplicó entre susurros—. No puede pasar el resto de su vida pensando que Cora solo es su guardia personal o que Rebeca no es más que la señora Montés de las llanuras del oeste.

—Cuando crezca lo suficiente sabrá quien es en realidad —respondió de forma suave—. Y entonces será imparable, ten fe en mí.

El silencio volvió a aparecer entre ambas. Eva dejó que Margaret se liberase de todo pesar durante el tiempo que consideró necesario. Cuando la joven le devolvió una mirada más tranquila y decidida, la reina madre le regaló una sonrisa.

—Ahora estás lista para volver a ser la reina de Toletum, mi vida —susurró orgullosa—. Ve y sigue protegiéndonos con esa férrea determinación que te caracteriza, majestad.

☆☆☆

Rebeca y Arthur llegaron al claro de luna nueva prácticamente a la vez que la comitiva del palacio real. Como si se hubiesen puesto de acuerdo en una ocasión tan trascendental, todos se habían presentado mucho más temprano de lo habitual y la alegría de la que solían hacer gala brillaba por su ausencia, empañada por un adiós que los Montés no querían dar, aunque era

necesario.

Igual que en todas las reuniones anteriores a esa, Claire tardó segundos en salir disparada a los brazos de Rebeca que la acogió con un millón de lágrimas atrapadas en sus ojos. La pequeña no era consciente que no volvería a verla hasta que pasara demasiado tiempo.

Margaret se apresuró a alcanzarlas. Se fundió con Beca en un sentido abrazo sin que esta soltase a Claire mientras todos guardaban un respetuoso silencio.

Tras su saludo, algo menos efusivo que en otras ocasiones, Arthur y James encendieron la hoguera y tomaron asiento. Era una noche difícil, pero deseaban disfrutarla por entero, por lo que Rebeca tardó muy poco en incitar a Claire para que esta se convirtiese en su torbellino favorito. El claro no tardó en llenarse de risas sinceras y miradas cargadas de cariño posadas sobre la joven Montés y su adorada princesa, protagonistas de un millón de trastadas como despedida incierta que pesaba en todos los presentes como una losa.

—Yo también debo despedirme por tiempo indeterminado, me temo —susurró Cora a la par que los Montés la miraban muy serios—. Mi deber es quedarme en palacio con Eva y custodiar a la pequeña el resto de lunas en las que no pueda acudir a estos encuentros.

—Entonces espero que te dejes caer por el palacete de vez en cuando, amiga mía —respondió Rebeca comprensiva—. Sino no puedo contarte todas las aventuras fascinantes que Margaret y yo protagonizamos en nuestro amor de leyenda.

—Eso es lo único que me alivia de saber que vuelvo a mi encierro perpetuo, Montés —dijo con los ojos entrecerrados—. Saber que voy a perderte de vista por tiempo indeterminado y no voy a aguardar aquí mientras tú estás haciendo a saber qué cosas lascivas con mi adorada florecilla.

—Lascivas no es la palabra que yo usaría —respondió mientras todos reían al escuchar su tono alegre—. Quizás apasionadas, húmedas, placenteras…

No pudo terminar su retahíla de adjetivos antes de recibir un golpe certero por parte de Margaret, completamente colorada. Hecho que volvió a provocar la risa de todos, incluida Claire que no comprendía qué causaba tanta alegría en los adultos, pero no quería ser menos que ellos.

—Tú sigue así, Beca, que te vas a quedar sin nada de todo eso que has dicho hasta que Claire sea mayor de edad —amenazó de forma desafiante—. O puede que mi madre te ensarte con la espada, una de dos.

En medio de alegres conversaciones y el corretear incesante de la pequeña, las horas se fueron encadenando una tras otra mientras Rebeca no perdía un solo segundo apartada de Claire. Nadie quiso impedirlo, pues todos los presentes comprendían qué tipo de fantasma se había despertado tras su mirada quebrada y respetaban su espacio.

Cuando la princesa empezó a mostrar los signos de su cansancio, James le hizo un gesto a su amiga para darle a entender que tenía su beneplácito para ser ella quien se encargase de

dormirla. Esa noche no habría escapada a la cabaña para estar a solas con Margaret pues le pertenecía por entero a Claire.

Rebeca no tardó en tomarla en sus brazos, hecho que consiguió dibujar la más luminosa sonrisa en el rostro de la pequeña. Con infinito cuidado, se sentó sobre el tronco, justo entre Cora y Margaret, ya que también deseaba compartir cada momento de despedida con su más íntima amiga.

Despacio, tumbó a Claire sobre sus piernas y esta se acomodó como una pequeña culebrilla. Sus ojos se cruzaron, Beca le regaló una sonrisa cargada de afecto y enredó los dedos en los cabellos castaños de la princesa para dejar leves caricias que le provocaron un hondo suspiro.

Cuando dejó de moverse nerviosa, el silencio invadió el lugar hasta que Rebeca empezó a entonar de forma suave una nueva melodía. La música instrumental que había ideado para la misma salía de sus labios en forma de pequeño murmullo y Margaret terminó apoyada en su hombro para dejarse invadir por cada nota y cada verso que iba a regalarles.

« *Desde el cielo ha descendido, todo el amor que me haces sentir. Bello lucero hecho de mi latido, mi respiración y mi alma. Sobre nosotras se dibujan luces de amor hechas cuna y yo te arrullaré cuando la noche llegue a ti* »

La reina de inmediato reconoció los versos, pues esta era la nana que Rebeca había compuesto para Claire. Al parecer Montés había terminado su obra a tiempo y había decidido regalarsela en su última noche juntas, sin que la pequeña llegase a comprender cuánto estaba sufriendo con cada nota que escapaba de sus labios.

« *El sol y la luna cantarán todas las canciones que yo les enseñé. Las estrellas del cielo te cuidarán, para que feliz crezcas, aún sin mí. Cada vez que sola te creas sentir, cada vez que ansies llorar en el firmamento me encontrarás, soy tu estrella, la que brilla más* »

Un pequeño escalofrío recorrió a todos los presentes al comprender que la joven Montés estaba desnudando en esa canción de cuna cada pedacito de su alma. Marga se aferró a ella mientras ambas miraban a Claire luchar contra el sueño para seguir escuchando la voz de Rebeca que tanto le gustaba.

« *Esta vida tiene normas, para que tú vivas yo debo partir. Pero jamás dejaré de estar junto a ti. El sol y la luna cantarán todas las canciones que yo les enseñé. Las estrellas del cielo te cuidarán, para que feliz crezcas, aún sin mí. Cada vez que sola te creas sentir, cada vez que ansies llorar, en el firmamento me encontrarás, soy tu estrella, la que brilla más* »

Con un gesto muy serio, tanto Arthur como Rebeca dejaron escapar un pequeño sollozo cargado de ruinas en medio de su canción. Claire había caído rendida y su acompasada respiración se unía al murmullo de la música que Rebeca les estaba regalando.

« *Te veré crecer desde el oeste llena de luz, pues mi aliento está en tu canción y el viento te llevará los besos que*

dejo a deberte, mi amor. El sol y la luna cantarán todas las canciones que yo les enseñé. Las estrellas del cielo te cuidarán, para que feliz crezcas, aún sin mí. Cada vez que sola te creas sentir, cada vez que ansies llorar, en el firmamento me encontrarás, soy tu estrella, mi amor, soy tu luz »

Cuando terminó de cantar, su voz aún sonaba como un murmullo en el claro. Arthur se había sentado frente a ella, por lo que ambos observaban con infinita ternura a la pequeña dormida sobre sus piernas. Margaret llenó su mirada de dolor al sentir que Santiago había vuelto a arrebatarle esa familia que estaban formando.

De pronto, Rebeca enredó sus manos, aunque no abandonó su observación absoluta de la pequeña. Cora había pasado el brazo por sus hombros y sorprendió a todos al dejar un suave beso en su mejilla encharcada.

—Que no sirva de precedente, Montés —susurró con una triste sonrisa en el rostro—. Pero no voy a marcharme sin decirte que me hace realmente feliz saber que mi hija te ha elegido a ti para compartir su familia y su futuro. Sin duda eres la mujer por la que yo daría mi vida sin pensarlo un solo instante.

—Gracias, amiga mía —respondió no más alto que un susurro—. Para mí también es un honor que me haya elegido y formar parte de tu familia.

Margaret guardó silencio sin poder evitar sonreír al escuchar a su madre. Le encantaba que Cora amase tanto a Rebeca y verlas tan cercanas, ya que eran las mujeres más importantes de su vida a excepción de Claire.

Cuando Beca apartó los ojos de la pequeña para mirarla a ella, le regaló un suave beso sobre los labios como una promesa de que ese dolor no duraría para siempre. Que volverían a ser una familia como ambas deseaban desde lo más profundo de su ser.

—Toma, mi reina —susurró al separarse de ella y sacar un pergamino de su camisa—. Es su canción. Guárdala y cántasela siempre que lo necesite.

—Todas las noches sin excepción se la cantaré —respondió solemne—. Quizás no sepa quien eres, mi amor, pero no dejaré que pase un solo día de su vida sin que estés presente en la misma.

REBECA Y MARGARET
CANTAR SEXTO: LAS LLANURAS DEL OESTE
XXVI



La mañana en la que cumplió los siete años, Claire dejó la cama de un salto completamente emocionada, pues no solo le esperaban un montón de muestras de aprecio en forma de presente, sino que iban a partir en comitiva real y, por primera vez, sus padres le habían comunicado que viajaría con ellos.

Con el paso del tiempo, la pequeña princesa se había vuelto una niña muy despierta, extremadamente inteligente y risueña. Crecía cargada de afecto tanto por parte de sus majestades los reyes como de todo el pueblo de Toletum, aunque a este apenas podía reconocerlo más allá de las murallas de palacio.

Por eso mismo, cuando su madre le había comunicado sonriente que sería parte de la comitiva real y celebraría su cumpleaños con una visita oficial a los nobles del reino, la emoción la había embargado por completo. Tanto que había pasado más de cinco días enteros comunicando dicha noticia a viva voz ante toda persona que se cruzase en su camino, sobre todo Cora y Eva que recibían su entusiasmo desmedido con una sonrisa tierna en sendos rostros.

Estaba tan contenta que ni siquiera intentó escapar de Cora en cuanto esta entró a su alcoba para ayudarla a cambiarse. La recibió con gritos alegres y dejó que esa mujer, a la que adoraba con cada centímetro de su diminuto ser, la tomase en sus brazos para llevarla a la bañera.

—Es hoy, Cora —gritó una vez más ya sumergida en el agua caliente—. Madre y padre van a llevarme con ellos a conocer Toletum entero.

—Me alegra ver que ese hecho os hace tan feliz, princesa —respondió sin borrar la sonrisa —. Ya os habéis convertido en toda una señorita mayor y vuestro pueblo merece presenciar a la princesa que tanto aman más allá de las murallas.

—¿Vos también vais a venir, Cora? —preguntó emocionada—. Iremos muy lejos, hasta todos los poblados del reino. Incluso iremos a las llanuras del oeste, madre me lo ha dicho.

—Ya sabéis que mi lugar está a vuestra vera, mi princesa —dijo y se ganó una luminosa sonrisa por su parte—. ¿Quién sino va a cuidar de vos cuando decidáis escapar en busca de trepidantes aventuras?

—Eso solo ha pasado una vez —contestó entre risas—. Madre se enfadó tanto que no voy a hacerlo más. He prometido que voy a ser una buena princesa y no me apartaré de madre ni de vos en todo el viaje.

—Entonces, si lo habéis prometido, dejad de moveros como un pececillo para que pueda acicalaros, alteza —dijo esta en medio de su luminosa risa—. No queréis hacer esperar a vuestra madre y que partan a tierras lejanas sin vos, ¿verdad que no?

Al escucharla, Claire dibujó una mueca de horror absoluto en el rostro justo antes de negar con la cabeza de forma efusiva y quedarse muy quieta. Cora empezó a reír mientras terminaba de asearla. La princesa era un auténtico torbellino de energía y sonrisas, pero a la par era de lo más obediente cuando se lo proponía, por lo que no tardó demasiado en dejarla lista para su ansiado viaje. Este daría comienzo tras el desayuno en el gran salón donde sus padres la estaban esperando.

—Cora —susurró la pequeña al tomar su mano para salir de la alcoba—. ¿Vos sois de las llanuras del oeste? Madre me lo dijo.

—Así es, mi princesa —respondió de forma dulce—. Años ha dejé mi hogar y el negro de Montés para vestir el blanco y dorado de Blanchard y proteger a la familia real con honor y gloria.

—¿Cómo es? —preguntó con los ojos brillantes—. ¿Es tan hermoso como dicen?

—El oeste es el lugar más hermoso de Toletum, alteza —respondió sonriente—. Vos misma lo vais a comprobar, pues nuestro periplo finaliza en las llanuras donde la casa Montés ha decidido honraros con una invitación honorífica.

—Lo estoy deseando —gritó de nuevo y provocó una suave risa como consecuencia—. Ardo en deseos de conocer el hogar que dejásteis para venir aquí a ser mi mejor amiga en todo el mundo.

☆☆☆

Cuando el gallo cantó para anunciar el nuevo amanecer, Rebeca hacía horas que estaba fuera de la cama, con todo su ser cubierto de anticipado nerviosismo, pues tras cinco años podría, aunque fuese en un acto protocolario, ver a su pequeña Claire más allá de los bocetos de su rostro que Margaret se encargaba de hacerle llegar con asiduidad.

Sentada frente a su escritorio, pasaba los dedos por el pergamino que la reina había enviado con ese anuncio que había removido todo su ser por entero. La visita real a las llanuras

del oeste.

Sonriente, volvió a leer esas letras que casi había memorizado, como si aún no pudiese creer la esperanza absoluta que le regalaban las palabras de Marga ante sus ojos.

«A la atención de mi amada trovadora,

Tras mucha deliberación conmigo misma y, sobre todo, gran cabezonería ya que he decidido convertirme en la reina más pesada del universo entero, James y Eva han claudicado a mis deseos.

En solo dos semanas, nuestra pequeña Claire cumple siete años y me veo incapaz de celebrar tan especial acontecimiento otra vez sin que formes parte del mismo. Por tanto he decidido sin dejar espacio para discusión que su cumpleaños será la fecha oficial en la que nuestra amada princesa recorra junto a la comitiva real todo Toletum y, por ende, las llanuras del oeste donde tu corazón la añora con tantas ansias.

Sé que no es como soñábamos, mi amor. Pero creo que he encontrado la manera de acercartela sin romper el guión. Espero que tu respuesta a esta carta sea afirmativa y decidas acogernos en tu bella llanura o todas las amenazas que he lanzado todos estos días para conseguir mi objetivo habrán sido una pérdida de tiempo.
Te amo, Rebeca. Te amo con todo mi ser. Cada centímetro de mí desea haber provocado tu alegría con esta misiva, pues verte sufrir esta lejanía tan injusta con la pequeña me destroza por dentro como una puñalada.
Sinceramente libre a tu lado: Tu reina que te adora de manera infinita.

Margaret B.»

Centrada como estaba en memorizar cada letra, no se percató de la presencia de Arthur a su lado, por lo que su amigo consiguió sobresaltarla al captar su atención con un toque en su

brazo y se ganó como consecuencia un puñetazo en el hombro.

—Es hoy, Beca —susurró sonriente y provocó que se iluminase su mirada—. Hoy veremos a nuestra princesa.

—Por fin —respondió también entre susurros—. ¿Está todo dispuesto? Deseo recibir a sus majestades en el palacete con toda la opulencia y dignidad de los Montés.

—Todo está preparado para su llegada —dijo mientras ambos se sonreían—. Incluido el presente que has dispuesto para la princesa por su séptimo cumpleaños.

—Bien, no quiero fallo alguno —indicó algo más seria—. Sus majestades y la princesa han sido cordialmente invitados a pernoctar bajo nuestro techo y un honor de este calibre requiere que ofertemeos lo mejor que tenemos para demostrar el regalo que nos han hecho al elegirnos por encima de todos los demás.

—He mandado que preparen los barriles del mejor vino de todo Toletum para tal acto —dijo a la par que se acercaba al oído de Rebeca para dejarle un susurro—. Embriagados todos los nobles nadie se percatará de cómo huyes a las caballerizas con nuestra adorada reina.

Sus palabras provocaron que Rebeca volviese a golpearlo. Justo después ambos empezaron a reír con inmensa alegría, pues se sentían dichosos y algo más livianos ante la idea de ver a Claire, aunque fuese interpretando, tras haberla echado de menos todos y cada uno de los días transcurridos esos cinco largos años.

☆☆☆

La comitiva real en todo su esplendor dejó atrás el palacio para adentrarse a cada poblado del reino, llevando en su interior a sus majestades y a la pequeña Claire completamente emocionada.

En el cubículo, Margaret no podía dejar de sonreír un instante al ver como la princesa daba pequeños saltitos sin apartar la mirada de la ventana para abarcar todo el paisaje ante sus enormes ojos castaños.

James permanecía a su derecha con un gesto casi idéntico, pues no era un secreto para nadie que el rey amaba tantísimo a su hija que se derretía por entero con cada momento que disfrutaba a su lado.

Ambos tenían las manos enredadas en un gesto de afecto. Siempre que se mostraban en público dejaban ver esas pequeñas muestras de cariño que contentaban al pueblo, ya que para ellos sus majestades los reyes estaban profundamente enamorados.

En cada aldea que se detuvieron, recibieron gritos de alegría y grandes honores. Claire no se apartaba de su madre tal y como había prometido, pero no dudaba un solo instante en saludar de forma bastante efusiva a todo el mundo y sonreía alegre con cada presente que le entregaban en tan dichoso día.

Cuando, horas más tarde debido a sus continuas paradas, dejaron la linde Blanchard para adentrarse en las llanuras, Claire pegó el rostro al cristal para abarcar por completo todo paisaje que se presentaba ante ella y no tardó mucho en emocionarse al ver como cientos de jinetes con ropajes oscuros empezaban a formar un corredor a ambos lados de la comitiva para darles la bienvenida.

—Mirad, madre —señaló sin borrar la sonrisa—. Vienen a recibirnos.

—¿Reconocéis su estandarte? —preguntó Marga con ternura, ya que llevaba varios meses instruyendo a la pequeña con los entresijos de Toletum y sus casas nobles.

—Las espadas cruzadas —respondió alegre—. El estandarte de la casa Montés.

—Parece que las huestes del oeste nos reciben en formación honorífica —intervino James al mirar también por la ventanilla—. ¿Sabéis decirme el lema de la casa Montés, princesa?

—Honor y gloria, Montés, ahora y siempre —dijo emocionada—. Son los más valientes de Toletum.

—Son el mayor ejército de todos y el más leal, princesa —respondió la reina con dulzura —. Las huestes Montés defendieron el palacio con honor el día que nacisteis, Claire. Por eso su estandarte ondea a la derecha del nuestro en la sala del trono.

—Deseo agradecerle tal acto a la señora Montés —dijo la pequeña con los ojos brillantes —. ¿Ella va a recibirnos, madre?

—Así es, princesa —respondió sin que su hija pudiese notar la emoción real que sentía ante esas palabras—. Rebeca Montés no solo aceptó con gusto recibirnos hoy, también ofreció su hogar para alojarnos y que partamos de vuelta a casa mañana tras haber descansado de una jornada tan intensa. Por eso mismo es nuestra última parada.

Claire asintió emocionada ante lo que le parecía la mayor aventura de toda su corta vida. Margaret y James se miraron sonrientes, pues ambos ansiaban con todo su ser llegar al palacete para que Rebeca disfrutase de Claire, aunque fuese unas horas y sin delatar sus auténticos sentimientos hacia la princesa.

Cuando el carruaje aminoró la marcha, la princesa volvió a la ventana con prisa y abrió los ojos de forma desmesurada ante el esplendor del palacete, pues a pesar de ser mucho más pequeño que el castillo donde vivía, el color negro con techos plateados le pareció del todo majestuoso.

Había mucha gente congregada para verles aparecer. El vehículo se detuvo y desde el interior pudo vislumbrar sobre los escalones de la puerta principal a la mujer más imponente que había visto en su vida y supuso que ella era la famosa Rebeca Montés.

Cora abrió la portezuela para ayudarla a bajar, ya que era la gran protagonista del momento y sus padres le habían concedido el honor de ser la primera en salir del carruaje en cada parada.

Al contrario que en el resto de aldeas, en las llanuras del oeste no fue recibida por griteríos,

sino por un silencio reverencial a la par que absolutamente todos los presentes hincaban la rodilla ante ella en una muestra de absoluta lealtad.

Su madre no tardó mucho en colocarse a su lado, James también tomó su posición, por lo que los tres empezaron a caminar, seguidos por Leonard y Cora como capitanes de la guardia real y cinco hombres a su mando.

De cerca el palacete le pareció aún más impactante y Rebeca mucho más imponente que desde la lejanía. No podía dejar de mirarla pues era diferente a cualquier mujer que se hubiese cruzado en su vida. Vestía el negro con elegancia, una capa con su estandarte sobre los hombros y espada en el cinto, como si de un hombre se tratase. Tenía el cabello recogido en una trenza, por lo que su rostro dorado por el sol se mostraba libre y, para la joven princesa, del todo fascinante.

Pronto descubrió que la señora Montés tenía más honores añadidos aparte de lucir su estandarte junto al de la casa real, pues todos se arrodillaban en su presencia menos ella, que solo hizo una leve reverencia. Tenía permitido permanecer a la misma altura que sus majestades sin suponer una ofensa para estos.

—Majestades, alteza real —saludó de forma solemne —Sed bienvenidos a las llanuras del oeste en este día tan dichoso.

—Señora Montés —respondió su madre a dicho saludo, sin inclinación alguna, pero con tanto respeto que acrecentó la curiosidad de Claire—. Es un gran honor para nosotros, la familia real, ser invitados en el hogar de los Montés.

—El honor siempre es mío, majestad —dijo suavizando un poco su voz—. Si me acompañan, mis hombres les acomodarán. Después empezarán los festejos para honrar a nuestra amada princesa en su día especial, ya que hace siete años que vino a este mundo.

☆☆☆

En la alcoba que habían preparado para ella, la joven Claire dejaba que Cora la ayudase a cambiar el vestido que había llevado todo el viaje por un traje de pantalón un poco más cómodo para explorar las llanuras, ya que aún quedaban varias horas para el anochecer.

La pequeña lucía seria, pues se sentía del todo abrumada en ese lugar y no sabía cómo explicar la honda impresión que le había causado Rebeca Montés. Cora no tardó en percatarse de que algo le ocurría a su querida niña, por lo que apretó su nariz con el dedo para provocarle la risa y sonsacarle qué asunto tenía su mente tan turbada.

—¿Qué os ocurre, florecilla? —preguntó con ese mote que Claire amaba—. ¿No os gusta el oeste?

—El oeste es hermoso, Cora —susurró avergonzada—. Es que Rebeca es muy impresionante. Siento miedo, no deseo decir nada fuera de lugar en su presencia.

—Podéis decir todo cuanto deseéis en presencia de Rebeca —respondió con una carcajada —. Parece impresionante, pero ella siente tal devoción por vos que podriais decirle el peor de los insultos y aún así os besaría la mano y protegería vuestra vida sin pensarselo un solo instante.

Cuando Claire iba a responder, una serie de golpes en la puerta la sobresaltaron. Cora le pidió con un gesto que esperase y se encaminó a la misma para comprobar quién requería de su presencia. No tardó en ensanchar la sonrisa al reconocer a la mismísima señora Montés frente a ella. Rebeca también sonreía del todo sincera.

—Siento interrumpir, alteza real —dijo al personarse en la habitación—. Vuestra madre me ha concedido su permiso para venir a veros y deciros que os espera un presente en el patio. Tanto ella como vuestro padre están reunidos con mi esposo en estos instantes.

—¿Un presente para mi cumpleaños? —preguntó con los ojillos brillantes—. Deseo verlo de inmediato, pero prometí a madre que no iría a ninguna parte sin ella o sin Cora. ¿Puede venir?

—¿Qué me dices, amiga mía? —preguntó Rebeca a la par que pasaba el brazo por los hombros de la mujer—. ¿Nos acompañáis a su alteza real y a mí al patio para que pueda ver su regalo?

—Por supuesto que sí —respondió desafiante—. Por nada del mundo se me ocurriría dejarte a ti sola con la princesa. A saber en qué clase de trifulcas eres capaz de involucrarla, Montés.

Frente a los ojos curiosos de Claire, ambas mujeres estallaron en una sonora risa justo antes de abrazarse con fuerza. Hecho que consiguió relajar todos los miedos de la joven princesa, ya que si Cora sentía tanta familiaridad con esa mujer no tenía nada que temer.

—Te he echado de menos, amiga mía —dijo muy sincera—. No sabes cuánto.

—Yo a ti no te he echado de menos ni un poquito —respondió sonriente—. Tengo la mente ocupada en consentir y adorar a la princesa. No tengo tiempo de pensar en todas tus aventuras rocambolescas y en como he ganado algo de paz al alejarme de las mismas.

—Vamos, alteza —susurró Montés con la mano extendida hacia ella—. Vuestra madre terminará de tratar asuntos del todo aburridos con mi esposo y se unirá a nosotras en el patio.

Claire no se lo pensó dos veces, pues esa mujer le causaba gran curiosidad y esta se había acrecentado, ya que parecía ser una gran amiga de Cora. Corrió hacia ella y aceptó su mano para salir ambas de la alcoba. No tardaron demasiado en llegar a un patio interior con columnas alrededor. En el centro del mismo, un gran corcel blanco esperaba tranquilo. Claire abrió los ojos desmesuradamente ante el animal al encontrarlo magnífico.

—Os presento a Quejicoso —dijo Rebeca provocandole un ataque de risa ante el nombre del animal—. Uno de mis corceles más fieles que ahora os pertenece a vos.

—¿Para mí? —preguntó del todo asombrada—. Pero es muy grande, yo solo sé montar en los ponis de palacio.

—Quejicoso es mucho más dócil y fácil de manejar que un poni, alteza —aseguró del todo solemne—. Y ya tenéis siete años, es hora de que cambieis de montura a una más adecuada a vuestro rango.

—¿Y si me caigo? —preguntó de nuevo con un hilo de voz—. Es muy alto.

—Si os caéis, os sujetaré antes de que toquéis el suelo, alteza —prometió solemne y le provocó de nuevo la risa—. Ni siquiera los verdes prados de Toletum tienen mi permiso para dañaros en modo alguno.

Su conversación se vio interrumpida de forma abrupta, ya que Margaret hizo su entrada regia al patio y fue anunciada por los sirvientes justo antes de la misma. Rebeca se incorporó, pues durante ese diálogo con la pequeña había permanecido a su altura, e hizo una leve reverencia ante la reina que la miraba con los ojos cargados de risa, a pesar de su gesto serio.

—Sin duda alguna vos siempre conseguís sorprendernos, Montés —Dijo Marga con diplomacia—. Todo noble que ha agasajado a la princesa le ha otorgado presentes mucho menos rocambolescos que un caballo.

—Ya sabéis, majestad, que los Montés no somos como todos los demás —respondió con una leve risa—. Me gustaría abusar un poco más de los privilegios que me otorga la casa real y solicitaros de forma humilde que me concedáis el inmenso honor de enseñarle personalmente a la princesa la belleza del oeste.

—Sobre un caballo —intervino la reina con la ceja alzada—. Ya la habéis escuchado, Montés. Aún no domina el arte de la equitación.

—Madre, quiero ir, por favor —intervino Claire de pronto, muy acelerada—. Iremos despacio, Rebeca me ha dicho que no me voy a caer y Cora puede venir con nosotras para que no rompa mi promesa de no estar lejos de vos ni de ella y no buscar aventuras.

Margaret clavó su mirada en los ojos pícaros de Rebeca. En ellos leyó la súplica por lo que claudicó de inmediato, jamás se le ocurriría arrebatarle a su adorada Beca ese momento.

—Está bien, Montés, podéis llevaros a la princesa con vos en compañía de su custodia personal —respondió despacio—. No puedo no confíar en vos tras todo cuanto habéis hecho por nosotros estos años.

Con un grito alegre al saber que su madre había claudicado, Claire salió corriendo hacia el caballo mientras Marga y Beca se miraban sin pronunciar sonido alguno. No lo necesitaban para entenderse, pues la reina vio su inmenso agradecimiento y le devolvió mil palabras mudas de amor como respuesta.

☆☆☆

El sol ya marcaba el atardecer cuando Rebeca volvió al palacete junto a Claire y la comitiva de

guardias que habían seguido los pasos de ambas para proteger a la princesa, por simple protocolo ya que, junto a Montés, jamás correría peligro y Margaret lo sabía con creces.

Su hija reía de forma alegre sobre la montura de ese corcel que la señora Montés le había regalado y ya le parecía el presente más especial y alucinante del mundo.

Rebeca le había devuelto a su hija tan cargada de felicidad que su pecho se contrajo al pensar que, de no ser por Santiago, esa podría ser su vida ideal. Justo después, Beca desapareció con la excusa de ultimar preparativos para el banquete de esa noche, por lo que Margaret acompañó a Cora y Claire a los aposentos que habían destinado para la pequeña. Estaba tan llena de hojas silvestres y barro que no podía presentarse a la fiesta de los Montés sin recibir un nuevo baño.

En esta ocasión, fue su propia madre la encargada de eliminar toda la porquería que se había adueñado de sus cabellos mientras Claire no dejaba de hablar ni un solo segundo para contarle con gran emoción que Rebeca le había enseñado a trotar y a galopar muy deprisa y que no se había caído del caballo.

Le confesó entre susurros que había tenido un poco de miedo, pero Montés era tan experta en sorprenderla que, al parecer, había confeccionado una montura especial que mantenía sujeta a la pequeña sobre el animal sin riesgo alguno a que cayera del mismo hasta que aprendiese a manejar corceles de ese calibre y no sus ponis diminutos.

En cuanto se personaron en el gran salón donde iban a celebrar el banquete, tuvo que hacer acopio de sus grandes dotes actorales para que nadie se percatase de cuánto deseaba correr hasta Rebeca y fundirse en sus labios.

Como invitados de honor, sus asientos estaban en el centro del lugar. Al ser la señora de las llanuras del oeste, Montés tenía su asiento justo a su lado y ese hecho no sorprendió a nadie, pues tras ella era la mujer más poderosa de Toletum.

Era tan idiota que se pasó toda la cena susurrando tonterías en su oído mientras Margaret apretaba los labios para no estallar en sonoras risas por culpa de esas palabras ocultas y disfrazadas debido al jolgorio del salón. Hasta que un nuevo susurro consiguió colorear sus mejillas por completo a la vez que llenaba su vientre de calor y anticipación.

—He sacado el mejor vino de todo el reino, mi amor, los nobles señores caerán como moscas —susurró sugerente—. En cuanto se duerma nuestra querida princesa, podemos vernos en la última caballeriza para poder agradecerte con propiedad el regalo que me has hecho hoy.

La única respuesta que le dio fue un leve asentimiento para no levantar sospechas, mientras ideaba en su mente cómo llegaría al lugar citado y los minutos empezaron a parecerle del todo insoportables.

En el mismo instante en el que Claire dio muestras de cansancio, Margaret convocó a Cora y juntas se marcharon para acostarla. Dejaron la sala en medio de un reverencial silencio

respetuoso. La reina compartió una mirada discreta con su madre mientras acostaba a la princesa y esta entendió que necesitaba pedirle un favor, por lo que no se movió de la alcoba hasta que Claire cayó en el mundo de los sueños. Estaba realmente agotada, pues no necesitó más de unos versos de su canción de cuna para rendirse al cansancio.

Con un suave beso en su frente, Margaret dejó el lecho para acercarse a su madre casi de puntillas. Ambas salieron de la alcoba para poder hablar y Cora alzó las cejas al reconocer la mirada traviesa de su hija ya que era la misma que ponía siempre que desaparecía con Rebeca en la espesura del bosque.

—No hace falta que me digas nada, florecilla, que te conozco bien —dijo susurrante—. Rebeca te ha citado en la caballeriza.

—Así es y no tengo ni idea de dónde está —respondió resoplando—. Rebeca es muy críptica en sus indicaciones.

—Te acompañaré —susurró tras negar de forma suave con la cabeza—. Sois terroríficas las dos, Marga. No podéis aguantar unos días a que sea luna nueva al parecer.

—Necesito besarla, madre —admitió sincera—. Se me hace del todo insoportable tenerla tan cerca y no poder obtener ni siquiera el alivio de un beso.

Sin pronunciar más palabras, Cora le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Marga obedeció y no tardaron más de cinco minutos en presentarse en las caballerizas. Su madre le indicó cuál de ellas era la que había mencionado Rebeca y se quedó postrada fuera de las mismas, pues no podía dejar que la reina se perdiera por el palacete Montés o la encontrasen en compañía de Beca a altas horas de la noche sin excusa alguna.

Margaret entró a ese cubículo con el pecho encendido y ese mismo calor se extendió por todo su cuerpo al reconocer la causa de todos sus latidos desbocados frente a ella.

Montés tardó menos de un segundo en atraparla contra la pared de madera del lugar a la par que embestía contra sus labios casi furiosa. Blanchard devolvió su acometida con la misma intensidad, por lo que iniciaron un beso cargado de deseo en el que se devoraron para decirse sin palabras cuánto habían ansiado esa caricia de sus labios durante toda la jornada.

Sin dejar de besarla un solo instante, Beca coló la mano dentro de su pantalón. Los dedos de Montés la acariciaron tal y como sabía que conseguiría encenderla de inmediato. No tardó apenas en humedecerla para entrar en ella con los mismos. Sus labios unidos apagaban cada gemido que se quebraba en su garganta con los certeros movimientos de Rebeca en su interior, cada vez más rápidos y profundos, pues aunque estaban a salvo de miradas indiscretas en New World, cualquiera podía sorprenderlas en el palacete y eso sería su ruina.

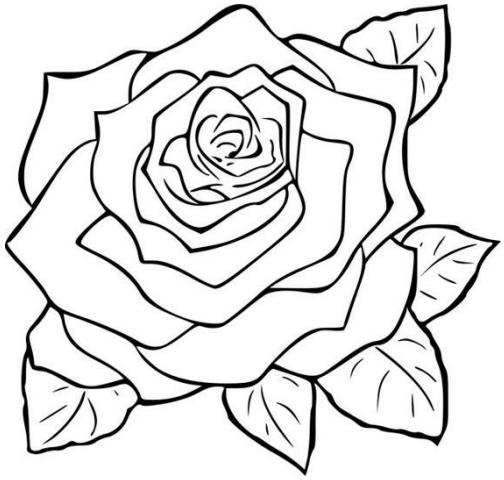
Montés sabía bien lo que hacía. En pocos minutos la precipitó a un intenso orgasmo del todo silencioso debido a sus bocas unidas. Margaret empezó a temblar y le fallaron las piernas. De no haber estado atrapada contra la pared y el cuerpo de Rebeca habría terminado de bruces

contra el suelo.

—Te amo, mi reina —susurró a pocos centímetros de sus labios, mientras salía de ella despacio—. Te amo muchísimo. Gracias por haberla traído a mí, he sido la mujer más feliz del mundo solo con poder verla, aunque fuese de esta manera.

—Yo también te amo, mi trovadora —respondió jadeante—. Poco a poco iremos propiciando estos encuentros. Ella es muy inteligente, pronto podrá comprender la verdad y ya nada nos va a separar.

REBECA Y MARGARET
CANTAR SÉPTIMO: LA LLAVE
XXVII



La paz con la que habían logrado vivir durante largos años había conseguido que Margaret se sintiese demasiado tranquila. La única espina que le impedía su completa felicidad era mantener a Claire lejos de Rebeca, pues sabía que ese hecho hacía sufrir en exceso a su adorada trovadora.

Sin embargo, tras su actuación en el séptimo cumpleaños de la princesa y la ausencia de represalias por parte del Gobernador ante ese hecho, la reina entendió que no se consideraba una ruptura del guion, por lo que habían propiciado algunos encuentros protocolarios entre Claire y Montés que lograron aliviar, en parte, el dolor que esta sentía ante la lejanía impuesta.

Aunque fueron pocas las excusas que encontraron para reunirlas, con el paso de los años la princesa había generado un respeto desmedido hacia la señora de las llanuras y esperaba sus visitas con los ojos brillantes de ansiosa anticipación.

Los sentimientos profundos que Margaret le profesaba, fueron madurando y se fueron transformando despacio en la que consideraban la mejor de las historias de amor del mundo. En ocasiones, ambas echaban la vista atrás para recordar el camino recorrido desde su primer baile en la sala de trono hasta esos momentos en los que, a pesar de verse solo en luna nueva y relegar los avances de su relación a esas cartas que jamás dejaban de enviarse, estaban tan absolutamente compenetradas que no podían imaginar un futuro o un final de esa historia que no fuese juntas.

Rebeca era la persona que más la entendía, pues no necesitaba escuchar sus palabras para saber qué clase de miedo o tormento asolaba su mente. También era la más graciosa de todo el universo, pues conseguía arrancar sus carcajadas incluso con temas insulsos sin gracia alguna.

Para Montés, Margaret era la mujer más fuerte del mundo entero y, aunque no se lo decía

nunca, la más inteligente, ya que había conseguido alejar a Santiago de sus vidas con sus jugadas magistrales. Se querían tantísimo que vivían esperando con ansia la luna nueva para poder sentirse, abrazarse, regalarse un millón de besos escondidos y seguir llenando de hermosos recuerdos su cabaña del bosque donde eran libres y Toletum dejaba de ser una prisión.

Quedaban pocas semanas para que la pequeña princesa cumpliese los once años. La reina observaba todos los cambios que se intuían en su adorada hija, ya que estaba creciendo muy rápido y pronto dejaría de ser una niña. Aún así, cada noche sin falta acudía junto a Cora para arroparla y entonar esos versos que hacía ya tantos años Rebeca le había compuesto.

Su ritual de buenas noches no cambiaba por nada del mundo, puesto que compartir ese pequeño momento tan íntimo con Claire era su manera de mantener cerca a Montés, aunque la princesa no pudiese comprenderlo, no aún.

Sentada a su lado en el lecho, compartió una mirada dulce con Cora justo antes de empezar a entonar los versos y enredar sus dedos en los sedosos cabellos castaños de Claire. Era luna nueva, por lo que partiría al claro del bosque en cuanto su hija se durmiera, aunque esta no parecía tener muchas ganas de abandonarse al mundo de los sueños y se removía inquieta entre las sábanas.

—Madre —susurró de pronto, por lo que Marga cesó su cantar para escucharla—. ¿Qué hay más allá de Toletum?

Al escucharla, sintió tal impacto que su rostro se tornó blanquecino a la par que Cora dejaba su postura firme al acercarse al lecho, quizás demasiado seria.

—Más allá de Toletum hay tierras de bárbaros y guerra, mi amor —respondió al final del todo convincente—. No es lugar para nosotras en absoluto.

—Pero escuché a los nobles y tengo curiosidad —dijo Claire con una mueca en sus labios —. En esas tierras lejanas llenas de bárbaros, como vos decís, está la heredera de Rebeca Montés instruyéndose en el arte de la guerra. ¿Por eso ella siempre está tan seria y con los ojos tristes?

—La señora Montés tomó la decisión que consideró más correcta para su heredera, princesa —intervino Cora mientras se le removía las entrañas al recordar semejante patraña—. No es asunto que deba preocuparos.

—No me gusta verla triste —confesó al final cohibida—. Ella es muy valiente y del todo impresionante. Siento que cada vez que viene a visitarme me agasaja en demasía, como si necesitara compensar de algún modo que no puede hacer lo propio con su hija.

Margaret no tardó en regalarle a su pequeña un río de caricias en los cabellos para ahogar el grito que quemaba en su garganta y tanto dolor le provocaba. Claire, con toda su inocencia, se había percatado de que no era indiferente ante Rebeca y no podía imaginar que en absoluto intentaba compensar la falta de una hija que solo existía en sus recuerdos más dolorosos. Rebeca la amaba y no podía permitir que esa mentira siguiese consumiendo a su adorada trovadora.

Cuando consiguió que se durmiese, tras un nuevo millón de preguntas curiosas. Marga suspiró despacio a la par que abandonaba la alcoba de la princesa junto a Cora. Ninguna de las dos pronunció palabra hasta que llegaron a la sala de reuniones donde James y Eva las estaban esperando, pues era luna nueva y tanto el rey como ella misma no tardarían en partir.

Fuera de ojos y oídos indiscretos, Margaret dibujó decisión absoluta en su mirada castaña, justo antes de enfrentarse a Eva con aplomo y el mayor de los respetos, ya que con tantos años a su lado, había aprendido a amarla como a una madre y su opinión siempre le era valiosa en todos los sentidos.

—Tras el cumpleaños de Claire le diremos la verdad —informó mientras James y la reina madre clavaban en ella su mirada—. Once años son suficientes. Es una niña muy inteligente y se ha criado como la princesa, no cambiará su forma de ser o actuar por conocer nuestra realidad. No puede pasar un año más sin saber quién es Rebeca y lo que significa para ella, también debe saber que Cora es su abuela, no su guardia personal. Es demasiado injusto lo contrario.

—Está bien, mi vida —respondió Eva despacio—. Yo también creo que ha llegado el momento. Mi pequeño lirio merece saber qué significa Toletum. Actuará en consecuencia a nuestra forma de vida sin ponernos en peligro.

—Por fin —susurró Cora completamente sonriente—. Tengo demasiadas ganas de estrecharla en mis brazos como su orgullosa abuela y no solo como la capitana de sus custodios.

—Me parece bien, pero yo sigo siendo su padre, no me quites ese placer, Marga —dijo James con una pícara sonrisa—. No puedo prescindir de mi adorada niña y me niego a que no me vea como tal.

—No seas idiota, James —respondió mientras ambos empezaban a reír—. Jamás tendrá más padre que tú. Aunque tengas que competir contra Rebeca a ver cuál de los dos la consiente más.

—Hablando de mi adorada Montés —interrumpió Eva en medio de su risa—. ¿No te está esperando en el claro del bosque, mi vida? Porque se os hace tarde.

Ante sus palabras, Margaret cambió el gesto por uno de horror y tardó menos de un segundo en apremiar a James. El rey estalló en una nueva risa justo antes de que ambos, cogidos por la cintura y los hombros, abandonasen con prisa el lugar, pues habían estirado demasiado el tiempo y los Montés ya debían estar esperándolos.

Tanto Cora como Eva se quedaron en la sala con los ojos fijos en la puerta por donde los reyes habían desaparecido.

La reina madre suspiró antes de sonreír, Cora la miró y se unió a su gesto realmente feliz.

Muy pronto se terminaría esa tortura que llevaba soportando tantos años, al tener a su adorada nieta justo a su lado sin poder revelarle quién era ella en realidad y cuánto significaba cada una de sus sonrisas.

☆☆☆

En la cabaña escondida solo se podía respirar alegría y paz. Tanto Margaret como Rebeca permanecían tumbadas en el lecho, con las sábanas que apenas cubrían su desnudez, enredadas a la cintura. La reina tenía la mejilla apoyada contra el pecho de Montés y suspiraba cargada de paz. Beca la rodeaba con uno de los brazos a la par que acariciaba sus cabellos de forma tierna y leía en silencio un libro, con la titilante luz de una vela.

—No sé si quiero saber cómo te las has ingeniado para conseguir un libro aquí dentro, Beca —susurró de pronto Marga con los ojos fijos en el perfil de Montés—. Creía que estaba prohibido meter nada de New World y ese papel dista mucho del pergamino.

—Fue el último libro que me regaló mi padre —respondió al mirarla a los ojos con una sonrisa—. Cuando entré a Toletum me lo quitaron en las puertas, pero Eva se las ingenió para conseguirlo y hacermelo llegar. Es mi mayor tesoro.

—¿Me lees un poquito? —preguntó tímida—. Para compartir conmigo un trocito de ese gran tesoro.

Rebeca la miró unos instantes con su sonrisa ensanchada, besó despacio sus labios entreabiertos y asintió nada más separarse de esa caricia tan íntima y perfecta que habían compartido.

« *Asomaba a sus ojos una lágrima y a mis labios una frase de perdón. Habló el orgullo y se enjugó su llanto y la frase en mis labios expiró. Yo voy por un camino: ella, por otro; pero al pensar en nuestro mutuo amor, yo digo aún ¿por qué no lloró aquel día? Y ella dirá, ¿por qué no lloré yo? Gustavo adolfo Becquer rima XXX* »

Cuando terminó de recitar una de sus rimas favoritas del libro, guardó silencio mientras Margaret la observaba sonriente. Los ojos de la reina brillaban bajo la tenue luz de las velas. Rebeca volvió a pensar que ella era la mujer más hermosa del mundo entero.

—Es normal que seas una trovadora intensita, mi amor —susurró a la par que les provocaba a ambas la risa—. Si eras una niña cuando tu padre te regaló este libro lleno de versos de amor tan bonitos.

—Mi padre amaba la poesía. Yo heredé de él ese mismo amor —dijo sin dejar de mirarla —. Por eso mismo era músico, igual que yo. La música es la poesía más bella porque une melodías con versos, te hace sentir, te da fuerza y valor en momentos oscuros.

—Yo no sé si he heredado algo de mis padres —susurró nostálgica—. De Cora, la cabezonería sin duda alguna. De Lara espero haber heredado su inmensa capacidad de amar, era única en ese sentido.

—Creo que te pareces mucho a las dos —respondió de forma suave—. Supieron sacar lo

mejor de ti. Y Claire es igualita que tú, en todos los sentidos. Cada año se parece más a ti y absolutamente en nada a Santiago, para gran alivio de todos nosotros.

—Pronto cumple los once —dijo a la par que volvía a acomodarse en su pecho—. Está esperando ansiosa tu visita y sobre todo tu presente. Siempre es el que más le gusta y no me extraña, pues como Montés que eres tienes que dar la nota y sobresalir por encima del resto de nobles.

—Aún recuerdo su cara de impacto y emoción con la espada que le regalé el año pasado —respondió entre risas—. Mi presente para su undécimo cumpleaños será aún más impresionante, te lo aseguro.

—Es el último año en el que te vea como la señora Montés —susurró y provocó que Rebeca se alzara del lecho para mirarla muy seria—. Está decidido, Beca. James y Eva están de acuerdo. Tras su fiesta de cumpleaños le contaremos la verdad y volverá al claro para conocerte como mi amada y no la señora de las llanuras.

Incapaz de responder, los ojos de Rebeca se llenaron de lágrimas. Margaret se incorporó para atrapar sus labios, por lo que ambas se fundieron en un beso cargado de risas y felicidad. Por fin, tras nueve largos y angustiosos años, Claire sabría la verdad y podría colmarla con todo ese amor que sentía sin miedo a terribles consecuencias.

☆☆☆

La joven princesa no podía dejar de sonreír un solo instante, pues si había un día al año que disfrutase con creces, este era su cumpleaños.

No solía ser una princesa caprichosa, más bien todo lo contrario. Los regalos y las muestras de afecto desmedido hacia ella en ese día especial no eran lo que más esperaba, ni mucho menos lo que causaba su felicidad. Su cumpleaños era su día favorito del año porque era cuando Rebeca Montés abandonaba las llanuras para visitarla en palacio y ese hecho solía llenar su vientre de anticipación, pues su admiración por la señora del oeste era inmensa y, a medida que crecía, se incrementaba con creces.

Adoraba escuchar las historias de su enorme coraje y valor en boca de su madre, sobre todo la que involucraba el día de su nacimiento y como Montés, con todas sus huestes, defendieron la fortaleza de traidores que querían acabar con ella siendo solo un bebé.

Esa misma tarde se daría lugar en palacio la gran celebración por el acontecimiento más especial de Toletum, ya que todos los nobles acudirían a rendirle pleitesía y a disfrutar de la ingente fiesta que celebrarían para conmemorar su nacimiento, once años atrás.

Muy nerviosa y cargada de ganas, se encontraba en los jardines de palacio donde

recolectaba las flores que más le gustaban para adornar el salón del trono. En su mayoría eran lirios, ya que así la llamaba su abuela y adoraba que lo hiciera, al igual que esa flor al ser la favorita de Eva a la que amaba por encima de todo.

Cora la custodiaba de cerca junto a algunos guardias más. Claire sentía que, al hacerse ya mayor, no era necesaria tanta custodia, pero no lo expresaba en voz alta pues, su inmenso cariño hacia esa mujer que no la dejaba a sol ni a sombra era mayor que sus ansias de volar libre de miradas y guardias.

Canturreaba alegre, con la mente llena de incógnitas sobre qué tipo de presente iba a entregarle Rebeca ese año, ya que de todos los nobles era la única que solía acertar con los regalos.

Su ramo de flores se hacía cada vez más grande en sus brazos, pero no se atrevió a pedir ayuda a los guardias para portarlas, pues no deseaba perturbarles en su labor de protegerla o que su madre se molestase con los mismos al no cumplir fielmente la función encomendada.

No fue consciente de que ese pensamiento salvó su vida cuando, al agacharse para recoger algunas de las flores que se habían escurrido de sus brazos al suelo, un proyectil que iba directo a su cabeza pasó de largo hasta estrellarse contra los adoquines con un pequeño estruendo que consiguió sobre saltarla.

En cuestión de segundos, el mayor de los caos se originó en el jardín. Claire se alzó sin comprender qué estaba pasando a su alrededor y solo pudo ver la mirada aterrada de su guardia personal. Su miedo consiguió asustarla, por lo que todas las flores terminaron en el suelo debido al temblor de sus manos.

—Nos atacan —gritó Cora en dirección a palacio, por lo que varias decenas de guardias salieron armados al jardín—. Proteged a la princesa.

De pronto, todos los acontecimientos se dieron demasiado deprisa como para que Claire pudiera comprenderlos. Cora la alcanzó y cubrió por entero con su cuerpo a la par que los guardias adoptaban una posición defensiva. La princesa, completamente aterrada, solo pudo vislumbrar el rostro de esa mujer que siempre la había protegido de todo mal congestionarse en una mueca de dolor agudo mientras la arrastraba al interior de palacio. No tardó en comprender que Cora había recibido otro de esos proyectiles tan extraños que provocaban un sonido potente al entrar en contacto con el suelo o un cuerpo.

Una vez entre las murallas del lugar, donde no corría peligro, pudo ver como Cora caía al suelo frente a ella con la mano sobre su vientre de donde manaba un río de sangre. Sus alaridos pidiendo ayuda provocaron que el resto de la guardia apareciese de inmediato, seguidos de cerca por sus padres y su abuela Eva que, al contemplar la grotesca visión ante sus ojos, dibujaron el terror absoluto en sus rasgos.

La reina corrió veloz hasta ellas y se dejó caer junto a Cora para sujetarla. Sus ojos se

habían cubierto de lágrimas.

—Llevadla de inmediato a su aposento y llamad al galeno —ordenó con un grito aterrado —. Y custodiad a la princesa a su torre hasta que comprendamos qué ha ocurrido.

—Yo me encargo de Claire —intervino James en el acto mientras su hija corría aún temblando hacia él—. Vos debéis acompañar a Cora, mi reina. Ahora mismo os necesita.

Cuando su padre la alzó en sus brazos, Claire dejó escapar un sollozo y se abrazó con fuerza a su cuello. No podía apartar la mirada de Cora mientras varios guardias la alzaban y, junto a Eva y su madre, empezaban a correr hacia el lugar que la reina había indicado.

—Me cubrió con su cuerpo, padre —susurró al perderles de vista—. No sé qué ha ocurrido, pero ella me cubrió. El ataque no era para Cora, era para mí. Me ha salvado la vida.

☆☆☆

Rebeca cabalgaba junto a Arthur camino al palacio completamente sonriente. Tras la luna nueva y la noticia de que Margaret iba a contarle a Claire la verdad, su pecho estaba cubierto de alivio desmedido y se moría de ganas de verlas a ambas, de sentirse cerca de su amada familia.

Cuando cruzaron la linde, frunció levemente el ceño ya que el día del cumpleaños de la princesa siempre solía recibirles con gozo y júbilo entre el pueblo, pero esta vez podía escuchar a lo lejos campanas de alarma mientras los aldeanos corrían a sus hogares asustados.

De inmediato empezó a preocuparse ante un hecho tan insólito, por lo que cabalgó hasta encontrar el poblado más cercano, con ganas de comprender qué tenía sumido en el terror absoluto a los fieles Blanchard.

—¿Qué ha ocurrido, labrador? —preguntó con voz dura a uno de los campesinos que pasaba deprisa por el lugar—. ¿Por qué suenan las campanas?

—El palacio está bajo ataque de enemigos, señora —respondió acelerado—. Han sellado las puertas y ordenado repicar las campanas, al parecer hay heridos.

Al escuchar dicha noticia, el rostro de Rebeca palideció en el acto, por lo que instó a su montura a cabalgar a toda velocidad hasta Arthur y la pequeña comitiva Montés que la acompañaba.

—No podemos dirigirnos a palacio, han sellado la entrada —informó con pánico en la mirada—. Están bajo ataque, hay heridos.

—Crees que… —susurró Arthur aterrado sin poder terminar sus palabras.

—Sí, Arthur —respondió con idéntico miedo—. Santiago ha enviado esbirros una vez más, es la única explicación.

—¿Qué hacemos, Beca? —preguntó acelerado.

—Cumplir con nuestro juramento de vasallaje —respondió decidida—. Tú y yo buscaremos a sus esbirros y les daremos caza de inmediato.

Tras ver como Arthur asentía, Rebeca ordenó al resto de hombres que la acompañaban que volviesen al palacete y lo fortificasen, por si este también sufría un ataque enemigo. En cuanto desaparecieron de su vista, su esposo y ella emprendieron galope hacia palacio con una única idea en mente: terminar con los malditos soldados de Santiago.

Beca estaba tan asustada que no podía apenas respirar. Necesitaba encontrar la amenaza y neutralizarla mientras rogaba de forma intensa que ningún herido en la contienda fuese algún miembro de su adorada familia.

A pocos kilómetros de palacio, la señora Montés detuvo su montura para observar los alrededores de forma inquisitiva, en busca de posibles escondrijos para los soldados de Santiago. Su gesto se cubrió de ira y determinación al ver a un hombre solo correr en dirección a la linde. Al fijarse en él con más detenimiento, pudo ver el fusil de asalto que llevaba a la espalda, por lo que arreó su montura para salir a galope en su dirección cargada de rabia.

Cuando el soldado descubrió que lo estaba persiguiendo, no tuvo tiempo de cargar el arma y apuntar en su dirección, pues Rebeca ya lo había alcanzado. Con la espada que llevaba en la mano, golpeó con fuerza el fusil y provocó que lo soltase. Dicha arma salió disparada muy lejos de ellos mientras Montés aterrizaba frente a ese hombre de un salto y le derribaba con un certero golpe de la empuñadura.

—Dame un solo motivo para no matarte —dijo de forma amenazante con el filo de la espada en su cuello—. Tienes treinta segundos.

—Solo cumplo órdenes —respondió aterrado—. Si me matas, el Gobernador irá a por ti pues debo volver e informar de que he fallado en la misión.

—¿Qué orden te ha dado ese salvaje? —preguntó con tanta ira que el soldado empezó a temblar—. Habla o te desangro como a un cerdo ahora mismo.

—Abatir a la princesa —dijo entre murmullos—. Pero no di en el blanco, se agachó de improviso en el último momento y ya había descubierto mi posición.

—Tú y cuántos más —susurró de forma mortífera.

—Solo yo —respondió temblando—. Debía ser un trabajo rápido, sin más heridos, para un solo hombre.

En el mismo instante que terminó de hablar, Rebeca hundió con rabia la espada en su garganta. Los ojos de Montés brillaban cargados de tanta ira que el soldado, ahogado en su propia sangre, murió con un gesto de terror en el rostro.

Arthur apareció en ese mismo momento y contempló muy serio como Rebeca arrancaba el acero del cadáver. Ninguno de los dos rompió el silencio de inmediato.

—Ha vuelto a intentarlo, Arthur —susurró tras mirarlo a los ojos—. El objetivo era Claire.

—No puedo comprenderlo —contestó algo alterado—. ¿Qué más le da que esa pequeña esté viva? No le causa mal alguno.

—No lo sé —dijo sincera—. Debemos volver a casa y esperar noticias de Margaret, no podemos presentarnos ahora mismo en palacio, no es prudente.

☆☆☆

Margaret no había sentido tanto dolor y miedo en toda su vida hasta el momento en el que vio a su madre sobre el suelo y un charco inmenso de su propia sangre.

Durante todo el camino a los aposentos de Cora, su pulso estaba tan acelerado que sentía que se le iba a escapar el corazón del pecho. No podía comprender qué había pasado a parte de que alguien había atacado el palacio y que su objetivo, sin duda alguna, era su pequeña a la que Cora había protegido con su propio cuerpo sin dudar un instante.

Nada más llegar al aposento, los guardias dejaron a su madre sobre el lecho donde el galeno ya estaba esperando. Al retirar los ropajes ensangrentados, todos guardaron silencio aterrados al vislumbrar la herida ante sus ojos. Era un disparo con arma de fuego moderna y no una flecha como solía ser habitual en Toletum. Por tanto solo los hombres del Gobernador podían estar detrás de semejante atentado.

—No puedo hacer nada por ella, majestad —susurró ese hombre angustiado y sincero—. No tengo medios suficientes para tratar una herida de este calibre.

—Dejadnos —ordenó Margaret con la voz tan dura que provocó un temblor en todos los presentes—. Fuera de aquí, todos.

Ninguno dudó en obedecer. Desaparecieron tan rápido como les fue posible y dejaron en la alcoba solo a Margaret y Eva, que no se había movido un ápice.

—Vos también, Eva —pidió quebrada ante sus ojos—. Por favor, necesito hacer esto sola.

—Está bien, mi vida —susurró con un apretón en su hombro—. Ven a buscarme cuando me necesites.

Al verla asentir, la reina madre la soltó para encaminarse fuera de la alcoba. Justo antes de salir, observó como Margaret tomaba la mano de Cora y la llevaba a sus labios. Sus ojos se habían quebrado y temblaba a la par que retenía las lágrimas.

No pudo evitar que se le encogiese el estómago al contemplar por última vez a aquella mujer que siempre le había parecido la más valiente y leal del mundo.

En el instante en el que Eva dejó el lugar. Margaret apretó con fuerza la mano de Cora mientras esta luchaba de forma titánica por respirar. La sangre no dejaba de manar por lo que estaba perdiendo la vida de forma irremediable y acelerada.

—¿Qué voy a hacer ahora sin ti, madre? —preguntó en un susurro para evitar los malditos micrófonos sin ganas de actuar—. ¿Cómo voy a sobrevivir a Toletum si no estás conmigo?

—Debes protegerla —susurró de vuelta, tan bajito debido a su debilidad que tuvo que

acercarse a sus labios para escucharla—. Cueste lo que cueste, renuncies a lo que renuncies, florecilla. Debes protegerla, es la llave, la persona más importante del mundo.

—No me dejes, madre, por favor —respondió a la par que estallaba en un río de lágrimas —. Tú no.

—No voy a dejarte nunca, mi amor —dijo esta con el aliento cada vez más débil—. Voy con mamá y juntas te esperaremos en las estrellas. Con tus padres cuidaremos de ti.

—No te quiero en las estrellas, madre —respondió completamente rota—. Te necesito aquí, a mi lado. Claire necesita saber que eres su abuela, que la amas más que a nada, Rebeca no puede perderte, yo tampoco puedo.

—Estoy tan orgullosa de ti —dijo mientras aflojaba el agarre de su mano, ya sin fuerzas—. Sé que ganaremos porque tú eres quien cuida la llave de nuestra libertad. Protégela, Margaret. Yo estaré a tu lado siempre.

Cuando terminó de hablar, la reina terminó de quebrarse al ver como los ojos de Cora se apagaban. Su pecho ya no se movía pues su pulso se había detenido a la par que su aliento. Con infinito cuidado, cerró sus párpados mientras ahogaba los gritos de dolor y rabia contra su mano, pues nadie en New World podía verla así de furiosa y destrozada por una simple guardia real. Santiago había intentado asesinar a su hija y le había arrebatado a Cora junto a la oportunidad de llorarla con propiedad debido a su particular circo.

Incapaz de continuar en ese lugar, se levantó temblorosa y salió corriendo. No se detuvo ni para respirar hasta que estuvo en la sala ciega donde, al parecer, James y Eva la estaban esperando.

Nada más cerrar la puerta para conseguir intimidad, sus piernas fallaron y James salió muy deprisa en su dirección para sostenerla. Gracias al abrazo protector del rey no dio de bruces contra el suelo mientras gritaba tan fuerte que perdió la voz a la par que un río imparable de lágrimas encharcó sus mejillas y los ropajes de James.

—Ha muerto —susurró al final de forma ronca—. Le han disparado. Santiago ha asesinado a mi madre.

—Ha dado su vida por Claire sin pensarlo un solo instante —dijo James muy serio—. Me ha costado muchísimo calmarla para venir a ver cómo estabas. No dejaba de decir que no atacaban a Cora, que esta se puso delante para salvarla. Está del todo aterrorizada.

Sin dejar de sollozar, Margaret clavó su mirada destruida en Eva. La reina madre estaba muy seria y pálida. Su labio inferior temblaba.

—Con su último aliento me dijo algo que no puedo comprender —dijo en dirección a Eva para captar su atención—. Quizás tú puedas sacarme de la incógnita.

—¿Qué te dijo, mi vida? —preguntó con un suspiro.

—Me dijo que Claire es la llave de la libertad —respondió muy seria—. Que debemos

protegerla cueste lo que cueste.

Eva guardó silencio unos instantes sin dejar de mirarla, Margaret empezó a impacientarse a la par que su mirada se cubría de dolor y rabia.

—¿Qué quiso decir, Eva? —preguntó con un grito—. Tú lo sabes. Sé que lo sabes.

—Sí, lo sé —respondió al final—. Solo que no deseaba que tú lo descubrieras tras haber perdido a tu madre, Margaret.

Tras un nuevo suspiro muy largo, Eva les pidió a ambos con un gesto que se sentaran mientras ella hacía lo mismo y dibujaba un semblante muy serio.

—Cora te ha dicho que Claire es la llave de la libertad porque ese es su destino —dijo al final ante ambos que la escuchaban entre atentos y asustados—. Ella ha nacido para hacernos libres a todos. Vosotros no erais conscientes de ello porque no conocéis la constitución de New World, la ley del mundo firmada por el Gobernador. Yo sí la conozco porque redactarla es lo que me trajo a Toletum. En ella hay una cláusula que habla de la sucesión de Santiago en el poder. Él blindó su puesto de líder, pues la única forma de derrocarlo antes de su muerte es que un hijo legítimo suyo reclame el Gobierno con el apoyo del ejército y del pueblo.

—Osea que Claire, si lo desea, puede derrocar a Santiago y ocupar su lugar —preguntó James con asombro—. Pero cómo demonios va a hacer algo así desde Toletum.

—Ese es el gran error que ha cometido Santiago —dijo Eva convencida—. En cuanto su joven amante quedó en cinta buscó cualquier excusa o pretexto para la muerte de la pequeña. La metió aquí dentro con la vana esperanza de que el embarazo no llegase a término, intentó asesinarla en el alumbramiento pero nada de eso funcionó. Ella es ahora la princesa, es el personaje más importante de este estúpido programa, todo New World la conoce, la está viendo crecer en sus pantallas y la aman. Si se alzase, la seguirían sin pensarlo.

—Por eso se ha puesto tan nervioso que ha intentado matarla ahora, una vez más —susurró Margaret con el semblante pálido—. Si sigue creciendo será cada vez más popular, más amada, más peligrosa para él.

—Es imperativo que demos todo de nosotros mismos para protegerla —intervino Eva muy seria—. Santiago no puede llegar a ella, es la única esperanza de un mundo libre.

—Debo hablar con Rebeca —susurró Margaret de forma mortífera—. Si hay alguien en Toletum que pueda proteger a Claire más que nosotros mismos es ella. Debe saber la verdad.

—Cuanto antes se lo digas, antes podemos idear la forma de protegerla —dijo James también muy serio—. Los Montés y los Blanchard unidos podremos con Santiago. Claire crecerá y nos hará libres a todos.

REBECA Y MARGARET
CANTAR OCTAVO: LA DESHONRA DE REBECA MONTÉS
XXVIII



Rebeca parecía una fiera enjaulada dentro del palacete mientras esperaba cualquier tipo de noticia por parte de la familia real. Apenas podía quedarse quieta y deambulaba por el lugar con un semblante tan serio que nadie se atrevía a pronunciar palabra en su presencia.

Sabía por la confesión del guardia gubernamental que Claire había salido ilesa del atentado, pero también conocía el hecho de que había heridos en el mismo y no estaría tranquila hasta verificar que todos sus seres queridos se encontraban sanos y salvos.

Arthur permanecía a su lado completamente callado, a pesar de que en sus ojos pudo leer la honda preocupación que también le asolaba, pues su esposo tenía los mismos sentimientos que ella por los miembros de la casa Blanchard y los nervios eran del todo inevitables.

Transcurridas cerca de tres horas desde que habían llegado a su hogar, Rebeca se sobresaltó acelerada al ver la paloma posarse sobre la mesa y salió disparada en su dirección para alcanzar la misiva con todo su ser temblando de forma violenta.

Las palabras de Margaret ahí escritas no consiguieron aliviar ni por asomo su turbación, ya que estas eran una frase escueta en la que solicitaba su presencia y la de Arthur en el claro del bosque esa misma noche sin falta alguna. Su rostro palideció, pues la caligrafía de la reina denotaba el nerviosismo que esta sentía al haber redactado dicha nota y no vaticinaba ninguna noticia agradable.

Comunicó en el acto la misma a Arthur, por lo que ambos aguardaron con demasiada impaciencia a que el sol se escondiera tras el horizonte para huir a su rincón del bosque y poder aliviar cuanto antes toda la tensión que se acumulaba en sus vientres desde que habían sido conocedores del atentado contra el palacio.

Al llegar más que puntuales a su cita, lo primero que pudieron constatar era que no había hoguera encendida, pero tanto James como Margaret se encontraban en el claro. Rebeca clavó

con prisa su mirada castaña en la reina y sintió como un enorme escalofrío la recorría por entero al verla, pues estaba del todo destruida.

La joven Blanchard se encontraba sentada junto a su árbol de los nombres, con los brazos rodeando las piernas y el rostro oculto entre las mismas. Lleva un cuchillo en la mano y temblaba de forma violenta ante el silencioso llanto que la consumía.

James se encontraba sobre el tronco con la mirada fija en su mujer. El rostro del rey estaba pálido como la muerte, sus ojos azules brillaban con un millón de lágrimas y su labio tiritaba debido a su honda turbación.

Rebeca sintió como su pulso se hacía lento a la par que se congelaba su aliento justo antes de correr demasiado deprisa hasta alcanzar a su amada reina. Necesitaba comprender qué había ocurrido para que esta se encontrase en un estado tan lamentable. Arthur respetó su espacio, por lo que se dirigió hacia James que lo recibió con una mirada tan rota que quebró su aliento por entero.

—Mi amor —susurró Beca al arrodillarse frente a ella—. Ya estoy contigo, ya estoy aquí.

—Hola, mi amor —respondió esta con un hilo de voz quebrado—. Espero que no te enfades conmigo, tenía que hacerlo, debía escribir su nombre en tu árbol.

Al escucharla, la joven Montés sintió tal estremecimiento que no pudo responder. Preocupada por el estado de Margaret no se había fijado en absoluto que había un nuevo surco en el tronco del árbol. Cuando reconoció el nombre de Cora junto al de Lara, el tembleque de su cuerpo fue tan violento que terminó sentada en el suelo con la mirada castaña cubierta de lágrimas.

Un relámpago de dolor agudo la recorrió por entero mientras Margaret alzaba la vista y le regalaba su semblante destruido. Rebeca la buscó de inmediato, la reina se dejó atrapar en medio se sus brazos donde volvió a estallar en llanto mientras Montés bañaba sus cabellos con sus propias lágrimas.

—El objetivo no era mi madre, era Claire —susurró Margaret desde su escondite—. Ella la protegió, usó su propio cuerpo como escudo sin pensarlo un solo instante, salvó la vida de mi hija y entregó a cambio la suya.

—Íbamos camino a palacio cuando ocurrió el atentado —respondió Arthur también entre lágrimas al ver que Rebeca no era capaz de pronunciar palabra—. Beca y yo dimos caza al francotirador. Su miserable vida terminó bajo el acero de Rebeca.

—No puedo entenderlo —dijo Montés no más alto que un murmullo quebrado—. Creía que Santiago se había calmado, que la princesa ya no corría peligro alguno. Desde su nacimiento eliminó la prohibición de tener hijos en Toletum, estaba del todo segura de que ya no pensaba eliminarla como hizo con Violet.

—No tiene nada que ver con su famoso control de población, Beca —susurró James como

respuesta—. No solo os hemos pedido venir aquí para despedirnos juntos de Cora. Necesitamos vuestra ayuda más que nunca ahora que conocemos la verdad sobre Claire y por qué Santiago ansía su muerte con tanto fervor que incluso ha enviado a un francotirador para terminar con ella.

Mientras James hablaba, Margaret estrechó su abrazo y consiguió acelerar a Rebeca al sentirla tan asustada. Despacio para no turbarla, unió sus labios a la frente de la reina, de esta manera pretendía darle fortaleza a pesar de sentir que apenas le quedaba tras conocer la terrible noticia de la muerte de Cora.

—Mi hija supone un peligro real para Santiago —susurró Margaret con algo de valor tras el gesto de Montés—. Es la persona más peligrosa del mundo entero para él, pues según su ley inquebrantable es la única que puede derrocarlo en el momento preciso.

—¿Cómo derrocarlo? —preguntó Rebeca realmente asustada—. Es el líder del mundo, intocable desde que se otorgó a sí mismo plenos poderes. Nadie puede derrocarlo a no ser que le de muerte.

—Nunca supe porqué los soldados del Gobernador nos arrestaron la noche que nos llevaron a mi madre y a mi al campo vallado para decirnos que perteneceríamos a los primeros trasladados de Toletum —intervino James aún susurrante—. Esta noche he descubierto que el delito que cometió mi madre no fue otro que enfrentar a Santiago tras redactar su infame constitución.

—Tanto Eva como mi madre guardaron con celo el secreto para protegernos a todos del mismo, en su mayoría a mí, pues no deseaban cargarme con una preocupación de ese calibre —susurró Marga con los ojos fijos en la mirada de Rebeca—. Al parecer en esa maldita constitución donde se nos arrancó la libertad, Santiago incluyó una cláusula que jamás pensó que fuese a cumplirse. Una forma de derrocarlo sin necesidad de provocar su muerte. Solo un hijo de su propia sangre podía solicitar el puesto de Gobernador si cuenta con el apoyo del pueblo y del ejército. Mi Claire es su hija, lleva su sangre, por lo tanto puede derrocarlo si se lo propone, pues al ser la princesa de Toletum ya tiene por entero el amor del pueblo.

—Eso lo explica todo, absolutamente todo —contestó Rebeca a la par que su mirada se cargaba por entero con un brillo de esperanza sin igual—. Ahora mismo nuestra princesa es la persona más importante del mundo, nos hará libres cuando llegue el momento. Es imperativo que la protejamos a toda costa, Santiago no debe llegar a ella bajo ningún concepto.

—Entre las murallas de palacio está protegida de todo mal —aseguró Margaret muy angustiada—. De momento podemos mantenerla a salvo en el interior del castillo real, pues está del todo aterrorizada con lo sucedido, pero es una niña y en cuanto se le pase este miedo no sé cómo voy a mantenerla encerrada.

Durante algunos segundos, todos guardaron silencio elucubrando posibles planes para la mayor misión de sus vidas. Proteger a Claire ya no solo por el inmenso amor que los cuatro

sentían hacia ella, sino porque su sino era demasiado importante como para que se viese quebrado.

Finalmente fue Rebeca la que, tras un suspiro muy largo, endureció sus gestos y aumentó el agarre en el que tenía encerrada a Margaret, pues lo que quedaba en pie de su corazón se iba a quebrar de forma irremediable, a pesar de estar más que dispuesta a pagar el precio necesario por la libertad de todo el pueblo entero.

—Necesitamos que Claire no desee bajo ningún concepto salir de palacio y para eso necesitamos que el temor que ahora siente no se extinga —dijo al final mientras todos la miraban muy serios—. Aunque me destroce el corazón en un millón de pedazos saber que mi niña va a vivir atemorizada el resto de sus días hasta que el secreto sea revelado, sé lo que debemos hacer.

—¿Qué debemos hacer, mi amor? —preguntó la reina llena de angustia.

—Mañana sin falta convocaré a todas las huestes, vasallos y banderizos de las llanuras —informó con más decisión de la que sentía—. Les comunicaré que fui yo quien atentó contra la vida de la princesa, romperé la tregua que ha mantenido la paz entre nuestras familias tantos años y me convertiré en la mayor y más temible enemiga de la casa real. Instigaré a mis huestes a que se levanten conmigo en pie de guerra por el honor de Montés y reclamaré mi derecho al trono, negado a mis antepasados, tras pedir la muerte de toda la familia real. Con una amenaza de este calibre, Claire jamás saldrá de palacio, aunque el precio por mantenerla a salvo sea no volver a verla y saber que me odia y teme por igual.

—Eso es un maldito disparate, Rebeca —respondió Margaret del todo alterada entre sus brazos—. No puedo dejarte cometer semejante imprudencia y locura. Vas a perder a Claire para siempre si haces algo así.

—Es la única manera, mi amor —susurró ante el silencio de Arthur y James, ya que estos algo más cuerdos que Margaret comprendían que Beca tenía razón en sus argumentos y les estaba dando un motivo de peso para esconder a la princesa—. Y mucho me temo que el precio a pagar va a ser más alto que ese. Mantener a salvo a Claire ahora mismo es mucho más importante que absolutamente todo lo demás. La guerra que voy a iniciar va a terminar de quebrar todo tipo de acuerdo entre Montés y Blanchard, las penas por cruzar la frontera conducirán a la muerte y, por tanto, debemos ser más precavidas que nunca si queremos vencer. Tenemos que renunciar a la luna nueva y al claro del bosque, no debemos volver a vernos.

—Me niego en rotundo, Rebeca, ya te puedes estar quitando esa idea de la cabeza —gritó la reina fuera de sí—. Santiago acaba de asesinar a mi madre, ni se te ocurra pedirme que renuncie también a ti porque no puedo hacerlo. No puedo perder lo único que da luz a mi vida junto a Claire, no me hagas esto, Beca, por favor.

—Nunca vas a perderme, Marga, jamás —respondió con una mano sobre su mejilla para que esta la mirase a los ojos—. Mi amor por ti es lo más real que existe en este mundo de circo y

mentiras. No voy a renunciar a él mientras siga con vida. No poder verte, besarte o tenerte en mis brazos jamás cambiará que todo cuanto soy estará a tu disposición por entero. Voy a renunciar a todo ello porque necesito mantener a salvo a nuestra niña por encima de cualquier cosa, incluso de mi propia felicidad al compartir la luna nueva contigo. Pero amarte, Margaret, amarte siempre será mi mayor fortaleza y eso nadie ni nada me lo va a arrebatar.

Al escucharla, Margaret se estremeció antes de liberar un nuevo río de lágrimas en su hombro. Todos los presentes guardaron un reverencial silencio para analizar el presente tan oscuro que se cernía sobre ellos, ya que su imaginaria enemistad volvería con más fuerza que nunca y debían estar preparados para afrontarla.

Pasados unos segundos, Rebeca se levantó del suelo y arrastró con ella a Margaret al ayudarla a ponerse en pie. Ambas se miraron a los ojos un instante, pues deseaban atesorar cada minuto que aún tenían para sentirse libres en brazos de la otra.

James también se había levantado, por lo que Beca cruzó la poca distancia que la separaba de su amigo para fundirse con él en un abrazo. Margaret hizo lo propio con Arthur sin que el silencio fuese quebrado más allá de leves sollozos cargados de tristeza.

—Disfrutad lo que resta de noche, zoquetes míos —dijo Rebeca lo que provocó un indicio de sonrisa muy triste en ambos—. Mi reina y yo partimos a la cabaña, pues aunque te adoro, James, prefiero pasar mi última noche en la intimidad de nuestro refugio y no aquí.

—Aprovechad hasta el último segundo —respondió el rey mientras alternaba la mirada entre Margaret y la propia Rebeca—. Por lo menos ahora brilla una pequeña luz en nuestro horizonte. Claire estará segura y nos traerá la libertad que tanto ansiamos desde hace décadas.

☆☆☆

En cuanto dejaron la oscuridad del bosque al adentrarse en su cabaña, tanto la reina como Beca guardaron reverencial silencio unos instantes. Margaret se había sentado sobre las ramas que formaban parte de su pequeña casita y tenía la mirada perdida más allá del ventanal que daba al camino del bosque. Sus ojos castaños seguían poblados de lágrimas que Rebeca se moría por recoger entre los dedos para aliviar ese dolor que podía leer en ella.

Se acercó despacio, a pesar de que Marga no se movió. La rodeó con los brazos desde la espalda y suspiró al sentir como se acomodaba contra su pecho sin pronunciar una sola palabra.

—No discutamos, mi amor, te lo ruego —susurró Beca al ver su rostro furioso de cerca—. No esta noche.

—No deseo discutir contigo, mi amor —respondió segura de sí misma—. Deseo matar a Santiago con mis propias manos. Me ha arrebatado a mis madres, mi libertad, intenta asesinar a mi hija y ahora me aparta de ti que eres la mujer a la que más amo en el mundo entero. De todas

las rosas que me prometió solo me ha dado amargas espinas.

—Quizás él solo te ha dado espinas —susurró con un suave beso en su cabeza—, pero yo llenaré tu vida entera de rosas, te lo prometo.

—Por favor, Beca —suplicó con una nueva lágrima—. Sé mi trovadora, ámame siempre aunque sea del todo inalcanzable y no me dejes caer, no puedo hacer esto sin ti.

Sin responder a su ruego, Rebeca soltó despacio ese abrazo y rescató el puñal que Margaret llevaba al cinto. Ante su atenta mirada, grabó en el tronco donde permanecía sentada una promesa que siempre había sido el motor de todos sus actos, hecho que provocó en Margaret la primera de sus sonrisas en toda la noche. «*Tú la reina de mis sueños, yo el escudo contra todos tus miedos*». Justo después, ambas se miraron a los ojos mientras Rebeca recogía las pocas lágrimas que aún poblaban sus mejillas.

—Siempre, mi reina —prometió solemne—. Cada segundo, a pesar de la frontera, estaré al otro lado para ser tus canciones, la fuerza que necesites en cada bache que ponga el camino ante ti. Esa ficticia distancia no podrá quebrarnos y unidas venceremos al tirano para ser libres y no volver a separarnos jamás.

—Sé mi fuerza ahora, mi amor —rogó entre susurros—. Ámame y borra durante algunas horas este dolor que me está consumiendo.

Rebeca comprendió en el acto lo que Margaret necesitaba, ella misma también ardía en deseos de unirse a Marga para crear el más bonito recuerdo en medio de tan ruinosa despedida. Con cuidado, tomó su mano para que se incorporase y dejó que la reina descubriese su piel, tan despacio que su vientre llegó a arder de anticipación, a pesar de no pronunciar una sola palabra apremiante, pues entendía demasiado a su reina y esta necesitaba atesorar cada instante, detener el tiempo y hacerlo eterno.

Cuando sus labios se rozaron, pudo saborear en ellos la sal de las lágrimas que su amada reina había derramado, por lo que juró en su fuero interno que haría todo lo posible por propiciar ese resquicio de esperanza que Claire les había regalado para que Margaret no sufriera de ese modo nunca más.

Su beso tan sediento como sus propias ganas de sentirse fue subiendo de intensidad. Rebeca guió a Marga hasta el lecho donde se habían entregado a descubrirse en tantas ocasiones y ahora sería el escenario de un adiós que dolía demasiado como para verbalizarlo.

Con el mismo cuidado que había mostrado la reina al desnudarla, Montés descubrió su piel para regarla de besos y caricias. Todos sus gestos llevaban consigo la muda promesa de que jamás iba a dejarla caer. Pensaba dejarla grabada en su ser entero como ese escudo contra cada miedo que pudiese asolarla.

Sobre ella y con sus miradas conectadas de muy cerca, volvió a besarla para memorizar todos los roces que le regalaba en los labios, cada caricia de su lengua, cada pequeño sonido

ahogado de deseo y ganas. Margaret deslizó las manos por la piel de su cintura y de esa manera colocarla en una postura más cómoda, Rebeca accedió a su muda demanda, por lo que sus cuerpos volvieron a encajar como esas piezas de puzle perfectas.

Apremiada por los susurros de Rebeca en su oído, donde pedía con dulzura y pasión que saciase cada deseo sin freno alguno, la reina acarició cada vez con más acierto el sexo humedecido de Montés y provocó sus primeros gemidos suaves ante tan dulce contacto.

Al sentir sus dedos mojarse con cada caricia, Marga empujó despacio a Beca, de esta manera le dio a entender que deseaba invertir sus posiciones, por lo que Montés se tumbó en el colchón y permitió que la joven Blanchard navegase con los labios por su piel tras colocarse sobre ella. En ningún momento abandonó la tarea de acariciarla y su entrepierna ya ardía de anticipación.

De pronto, tras un beso en su vientre, Marga introdujo los dedos en ella sin gran dificultad debido a ese juego de caricias que le había regalado. Un suspiro cargado de sensaciones se escapó de sus labios sin poder evitarlo a la vez que la reina iniciaba movimientos firmes para provocarle el mayor placer posible. Sus labios seguían sobre su piel, cada vez más al sur. Rebeca no pudo contenerse y enredó la mano en los bucles castaños de la joven Blanchard. Con ese gesto, la guió despacio en su recorrido, pues creía saber cuál era el destino del mismo y temblaba ante la idea de sentir su boca juguetona al compás de sus dedos que ya estaban causando que su vientre se contrajera en cosquillas de gozo y placer.

Gimió con un pequeño grito su nombre cuando sintió la calidez de su lengua unirse al juego de su mano. No se vio capaz de soltar sus cabellos, por lo que marcó de forma inconsciente la intensidad que necesitaba mientras Marga la devoraba sin abandonar el firme movimiento de sus dedos.

Sus gritos y gemidos se hicieron cada vez más constantes, siempre con el nombre de Margaret y palabras de gozo en los labios. La reina aumentó la velocidad de su mano al mismo compás que su boca mientras usaba la otra para acariciar su piel hasta encontrar su pecho, donde se dedicó a pellizcar y tirar de forma suave los pezones endurecidos de Rebeca.

Con cada zona sensible estimulada por la reina, la joven Montés empezó a temblar de forma violenta al no poder contener la explosión que se extendió desde su vientre hasta el último centímetro de su cuerpo. Gritó al atesorar cada segundo de libertad que Margaret le estaba regalando, empapó su boca y su mano con fuerza y no fue capaz de detener el río de gemidos sordos con los que dejó escapar de entre sus labios cada estallido de placer que aún bailaba en sus entrañas.

Cuando Blanchard detuvo sus movimientos no le dejó un solo segundo para aprender de nuevo a respirar, pues subió acelerada a su boca y la besó con hambre infinita. Beca volvió a gemir al reconocer su propio sabor en sus labios, justo antes de devolver ese beso con idénticas

ganas e intensidad. Aún con el pulso tembloroso, atrapó su mejilla para que ella no se separase un solo milímetro mientras se gritaban sin pronunciar palabra cuánto se amaban.

En medio de tan dulce y necesaria colisión, Beca invirtió sus posiciones para colocar a Marga sobre el colchón. Sus manos impacientes intentaban abarcar cada centímetro, por lo que una de ellas se posó en la suave piel de su pecho a la par que la otra descendía hasta colarse de forma descarada entre sus piernas.

La reina estaba lista para recibirla, Montés no se hizo de rogar por lo que entró en ella de un certero movimiento y ahogó su gemido con ese beso que se negaba a romper.

Tan cargada de deseo que no podía contener su propio cuerpo, Rebeca usó el impulso de su cadera para ayudarse en la tarea de regalarle a su reina el mayor de los placeres. Su mano se movía casi frenética al acariciar llena de firmeza su interior con los dedos. Margaret se separó de sus labios tras morderlos con intensidad debido a las sensaciones que le estaba regalando, por lo que ambas gimieron casi al unísono de forma irremediable.

Nadie la conocía tanto como Marga, nadie comprendía sus deseos y anhelos a la perfección como ella. No tardó en aferrarse a sus hombros para sujetarse ante cada embestida de Beca. Colocó los labios en el nacimiento de su oído y dejó ahí todos y cada uno de sus gemidos, su nombre susurrado o gritado ante el placer que sentía. Cada súplica y deseo que nacía en sus entrañas eran verbalizados entre jadeos y conseguían encenderla por completo, a la par que obedecía de forma ciega todo cuanto ella le pedía por el mero placer de verla disfrutar por entero.

Supo que no le quedaba mucho cuando unió los dientes a sus palabras al morderla una vez más. Margaret siempre expresaba de esa manera que no tardaría demasiado en liberarse.

Rebeca clavó su mirada negra en los ojos cargados de placer de su reina, pues necesitaba memorizar por entero cada una de sus expresiones y siempre había adorado hasta el delirio verla terminar.

Marga clavó las uñas en sus hombros justo en el momento exacto en el que el orgasmo la llenó por entero. Jadeó y gritó, sus dedos se vieron atrapados en su interior, por lo que detuvo todo movimiento para acompañarla en cada oleaje de cosquillas que estaba arrasando con todo su ser.

Blanchard temblaba sin dejar de mirarla, sin dejar de gemir su nombre, sin apartar las uñas de su piel y solo verla consiguió que ella misma estallara de nuevo en gemidos sordos al sentirse arrastrada por sensaciones idénticas a las que la reina estaba sintiendo.

Sin apenas fuerzas, Beca se dejó caer sobre la piel humedecida de Marga y sus labios volvieron a encontrarse en un intenso beso que, poco a poco, se fue volviendo suave y lento, a medida que ambas recuperaban la capacidad de tomar aliento y sus latidos un ritmo menos enloquecido que el anterior.

—Prométemelo, Beca —suplicó entre besos—. Siempre. Nos amaremos para siempre.

—Nunca creí en un para siempre hasta que me enamoré de ti —respondió con pequeños roces en sus labios—. Te lo prometo, Marga. Podrás verlo en todas mis cartas, en cada canción que componga y me encargaré de que llegue a ti, ya sea de mi puño y letra o cantada en la corte. Seré tu valiente trovadora y tú mi adorada reina, el amor de mi vida. Te lo prometo.

☆☆☆

La mañana llegó con el cielo cubierto de nubarrones, como si fuese un preludio del alma cargada de pesar de Rebeca. El único indicio de su noche en vela junto a Margaret eran los pequeños surcos violáceos bajo sus ojos, ya que su rostro permanecía imperturbable.

Solo Arthur conocía el tormento que se había adueñado de su adorada Beca, pues en cierto modo compartía el mismo pesar que ella con toques distintos, ya que él no había renunciado a encontrarse con el amor de su vida para proteger la esperanza de libertad que había nacido con un secreto compartido en el claro.

Habían alargado hasta el más ínfimo segundo el momento de esa amarga despedida. Margaret había llorado entre sus brazos mientras ella la sostenía, James se había quebrado al despedirse de sus amigos ya que no sabía cuándo volvería a verlos y estos siempre habían sido el mayor de sus apoyos en Toletum desde que eran muy niños.

Tanto Rebeca como Arthur permanecieron en vela hasta que despuntó el alba, metidos en sus propios pensamientos, todos ellos cargados de dolor mezclado con esa pequeña chispa de esperanza. Claire había nacido para hacerles libres y ellos harían todos los sacrificios del mundo para ayudarla en su tarea sin pestañear.

Cuando el sol apareció en el horizonte, Rebeca suspiró justo antes de mirar a su esposo y mejor amigo. Este se mantenía serio, pero decidido a seguirla en todas sus cruzadas.

—Convoca a las huestes —ordenó susurrante—. No quiero que falte ninguno de los fieles a Montés ante mí.

—¿Estás segura de esto, Beca? —preguntó con tiento—. Quizás podamos buscar una solución menos drástica que declarar la guerra.

—No podemos subestimar a Santiago —respondió sin su máscara de fortaleza—. Aunque me destroce por dentro, es la mejor manera de mantener a Claire a salvo. Convoca a las huestes, no tardes, por favor.

Arthur asintió despacio justo antes de desaparecer. Rebeca se enderezó y, tras suspirar, cambió el traje que solía usar en el bosque por las mejores galas de su ropero. Trenzó sus cabellos con una rosa silvestre roja que había recogido y colocó la capa sobre sus hombros al igual que la espada en su cinto. Cuando clavó la vista en el espejo, este le devolvió un semblante endurecido y una mirada salvaje que escupía fuego. Estaba lista para iniciar la jugada.

Esperó paciente en su aposento, hasta que un lacayo se personó para decirle que todo Montés estaba esperando por ella. Hombres, mujeres, soldados y los pocos niños que habitaban las llanuras del oeste habían acudido a su llamado de inmediato.

Cuando se personó en el balcón principal del palacete, la multitud entera guardó silencio y respeto hacia su señora, por la que sentían la más alta de las devociones.

Rebeca sintió como Arthur llegaba a su derecha para darle fortaleza, por lo que volvió a suspirar y desenvainó la espada para elevarla al cielo con tanta fiereza que provocó el mayor de los silencios.

—Montés, vuestra señora os convoca por el honor y la gloria de las llanuras —inició su incendiario discurso con la mirada encendida—. Años ha, ante la tumba de Isabel, la gran señora de los Montés que me precedió, juré que no habría otra más grande que su hija, que elevaría mi apellido hasta lo más alto, que nadie osaría volver a dudar de la gloria que traemos con nosotros los Montés.

Ante sus palabras, las huestes gritaron a la par que elevaban los puños, envalentonados por ese discurso que Rebeca les estaba regalando.

—He intentado el camino de la paz con la familia Blanchard —continuó cada vez más fiera—. Puse mi lealtad y honor a sus pies, pero no son más que usurpadores sentados en un trono que me pertenece por legítimo derecho, que se me ha negado desde que mi antepasado fue rechazado al ser considerado indigno. No hay mayor deshonra y no debe quedar sin castigo.

Los soldados bajo sus pies empezaron a golpear el suelo con duras pisadas como símbolo de pleitesía hacia ella, los ciudadanos del oeste gritaban envalentonados. Rebeca alzó la espada para que guardaran silencio y obedecieron en el acto, pues no había terminado de dirigirse a ellos y no deseaban contrariarla.

—Claire Blanchard no es más que una niña mimada, criada entre algodones —gritó de nuevo sin que se notase como se quebraba por entero ante esas palabras envenenadas—. No conoce la gloria, no conoce el honor. No merece subir al trono y yo, Rebeca Montés, durante el día de su undécimo cumpleaños, le hice llegar mi mensaje. El atentado contra su vida fue perpetrado por mi mano. Aunque por desgracia no dio el resultado que esperaba, no pienso detenerme hasta que cada uno de los Blanchard manche con su sangre mi espada. Los usurpadores serán expulsados y nada va a frenarme hasta que un Montés se siente en ese trono que nos robaron y siempre ha sido nuestro derecho.

Su confesión provocó un gran murmullo en todos los presentes. Su señora, tras años de paz y prosperidad, había decidido iniciar una guerra cruenta contra la familia real y ese hecho aumentó los nervios entre la multitud.

—Honor y Gloria, Montés —gritó rabiosa—. Ahora y siempre.

Ante el lema de su familia, todas las huestes desenvainaron las espadas para imitarla y

corear esas fieras palabras que incendiaban su valor, por encima de todo.

—Por nuestro honor que ningún Blanchard ose cruzar la frontera sin recibir como premio la muerte —dijo y recibió gritos feroces como respuesta—. Por la gloria de Montés, que nada nos detenga jamás hasta que la rosa sea emblema del reino entero, pues ya no serán las espadas las que adornen mi estandarte, sino esta flor que representará toda sangre derramada en mi camino hacia el destino que me negaron. Corred la voz, Rebeca Montés se alza en pie de guerra con todo el oeste. Que tiemble hasta el último de los usurpadores que quisieron doblegarme, convertirme en simple sierva de una casa que no merece mi devoción.

☆☆☆

La noticia del levantamiento en el oeste corrió tan rápido por todo Toletum que, solo horas después, un mensajero se personó completamente pálido en la sala del trono para anunciar a sus majestades, los reyes, que Rebeca Montés era culpable del asesinato de Cora al atentar contra la princesa y había jurado terminar con la vida de todo Blanchard por su gloria y honor.

Claire tardó muy poco en dibujar un gesto de horror en sus rasgos, pues el impacto recibido al saber que quien la había atacado era aquella mujer a la que admiraba con infinita devoción había roto su corazón en un millón de pedazos. No tardó mucho en sollozar de forma leve mientras su padre dibujaba el semblante más serio del mundo y su madre, cargada de ira en sus rasgos, dejaba el trono tras de sí para ofrecer su regia respuesta.

—Rebeca Montés ha cometido su último acto de traición al reino. Desde ahora y hasta el día en que su sangre bañe los campos, será considerada caída en deshonra —dijo de forma tan mortífera que todo el pueblo tembló con gran conmoción—. Ha intentado segar la vida de nuestra amada princesa, una niña inocente que nada malo le ha dado a este mundo como para merecer un destino tan cruel y mezquino. Asesinó a Cora, nuestra más fiel y leal servidora sin que le importase que antaño fuese su sierva e incluso amiga. Ya no hay honor en el apellido Montés y por eso os digo que se de caza y muerte a cualquier ciudadano de las llanuras que cruce la linde. La tregua llega a su fin y Blanchard responderá con fuego, furia y cenizas.

Un silencio ensordecedor acompañó a sus duras palabras. Justo después, los vítores y alaridos de los aliados Blanchard resonaron en cada rincón mientras la reina seguía en pie frente a ellos, tan absolutamente furiosa que su mirada podía tumbar al más valiente de los hombres en un solo instante.

—Fortificad el palacio, proteged a vuestro rey, a vuestra reina y a la princesa. Ningún Montés penetrará nuestras defensas sin perder la cabeza —ordenó con furia y recibió gritos cargados de ira como respuesta—. Que retiren su estandarte, que lo quemen en la plaza, pues la deshonra de la casa Montés será eterna desde este día y hasta el último.

Tras sus palabras, puso rumbo muy despacio al pequeño asiento que usaba Claire junto a ellos en la sala del trono. Al alcanzarla, la sujetó por los hombros y se la llevó directa a sus aposentos en la torre. Su hija caminaba sin soltar el vestido de la reina mientras sollozaba en medio de su aterrado llanto.

Una vez en el interior de la alcoba, Claire la soltó para correr a la cama donde terminó tumbada, con la cara sobre la almohada y un ligero tembleque en todo su pequeño cuerpo. Margaret se permitió bajar sus defensas y mostrar el inmenso dolor que la asolaba en sus ojos castaños, justo antes de tomar asiento en el colchón y llevar la mano a los cabellos de su adorada niña, a la que acaba de condenar a una vida de terror.

—No puedo entenderlo, madre, os lo juro —susurró al sentirla—. Mató a Cora, a su mejor amiga a la que amaba. ¿Cómo ha podido hacer algo así?

—Ya no hay en Rebeca Montés nada que venerar, mi amor —respondió tras un suspiro—. No deseaba matar a nuestra querida Cora, sino a vos. Su princesa a la que juró proteger.

—La odio, madre —gritó la pequeña del todo sobre pasada—. La odio. Ella es la mujer más rastrera del mundo. Prometió que jamás osaría dejar que nada me dañase y fue ella la que intentó matarme. Nos quitó a Cora por una ambición del todo incomprensible.

—Aunque ahora ya no muestre el honor del que antaño hacía gala, no es alguien a quien debamos subestimar, mi amor —susurró despacio mientras su adorada hija la miraba, tan destruida que removió sus entrañas—. Hasta que la guardia consiga darle caza y muerte, no vais a estar segura fuera de las murallas de palacio. Debéis jurar que jamás traspasaréis las puertas, Claire. Os lo ruego, pues más allá del castillo no podré protegeros de un enemigo tan temible como la casa Montés.

—Os lo juro, madre —respondió entre lágrimas—. No osaré desacatar vuestros deseos en modo alguno, aguardaré en la seguridad de palacio a que la amenaza de Rebeca sea neutralizada.

☆☆☆

Tras haber pronunciado todas las palabras envenenadas hacia Rebeca y haber destruido a Claire al hacerle creer que la joven Montés deseaba darle muerte, Margaret se refugió en la sala de reuniones para dejar libre el huracán que sentía a la par que las lágrimas.

Con rabia, gritó y golpeó la mesa hasta que sus puños quedaron levemente enrojecidos y terminó derrumbada sobre sus brazos donde su llanto se intensificó. Santiago le había arrancado del tablero a Cora, su fiel torre, siempre protectora y estaba perdiendo piezas valiosas en esa partida que jugaba en silencio contra el Gobernador.

Perdida en su dolor y llanto, se sobresaltó al sentir como una paloma mensajera se posaba con gracia en su hombro. En solo un segundo, su pecho se aceleró a la par que rescataba el

pergamino y se dirigía con prisa a la mesita auxiliar donde guardaba sus propios utensilios de escritura.

Con las manos temblorosas, desenvolvió la carta de Rebeca, dispuesta a dejarse abrazar por sus palabras prohibidas para volver a recolocar cada fragmento de ella que se había esparcido al viento tras su actuación en la sala del trono.

«A la atención del amor de mi vida, mi reina inalcanzable,

No voy a mentir y a decirte que no me siento del todo destruida tras volcar ante todas mis huestes tremenda sarta de mentiras y proclamar que no cesaré en mi empeño de darte muerte. Creo que hasta ahora ha sido el momento más doloroso de todas mis actuaciones dentro de esta maldita pantomima, pero siento mi corazón algo más liviano solo al pensar que estamos haciendo esto por nuestra Claire.

Sé que ahora mismo me odia, me tortura por entero ese hecho, pero si es el precio a pagar por proteger la vida de quien considero mi hija y amo con cada parte de mi ser, me parece un precio muy pequeño a pagar y lo hago con gusto.

No temas, amor mío. Cuando crezca lo suficiente, tú le enseñarás la verdad, la guiarás para que nos haga libres y entonces podré hincar mi rodilla ante ella y jurarle que la amo más que a nada y mi lealtad es eterna. Hasta entonces, espero que mis cartas alivien el pesar de tu corazón, mi amor.

Antes de decirte adiós, te juré un millón de rosas por todas las espinas que Santiago te ha regalado. Las tendrás, pues cada vez que tus ojos decidan alzarse hacia el oeste, podrás contemplar ondear mi nuevo estandarte donde la rosa Montés sustituye a las espadas cruzadas. Ese es mi regalo para ti, Marga. Para que sepas siempre de qué lado está mi lealtad, a pesar de todas las mentiras que nos hemos obligado a decir solo por el bien de la princesa a la que amamos más que a nada.

No sufras, mi reina. Más allá de esta estúpida frontera tendrás rosas, música y sueños. Me tendrás a mí que no voy a dejar de amarte hasta que volvamos a enredarnos entre las sábanas para nuestra perfecta unión, hasta que mis labios se desgasten de besarte, hasta que te conviertas en mi mujer y le grite al mundo entero con gozo y júbilo que tú, Margaret Blanchard, eres y siempre serás el gran amor de mi vida.

Eternamente libre a tu lado,

Tu trovadora intensita: Rebeca Montés»

Continuará…